



# Pasión indomita

*«Cuando el amor es más intenso  
que el rencor y el honor.»*

ANNE MARIE WARREN



*Pasión  
indomita*

ANNE MARIE WARREN



©1ª Edición Octubre 2017

©Copyright y edición de la obra: Anne Marie Warren

Diseño de portada: Alexia Jorques

©Todos los derechos reservados.

Prohibida su copia o distribución sin la autorización del autor.

Gracias por comprar este ebook.

*A mis padres y hermanos.  
En especial a mis hermanas Anna y Mary  
Vosotras siempre formaréis parte de mi corazón,  
Por muchos años que pasen,  
y mucha distancia que nos separe.*

## Índice

[Índice](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)

[Capítulo XXX](#)

[Capítulo XXXI](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro también te gustarán:](#)

[Próximamente](#)

[Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales](#)

# Capítulo I

**Iglesia de Saint James, Londres.**

**Mayo de 1876**

**E**sa mañana de principios de mes había amanecido perfecta para la celebración de una boda. El sol por fin había hecho acto de presencia tras unos días de lluvia incesante, presagiando a una angustiada novia un futuro donde solo le esperaba felicidad.

El problema era que la dama en cuestión odiaba a su prometido por múltiples motivos, y ni todos los rayos del sol, ni los buenos presagios del astro celestial, le harían cambiar de parecer.

Madison se había visto obligada por su madre; la condesa de Wyonick, a contraer matrimonio con un hombre al que aborrecía, y al que jamás podría amar por mucho que se esforzara. Era cierto que en más de una ocasión le habían informado que el amor era algo innecesario en un buen matrimonio, al ser más favorable para la felicidad conyugal el respeto, la posición social que ocuparía; en su caso duquesa, y los beneficios económicos de dicho acuerdo.

Lo malo era que Madison era una soñadora empedernida y odiaba tener que casarse sin amor, y sin esperar otra cosa de su marido más que su dinero y su título. Una parte de ella se negaba a fingir que no le importaba renunciar a sus anhelos, y tener que someterse a los dictados de unos padres que preferían pensar en ella como en una adquisición de la que sacar partido, en vez de verla como su única hija.

Desde su más tierna infancia la habían educado para acatar las órdenes de

sus progenitores, y aunque en su interior había una llama de rebeldía que cada vez ardía con más fuerza, una parte de ella aún se negaba a revelarse en contra de su familia. Tenía la sensación de que se había pasado media vida agachando la cabeza para no enfadar a sus padres, y se sentía hastiada al tener que ocultar su carácter por el bien de una familia que apenas pensaba en ella.

Era cierto que en más de una ocasión se había manifestado en contra de algunas de las estrictas normas de su madre, como su imposición en su forma de vestir, y la que más detestaba de todas, su negativa a que se mezclara con personas de rango inferior al suyo.

Su madre siempre había sido muy rigurosa en esta norma, y nunca permitió que Madison olvidara la noble familia a la que pertenecía. Solo hubo una excepción en ese asunto, cuando años atrás Madison formó amistad con Jane Grayson, hija pequeña de un baronet, y desde entonces habían sido inseparables. El motivo de que lady Wyonick permitiera esta simpatía fue porque sir Richard Grayson era uno de los hombres más ricos de Inglaterra, y por los innumerables berrinches de su hija hasta que accedió.

Desde entonces madre e hija compartían una lucha por salirse con la suya, y por ello Madison había aprendido a ser inteligente a la hora de negociar contra la tozuda voluntad de su progenitora. Aunque en esta ocasión admitía que nada de lo que hizo le sirvió de ayuda.

Reconocía que la culpa de ese desastroso matrimonio la tenía ella, al haberse pasado las dos últimas temporadas negándose a elegir marido. Durante esos dos años Madison intentó con todas sus fuerzas encontrar a ese candidato perfecto que le robara el corazón y la enamorara, pero nunca halló a un caballero que le llamara la atención y le hiciera sentir mariposas en el estómago.

Es por esto que los pretendientes empezaron a escasear, y su madre, cada día más resuelta a conseguirle un candidato digno de su posición, había elegido en su lugar a su futuro esposo. Que Madison se negara, rogara, negociara, y llorara desconsolada no cambió nada, pues su opinión no fue tenida en cuenta por ninguno de sus progenitores.

De esa manera Madison se vio forzada a unirse a un hombre repulsivo y licencioso, cuya única virtud consistía en ostentar el título de duque. Que este

sujeto tuviera más años que su padre no tenía importancia, pues todo eso se le pasaba por alto al tratarse de un miembro de alta cuna.

Madison no podía remediar odiarlo, aun sabiendo que era su obligación aceptar a ese caballero. Lo había intentado durante su noviazgo, así como la noche en que se anunció su compromiso y les dejaron a solas por unos minutos. En esa ocasión ese supuesto noble respetable la había besado metiéndole la lengua tan al fondo, que le hicieron sentir arcadas y un asco inimaginable. Pero su osadía no quedó ahí, ya que, cegado por el cuerpo juvenil de su prometida, le manoseó los senos con el mayor de los descaros, hasta hacerla gemir de dolor.

Y de esa manera tan poco romántica y desafortunada Madison se vio forzada a ese casamiento, y ahora se encontraba en la suntuosa iglesia de Saint James; en el interior de la recámara designada para que la novia se preparara, a la espera para unirse al petulante Frederick Denfort – York III, duque de Glonchester.

—¿Estás segura de que está todo dispuesto? —preguntó Madison a su tía Henrietta.

—No tienes de qué preocuparte, en el barco te están esperando y zarparéis en cuanto llegues. Solo tienes que recordar en pasar desapercibida, y en esconderte en el camarote más pequeño nada más llegar —le dijo tía Henrietta mientras abría una de las dos grandes ventanas que comunicaban al jardín.

Tía Henrietta era una anciana bajita y de cuerpo rechoncho que hacía muchos años se había quedado viuda, y cuyo mayor pasatiempo era cotillear mientras tomaba el té con las familias más destacadas de Londres. Lady Worthwolf adoraba a su sobrina y se negaba a verla casada con un hombre tan repulsivo y tan falto de elegancia.

Es por eso que había tratado de convencer a sus padres para que ese matrimonio no se realizara, con la mala fortuna de no conseguir su propósito. Algo que la exasperó, y fue la causa de que le ofreciera su ayuda a Madison con el propósito de detener esta boda. Aunque nunca imaginó que su cariñosa y servicial sobrina le pidiera su colaboración para planear su huida, dejando atrás a una madre que jamás la perdonaría y que estaría dispuesta a cualquier



cosa con tal de impedir el escándalo.

De esa manera, la impulsiva lady Worthwolf; es decir tía Henrietta, había dispuesto un plan atrevido tras una tarde de cháchara con su sobrina y la amiga de ésta, Jane; ahora lady Brandbury, donde el té, los pastelitos de mantequilla, y las ideas de fuga habían abundado.

No era de extrañar que tía y sobrina sintieran un vínculo especial, pues ambas gozaban de un espíritu aventurero que se negaba a ser doblegado. Algo que exasperaba a lady Wyonick al no poder controlar a su hija como tanto anhelaba, y por ello más se empeñaba en dominar a Madison.

—¡Dios mío! ¡No recuerdo haber estado tan nerviosa en toda mi vida! — señaló Madison sin poder dejar de estrujar el diminuto pañuelo de encaje que sostenía entre sus manos.

—No tienes de qué preocuparte, ya verás cómo todo saldrá bien y dentro de unos años nos reiremos juntas de esta aventura —señaló su amiga Jane, condesa de Brandbury.

Jane había permanecido a su lado desde que se había anunciado el compromiso, y había intentado hacer todo lo posible por cambiar el destino de su íntima amiga. Por desgracia sus palabras no fueron tenidas en cuenta y, como le sucedió a tía Henrietta, sus peticiones y suplicas no dieron resultado.

Es por ese motivo que tras enterarse del plan de escape de Madison le había ofrecido su ayuda incondicional, pues no podía permitir que una muchacha tan generosa, alegre y decidida se consumiera en un matrimonio tan desdichado. Jane era demasiado cariñosa y efusiva como para permanecer callada ante ésta aberración, pues aunque físicamente era diferente a Madison; es decir rubia, delicada y de ojos azules, de corazón ambas resultaban semejantes.

—Espero que tengas razón Jane, porque te prometo que no resistiré pasar un solo día en compañía de ese hombre tan desagradable —confesó Madison, y tras su comentario las tres mujeres se estremecieron al pensar en aguantar ese ser desdentado, gordo, sudoroso y vicioso, que miraba a su prometida con descaro, y le hacía desear salir corriendo cada vez que lo veía acercarse.

El cambio en el rostro de Madison no le pasó desapercibido a su amiga Jane, la cual no pudo resistirse a abrazarla después de ver las lágrimas

asomando por los dulces ojos verdes de ésta.

A Jane le dolía ver sufrir a una mujer tan apasionada por la vida y tan falta de falsedad como lo era Madison, pues siempre la había visto irradiando optimismo a su alrededor, y consiguiendo que su carisma y fortaleza brillara. Todo ello hasta el día en que se enteró de su casamiento, y como por obra de un embrujo, su pasión y su espíritu rebelde se fueron apagando.

—Te aseguro Madison que saldrás adelante —afirmó Jane mirándola a los ojos con sus manos apoyadas sobre sus hombros para darle su apoyo—. Eres una mujer luchadora que siempre ha encontrado el lado bueno de las cosas, y estoy segura que hoy será el principio de una nueva vida y no su final. Además te recuerdo que tú siempre eras la que desde pequeña nos sacabas de los problemas.

Ambas sonrieron ante el recuerdo de esos días lejanos, cuando pasaban largas temporadas en Bath o de visita en sus respectivas mansiones. En esos años era Jane la que aun sin proponérselo las metía en toda clase de dificultades, y una elocuente Madison era la encargada de convencer a cualquiera de su inocencia.

—Ahora eres tú la que va a salvarme a mí.

—Yo solo te voy a ayudar. Eres tú la que vas a dar el paso decisivo y te vas a librar de un destino que no has elegido. La verdad amiga es que admiro tu valentía.

Con las lágrimas ya surcando ambos rostros no pudieron evitar volver a abrazarse, pues las dos necesitaban sentir la cercanía de la otra.

—Si no cesáis de decir cursilerías me vais a hacer llorar —repuso tía Henrietta mientras se sonaba la nariz y suspiraba.

—Tienes toda la razón tía, nada de lloriqueos ni miedos, voy a coger un barco rumbo a Irlanda, y dentro de un año todo estará olvidado y podré regresar sin problemas —le dijo mientras se acercaba a ella y la cogía de la mano.

—Exacto niña, ya verás cómo todo se resuelve. Solo tienes que recordar que el barco se llama Estrella de mar, por lo demás no tienes que preocuparte, en cuanto llegues al puerto de Dublín localiza a un caballero llamado Cabot y

estarás a salvo —cogiéndola con más fuerza de las manos le siguió diciendo —: Él te estará esperando, y te llevará a la finca de una querida amiga mía. Estate segura de que allí nadie te encontrará y que esas personas son de total confianza.

—Muchas gracias tía Henrietta, no sé cómo podré agradecerte todo lo que estás haciendo por mí —las dos mujeres se abrazaron de nuevo, hasta que tía Henrietta la apartó con suavidad y la condujo hasta la ventana que momentos antes había abierto.

—No pierdas más el tiempo con tanto abrazo o vas a perder el barco. Y recuerda niña que se llama Estrella de mar.

—No te preocupes tía, lo recordaré.

Madison se volvió para mirar por última vez a Jane y a su tía con un sentimiento en su pecho mezcla de tristeza y esperanza.

—Las voy a echar mucho de menos —les aseguró con la garganta prácticamente cerrada por la emoción.

—Y nosotras a ti —le contestó Jane pues su tía se vio impedida en hacerlo al estar ocupada en sonarse la nariz.

Madison se volvió de nuevo hacia la ventana y con suma discreción se asomó para ver si veía a Betty haciéndole la señal acordada para que saliera sin ser vista.

Por suerte contaba con la ayuda de la doncella personal de Jane, la cual se había ofrecido voluntaria para vigilar las cercanías de la iglesia, y asegurarse de que todos los invitados estaban en la parte delantera.

La idea consistía en que Betty vigilara pasando desapercibida al ser una simple muchacha de servicio, y a una señal suya Madison saldría veloz por la ventana directa al coche de alquiler que la esperaba parado en la calle, justo enfrente de donde ellas se encontraban.

Una vez dentro del transporte Betty la ayudaría a quitarse el vestido de novia para cambiarlo por otro de corte sencillo, con el fin de no llamar la atención cuando llegaran al puerto. Después, una vez en su destino, y con una pequeña bolsa de mano, Madison solo tenía que ser discreta hasta encontrar el barco llamado “Estrella de mar” y embarcar en él.

Un plan sencillo que no tendría marcha atrás en cuanto Betty le diera la señal para salir por la ventana, y Madison corriera rumbo a un nuevo comienzo.

Durante un minuto que pareció eterno las tres mujeres permanecieron en silencio, a la espera de una señal que no llegaba y de unos nervios que las estaba consumiendo. El ruido de unos pasos puso a las tres en tensión, y no pudieron evitar dar un respingo cuando escucharon cómo unos nudillos llamaban a la puerta.

—Madison querida, los invitados ya están ocupando sus asientos, así que termina de prepararte que dentro de quince minutos te quiero ver de camino al altar —se escuchó decir a una mujer con voz aguda y dictatorial.

—Si mamá —fue la única respuesta que pudo darle pues su nerviosismo le impedían articular apenas algunas palabras.

Durante unos segundos no se escuchó nada más, y temieron que lady Wyonick hubiera descubierto su plan. Las miradas de las tres mujeres estaban fijas en la puerta de acceso al cuarto, mientras rezaban para que la madre de Madison no pasara, descubriéndolo todo.

Solo cuando la oyeron alejarse de la puerta pudieron volver a respirar, y suspiraron al no haber sido desenmascarada la trama. Algo que las tres temían, pues eso significaría que Madison no podría iniciar su fuga.

—Niña, si sigues metiéndome en estos líos, un día de estos vas a conseguir que me dé un infarto —repuso tía Henrietta mientras, con cara pálida, se abanicaba con ahínco.

—Os aseguro que si salgo de ésta no volveré a meterme en problemas —aseveró categórica Madison, mientras trataba de calmar los latidos de su desbocado corazón.

—Eso mismo dijiste la última vez —susurró su tía sin que ninguna de las otras dos mujeres le prestara atención, al estar más pendientes de los ruidos procedentes del otro lado de la puerta.

—Será mejor que esté atenta a Betty, pues si como dice mi madre ya están todos en el interior de la iglesia, no tardará en hacerme la señal —sin esperar más tiempo se asomó por la ventana, sabiendo que cada minuto era

decisivo.

Tenía los nervios tan alterados que no podía dejar de retorcer el pañuelo de encaje y de mirar en todas direcciones. Sabía que su futuro estaba en juego, y le costaba mantener la calma cuando lo que más deseaba era salir corriendo de ese lugar.

Jane sabía que tía Henrietta era una mujer mayor que no estaba acostumbrada a tantas emociones, y por eso se colocó a su lado para darle su apoyo y tratar de infundirle tranquilidad, aunque ni ella misma la sintiera.

En silencio permanecieron a la espera, mientras deseaban con todas sus fuerzas que su plan diera resultado. Aunque por suerte no tuvieron que esperar mucho más tiempo hasta que recibieron la indicación que esperaban.

—¡Ahí esta! —Exclamó Madison consiguiendo que Jane y tía Henrietta se sobresaltaran—. ¡Ha llegado el momento!

Y tras decirlo no pudo evitar mirar hacia atrás, y así poder despedirse por última vez de las dos personas que más quería y añoraría en su exilio.

—Tengo que marcharme —sin poder moverse las dos mujeres solo asintieron—. ¡Os quiero! —y sin esperar respuesta se subió de un salto al alféizar de la ventana, dispuesta a salir de esa iglesia lo más rápido posible.

Sin esperar un segundo Jane y Tía Henrietta se dispusieron a ayudarla, pues el exceso de tul, encajes y lazos impedían que los movimientos de Madison fueran fluidos.

—Os juro que no volveré a ponerme un vestido como este —señaló una enfadada Madison que se esforzaba por salir de su prisión de tela.

Por suerte las ganas de Madison por salir cuanto antes eran más fuertes que su vestuario, y pudo liberarse de su enganche al desgarrarlo.

—Corre Madison —le indicó Jane nada más escuchar como la tela cedía.

Sin pensárselo dos veces Madison salió disparada en dirección a la calle, mientras atravesaba un pequeño jardín e iba dejando pequeños trozos de vestido entre las espigas de las rosas.

—Que la suerte te acompañe mi niña —susurró tía Henrietta mientras observaba un bulto rosa lleno de encaje que corría como un gamo.

Y de esa manera ambas se quedaron mirando por la ventana, hasta que la vieron entrar en el coche de caballos y éste emprendía el camino hacia el puerto. Durante unos minutos ninguna de las dos mujeres tuvo la fortaleza de decir algo, manteniéndose en alerta por si Madison había sido descubierta.

Cuando vieron que nadie salía gritando o corriendo tras el carruaje pudieron volver a serenarse, y poco a poco el color regresó a sus mejillas.

—¡Bueno lady Brandbury! —dijo tía Henrietta tras suspirar y volverse para mirar a Jane— Si me permite el honor, ha llegado el momento de decirle a ese regordete hombrecillo que se ha quedado sin novia.

Y sin más, se cogió del brazo de Jane, para dirigirse a la puerta y dar la noticia que, sin lugar a dudas, causaría el mayor escándalo de la temporada.

—Aunque debo confesarle querida, que sentiré un inmenso placer cuando le comunique a lady Wyonick que su hija se ha escapado por la ventana. Seguro que la expresión de su cara será algo fascinante que nunca podré olvidar, sin desdeñar que se hablará de ello durante generaciones —le comunicó con una sonrisa que delataba lo mucho que deseaba que llegara ese momento.

—Pero tía Henrietta, ¿no cree usted que deberíamos esperar en dar la noticia?, de esa manera le daríamos más tiempo a Madison para huir

—Tranquila niña —le dijo segura la anciana mientras le palmeaba la mano—, te aseguro que ni el novio, ni los Wyonick, ni ningún invitado tiene la inteligencia suficiente para pensar que la dulce Madison va camino del puerto —y tras terminar de decir esto ambas damas rieron maliciosas.

—¡Un momento! —señaló Jane al mismo tiempo que tiraba del brazo de tía Henrietta y la detenía—. Mi marido también es uno de los invitados y le puedo asegurar que Braxton no es ningún estúpido —no pudo evitar decir para defender a su esposo.

—Entonces es una suerte que esté de nuestro lado, ¿no cree? —determinó tía Henrietta acompañando su comentario con un guiño.

—Cierto —le contestó Jane risueña.

Sabiendo que el tiempo se les estaba agotando y los invitados pronto empezarían a impacientarse, ambas mujeres caminaron decididas y con la

cabeza bien alta para informar de la misteriosa desaparición de la novia.

Lo primero que los invitados pudieron ver fue a la dama de honor acompañando a la tía de la novia, caminando decididas hacia el altar. Luego, y sin que la novia apareciera por ningún lado, los condes de Wyonick se acercaron intrigados a las dos mujeres y acto seguido estalló el caos.

Por un lado el padre de la novia salió corriendo por el pasillo vociferando sobre hijas desobedientes, mientras la condesa gritaba con tanta fuerza que los invitados temieron por su cordura. Los improperios que salieron por la boca de dicha dama conmocionaron a toda la sociedad, especulando qué habría ocasionado tan lamentable comportamiento.

Pero sobre todo de lo que más se habló fue de cómo Frederick Denfort – York III, duque de Glonchester empezó a patallar como un niño exigiendo a su novia en pleno ataque de histeria, teniendo que ser abofeteado por un horrorizado obispo que lo miraba como si estuviera poseído por las mismísimas fuerzas del infierno.

Trescientos pares de ojos no quisieron perderse detalle, al mismo tiempo que trescientas bocas especulaban sobre qué era lo que podía estar pasando. Pero sobre tanto griterío y murmuraciones lo que más se escuchó esa espléndida mañana del mes de mayo, fue el sonido de centenares de risitas irónicas que no cesaron de sonar durante semanas por cada rincón de Londres.

## Capítulo II

—Betty, si no me quito este odioso vestido inmediatamente voy a morir asfixiada —aseguró Madison mientras en el interior del carruaje intentaba quitarse el incómodo atuendo de novia.

Como era costumbre en lady Wyonick, ésta se impuso en la elección de la prenda que Madison llevaría a su boda, y acabó con un modelo donde la ostentación de los adornos era excesiva.

Conocía la tendencia que marcaba la moda femenina de ese año; y de otros muchos anteriores, en donde las mujeres se recargaban con todo tipo de realces incómodos para demostrar el estatus social al que pertenecían. Una antigua costumbre que Madison detestaba, pero que en esta ocasión aceptó seguir al no importarle nada que tuviera que ver con su matrimonio.

Aunque sí se negó tajantemente a ir de blanco como venía siendo costumbre en las novias desde mil ochocientos cuarenta, al no tratarse de la boda de sus sueños, y ser esta la única manera que encontró para revelarse a la orden impuesta por sus padres.

Por suerte, con la ayuda de la doncella consiguió desprenderse del



molesto hato, y lo tiraron al suelo sin sentir lástima al verlo medio desecho. Solo cuando Betty le aflojó el corpiño pudo volver a respirar con cierta normalidad, al sentir que además de entrar aire en su pecho también se había introducido un ápice de esperanza.

—Puedo asegurarte que no voy a echar de menos esos horribles vestidos que a mi madre tanto le gustan —aseguró Madison cansada de ser tratada como una niña sin voz ni voto en todo lo referente a su vida, incluso en algo tan sencillo como en decidir qué clase de ropa debía llevar.

—Lady Madison es usted un ángel al aguantar tanto. Yo le habría tirado el vestido a la cabeza a lady Wyonick —afirmó segura de sus palabras, mientras le ayudaba a ponerse una sencilla falda azul marino junto con una torerilla a juego y una blusa blanca.

—Ojalá fuera tan fácil Betty, pero no puedo hacerle eso a mi madre —dijo con tono triste y resignado—. Al fin y al cabo le debo respeto y obediencia.

—Una cosa es ser obediente y otra muy distinta es resignarse a ser manipulada. Debe aprender a no dejarse pisotear milady, es usted una mujer demasiado buena y por eso se aprovechan de ello.

—Lo sé Betty, pero no te puedes imaginar las cosas que es capaz de hacer mi madre con tal de salirse con la suya —le respondió apenada pues a pesar de todo la amaba, y lamentaba que el orgullo de ésta fuera mayor que el amor a su hija.

Justo cuando Betty le colocaba el sombrerito a juego se dieron cuenta que estaban llegando al puerto, y Madison no pudo evitar que le volvieran a temblar las manos. Pensar en lo que la esperaba le hacía sentir temor por lo que podía encontrarse, pero sobre todo estaba aterrada por si daban con ella antes de conseguir escapar de la ciudad.

Betty observó su intranquilidad, y decidió que en esos momentos Madison necesitaba que alguien la animara, aunque esa persona fuera una simple criada.

—No se preocupe milady, ya verá como todo saldrá bien.

Madison miró el rostro de esa muchacha que conocía desde hacía años,

pero con la que apenas había hablado. La franqueza de sus ojos le dio el impulso necesario para seguir adelante, pues en ellos se reflejaban sus ganas de ayudar. Estaba tan nerviosa y necesitaba tanto recordar los motivos de su rebeldía, que estaba dispuesta a escuchar cualquier comentario que le diera un poco de confianza. Profundamente agradecida por ser Betty esa voz que la animaba, la cogió de las manos y le dijo de corazón:

—Gracias Betty —no hizo falta más comentarios, pues entre el apretón de manos y la sinceridad de sus miradas fue suficiente.

Fue ese preciso momento cuando el carruaje se detuvo, y Madison no pudo remediar mirar por la ventanilla para descubrir qué le esperaba.

El caos de personas caminando en todas direcciones, el olor a mar y a algo parecido al pescado podrido, los barcos que se divisaban amarrados en el muelle a la espera de zarpar, y la sensación de que se estaba aventurando a un destino desconocido, hicieron que cada músculo del cuerpo de Madison se pusiera a temblar frenético.

Pero Madison no estaba dispuesta a darse por vencida. Si bien era cierto que nunca había salido de la protección de su familia, también era verdad que era decidida y estaba resuelta a llevar su plan hasta el final. Aunque en ocasiones sus miedos le hicieran dudar.

Suspirando cogió un chal oscuro para pasárselo por los hombros y así tratar de esconder su cara. Era imprescindible que nadie sospechara que había cogido un barco esa misma tarde, pues de lo contrario podrían investigar y en pocos días dar con el paradero de donde se escondía. Por ello era necesario pasar desapercibida entre esas gentes, y así tener una oportunidad de llegar a Irlanda sin dejar rastro.

Decidida a no dejarse vencer por las adversidades salió del coche de caballos, y tratando de parecer natural se sacudió la falda con la elegancia de una reina. Que más de la mitad de las mujeres que se encontraban en el puerto llevaran las ropas mugrientas no fue motivo para que Madison pensara que esa actitud llamaría la atención, ni se percató que su porte altivo no era el indicado si quería pasar desapercibida.

No es que lo hiciera por soberbia al creerse superior a esas personas, sino que era algo natural en ella, al haber sido educada para mostrarse siempre

perfecta. Aun siendo una niña tuvo que proceder con dignidad, y fue educada de forma estricta por sus institutrices para moverse con elegancia, cuidar siempre su aspecto, y ser en todo momento una dama. Algo que llevaba tan marcado en su interior que lo hacía aun sin darse cuenta.

—Milady, trate de encorvar los hombros y mirar al suelo, o todo el mundo se dará cuenta de que usted es noble —le indicó Betty mientras le daba el maletín con sus pertenencias.

Asustada por si ya había sido descubierta obedeció inmediatamente a Betty, y con disimulo miró a su alrededor por si alguien la estaba observando. Para su alivio nadie pareció darse cuenta de que no era una simple muchacha sin sangre azul, aunque sí notó cómo algunos de los marineros que pasaban cerca de ella la miraban con descaro.

—Tenga cuidado milady y métase corriendo en el barco, este lugar no es seguro para una dama. Y menos si es tan bonita como usted —esto último lo dijo en voz baja para no preocuparla, al ver como crecía el interés de los hombres por ella.

Madison se sentía tan nerviosa que no pudo articular ni una sola palabra, y solo pudo despedirse con una ligera inclinación de cabeza. Para su asombro sus piernas de gelatina respondieron cuando empezó a caminar, y consiguió adentrarse en el muelle en busca del “Estrella de mar” mientras se cubría la cabeza con el chal.

A su alrededor el revuelo de transeúntes que iban en todas direcciones empezó a agobiarla, pero prefirió mil veces ese gentío a encontrarse frente al altar junto a su prometido.

Incluso si se paraba a pensarlo prefería estar en un sucio callejón como un gato vagabundo, antes que en su jaula de cristal donde él podría tenerla cuando quisiera. Un escalofrío le atravesó su menudo cuerpo, y decidió apartar de su mente todo pensamiento relacionado con ese hombre y su boda.

Los gritos de los marineros en cubierta y en tierra firme, las mujeres que pasaban descaradas por su lado junto con otras que agachaban la cabeza para pasar desapercibidas, pequeños niños que corrían a hacer encargos, como también hombres que iban apuntando las mercancías que llegaban o las que eran embarcadas, todo ello en conjunto, le hicieron ver que cuanto antes

encontrara el barco antes estaría a salvo.

Por desgracia había demasiados barcos amarrados y disponía de muy poco tiempo para encontrar el que buscaba. Desesperada empezó a caminar a paso ligero temiendo fallar cuando estaba tan cerca de conseguir el triunfo.

No le importó dar o recibir algún empujón, como tampoco pudo evitar escuchar decir a unos cuantos marineros algunos apelativos muy indignos para una dama. Solo cuando empezó a sentirse desesperada por el paso de los minutos decidió arriesgarse a ser descubierta, y se acercó a un anciano que estaba revisando unos barriles.

—Perdone señor, ¿podría ayudarme?

—Lo siento moza, ya soy muy viejo para una tan joven —soltó sin ni siquiera mirarla.

Madison no consiguió entender a qué se refería con ese comentario y trató de comprender sus palabras. Cuando vio que le sería imposible descubrirlo optó por pasarlo por alto y proseguir con su intento.

—Disculpe pero necesito su ayuda —insistió decidida.

Fue entonces cuando el anciano se volvió para observarla y pudo ver cómo sus ojos se abrían como platos.

—Disculpe señora, pensé que era... ya sabe... una de esas —le dijo mientras se quitaba su gorra de lana negra y la estrujaba entre sus manos.

Sabiendo que sería una pérdida de tiempo tratar de averiguar qué quería decirle el anciano, y con los nervios a punto de hacerle perder la compostura, Madison pasó por alto el comentario y decidió centrarse en su problema.

—Verá señor, estoy buscando un barco llamado Estrella de mar, pero no consigo dar con él. Si fuera tan amable de ayudarme se lo agradecería —dijo sin darse cuenta que su forma de hablar distaba mucho de parecerse al empleado por los asiduos al puerto.

—Bueno no sé de ninguno llamado así, pero si conozco al Estrella de oriente.

El rostro de Madison iba cambiando de color blanco al pálido más profundo conforme el hombre le hablaba, sin poder evitar que su corazón se

parara o acelerara según le informaba.

—¿Está usted seguro? —le preguntó sintiéndose cada vez más angustiada.

—Así es señora. Ese que busca no creo que esté en este puerto, pero del otro estoy tan seguro como que me llamo Billy el joven.

Madison observó al anciano cuyo nombre le llamó la atención, sobre todo cuando vio las arrugas de su piel, la falta de dientes, y su prominente calva, datos que le decían que si su nombre era Billy el joven, solo podía significar que ese hombre era un bromista o un mentiroso.

—Quizás tenga usted razón y con los nervios me haya confundido —repuso tratando de buscar una solución, pues, era poco probable que en un mismo puerto y en un mismo día, se encontraran dos barcos cuyos nombres fueran tan parecidos!

De pronto a Madison se le ocurrió una idea para saber si ese barco llamado “Estrella de oriente” era el que la esperaba para partir.

—¿Sabe usted si ese barco está dispuesto a zarpar esta misma mañana?

La cara del anciano se iluminó, pues estaba al corriente de todo lo relacionado con ese barco y podría ayudarla.

—El irlandés me dijo que estaban a punto de embarcar y por eso no podía alejarse a echar unos tragos. Al parecer están esperando a alguien elegante y tenían que tenerlo todo listo cuanto antes.

El suspiro de Madison fue tan profundo, que hubiera conseguido llenar las velas de una fragata al haber resuelto sus dudas.

—¿A dicho usted el irlandés? —preguntó esperanzada, pues ese nombre solo podía significar que se trataba del mismo barco que iba rumbo a Irlanda.

—Así es.

La mente de Madison empezó a funcionar hilando cada fibra de información hasta tener ante ella el mapa a seguir; un hombre llamado el irlandés, un barco a punto de partir; quizás rumbo a Irlanda, y que además estaba esperando a alguien importante para zarpar: Sin lugar a dudas acababa de encontrar su barco.

El problema estaba resuelto y Madison se sentía eufórica. Que se llamara “Estrella de oriente” y no “Estrella de mar” era lo de menos, pues lo achacaba a que quizás su tía Henrietta con los nervios; y su edad avanzada, se hubiera confundido con el nombre.

—¿Me podría indicar cuál de estos barcos es el Estrella de oriente?

—Ese mismo señora —le dijo Billy el joven mientras señalaba algo tras ella—. El más grande de los tres que tiene a su espalda.

Cuando Madison se giró y observó un espléndido barco su corazón volvió a latir, al darse cuenta de lo cerca que estaba de salirse con la suya. El frenesí de cubierta era caótico, pues un buen puñado de hombres andaba de un lado a otro con el propósito de dejar todo preparado para zarpar.

Observó que con tanto alboroto en cubierta le sería fácil subir sin llamar la atención, y dirigirse discretamente al camarote sin que nadie recayera en su presencia. Más decidida que nunca se despidió del anciano, y tras esconder su cara con el oscuro chal se dirigió derecha a la pasarela.

En esta ocasión la suerte estuvo de su lado, pues su pequeña figura pasó desapercibida ante los ocupados marineros. Sin perder ni un segundo, y sin detenerse a contemplar lo que sucedía a su alrededor subió la pasarela, y cruzó la cubierta con aire decidido en dirección a una escalera que bajaba hacia el interior del barco, y que debía conducir a los camarotes.

Solo unos ojos curiosos recayeron en ella, y el hombre que creyó ver algo extraño le dio un codazo a su compañero de trabajo para llamar su atención.

—¡Oye Harvey! ¿Has visto eso? —preguntó el marinero que la había visto a otro.

—¿El qué? —le dijo éste sin ni siquiera mirarle, pues estaba deseando acabar con el trabajo que les habían asignado.

—¡Pues lo que acaba de pasar por nuestro lado!

—Yo no he visto nada —le contestó mientras tiraba de un cabo sin prestarle atención.

—Pues te aseguro que yo si lo he visto —aseguró el marinero mientras observaba al desgarbado personaje bajar por la escalera que conducía a los

camarotes.

—¿Y qué se supone que has visto esta vez? —quiso saber el tal Harvey, el cual por primera vez se dignó a mirar a su compañero.

—¡Te aseguro que esta vez he visto algo! —Afirmó defendiéndose—. ¡Y juraría que era una mujer!

—¡Claro! Como la vez que juraste por la tumba de tu madre que habías visto a una sirena haciendo señales.

—¡Es que la vi! —soltó exasperado.

—O la vez que juraste por tus huesos que habías visto a unos piratas esconderse en las bodegas para robarnos las patatas —Harvey se le quedó mirando fijamente y con los brazos cruzados delante de su pecho, como muestra de desafío y a la espera de su respuesta.

—Quizás en esa ocasión me excedí un poco —confesó el marinero a la vez que volvía a mirar en dirección a las escaleras—. Pero te aseguro que esta vez te digo la verdad. Es una mujer y se acaba de esconder en los camarotes.

—¿Pues sabes lo que te digo? —le dijo Harvey sonriendo— Que si es cierto que ha subido una mujer no seré yo quien la desembarque.

—¡Pero...! —Empezó a decir el marinero.

—Claro está, siempre que no se esconda en la bodega para robarnos las patatas —y soltando una carcajada volvió a su trabajo dejando de prestar atención a su compañero, el cual se había quedado clavado en el suelo contemplándolo.

Sabía que había visto a alguien cruzando por su lado, pero pensándolo despacio decidió no decir nada a nadie por si se metía en problemas, o por si, como el caso de su amigo, no le creían. Una vez tomada la decisión siguió con sus obligaciones como si nada hubiera pasado, y en cuestión de cinco minutos consiguió olvidar lo que había visto.

Madison por su parte localizó sin dificultad los camarotes que se encontraban en el estrecho corredor, y tras llamar a la puerta sin obtener contestación, optó por entrar descubriendo que ese cuarto debía ser el destinado al capitán. Sin perder más tiempo se metió en el otro alojamiento

que había al lado, esperando que fuera el suyo y también estuviera vacío.

Por suerte así sucedió, y encontró un compartimento mucho más pequeño que el anterior justo como le había dicho su tía. Un hecho que le alegró el corazón, pues esto confirmaba que no se había equivocado y se encontraba en el barco correcto.

Tenía que admitir que era bastante pequeño teniendo en cuenta a lo que ella estaba acostumbrada, pero la verdad es que una vez dentro estaba tan contenta que cualquier cosa le hubiera parecido un palacio.

Sólo cuando se encontró a solas en ese reducido cuarto cayó en la cuenta de que estaba a punto de conseguir alejarse de Londres, y como le había aconsejado tía Henrietta, ahora lo único que tenía que hacer era permanecer escondida hasta que el barco zarpara rumbo a Irlanda.

Si tenía que ser sincera, sólo entonces se dio cuenta de lo cansada que se encontraba, pues durante días no había conseguido conciliar el sueño. Aun así primero decidió revisar el pequeño armario, y aunque vio en su interior algunas ropas de caballero, pensó que quizás el capitán usaba de vez en cuando ese segundo cuarto para guardar algunas de sus pertenencias.

Decidió que lo primero que haría en cuanto el barco se alejara de la costa era decorar un poco su camarote, y desalojar todo aquello que no consideraba útil, como por ejemplo los papeles que se hallaban sobre el escritorio. Sin lugar a dudas el encargado de la limpieza era de lo más descuidado, pero estaba segura que tras una pequeña reprimenda se esmeraría más en complacerla.

Bastante más calmada y soñando con descansar un rato, decidió ponerse más cómoda, despojándose de prácticamente la totalidad de sus ropas para recostarse unos minutos en la cama.

Con lo que no contó fue con que su cansancio fuera más intenso de lo que había esperado, y solo le bastó reposar la cabeza en la almohada para quedar profundamente dormida.

Ni el ruido del puerto, ni las voces de abordo, ni el movimiento del barco al zarpar consiguieron despertarla, y mientras el “Estrella de oriente” partía rumbo a su destino Madison soñaba complacida.



Quizás si no se hubiera confiado tanto de las palabras del anciano, o si hubiera buscado por el puerto más a fondo, e incluso si se hubiera asomado por la barandilla solo por un instante, hubiera descubierto que a cinco barcos de distancia se encontraba amarrado el barco que estaba buscando, es decir el “Estrella de mar”.

Y ahora, dormida en el barco equivocado, con un destino desconocido que pondría a prueba todo su plan, Madison se adentraba en la mayor aventura que jamás había vivido.

## Capítulo III

**A**ron Sheldon era un hombre hecho a sí mismo que había alcanzado el éxito gracias al duro trabajo y a su mente despierta. Con un espíritu emprendedor y un sexto sentido para los negocios, había conseguido en pocos años triplicar las sucursales de la pequeña sastrería de su abuelo, y sacar adelante una de las mayores y más productivas fábricas textiles de Inglaterra.

Pese a todos sus logros había un importante detalle que Aron no conseguía solventar, por más que lo llevaba intentando desde hacía años. Este anhelo consistía en ser admitido por la estricta aristocracia británica, la cual no perdonaba su humilde procedencia y el hecho de que su dinero fuera

producto del comercio.

Por mucho que su cuenta bancaria fuera más acaudalada que muchos de los miembros más destacados de la sociedad, nunca se le pasaría por alto el hecho de ser un simple plebeyo. Este detalle le había ocasionado desplantes y tratamientos denigrantes por parte de nobles que se creían superiores, cuando en realidad vivían sumidos en la pobreza y necesitaban del matrimonio para llenar sus bolsillos.

Por suerte Aron se dio cuenta de su error al querer ser alguien que en realidad nunca sería, y afortunadamente desistió de ser incluido en una sociedad tan hipócrita, donde solo los desesperados por su situación económica se acercaban a él ofreciéndoles a sus hijas casaderas.

El recuerdo de las innumerables ocasiones en las que estas jóvenes doncellas fueron ofrecidas a él como en un sacrificio le daba asco, y por ello hacía tiempo que había renunciado a contraer matrimonio con cualquier dama que tuviera una sola gota de sangre azul.

Es por ello que los dos últimos años se había alejado de la vida social de Londres, centrándose solo en su trabajo. A un lado habían quedado las invitaciones de conveniencia para conocer a rígidas comadronas y a sus asustadizas protegidas, que buscaban el interés de su cartera para salvar a sus arruinadas familias.

Aunque también tenía que reconocer que otras damas menos remilgadas le ofrecían sus juegos de coqueteo y seducción, al ver en él a un hombre deseable que les hacía temblar con su profunda mirada y su habilidad para complacerlas. Una diversión que a Aron le agradaba, pues dichas mujeres le ofrecían noches de placer sin compromisos mientras sus aburridos maridos le hacían desplantes.

Pero no toda la nobleza le daba la espalda al ver en él a un hombre de principios, que había salido adelante a través de su esfuerzo y su inteligencia. Entre esos caballeros se encontraba su socio y mejor amigo lord Brandbury, el cual se había convertido en una especie de hermano, y con el que compartía una forma de pensar progresista.

A Aron no le importaba que lord Brandbury fuera un conde procedente de una de las más distinguidas familias de Inglaterra, pues le conocía de

sobra y sabía que en su amigo no había nada del esnobismo que tanto abundaba en esa cáustica sociedad.

Era en honor a esa amistad que ahora se hallaba embarcado en el “Estrella de oriente”, agradecido de poder alejarse unos días de la rutina de Londres, aunque le resultaba tedioso permanecer tanto tiempo a bordo. Tenía por delante dos semanas de navegación hasta llegar a Nueva Orleans, donde descargarían sus más selectas telas procedentes de su fábrica de Londres, y volverían a llenar las bodegas de su barco con la última cosecha de algodón recién comprada.

Un negocio que les estaba haciendo cada vez más ricos, y que le daba la oportunidad de visitar América una vez al año para inspeccionarlo todo. Para Aron esas lejanas tierras le daban el privilegio de ser alguien importante, al ser considerado como un brillante joven inglés que contaba con la aprobación de una sociedad, que como él, se había enriquecido a través del comercio.

Subiendo por la pasarela, mientras a su alrededor todo parecía estar dispuesto para partir, Aron se dirigió al capitán para informarle de su presencia.

—¿Está todo preparado para zarpar capitán Davis? —preguntó Aron nada más colocarse junto a este.

Ambos hombres eran amigos desde hacía un año, cuando lord Brandbury y él ampliaron su negocio al comprar el “Estrella de oriente”.

—Todo dispuesto señor Sheldon. Solo lo estábamos esperando —contestó el capitán con formalidad, pues aunque eran amigos, convenía que delante de los marineros se mostrara cierto tratamiento respetuoso. De todas formas una vez en alta mar este tratamiento se relajaba un poco entre ellos, y más cuando se encontraban en privado.

—Timmy —llamó el capitán David a su grumete—, notifique al segundo de abordo que el señor Sheldon se encuentra a bordo.

—Sí señor —le contestó el joven de apenas doce años que acompañaba al capitán en cada viaje.

El capitán Davis lo había encontrado hacía cuatro años vagando por las calles de Nueva Orleans en busca de trabajo, y desde entonces se habían

vuelto inseparables. Su relación había conseguido ser más fuerte que la de un simple aprendiz ante su patrón, y desde aquel día el capitán se preocupaba de que tanto al muchacho como a su madre nunca les faltara nada.

Justo cuando el joven Timmy se disponía a cumplir con su encargo se dio cuenta de la presencia de Aron, y parándose el tiempo preciso para quitarse la gorra le dijo:

—Señor Sheldon es un placer volver a verlo.

—Lo mismo digo Timmy —confirmó Aron a la vez que inclinaba la cabeza a modo de saludo, consiguiendo con ello que Timmy se hinchara de orgullo al ser tratado con tanta deferencia.

Un segundo después Timmy salía corriendo en busca del señor Lowell, para informarle que tuviera todo preparado para soltar amarras.

Una vez a solas, si es que eso era posible en el interior de un barco atestado de hombres, Aron y el capitán Davis pudieron hablar con cierta privacidad.

—¿No ha habido problemas con la carga? —le preguntó al capitán.

—Ninguno. Las cajas han llegado a tiempo y han sido guardadas en la bodega junto a los víveres.

—Entonces será mejor que zarpeamos cuánto antes. Tengo ganas de acabar con este viaje, algo me dice que se avecinan problemas —le comentó mientras observaba con disgusto la gran actividad que había en cubierta.

El capitán sonrió, pues no era la primera vez que Aron ponía mala cara ante la perspectiva de pasar un par de semanas encerrado en un barco, ya que ese era el tiempo que normalmente se tardaba en cruzar el océano atlántico.

—Si tanto te desagrada, ¿Por qué no convences a tu socio para que ocupe tu lugar?

—Parece mentira que me digas algo así cuando conoces perfectamente a Braxton. Sería más fácil abrir en dos el mar que separarle de su esposa.

La carcajada del capitán hizo que varios hombres levantaran la cabeza para mirarle y también sonrieran.

El capitán Henry Davis era un caballero justo y respetuoso que trataba a

todos con educación, aunque también era exigente en el cumplimiento de las normas. Por ello contaba con el respeto de sus hombres y con la amistad de Aron y Braxton.

—Algún día tú también te casarás y tendréis que llegar a un acuerdo. Y entonces echarás de menos los largos días de aburrimiento que pasabas en el barco —siguió diciendo en voz baja para mantener la conversación en privado.

—Para eso haría falta que se produjera un milagro, ya que no tengo ninguna intención de contraer matrimonio. Lo que significa que seguiré bostezando en este maravilloso barco por mucho tiempo —repuso categórico Aron.

—Eso lo dices ahora porque aún no has conocido a la mujer adecuada, pero todo cambiará cuando descubras a una dama que te robe el corazón —le aseguró el capitán mientras le miraba con malicia.

—¡Y yo que creía que los capitanes de barco tenían el corazón tan rudo como una piedra! —le soltó divertido dándole una palmadita en la espalda— ¡¿Qué pensarían tus hombres si te escucharan decir algo así?!

—Tu ríete, pero ya encontrarás a tu sirena y entonces seré yo quien me ría. ¡Te lo digo por experiencia! —le contestó el capitán Davis tratando de sonar solemne.

—Te dejo capitán, antes de que empieces a sonar como a una de esas viejas casamenteras —le dijo mientras le guiñaba un ojo con descaro para provocarle.

Era frecuente ver bromear a Aron entre sus amigos y familiares, al tratarse de una persona alegre y dado a las bromas. Algo que nadie creería al verle siempre tan serio y formal en los negocios.

Aron se dio la vuelta para marcharse, y cuando ya estaba a unos pasos de distancia se volvió para decirle:

—Por cierto, me ha dicho un pajarito que vas a ser padre.

La estúpida sonrisa que se formó en el rostro del capitán le confirmó la noticia.

—Así es, seguro que Susan tendrá una buena tripa cuando lleguemos a Nueva Orleans —le informó orgulloso.

—Pues será mejor que no te oiga decir que está engordando si quieres seguir teniendo esposa —le aseguró Aron riendo, al ver cómo la sonrisa del capitán se desvanecía.

—¿Acaso crees que soy tan estúpido? Ese comentario no debe salir jamás de aquí si no quiero poner en peligro mi hombría.

Las carcajadas de los marineros que estaban cerca le indicaron que les habían escuchado, pues resultaba imposible mantener una conversación íntima en un espacio tan reducido y con tantos oídos siempre alerta.

Con su peculiar forma de andar decidida, Aron se alejó de su amigo, el cual empezó a dar las órdenes necesarias para partir de inmediato. Conociendo la rutina que se seguía cada vez que zarpaban se dirigió al puente de mando, desde donde podría ver toda la maniobra de hacerse a la mar sin molestar a nadie.

La sensación de alejarse por el Támesis a bordo de ese majestuoso barco era lo que más le gustaba de toda la travesía, pues le hacía sentir cientos de mariposas en su estómago. Aun recordaba la primera vez que se embarcó rumbo a Nueva Orleans, y esa excitación de saber que estaba a punto de iniciarse en una aventura. Era algo emocionante que revivía cada vez que zarpaban, aunque desafortunadamente no podía compartirlo con nadie al contemplarlo siempre en solitario.

Por desgracia ese arrebató tan turbador moría pronto, pues la rutina del barco mataba todo ápice de entusiasmo. De hecho, solo era necesario pasar un par de días navegando para caer en el más aburrido automatismo, convirtiendo el placer de navegar en algo insulso.

Y así, con la mirada fija al frente, observó cómo se alejaban cada vez más del puerto de Southampton, transformando todo a su alrededor en agua.

—Por lo menos no tendré que soportar por unas semanas a esas pequeñas damitas cabezas huecas, y a sus insistentes madres —susurró al viento, pues pensaba tomarse ese viaje como un merecido descanso.

Estaba cansado de ser perseguido solo por su dinero y cada vez aborrecía

con más insistencia a esas nobles que lo acechaban para tenerlo como esposo, y así darle a su empobrecido padre un acceso directo a su caja fuerte.

Por desgracia no solo algunas damas empobrecidas de la alta sociedad le acosaban, pues para su desgracia desde hacía unos meses estaba siendo asediado por la señorita Stella.

Dicha dama procedía de una familia adinerada, que como él, había conseguido su dinero gracias al comercio, y se había propuesto cazarlo como marido. Era desalentador verla aparecer por sus oficinas cada pocos días, con la excusa de estar haciendo algún recado por las cercanías.

No es que fuera una muchacha fea, ni mucho menos, pues poseía la belleza de una escultura griega, pero con los gestos y los modales de una verdulera. El problema era que a Aron no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer, o que le agobiara con una relación que no deseaba. Admiraba la elegancia en una mujer, así como la inteligencia, algo que la señorita Stella solo utilizaba para comprometerlo en situaciones indecorosas.

Como era de suponer a Aron no le agradaba la persecución de esa mujer, y en esta ocasión el viaje a América le había ayudado para librarse de ella.

—Querido señor Sheldon, debe usted venir a tomar el té mañana mismo a mi casa, de lo contrario mi padre nunca me perdonará que no tome usted un descanso después de tanto trabajo —recordaba Aron la conversación de la señorita Stella del día anterior.

—Lamento mucho tener que denegar su invitación pero...

—Nada de peros señor Sheldon, tiene usted que venir o iré yo misma a buscarlo —Aron no pudo evitar alzar la ceja incrédulo, pues sólo le faltaba que fuera capaz de hacer algo así.

—¿No estará hablando en serio?! —le preguntó incrédulo ante los avances no deseados de esa mujer.

—Por supuesto, Usted necesita que alguien lo cuide y puede estar seguro que yo estoy dispuesta a asumir ese compromiso —afirmó mientras le sonreía, y por primera vez en muchos años Aron sintió verdadero pánico.

Fue tal su sorpresa ante esta declaración que no pudo contestar a la muchacha, y ésta se marchó creyendo que había conseguido su asentimiento

ante la invitación. Por supuesto Aron no pudo informarle que al día siguiente partía rumbo a América, y que pasaría fuera por lo menos un mes. Quizás más tiempo, para conseguir que la señorita Stella se cansara de él y buscara a otro candidato para su jaula.

Solo de pensar en el berrinche que en ese momento estaría sufriendo le hizo recobrar su buen humor, y decidido a olvidar a las mujeres mientras durara el viaje se dispuso a bajar a su camarote. Un lugar donde le esperaba el tedio y largas noches de soledad, pero también le daba la certeza de no ser molestado por estúpidas risitas y ridículas caídas de ojos.

Con un humor cada vez más recuperado se acercó a su compartimiento, con la esperanza de cambiar su elegante traje por una simple camisa y pantalones. Un vestuario mucho más adecuado para pasar largas horas en un barco rodeado de rudos marineros, y sin una dama que pusiera mala cara por su apariencia.

No tardó mucho en encontrarse ante las puertas del pequeño cuarto que utilizaría durante esos días, y sin necesidad de llamar sabiendo que solo él lo ocupaba entró resuelto.

Al principio no observó nada extraño, ya que algo colgaba de la única escotilla de la habitación, y por ello la escasa luz que dejaba traspasar no era la suficiente para ver con claridad. No tuvo más remedio que dirigirse a ella con cuidado de no tropezar, y quitar ese trozo de tela que obstaculizaba la entrada de los rayos del sol.

Lo que nunca pudo imaginar, es que cuando por fin la luz iluminó la tela que aun sostenía entre sus manos ésta resultara ser una enagua. Como si se tratara de una brasa que quemara, Aron la tiró inmediatamente al suelo, observándola con el mismo asombro como si fuera un monstruo de dos cabezas.

Fue tal su sorpresa que por unos segundos su mente se quedó en blanco, y no se le ocurrió ninguna excusa por la cual una prenda femenina tan íntima estuviera en su camarote haciendo de cortina.

Tras unos segundos contemplando la enagua decidió que lo más seguro era que fuera una broma de los marineros, y por ello no debía darle la mayor importancia. Al fin y al cabo ya llevaba unas cuantas travesías con ellos, y



empezaba a haber cierta camaradería.

Sonriendo por la supuesta inocentada Aron se dispuso a empezar a cambiarse de ropa, con la esperanza de que durante el trayecto no tuviera que encontrarse con más sorpresas como esa.

Con ganas de deshacerse del traje se quitó la chaqueta, la cual dejó sobre la silla que se hallaba frente a su mesa de trabajo. Después, con movimientos lentos se deshizo del corbatín y el chaleco bordado, dejando para el final el desabrocharse los botones de su blanca camisa.

Fue tras quitársela cuando algo sucedió que lo dejó petrificado, con la prenda aun sujetándola entre las manos. Y es que justo en ese momento escuchó un ruido parecido al mugido de una vaca, que lo puso sobre aviso y con los pelos de punta.

—¡No puede ser! —exclamó asustado, mientras miraba a su alrededor buscando al animal que había hecho semejante sonido.

Fue solo entonces cuando observó un pequeño bulto en la cama que estaba tapado por una sábana. La cosa que estaba ocupando su catre debía de ser algo pequeño, peludo y negro, ya que solo podía ver con claridad una porción de pelo negro que se asomaba por debajo de la tela.

Con cuidado de no asustar al animal se acercó despacio, sin tener ni la más remota idea de lo que podía tratarse. La primera opción que se le ocurrió fue pensar que se trataba de Maco, el mono del cocinero, pero lo conocía muy bien y sabía que éste no tenía el pelaje oscuro; sino marrón, sin olvidar que era mucho más pequeño. Además que él supiera los macacos de África no mugían como las vacas.

No tuvo que esperar mucho tiempo para descubrir qué clase de animal era, pues justo cuando estaba a punto de destapararlo con cuidado para que no se le tirara a la cara, éste se movió dejando bien claro de lo qué se trataba.

La impresión que le dio lo dejó mudo, y sin saber qué hacer con su cuerpo y sus manos. Solo entonces se dio cuenta que había estado aferrando con fuerza su camisa, la cual a estas alturas estaba inservible de lo arrugada que la había dejado.

Tirando la prenda a una esquina con descuido siguió contemplando a la

muchacha que había aparecido en su cama, pues le era imposible apartar la mirada de su rostro. Por unos instantes cientos de ideas se le pasaron por la cabeza, pero sobre todo agradeció al cielo que no se tratara de Stella. De haber sido así no estaba seguro de lo que hubiera hecho, ya que aguantar dos semanas encerrado con ella en un barco hubiera sido igual de espantoso que soportar una eternidad en el infierno.

Sin poder remediarlo soltó un suspiro de alivio, y continuó observando a la mujer que dormía plácidamente. Tenía que reconocer que verla dormir le causaba un hormigueo por las piernas; y en otras partes del cuerpo que un caballero no debería mencionar. Por ello, trató de apartar de su cabeza cierta clase de imágenes tórridas de él con la desconocida, y se concentró en buscar opciones lógicas de quien podía ser ella y qué estaba haciendo en su camarote.

La primera idea que se le ocurrió fue que era una meretriz regalo de algún mequetrefe que se creía su amigo, y quería hacer que su travesía fuera más interesante. Una solución que a cierta parte rebelde de su cuerpo le agradó.

Su segundo pensamiento fue que se trataba de una polizone, la cual se había subido al barco huyendo de alguien o algo, o con el propósito de viajar a América gratis al conocer el destino del barco. Un hecho que al parecer era frecuente en esos tiempos, cuando la pobreza obligaba a buscar soluciones drásticas. Aunque debía reconocer que no tenía la apariencia de una indigente.

Cuando la mujer volvió a moverse, y a soltar alguna especie de vocablo sin sentido, él se dio cuenta de lo inapropiado de la situación, pues no quería que sobre él recayera la culpa de ese exceso de carga. Al fin y al cabo desconocía el plan de la joven para quedarse en el barco, y solo le faltaba que le acusaran de secuestro, abuso, o sabe Dios que más atrocidades al encontrarse los dos a solas en el camarote.

De repente otra idea se le cruzó por la cabeza, y toda su buena predisposición desapareció. Había una posibilidad lógica de que esa mujer; pues se negaba a catalogarla como dama, se hubiera metido en su habitación para ponerlo en un compromiso, y así obligarlo a contraer matrimonio.

Una furia desmesurada empezó a apoderarse de él, pues conocía la existencia de esos trucos rastrosos que algunas damas utilizaban para cazar un rico marido. Pero si esa muchacha quería atraparlo estaba equivocada, pues nadie era más listo que Aron Sheldon.

Decidido a poner punto final a esa situación se dio media vuelta, y con paso ligero salió de la habitación dando un portazo. Si esa damita quería jugar sucio él estaba dispuesto al desafío, pero antes tendría que explicarle delante del capitán, y cuantos quisieran escucharla, qué estaba haciendo durmiendo en su cama.

El ruido de la puerta al cerrarse de golpe despertó a Madison, la cual levantó la cabeza para asegurarse de lo que había oído entre sueños. Habría jurado haber escuchado cómo cerraban de golpe su puerta, pero tras revisar el camarote se dio cuenta de que debió de ser una falsa alarma.

En la habitación todo seguía estando en su sitio, excepto la enagua que se había vuelto a caer de la escotilla y hacía que una espantosa luz cubriera el camarote. Comprobó que seguía estando sola en la reducida recámara, y decidió que los nervios de la fuga aun la estaban haciendo sentir intranquila y por eso creía escuchar cosas que no habían pasado.

Medio dormida, y resistiéndose a volver a colocar su prenda íntima en la diminuta abertura se dio la vuelta, y se tapó por entera con la sábana dispuesta a seguir durmiendo un ratito más. De esa manera le daría más tiempo al barco para zarpar y alejarse, y ella estaría más segura. Además tendría tiempo de sobra para presentarse ante el capitán, y que éste galantemente le invitara a conocer el barco.

Con ese pensamiento Madison se volvió a quedar dormida, sin percatarse del revuelo que se estaba formando en cubierta por su culpa.

## Capítulo IV

—¡Le digo Davis que hay una mujer en el camarote! —volvió a repetirle Aron cada vez más alterado.

El capitán había visto aparecer en cubierta a su amigo con la misma expresión que un toro embravecido, y supo con toda certeza que se acercaban problemas.

Desde que conocía a Aron lo había visto muy pocas veces inquieto, y en todas esas ocasiones el motivo implicaba a una mujer. Por eso le resultó tan extraño verlo aparecer tan enfadado, y le costó entender lo que su amigo trataba de explicarle.

—¿Estás seguro? —no pudo evitar preguntar.

—Puedo garantizarte que sé reconocer a una mujer nada más verla. Y lo que hay en mi cama es sin lugar a dudas una mujer —le aseguró categórico y cada vez más irritado.

—Está bien te creo, y ahora si dejas de gritar—le dijo tratando de que bajara el tono de voz—, voy a tratar de descubrir este misterio. ¡Timmy! —llamó al grumete, pues su tarea en el puerto había sido vigilar que nadie ajeno a la tripulación subiera al barco.

—¿Sí capitán? —le preguntó éste al llegar a su lado.

—Timmy, voy a hacerte una pregunta y quiero que seas lo más discreto posible, ¿entendido? —el grumete simplemente asintió.

—¿Has visto embarcar a un pasajero en algún momento de la mañana?

—No capitán. Y puedo asegurarle que no he dejado mi puesto.

—¿Estás seguro Timmy? —inquirió Aron pues sabía que en algún momento el muchacho se descuidó mientras la mujer aprovechaba para embarcar.

—Por supuesto señor Sheldon —le respondió irguiéndose un poco más. Después, como si de pronto se acordara de algo, empezó a encorvar los hombros y a ponerse colorado—, excepto cuando Morrison me pidió que le ayudara a guardar unos barriles en la bodega.

El capitán y Aron se miraron, y sin necesidad de usar palabras ambos supieron que ese instante sin vigilancia en la pasarela, fue el que aprovechó la polizón para embarcar.

—Lo lamento capitán. Si por mi culpa se ha colado algún golfillo

callejero, le aseguro que me encargaré personalmente de darle una buena tunda y hacerlo trabajar sin descanso.

—¡Eso no me lo pierdo! —soltó Aron por lo bajo aunque el capitán no tuvo ningún problema para escucharle y le respondió con un carraspeo.

—Está bien Timmy, ya hablaremos de este asunto más adelante. Ahora vuelve a tus obligaciones.

—Si capitán —le contestó éste sintiéndose mal por haber fallado al hombre que tanto admiraba.

Cuando Timmy se hubo alejado unos metros Aron volvió a insistir con su problema.

—Ahora sabemos que esa mujer pudo subir al barco sin ser vista, aunque eso no explica por qué está durmiendo en mi cama.

—Lo sé, pero es necesario ir con calma en este asunto. Tenemos que averiguar qué clase de mujer es tu polizón, antes de que se entere la tripulación.

—¡No es mi polizón! —Bramó Aron e inmediatamente se vio reprendido por la mirada del capitán recordándole que no gritara.

—Cómo iba diciendo. Si es una dama no creo que nos ocasione muchos inconvenientes, pero si es una ramera del puerto... los marineros pueden llegar a pedir sus favores y podríamos tener revueltas.

—Estoy de acuerdo contigo. Aunque si se trata de una dama debe de estar desesperada para arriesgarse a perder su reputación. Y eso amigo mío, también puede traernos graves problemas.

El capitán sonrió pues sabía que la idea de tener una mujer a bordo no complacía a Aron. Aunque debía de admitir que a él tampoco le gustaba la idea de llevar a una desconocida en el barco. No es que fuera algo fuera de lo común, pues muchos capitanes embarcaban a sus esposas con ellos y nunca se les faltaba el respeto, pero llevar a una mujer sin acompañante y sin saber qué clase de educación tenía, podía resultar un tema delicado para la convivencia de los tripulantes.

—¿No has visto algo que indique su procedencia? De esa manera

sabremos cómo tratarla cuando estemos ante ella.

—Estaba cubierta por la manta hasta la coronilla, por lo que no he podido verle la cara. Además, la única prenda de vestir que le he visto, fue su enagua colgada de la escotilla a modo de cortina.

Las cejas del capitán se alzaron al escucharle, y trató de no sonreír al imaginarse la cara que debió poner Aron al verlo.

—Por lo menos sabemos que es una mujer de recursos.

—Pues a mí no me agrada que vaya dejando su ropa interior por todas partes.

—Tranquilo Aron, esa mujer no tiene por qué estar aquí por algo relacionado contigo —afirmó pues sabía que esa posibilidad era la que más angustiaba a su amigo.

—Perdona si desconfío, pero hasta que no sepa quién es y qué hace aquí seguiré pensando lo peor de ella.

El capitán se dio cuenta que cada vez la tripulación se mostraba más inquieta y los miraba con curiosidad. Sabía que algunos de los marineros habían escuchado palabras sueltas que Aron había gritado, y estaba seguro que entre ellos estaban empezando a especular qué era lo que estaba sucediendo.

—Está bien Aron, vayamos a verla antes de que se nos adelante algún curioso, o tu bella durmiente se despierte y aparezca en cubierta.

—¡No es...! —Pero optó por callarse antes de decir algo de lo que luego se arrepentiría—. Aunque hay un asunto que debo dejar claro antes de ir a verla.

El capitán se le quedó mirando en silencio, esperando el comentario de Aron, mientras éste le observaba muy serio.

—No me hago responsable de esa mujer sea quien sea.

—Me temo señor Sheldon que eso es imposible al ser usted dueño del barco. Y le recuerdo que como tal, es el responsable de todo lo que hay en él.

— ¡Yo no soy responsable de esa mujer!

La mirada de reproche que Davis le ofreció al haber gritado no consiguió impresionar a Aron, el cual seguía desafiante ante él con el torso al descubierto, el cabello negro suelto movido por el aire y los brazos colocados en jarras. Si no fuera porque le conocía de sobra, en ese momento el capitán hubiera jurado que Aron en realidad era un pirata que se había apoderado de su barco.

—Y le aseguro que si deja bajo mi cuidado a esa damita, le garantizo que al menor problema la tiro por la borda.

—En ese caso señor Sheldon la muchacha queda bajo mi responsabilidad, pero le advierto que no toleraré que se contradiga ni una sola de mis órdenes.

—Por mí no tema, ya que no quiero saber nada de esa mujer.

En ese momento la mirada oscura de Aron se volvió más intensa y desafiante, hasta llegar al punto de hacer que el capitán temiera por el bienestar de esa indefensa polizón. Estaba seguro que entre Aron y la dama la travesía sería de todo menos tranquila, y empezó a rezar a los cielos para llegar cuanto antes a su destino.

—Entonces no perdamos más tiempo —le dijo el capitán a la vez que le indicaba que comenzara a andar hacia su camarote—. Señor Lowell, queda al mando mientras trato un asunto con el señor Sheldon.

—Si capitán —escuchó decir a sus espaldas al susodicho, confirmando que la conversación había contado con más oídos de los aconsejados.

Sin más por decir, y con una curiosidad cada vez más acuciante, el capitán y Aron se dirigieron al camarote de este. Lo que no pudieron evitar fue que un puñado de hombres les siguieran, pues curiosamente en ese preciso instante todos ellos necesitaban ir hacia esa misma parte del majestuoso barco.

En cuestión de medio minuto la comitiva de hombres llegó a las puertas del camarote, y sólo cuando el capitán se volvió con su expresión más seria, los marineros se dieron la vuelta para tratar de disimular que les seguían.

—No me importa que haya testigos pues no escondo nada —aseveró Aron ya que no quería que se le acusara de ser él quien había embarcado a la

mujer.

—Ya sé que no escondes nada, además eres el dueño del barco y estás en tu derecho de invitar a quien quieras —en ese momento Aron hizo amago de decirle algo, pero el capitán lo acalló elevando su mano—. Pero el hecho de estar en tu camarote te puede traer problemas.

— ¡Crees que no lo sé! —le susurró.

—Por eso quiero tratarlo con discreción, además no nos conviene tener testigos hasta que hablemos con ella —le contestó también entre susurros.

Aron suspiró y se pasó las manos por el cabello tratando de serenarse.

—Davis, sé que eres una buena persona y por eso tu mente no piensa con maldad pero, ¿puedes decirme cómo piensas esconder a esa mujer hasta que creas oportuno presentarla? No importa su procedencia o si yo la embarque o no, el hecho es que está en mi camarote y todos a bordo se acabarán enterando antes de media hora.

Los ojos como platos del capitán junto con su boca abierta le dieron la respuesta a Aron, que sabía que el capitán era un excelente marino pero un pésimo estratega.

—Eso mismo pensé yo —le comunicó Aron con ironía, pues sabía que se encontraban ante un grave problema y el peor parado podría ser él.

Sin más que decir se colocó ante la puerta y decidido la abrió. No hizo falta que girara la cabeza para saber si el capitán Davis le seguía, ni tampoco tuvo que mirar para asegurarse que también se habían acercado para cotillear unos cuantos marineros.

Ante su lecho, medio desnudo, y con un enfado que iba cada vez en aumento, Aron señaló a la cama y gritó:

—¡Lo ve, es una mujer y...!

Un grito atronador resonó por el camarote extendiéndose por el barco como si fuera un rayo, dejando a todos los presentes clavados en sus sitios. Durante unos segundos, hasta el viento pareció reacio a moverse, y quedó bien claro que a bordo había una mujer con la voz digna de una soprano.

Fue tan ensordecedor el sonido que incluso consiguió ocultar las últimas



palabras de Aron, el cual, no pudo preguntar a la polizón qué estaba haciendo en el barco. Aunque tampoco hubiera podido hacerlo al contemplarla, pues cuando ésta se incorporó sentándose en la cama, Aron pudo observar que se había acomodado para dormir desabrochándose los primeros botones de su blusa. Lo supo nada más verla, pues era evidente la turgente piel blanca que había quedado al descubierto, y en esos momentos lo tenía encandilado.

La mujer debió de darse cuenta de la mirada de Aron sobre sus pechos, pues la intensidad del grito aumentó, si es que eso era posible, y con una rapidez asombrosa se cubrió con la sábana hasta la barbilla.

Pero lo que nadie esperó fue que el caos tomara el mando en el camarote, ya que la mujer no paraba de gritar mientras los hombres se acercaban para contemplarla asombrados. Fueron tantos los marineros que se asomaron a curiosear, que incluso cuando el capitán consiguió reaccionar y se dispuso a cerrar la puerta, éstos impedían que ésta se cerrase.

Aunque lo más curioso de todo fue ver a Aron parado delante de la muchacha con los brazos cruzados, mientras la contemplaba fijamente y con una sonrisa socarrona en su rostro.

A esas alturas no había ninguna duda de la existencia de la mujer en el barco, como tampoco fue una sorpresa que tras ver a la dama al señor Sheldon ya no le importara compartir con ella su camarote.

Y mientras el barco se alejaba por el océano atlántico rumbo a América, la pobre lady Madison se preguntaba en qué clase de problema se había metido en esta ocasión. Sobre todo teniendo en cuenta el hecho de estar rodeada de curiosos marineros que la miraban atónitos, y de ese hombre semidesnudo que la contemplaba con tanto descaro.

Sin lugar a dudas se había vuelto a meter en un buen lío, y por primera vez desde que embarcó, se preguntó si el “Estrella de oriente” era en realidad el barco que tenía que tomar rumbo a Irlanda.

## Capítulo V

Aunque había pasado media hora desde que Madison despertó sobresaltada en su camarote, aún no había podido dejar de temblar.

Debía reconocer que se había incorporado asustada, pero sin lugar a dudas lo que más la alteró fue contemplar la oscura mirada del individuo que se hallaba semidesnudo ante ella. En una fracción de segundos por su cabeza pasó toda clase de imágenes inmorales entre ese hombre y ella, acabando éstas cuando se dió cuenta del lugar donde el desvergonzado había posado sus ojos.

Por suerte para ella, el afable capitán Davis intervino a tiempo, y tuvo la decencia de pedir disculpas y llevarse a rastras a ese hombre sin escrúpulos. Por desgracia antes de quedarse sola en el cuarto tuvo que aguantar que ese sujeto se negara a marcharse, alegando que ese cuarto era suyo mientras le sonreía sin reservas y le lanzaba miradas licenciosas a su escote.

Y ahora, tras serenarse un poco y arreglarse la ropa correctamente, Madison se encontraba frente a la puerta del camarote del capitán esperando para ser recibida y dar explicaciones.

Debía reconocer que el capitán había sido muy amable al haberle enviado una nota junto a un muchacho, invitándola a reunirse con él y el dueño del barco para aclararlo todo. Sólo esperaba que ese hombre tan descarado no estuviera en la reunión, pues no estaba segura de cómo reaccionarían sus piernas si lo viera de nuevo.

Suspirando para darse ánimos, Madison se tocó el cabello para comprobar que estaba perfecto, y alzando la cabeza, decidida, llamó a la puerta.

—Señorita, me alegro de verla tan repuesta —le comunicó el capitán nada más abrirle la puerta.

—Gracias capitán.

—Por favor pase —le dijo éste y durante unos segundos ella dudó, pues recordaba que una dama nunca debe quedarse en un cuarto con un caballero a solas, y menos si éste era un desconocido y si además era su camarote.

El capitán debió notar su desconcierto pues le dedicó una gentil sonrisa, y le abrió más la puerta para animarla a entrar.

—No debe usted temer de nosotros señorita, pues puedo asegurarle que somos unos caballeros.

Justo en ese momento Madison escuchó resoplar a un hombre en el interior del camarote, y tras dar varios pasos para entrar pudo comprobar que ese individuo era el mismo que anteriormente la había mirado con tanto descaro.

Por unos instantes Madison dudó si seguir adelante, pero decidió que no se dejaría amedrentar por ese hombre, y más cuando se encontraba en alta mar rodeada de desconocidos.

—No le haga caso al señor Sheldon, navegar por alta mar siempre le causa un extraño efecto.

—¿Y cómo llamaría usted a ese extraño efecto? —le preguntó Madison al capitán mientras miraba al otro hombre y le dedicaba una ligera sonrisa.

—¿Estupidez? —le insinuó el capitán a Sheldon al mismo tiempo que le alzaba una ceja para que dejara de mirar fijamente a la señorita y se comportara como era debido.

—Yo diría que me vuelvo servicial —le contestó a Madison sin apartar la vista de ella, y dejando el rincón del cuarto para acercarse a ellos con andares felinos.

—Señor Sheldon, sus modales —le recordó el capitán al ver que éste empezaba a flirtear con la dama con descaro.

El capitán no tardó en percibir el interés de Aron por la muchacha, y le comenzó a preocupar cómo podía acabar el asunto. Era evidente la juventud de la mujer y su falta de experiencia en la vida, pues se notaba su retraimiento al estar ante desconocidos. Todo ello la volvía más vulnerable ante los encantos de Aron, por lo que sabía que estaría a la merced de éste si se proponía seducirla.

También tenía que admitir que la fascinación de Aron por la dama lo había dejado perplejo, pues Aron siempre se vanagloriaba de no caer rendido ante una cara bonita o un cuerpo curvilíneo. Unos atributos que evidentemente ella poseía, pues él mismo se vio sorprendido por su belleza.

Sabiendo que su deber como capitán era protegerla, decidió olvidar a Aron y centrarse en atender a la dama.

—Permítame que antes de hacer las presentaciones le muestre nuestra hospitalidad —y mirando a Madison le cedió su brazo, para después guiarla hasta la cabecera de la mesa donde ella se sentó.

Justo en ese momento llamaron a la puerta y el capitán se vio obligado a apartarse de su lado.

—Perdóneme señorita —le dijo respetuoso para después atender a la llamada.

Durante unos segundos ambos quedaron a solas en el cuarto, y Aron no pudo evitar acercarse a Madison para mirarla más de cerca. Tenía que reconocer que era una mujer preciosa, pues sus cabellos negros como la noche, su piel de porcelana y sus ojos verdes le daban a su rostro una belleza exquisita. Pero había además algo en ella que le atraía y no lograba descubrir de qué se trataba, pues nunca antes lo había notado en otra mujer.

Quizás su miraba dulce e inteligente, o su pose altiva que contrarrestaba con el ligero temblor de su cuerpo, le daban ese halo especial que tanto le atraía. Sin lugar a dudas esa mujer era todo un misterio, y él estaba dispuesto a resolverlo mientras durara la travesía.

Por otro lado Madison no podía dejar de temblar ante ese desconocido, aunque se negaba a que viera lo asustada que se sentía. No es que creyera que pudiera dañarla o aprovecharse de ella, sino que más bien era un miedo a mirar a ese hombre a los ojos por temor a lo que podría encontrar en ellos.

Durante toda su vida había soñado con su príncipe azul perfecto, y a éste siempre lo había imaginado galante, refinado, noble, esbelto, rubio y de ojos azules. Es decir, la viva imagen del capitán. Sin embargo, delante de ese hombre tan diferente a lo que había idealizado, se sentía completamente cautivada por él.

Todo en él le resultaba atractivo y desconocido, causando en ella un efecto que le asustaba, pues sabía que caer ante los deseos que él le producía le sería sencillo, al sentirse tan vulnerable ante su presencia.

Con ambos sumidos en sus propios pensamientos no se percataron de la llegada al cuarto del capitán, y este tuvo que carraspear para llamar su atención.

—Perdone que la haya dejado a solas con el señor Sheldon, pero necesitaban de mis servicios —Madison le sonrió a modo de contestación y el capitán comenzó con las presentaciones—. Como le comuniqué en la nota, soy el capitán Henry Davis, y el caballero que se encuentra con nosotros es el propietario del Estrella de oriente, el señor Aron Sheldon.

Aron se inclinó cuando fue presentado mostrando así sus respetos, para después volver a quedarse firme frente a ella. Si bien el camarote no era muy espacioso, era evidente para todos que con cada minuto que pasaba éste resultaba cada vez más pequeño.

Madison sabía que ambos hombres sentían curiosidad por saber quién era ella y que hacía en el barco, pero no se sentía segura todavía de mostrar su rango ante ellos. Sabía por experiencia que la gente se comportaba de forma diferente cuando se enteraban que procedía de la aristocracia, y por eso prefería esperar hasta saber más de la forma de ser de ambos caballeros.

Sobre todo para estar segura que la creyeran cuando les contara toda la verdad, y sobre todo este terrible error que había cometido al confundirse de barco. Pues si de algo estaba segura, era de que se había equivocado al subir a ese navío.

—Si fuera usted tan amable de decirnos su nombre y contarnos cómo llegó a embarcar en nuestro barco, tal vez podríamos aclarar el malentendido y seguir con nuestros quehaceres —le dijo el capitán de forma afectuosa.

—Por supuesto capitán, no quiero importunarles más de lo estrictamente necesario —le respondió, percatándose que no podría esconder su nombre por mucho más tiempo, aunque aún podía raspar unos minutos para averiguar cómo reaccionarían ante su historia, y así saber si la apoyarían o no.

—Me temo que he embarcado en su precioso barco por un error.

—Creo que ese punto lo tenemos claro —repuso Aron cada vez más deseoso de que las explicaciones acabasen para sentarse a solas con la dama y empezar a conocerla más íntimamente.

—Yo...debo confesarles que me encuentro en un aprieto y por ello me aventuré en su barco, de otra manera jamás me hubiera atrevido a hacer algo semejante.

—Sin lugar a dudas es usted una dama, y estoy seguro que su situación comprometedora debe ser de peso —le dijo el capitán mientras se sentaba a su lado.

El tirón en el estómago que Aron sintió al ver cómo el capitán se situaba cerca de ella no le agradó en absoluto, y no pudo evitar acercarse a ellos para colocarse justo al otro lado de Madison. De esa manera el capitán quedaba frente a él, y éste, extrañado por su comportamiento le alzó una ceja a modo de pregunta silenciosa que Aron decidió ignorar.

—Y díganos señorita, ¿de que huía exactamente? —le preguntó Aron mientras se servía una copa de coñac de la mesa y le entregaba otra al capitán.

—Pues verán... —y sintiendo vergüenza por lo que iba a revelar, pues sabía que la mirarían con recelo, les dijo en voz baja—: de mi boda.

El capitán Davis no pudo evitar ponerse a toser al haberse atragantado con el trago de coñac, y Aron se quedó paralizado con la copa a punto de rozar sus labios.

—¿Perdón, cómo ha dicho? —le volvió a preguntar Aron.

—Verá yo... me escapé de la iglesia por una de las ventanas traseras y vine al puerto lo más rápidamente que pude para subir a un barco —confesó sin atreverse a mirarles por temor a lo que podía ver en sus ojos.

En esos momentos llamaron a la puerta y los tres suspiraron aliviados. Esos segundos les vendrían muy bien para serenarse, y para asimilar la situación en la que se encontraban.

Un anciano rechoncho, algo encorvado, y de estatura bajita entró en el cuarto, llevando una pequeña bandeja en la mano. Sin muchos miramientos depositó ésta delante de Madison, y sin decir ni una palabra volvió a salir de

la recámara cerrando la puerta de un portazo.

Tras el sobresalto por el ruido, Madison se dio cuenta de que le habían traído un juego de té para que se sirviera, y agradeció el gesto al capitán. El desplante del desconocido decidió olvidarlo, pues ya tenía demasiadas cosas en su cabeza para pensar.

Por otro lado, Aron, ya más tranquilo tras haberse tomado la copa de un trago, y tras servirse otra, empezó a encontrar el tema divertido.

—¿Me está diciendo señorita que ha huido para no contraer matrimonio? —le preguntó sonriéndola.

—Así es señor Sheldon, mi madre quería que me casara con un hombre al que detestaba y que bien podría ser mi abuelo.

—Entonces hizo usted bien en escapar —repuso Aron aun sonriéndole— Pero, ¿por qué eligió nuestro barco?

—En realidad no lo hice —Madison se sirvió una taza de té y se la llevó a los labios mientras pensaba cómo empezar con su relato—. Tía Henrietta me ayudó planeándolo todo, yo sólo tenía que escapar de la iglesia y llegar cuanto antes al puerto, una vez allí debía embarcarme sin ser vista en el Estrella de mar y esperar hasta que zarpáramos rumbo a Irlanda.

Los dos hombres se miraron asombrados ante un plan que parecía tan sencillo pero que había acabado complicándose. Sin lugar a dudas tía Henrietta no pensó en la posibilidad de que dos barcos con nombres parecidos se encontraran a la vez en el mismo puerto, y ahora ellos tendrían que pagar las consecuencias junto a la dama.

Aun así ninguno de los dos caballeros culpaba a la mujer por su mala fortuna y esperaban que todo se resolviera sin complicaciones cuando regresaran a puerto con ella.

—Debo comunicarle que cumplió con el encargo de su tía de no ser vista, pues le aseguro que nadie me informó de su presencia hasta que el señor Sheldon la descubrió en su cuarto —confesó el capitán tratando de mostrarse amable.

—¿Usted me descubrió en su cuarto? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Estuvimos a solas?

La sonrisa socarrona de Aron le dejó bien claro a Madison que ese caballero había entrado sin que ella se despertara, para después avisar al capitán de su presencia a bordo.

—Debo decir que al principio no me percaté de usted al no entrar mucha luz por la escotilla, pero cuando retiré su enagua pude comprobar con toda claridad que se hallaba durmiendo en mi cama.

Los ojos como platos de Madison le causaron una tremenda satisfacción a Aron, el cual estaba disfrutando cada vez más con esta conversación.

Lo que no le gustó tanto fue la mirada furiosa del capitán, ya que éste no compartía las ganas de Aron de jugar con su invitada.

—Lo que el señor Sheldon quiere decir, es que en cuanto se percató de su presencia en el cuarto salió para informarme.

—Exactamente —dijo Aron mirándola, mientras le alzaba una ceja y se tomaba otro delicioso trago de su coñac.

El pálido rostro de Madison comenzó en ese momento a teñirse de escarlata, así como su mano comenzó a temblar consiguiendo que el té estuviera a punto de derramarse cuando depositó la taza sobre su platito.

—Debo informarle señorita, que usted se confundió de barco pues no vamos a Irlanda ni teníamos constancia de su embarque —le informó el capitán tratando de desviar la atención, pues notaba a Madison cohibida por el comentario de Aron—. Me temo que usted confundió los nombres y subió al Estrella de oriente que va rumbo a Nueva Orleans.

—¿La de América?! —preguntó alarmada al mismo tiempo que se erguía pues no esperaba que el barco tuviera un destino tan apartado del suyo.

—¡Así es! —le informó el capitán mientras Aron asentía con la cabeza.

La confirmación de ambos hombres la dejó atónita, ya que eso significaba que todos sus planes se venían abajo. Ella no conocía a nadie en Nueva Orleans, por lo que no podría quedarse en esa ciudad durante un año. No había pensado llevar mucho dinero al ir en calidad de invitada, y sólo había dispuesto de una pequeña cantidad para sus gastos.

Sin embargo ahora su plan se estaba complicando en exceso, pues esa



cantidad debía durarle todo un año en una ciudad que desconocía y entre extraños. El pavor poco a poco empezó a apoderarse de ella, y no pudo remediar volver a perder la compostura.

Si regresaba ahora a Londres estaba segura de que la encontrarían enseguida y su huida no habría servido para nada. Pero si por el contrario la llevaban hasta Nueva Orleans, no dispondría del dinero suficiente para mantenerse y tendría que regresar antes de tiempo, con lo que volvería a ponerse en peligro.

La situación se estaba complicando cada vez más y Madison se sentía cada vez más perdida.

—¡Pero yo no puedo ir a América! El señor Cabot me está esperando en Irlanda —dijo asustada al capitán suplicando con sus ojos que la ayudara.

—Pues me temo señorita que el señor Cabot va a tener que regresar sin usted —afirmó Aron siendo el único que se mantenía calmado.

Tanto al capitán como Madison se les veía afectados ante la dramática situación de ella, pues ambos sabían que les conllevaría complicaciones. Sólo Aron se mantenía tranquilo ante los nuevos acontecimientos, pues no entendía que una simple muchacha tuviera tantas dificultades para regresar a su casa. Al fin y al cabo cientos de mujeres abandonaban sus hogares para ir en busca de trabajo, o huyendo de unos padres que abusaban de ellas.

—Capitán debe usted hacer algo —le pidió Madison tomándose la libertad de colocar su mano sobre la de él y desoyendo a propósito el comentario de Aron.

—Lo siento señorita, pero no puedo hacer virar al barco. No es tan sencillo pues debo ceñirme a mi contrato —le comunicó mientras apartaba su mano discretamente y carraspeaba—. No debe preocuparse, en cuanto llegemos a Nueva Orleans la devolveremos en el primer barco que zarpe rumbo a Inglaterra.

Si antes Madison había sentido miedo ante la perspectiva de permanecer un largo periodo de tiempo en Nueva Orleans, ahora que el capitán le comunicaba que la devolvería enseguida a Londres la dejó aterrada.

Si regresaba antes de lo previsto estaba segura de que su madre se

enteraría, y de alguna manera se las arreglaría para casarla con ese hombre tan detestable. Era imprescindible que se quedara en América todo el tiempo que le fuera posible, pues también sería peligroso que regresara tan pronto a Londres.

Desde su punto de vista, lo ideal sería que la llevaran hasta Irlanda, pero sabía que sería pedir algo imposible y no quería perder el favor del capitán.

—Pero yo no puedo regresar tan pronto a Inglaterra, tengo que esperar a que todo se calme —suplicó tratando de pensar con rapidez todas las consecuencias y qué opción le podría beneficiar más.

—No debe preocuparse por ello, seguro que ese hombre con el que su madre pretendía casarla preferirá olvidar el asunto cuanto antes —le dijo Aron tratando de poner punto final a esa conversación sin sentido.

Era evidente que el barco no regresaría a puerto por una muchacha, como también resultaba evidente que la embarcaría en el primer barco que zarpara con dirección a Londres.

En todo caso, si al regresar a su casa sus padres la echaban repudiándola, él podría escribirle una carta de recomendación para que se empleara de institutriz. De esa manera no tendría que casarse con ese hombre para mantenerse, ni tampoco tendría que seguir soportando los abusos de sus padres.

Viendo que la solución era bastante sencilla, Aron se dispuso satisfecho a apurar el último trago de coñac de su copa.

—Usted no lo comprende, mi madre no permitirá que se extienda el escándalo cuando se descubra todo, y si regreso antes de tiempo a Londres aprovechará la oportunidad para casarme con ese horrible caballero. Y le aseguro que no podré soportarlo —confesó a Aron mirándolo directamente a los ojos, mostrándole de esa manera lo desesperada que se encontraba.

El último trago de coñac le sentó como un tiro en el estómago, cuando vió esos impresionantes ojos verdes posados en los suyos. Sin lugar a dudas esa mujer sentía verdadero pavor ante la idea de regresar a su hogar, y empezó a preguntarse qué clase de padres tendría la pobre muchacha.

—Si lo que quiere es pasar una temporada desapercibida en Londres,

escóndase en la casa de una amiga. Seguro que su madre no la encontrará ahí. De hecho, no sé porque no pensó en ésa posibilidad desde el principio, hubiera resultado mucho más sencillo que su plan de escaparse a Irlanda.

Aron le habló calmado, mientras le sostenía la mirada, pues quería que ella se tranquilizara. No le gustaba verla tan asustada ante sus posibilidades, ya que le hacían sentirse perdido.

Sabía que no debía interferir en la vida de esa muchacha, ya que una cosa era flirtear con ella durante el viaje, y otra muy diferente era mezclarse en sus problemas. Aunque había algo que le empujaba a querer ayudarla y sobre todo a consolarla. Una sensación mayor que su sentido común y su inteligencia, y que le hacía desear probar cosas nuevas e impensables en él.

No estaba seguro qué podría ser esa emoción que tiraba de su pecho cada vez que la miraba, o notaba las lágrimas a punto de escaparse de sus ojos. Solo sabía que no podía quedarse impasible ante su dolor, y por eso olvidó su código de mantenerse apartado con el fin de socorrerla.

—No debe preocuparse más, me comprometo a ayudarla a encontrar un trabajo en cuanto llegue a Londres para que no tenga que depender de nadie —le comunicó deseando poder coger su mano para consolarla y darle su apoyo.

A Madison le sorprendió el ofrecimiento de ese caballero, pues hasta el momento se había comportado de una forma descarada con ella. Le había pillado tan de sorpresa su ofrecimiento que no supo qué contestarle, aunque le hubiera gustado aceptarla. Pero sabía que esa ayuda no serviría de nada, ya que él desconocía su posición social y el hecho de que nunca podría rebajarse a conseguir un empleo.

—Ustedes no lo comprenden, mi madre es una mujer muy influyente y enseguida daría conmigo. Además no quiero implicar a ninguna de mis amistades en este asunto, pues significaría su ruina social. Tampoco quiero perjudicarle a usted, aunque tiene mi gratitud al haberme ofrecido su ayuda.

Las palabras de Madison confundieron a Aron. Por una parte le complacía la dulzura que mostró en su rostro al hablarle, y su agradecimiento ante su oferta. Pero por otra parte no entendía cómo era posible que los parientes de una muchacha de apariencia tan humilde fueran tan influyentes.

Era evidente por su porte, su elegancia y su educación, que había contado con una buena formación, pero eso no significaba que fuera noble. ¿O sí?

—¿Su ruina social? —preguntó Aron desconcertado pues cada vez le gustaba menos hacia donde derivaba la conversación.

Madison sabía que el tiempo se le había acabado y debía confesar su título. Solo así comprenderían a lo que se exponía si regresaba antes de lo previsto, y tal vez consiguiera su ayuda si sabían que procedía de una de las familias más selectas de Londres.

Aunque dudaba mucho que el señor Sheldon fuera indulgente con ella en cuanto se enterara, pues a nadie le agradaba que le engañaran, y ella estaba segura que él se sentiría timado.

—Mi madre es lady Sophie Wyonick —soltó sin más, pues seguir negándolo no tenía sentido.

Aron se incorporó de golpe nada más escucharla, consiguiendo con ello que la silla se cayera al suelo y Madison se asustara. Aunque lo que lo que de verdad le espantó fue la expresión en su rostro, ya que había pasado de dulce a siniestra en un instante.

—¿Se refiere a la condesa Wyonick? —preguntó Aron serio y con una mirada tan fría como el hielo.

Madison no consiguió hacer otra cosa más que asentir, pues ante esa reacción tan inesperada no supo cómo reaccionar. Ese hombre había cambiado de héroe a villano en una fracción de segundos, con la misma rapidez con que anteriormente había cambiado de seductor a protector.

Por otro lado el capitán hacia unos minutos que observaba atónito y sin querer interferir, pues prefería enterarse de todos los detalles antes de ofrecer su ayuda. Era evidente que la mujer procedía de una posición social elevada, y por eso no entendía que Aron no lo hubiera notado antes. Un detalle que demostraba cómo esa mujer le había afectado a su buen juicio.

También era evidente que Aron había cambiado su comportamiento ante ella al enterarse de su nombre, pues había pasado de comérsela con la mirada a querer estrangularla. Algo muy curioso y que sería conveniente remarcárselo en cuanto se calmara.

Pero Aron no se encontraba en condiciones de pensar con claridad, ya que su cólera iba tan en aumento que pronto perdería el control de su temperamento si no conseguía una respuesta clara.

—¿Eso quiere decir que usted es...? —le volvió a preguntar Aron para asegurarse, pues se resistía a creer que esa mujer tan dulce y desvalida perteneciera a la aristocracia que tanto odiaba.

—Pueden llamarme lady Madison.

## Capítulo VI

Resultaba curioso observar cómo el tiempo podría acelerarse o detenerse dependiendo de diferentes factores. En esta ocasión, tras la revelación del nombre de Madison, los segundos parecieron convertirse en horas mientras los fríos ojos de Aron se clavaban en ella.

En lo que duró apenas un pestañeo el ambiente de la habitación se congeló, consiguiendo que Madison se sintiera insegura ante la mirada severa del señor Sheldon. Le costaba comprender cómo su linaje le había alterado tanto, pues en realidad su única falta había consistido en omitir su nombre.

Al fin y al cabo les había contado toda la verdad y estaba dispuesta a acatar aquello que le exigieran. Un hecho que el capitán pareció comprender desde el principio, pero que a Aron le costaba pasar por alto.

El comportamiento cambiante de Aron resultaba perturbador e incluso llegó a asustar a Madison. Sobre todo porque ésta jamás hubiera imaginado que un caballero actuara de semejante manera. Y es que nada más escuchar que pertenecía a la familia Wyonick, Aron maldijo en alto, consiguiendo que ella se levantara de la silla y le observara atónita.

Madison sabía que la mirada helada del señor Sheldon guardaba muchos secretos que jamás descubriría, aunque era evidente el rencor que este sentía ante la nobleza. Un hecho que a ella le disgustó, pues no le parecía justo que la juzgara por algo que no podía evitar.

—Lamento que le desagrade mi nombre —señaló ella.

—Por supuesto que lo lamenta —le contestó sin más, retándola con la mirada a que dijera otro comentario para seguir atacándola—. Usted nos ha hecho creer que es una mujer desvalida que huía de un casamiento impuesto, cuando en realidad es una lady influyente que bien pudo impedir su boda sin necesidad de una fuga. Lo que me lleva a pensar que usted es una mujer caprichosa que seguramente se ha escapado por alguna rabieta.

Su expresión implacable y el tono elevado de su voz dejaron claro la furia que sentía por dentro, pues darse cuenta de que en realidad no era una dulce muchachita indefensa le había dolido. Tras su revelación se había convertido en una manipuladora nata, que sólo buscaba salirse con la suya a costa de los demás. Un juego que solían jugar las damas de la nobleza y que él conocía por propia experiencia.

Lo que Aron no pudo distinguir a causa de su enojo, fue el daño que sus palabras le causaron a Madison. Ella no se consideraba responsable del daño que Aron hubiera sufrido en el pasado, y se sentía insultada y humillada por un hombre que la juzgaba injustamente sin conocer los hechos.

—No tiene usted ningún derecho a hablarme de semejante manera. Usted no conoce mi caso y no le consiento que me juzgue sin conocer los detalles —le señaló manteniéndose firme y con la cabeza bien alta, pues no quería que notara cómo la había perturbado.

Pero fue justo este porte recio y aristocrático lo que más irritó a Aron, el cual sentía como la ira se iba apoderando cada vez más de él. En su cabeza dejó de ver a esa mujer que hacía solo unos minutos lo había conquistado con su coraje, su delicadeza y su belleza, para dar paso a otra muy distinta que le insultaba a sus espaldas, y le convertía en el centro de todas las burlas.

—Unos detalles que usted nos relatará gustosa, ¿verdad lady Madison? —le indicó sin dejar de mirarla cada vez con más desprecio—. Pero me temo milady que en mitad del mar no lo podremos comprobar y tendremos que confiar en su palabra. Aunque me imagino que ya contaba usted con ello.

—Por favor Sheldon, no consiento este comportamiento tan impropio de un caballero en mi presencia —intervino el capitán colocándose al lado de Madison.

Era evidente por la forma de temblar de Madison que esta estaba

asustada ante las acusaciones de Aron; sobre todo al tener a un hombre musculoso de metro ochenta a su lado que la miraba con enfado, y el capitán no iba a permitir que la avasallara en su presencia.

El capitán Davis se había percatado de la desventaja de la dama, pues ésta apenas le llegaba a Aron al hombro, y sin embargo permanecía erguida a su lado sin querer demostrar su miedo. Algo digno de alabanza, pues conocía a un buen número de hombres que, ante la furia de Sheldon, habían huido acobardados.

Esta prueba del valor le agradó al capitán, y por ello estaba dispuesto a creer en ella y en protegerla, aunque para ello tuviera que enemistarse con Aron. Sobre todo cuando ella le contestó sin que apenas le temblara la voz:

—Señor Sheldon, yo no pretendo que me crea. Lo único que les pido es que me den un voto de confianza —afirmó sin apartar sus ojos verdes de los profundos ojos negros de Aron, después, dulcificando su expresión, miró al capitán para seguir hablando—: Mi intención nunca ha sido perjudicar a nadie, y menos a ustedes, por ello les prometo que en cuanto llegue a puerto no volverán a saber de mí.

—Es obvio que no la podemos echar del barco, ¿no le parece milady? —la volvió a atacar Aron, consiguiendo que Madison se girara para mirarlo y así devolverle su frío escrutinio.

—Como capitán del barco tiene usted mi autorización para permanecer en él, y si me permite, me gustaría que se considerara mi invitada —declaró el capitán ganándose con ello la mirada acusatoria de Aron, y una sincera sonrisa de gratitud de Madison—. Del mismo modo la invito a que permanezca en el camarote que actualmente está ocupando.

Resultaba evidente que Madison había estado en tensión al no saber qué iba a ser de ella, y le agradecía al capitán el haberse mostrado tan gentil y comprensivo. Un acto de bondad que nunca olvidaría, como tampoco olvidaría el desplante y las palabras hirientes del señor Sheldon.

—Le agradezco su generosidad, pero no puedo aceptar semejante privilegio. No deseo crear problemas a bordo y mucho menos deseo importunar al señor Sheldon.

—¿¿Importunarme?! ¿Por qué iba usted a hacerlo? ¿Solo por sacarme de

mi camarote y por ponernos a todos en peligro? —No pudo remediar aclarar Aron, aunque sabía que estaba siendo injusto. Sólo podía decir a su favor que algo de ella lo alteraba hasta el punto de hacerle perder el control.

—No creo que estén ustedes en peligro —le dijo ella para defenderse.

—¿De verdad no lo cree milady? ¿Acaso piensa que cuando su familia se entere que un barco de mi compañía dio refugio a su hija no nos pedirán explicaciones? ¿No cree que cuando todo Londres se entere que huyó de su boda; subiéndose a mi barco, no me verán culpable y especularan sobre mi papel en este asunto?

—No sé me había ocurrido que pudieran pensar algo semejante.

Los ojos como platos que puso Madison dejaron bien claro que no había considerado esa posibilidad, pues le costaba descubrir la malicia en la mente de las personas. Un rubor le empezó a subir por las mejillas al darse cuenta del riesgo que el señor Sheldon corría por su culpa, y avergonzada agachó la cabeza.

Ella jamás hubiera imaginado que dicho caballero aparecería ante los ojos de los demás como el culpable, y comprendió el enfado y las acusaciones de éste. Había sido una ingenua al no haber tenido en cuenta esta posibilidad, y sólo esperaba que su llegada a Nueva Orleans fuera discreta.

Por otro lado Aron no podía evitar pensar que Madison no tendría ningún reparo en perjudicarlo, y estaba seguro que acabaría acusándolo con tal de aparecer como la dama bien educada y decente, que había sido seducida por un desalmado, que pretendía escalar en su posición social.

Al fin y al cabo era más fácil de creer esta mentira, al ser ella una lady de noble cuna y él solo el hijo de un sastre.

—Pues será mejor que empiece a pensar en ello, pues me niego a atarme a usted, por muy Wyonick que sea su apellido —dijo esto último con desprecio.

—No tiene que temer esa posibilidad, jamás consentiría en darle mi mano, y menos al sabiendo que tanto le desagrade —le dijo, aun sabiendo que no debía provocarle y que le debía una disculpa por los problemas que le estaba causando.



Era superior a ella dejarse vencer por ese hombre tan insensible, que le hacía desear abofetearlo al mismo tiempo que besarlo. Una sensación extraña que no entendía, pero que esperaba que solo fuera producto de los acontecimientos vividos.

Para Sheldon también resultaba un misterio todo lo que esa mujer le producía. Por un lado deseaba con desesperación colocarla sobre sus rodillas para darle unos buenos azotes, para segundos después anhelar sentir el sabor de su boca en la suya. Pero sobre todo quería asustarla hasta hacerla comprender el riesgo que corrían, pues él no pensaba ocupar el puesto de mártir con tal de salvarla.

Con ese propósito se acercó a ella hasta quedar a escasos centímetros de su rostro, para después con voz profunda y actitud desafiante decirle:

—¿Es de verás tan ingenua? No es usted la que me daría su mano, sino su padre para limpiar su buen nombre. Usted solo tendría permiso para decir el sí quiero, y debería ser yo quien cargara con una esposa no deseada el resto de mi vida.

Aunque Madison esperaba algún tipo de acusación o desplante por parte de Aron, jamás imaginó que las palabras que escuchó de sus labios le causarían tanto dolor. Debía reconocer que era la primera vez que sentía un nudo tan grande en su pecho, junto con unas ganas inmensas de llorar.

Pero no estaba dispuesta a que ese hombre sin sentimientos la viera mostrando alguna debilidad, e hizo un gran esfuerzo para contener su llanto y sus ganas crecientes de causarle el mismo daño que ella sentía. Dolida, y sabiendo que todo entre ellos ya estaba dicho, trató de aferrarse a su dignidad antes de que ésta la abandonara como en ese momento lo estaba haciendo su coraje.

—En ese caso no tiene por qué preocuparse, si conseguí escaparme de mi primera boda, seguro que podré huir de esta.

Sintiéndose vencida al haber sido humillada tan injustamente, Madison se giró hacia el capitán para poder así dejar este tema zanjado.

—Le prometo capitán que no daré ningún problema a bordo. Y por mi familia no debe usted preocuparse, nadie sabe qué subí a su barco y no creo que me busquen en Nueva Orleans.

—Estoy seguro que su estancia con nosotros será muy agradable. Y si los tres estamos de acuerdo, considero que los ánimos están muy caldeados en este momento y creo conveniente dejar para otro día esta discusión —indicó el capitán al notar cómo los ojos de Madison brillaban a causa de las lágrimas que luchaban por no derramarse.

—Gracias capitán, si me permiten me retiraré a mi camarote hasta la hora de la cena —señaló agradecida, pues le estaba dando la oportunidad de dejar ese horrible interrogatorio que tanto la perturbaba.

—Por supuesto —le contestó sin más el capitán.

Por su parte Aron también estaba cansado de una discusión que no les llevaría a ninguna solución, y por ello decidió permanecer en silencio y dejar que lady Madison se marchara a su camerino.

Cuando ésta ya se disponía a dejarles tras despedirse de ellos con una sutil inclinación de cabeza, el capitán les volvió a sorprender con sus palabras.

—Si me concede el honor, me gustaría que nos acompañara a la hora de la cena.

Madison no sabía si agradecerle de corazón su amabilidad, o pedirle que no se preocupara más por ella y le permitiera encerrarse en su camarote hasta que llegaran a su destino. Pero el capitán estaba siendo muy amable desde que había aparecido en su barco, y sería muy desconsiderado por su parte hacerle semejante desplante.

De forma automática miró de reojo a Sheldon para comprobar su reacción, y vio cómo este se había alejado de ellos unos pasos como tratando de mantenerse apartado. Fue entonces cuando comprendió que por mucho que ambos lo desearan, sería inevitable que se encontraran a bordo.

—Será un placer capitán —le dijo para después despedirse de él con una ligera y elegante inclinación—. Señor Sheldon, lamento ser la causante de tantos problemas, pero le aseguro que en ningún momento fue mi intención inmiscuirle en ellos.

—Le creo milady, pero ya es tarde para hacer nada al respecto. Solo espero que tenga usted razón y no me vea implicado en este asunto —le dijo

algo más calmado, aunque en realidad su furia seguía rugiendo en su interior.

—Solo puedo asegurarle que haré todo lo que esté en mis manos para que así suceda.

Queriendo terminar cuanto antes este encuentro, pues no estaba segura de que sus lágrimas le dieran mucha más tregua, Madison se despidió de Aron con una inclinación de cabeza; que él correspondió, y sin más por decir se marchó mostrando al caminar su elegancia innata.

Nada más cerrar la puerta, Madison tuvo que apoyarse en ésta, pues sus piernas se negaban a seguir manteniéndola en pie. Salir del camarote le había supuesto hacer acopio de toda su resistencia, pues disimular su dolor, su miedo y su orgullo la había agotado. En esos momentos deseaba con desesperación no haber tenido la mala fortuna de confundirse de barco, y lamentaba cómo todo se le estaba escapando de entre las manos.

Pero lo que de verdad le hizo sentirse mal fue escuchar la conversación que tras su partida mantuvieron el capitán Davis y el señor Sheldon, ya que ninguno de los dos sabía que ella les escuchaba en silencio al otro lado de la puerta.

—Sheldon, jamás pensé que te vería mostrar un comportamiento tan deplorable, y menos con una mujer.

—Ya sé que perdí los nervios cuando supe quién era, pero no me negarás que nos ha metido en un problema muy grave.

—Soy consciente de ello, pero no creo que lady Madison lo hiciera siguiendo un elaborado plan para cazarte como marido. Me inclino más en confiar en su palabra, y pienso que todo este asunto ha sido un lamentable error.

Madison suspiró aliviada al escuchar al capitán, pues para ella era muy importante tenerle como aliado. Sobre todo cuando no sabía cómo iba a ser acogida por los demás miembros de la tripulación.

Por otro lado no le extrañó el comentario de Aron, pues ya le había quedado clara su opinión de ella. Lo que no le gustó fue su prepotencia al creerse el centro de un complot para tenerlo como marido. Una idea que la alteraba, por muy atrayente que este pensamiento le resultara.

—Pues yo no estoy tan seguro. Más bien me inclino a pensar que sabía que este barco se dirigía a las Américas, donde las inglesas de buena cuna son muy valoradas. Creo que eligió este barco a sabiendas, pensando que podría cazar un hombre rico, y de esta manera regresar a Inglaterra con un marido. Con ello se libraría del pretendiente que le habían impuesto y sería ella quien eligiera a su esposo.

La observación de Aron enfadó a Madison hasta el punto de dejarla con la boca abierta, y tuvo que contenerse para no entrar en la recámara para hacer que se tragara esas palabras. Cada vez se sentía más enfurecida con ese odioso hombre, que se empeñaba en pensar lo peor de ella sin ni siquiera conocerla.

—No lo sé Aron, no estoy tan seguro de ello. Una muchacha tan bonita y con una educación tan selecta, encajaría perfectamente en cualquier buena familia inglesa.

—Debo discrepar en ese asunto. Créeme cuando te digo que conozco a esa clase de personas, y nadie en su sano juicio se atrevería hacer algo que desprestigiara a los Wyonick.

Sin poder aguantarlo por más tiempo Madison se giró para entrar y hacerle callar, cuando se dio cuenta que por sus mejillas corría un río de lágrimas.

Había estado tan concentrada en escuchar lo que decían de ella, que no se había percatado de su llanto. Se sentía humillada ante unas acusaciones tan duras e injustas, y una amargura que nunca antes había experimentado se apoderó de su pecho. Siempre se había considerado una mujer digna de confianza, y nada dada a la mentira ni los escándalos, y por eso le dolía tanto que un desconocido sin escrúpulos dijera unas cosas tan horribles de ella.

Cansada de seguir escuchando, y negándose a que la vieran derramar una sola gota más de sus ojos, Madison decidió poner punto final a este asunto y simplemente se alejó por el pasillo derecha a su camarote. Necesitaba descansar un rato y pensar en todo lo que le había pasado, para saber cuál sería su forma de actuar en todo este asunto, y en especial con ese hombre.

Mientras, en la recámara, los dos caballeros siguieron conversando sin darse cuenta que sus palabras habían sido escuchadas, y que habían causado

un gran daño a Madison.

—No creo que sea para tanto Aron. Seguro que hay un buen número de pretendientes que pueden ser del agrado de esa familia, por muy selecta que ésta sea —le dijo el capitán mientras degustaba su copa de coñac sentado frente a su amigo.

—Si así fuera no hubieran querido casar a esa preciosidad con un hombre que la desagrade. Conozco a lady Wyonick y te puedo asegurar que es capaz de cualquier cosa con tal de subir en la escala social. Por eso amigo mío te digo que es mejor que no te entrometas en sus planes o puedes acabar perdiéndolo todo —le contestó ya más sereno, pues sin lugar a dudas fue la presencia de Madison lo que había conseguido alterarlo tanto.

—De todas formas no podemos hacer nada al respecto y lady Madison se merece nuestro respeto. Si te parece bien dejaremos que pasen unos días para serenarnos, y nos volveremos a reunir con ella para pensar qué haremos cuando lleguemos a Nueva Orleans —señaló levantándose de su asiento, pues había llegado el momento de volver a sus tareas.

—Me parece bien, aunque te pido un favor, no deseo saber nada de esa mujer. No quiero ser su niñera, ni tener que entretenerla —le señaló aún acomodado en su asiento.

—Estoy de acuerdo, de hecho pienso que será mejor para todos que te mantengas alejado de milady durante el trayecto.

Aunque el tono de la voz del capitán fue amable, a ninguno de los dos se le pasó por alto que esta afirmación había sonado como una orden, algo que no agradó a Aron.

—No tienes por qué preocuparte por esa cuestión. Puede que sea una mujer atractiva que en otras circunstancias quizás hubiera cortejado, pero no quiero tener que cargar para siempre con ella por unos días de seducción inocente.

—Te conozco amigo y sé que tus seducciones nunca son inocentes. Es evidente que lady Madison no tiene experiencia con los hombres y por eso te pido que no juegues con ella.

El choque de miradas entre ellos mostró que ambos se estaban retando,

ya que Aron se negaba a admitir que la mujer le atraía, aunque era algo evidente para cualquiera que hubiera visto cómo la miraba, y el capitán no iba a marcharse sin que Aron le prometiera que no la conquistaría.

—Tranquilo, sé que está fuera de mi alcance y por ello prefiero mantenerme alejado —fue lo único que consiguió el capitán que Aron le dijera, dándose cuenta que éste no se lo había prometido.

—Está bien, me parece justo. Con qué te muestres amable cuando coincidas con ella me daré por satisfecho —aunque no pudo evitar darle una última sugerencia—. Pero recuerda, nada de flirteos, carantoñas, ni ninguno de esos juegucitos que tanto te gusta practicar con las damas.

Aron no pudo resistirse a sonreír, ya que era indudable que su amigo lo conocía muy bien. El capitán se había dado cuenta de la atracción de Aron por esa mujer nada más verla, y dudaba que el resentimiento que sentía por su familia fuera motivo suficiente para mantenerlo alejado de su presencia.

—Tranquilo. Sé cuál es mi sitio, y jamás se me ocurriría cortejar a una mujer que podría arruinarme la vida con solo desearlo. Además como bien has señalado antes, es obvio que es doncella y te aseguro que nunca me mezclo con niñas.

—Aron, esa mujer sería capaz de volver loco hasta a un ciego. Si de verdad no quieres saber nada de los Wyonick, ni de mujeres inexpertas, entonces la única solución que te queda es que te tires por la borda y sigas el rumbo a nado.

Sin más que decir el capitán salió risueño del camarote, esperando que su amigo se comportara ante la dama, y cayendo en la cuenta de que esa travesía iba a resultar muy interesante.

Por su parte Aron se quedó sentado a solas en el camarote, sumido en sus pensamientos y en el recuerdo de unos ojos que lo habían hechizado y le habían dado un motivo para desear ser un hombre que no era. Un caballero con un apellido y con una posición social que pudiera ser digna de conseguir a semejante mujer. Un individuo que juró que nunca más desearía aparentar convertirse, pues en el pasado solo le había traído problemas.

Y así en silencio, el “Estrella de oriente” siguió su rumbo por el mar Atlántico, dejando atrás temores y caprichos para dar paso a la aventura de

dos corazones que soñaban con alcanzar lo imposible.

## Capítulo VII

**P**or quinta vez en media hora Madison volvió a bostezar mientras contemplaba la escasa luz que atravesaba su escotilla. Si bien había dejado de llorar desde hacía horas, aun sentía el dolor de su orgullo herido cada vez que recordaba las duras palabras de aquel hombre.

Había pasado el resto del día encerrada en su camarote, al no encontrarse con ánimos suficientes para salir de él. Incluso declinó la amable invitación del capitán para acompañarles en las respectivas comidas del día, al no estar segura de cómo reaccionaría ante la presencia del señor Sheldon.

Le resultaba inevitable recordar una y otra vez sus comentarios dañinos, como también le costaba olvidar la forma en que la miraba o cómo su pulso se aceleraba cuando estaba cerca. Se consideraba una estúpida al sentirse atraída por un hombre que le había demostrado tan poco respeto, pero no podía evitar ser esa mujer confiada, amable y alegre que siempre encontraba el lado bueno de las cosas.

Suspirando de nuevo quiso que todo hubiera sucedido de otra manera, aunque no pudo lamentar haberse escapado de su horrible matrimonio. Por otro lado se alegraba de estar en ese barco rumbo a América, pues desde que

escuchó hablar de esas tierras salvajes siempre deseó ir a conocerlas.

Pero ahora se sentía abatida ante la perspectiva de permanecer todo el trayecto encerrada entre esas cuatro paredes, mientras escuchaba el ajetreo de cubierta y contemplaba cómo la luz empezaba a escasear debido al ocaso.

Cuando ya se disponía a dejar atrás sus resentimientos para poder salir por unos minutos a tomar el aire, escuchó el ruido de algo raspando el otro lado de su puerta. El sonido no le resultó familiar, y temió que algún marinero estuviera intentando entrar en su camarote mientras los demás estaban ocupados en cubierta.

El miedo se apoderó de sus pensamientos, y solo se le ocurrió coger un quinqué para defenderse de su atacante en cuanto éste atravesara (a) la puerta. Decidida a plantarle cara, y así hacerle ver a todo el mundo que no era una mujer desvalida de la que podían aprovecharse, se colocó a un lado mientras esperaba a que su atacante se decidiera a entrar.

Madison tuvo que esperar más de cinco minutos antes de que su brazo le empezara a doler al mantenerlo en alto, viéndose obligada por ello a bajarlo y seguir en silencio mientras escuchaba ese peculiar sonido parecido a algo raspando.

Viendo que el tiempo pasaba, y que dentro de poco el sol habría desaparecido por completo, pensó que si quería salir de ese camarote y enfrentarse a su atacante tendría que ser ella la que tomara el mando y atacara. Decidida a no dejarse amedrentar respiró profundamente, y sirviéndose de su rebeldía alzó el quinqué de metal, y contó hasta tres antes de abrir la puerta de golpe.

Pero lo que se encontró sentado en el suelo y mirándola fijamente no era lo que se esperaba, pues en vez de ser un marinero en busca de problemas era un pequeño mono que la miraba maravillado.

No es que Madison tuviera mucha experiencia con esa clase de animales; o los hubiera visto antes, pero al contemplar a su atacante, y la forma cómo éste la observaba, no pudo evitar echarse a reír.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó al mono mientras bajaba el candelabro.



El pequeño animal comenzó a hacer ruiditos con su boca como si tratara de contestarle a su pregunta, algo que encantó a Madison y le hizo relajarse de inmediato.

—¿Eres la mascota del capitán? —Volvió a interrogarlo consiguiendo del animal la misma respuesta—. Espero que no pertenezcas a ese hombre tan horrible.

El mono, cansado de estar en el suelo se incorporó, y le extendió los brazos para que lo cogiera. Extrañada ante la confianza que el animal le mostraba no supo qué hacer, aunque era evidente que era una mascota y por ello debía de estar acostumbrado a tratar con humanos.

Guiada otra vez por su espíritu impulsivo se agachó despacio para no asustarlo, y tras dejar en el suelo el candelabro lo cogió en brazos como si fuera un bebe humano.

La ternura que sintió por ese animal le hizo abrazarle acomodándolo en su regazo, y sin apenas darse cuenta ya se hallaba hablando con él mientras le acariciaba la cabeza.

—¿Quieres ir a buscar a tu dueño? —le dijo mientras éste le cogía de la nariz y ella se reía con ganas.

Embelesada con el mono ni se dio cuenta que había salido de su camarote y se estaba dirigiendo a cubierta. En esos instantes no le importaba encontrarse con el señor Sheldon y que éste le soltara cualquier impertinencia, como tampoco le importaba qué podría pensar la tripulación al verla aparecer.

—Luego si quieres podemos ir a ver al cocinero para que te de algo de comer —el entusiasmo del mono al escucharla se hizo más que evidente, pues este empezó a chillar con ganas mientras le tiraba de una oreja— ¡Vaya, veo que te gusta la idea!— le comentó mientras no podía evitar reírse con ganas.

Si Madison no hubiera estado tan pendiente del mono tal vez se hubiera percatado que toda la tripulación del barco la estaba observando. Nada más escuchar su risa algunos de ellos se giraron para ver de donde procedía ese sonido armonioso, pero fue cuando la vieron aparecer con su vestido verde claro a juego con sus ojos cuando ya no pudieron apartar su mirada de ella.

Parecía como si de pronto todos ellos se hubieran quedado petrificados en su sitio, no solo por el hecho de ver a una mujer a bordo, pues de eso ya estaban enterados, sino por qué ese arisco animal que siempre les estaba mordiendo y arañando, se estuviera comportando tan bien entre los brazos de esa hermosa mujer.

Sin lugar a dudas esa dama debía de tener algo especial que la hacía única, pues a todos ellos les estaba resultando imposible dejar de observarla mientras esta caminaba por cubierta con la elegancia de una reina.

—Bueno —dijo uno de los marineros por fin—, si a mí también me abrazara, seguro que estaría tan encantado como ese animal.

Las carcajadas no se hicieron esperar, y un segundo después los hombres ya habían regresado a sus actividades, aunque sin querer perderse ningún detalle de lo que Madison hacía.

—Ian porque no te acercas a la dama a ver si también consigue quitarte el mal humor —gritó uno de los marineros consiguiendo que de nuevo todos se volvieran a reír y en esta ocasión si se dio cuenta de que estaba siendo observada.

Inmediatamente Madison se puso nerviosa y su rostro se tiñó de un rojo escarlata.

—No tema mi lady, somos un poco bocazas pero inofensivos —le dijo otro marinero que estaba a su lado y sostenía en sus manos su gorra. Era un hombre joven y bastante guapo, de cabello rubio y bonita sonrisa que enseguida agradó a Madison.

—Señor Drake —gritó el capitán Davis desde el puente de mando—, vuelva a sus obligaciones.

Sin perder ni un segundo el marinero llamado Drake se despidió de Madison con una inclinación de cabeza, y sin mediar palabra volvió a lo que antes estaba haciendo. Aunque para ser sinceros Madison no le prestó mucha atención a lo que pasaba alrededor de ella, pues permanecía embelesada con la mirada fija en un punto desde que se había girado para ver al capitán.

Frente a ella, al lado del capitán en el puente de mando, el señor Sheldon permanecía también embelesado observándola. Ninguno de los dos pareció

darse cuenta de que se encontraban rodeados por más personas que no se perdían ningún detalle, pues en esos momentos todo lo demás dejó de tener importancia.

Durante un par de segundos sólo parecía que estuvieran ellos sobre la faz de la tierra, y ninguno de ellos quiso reconocer el subidón de adrenalina que habían sentido cuando sus miradas se cruzaron. Sumidos en su juego de resistencia para saber cuál de los dos se daba por vencido y cuál era el derrotado, ambos pasaron por alto la sonrisa del capitán y el saludo que éste le dedicó a Madison.

—Perdone milady —le dijo un muchacho que sostenía una gorra de lana entre las manos—, me llamo Timmy y el capitán me ha pedido que la sirva en todo lo que necesite.

Solo la voz del muchacho consiguió que Madison apartara la mirada de Aron, y volviendo a la realidad observó al joven grumete regalándole una sonrisa. En realidad se sentía profundamente agradecida de que el muchacho apareciera, pues no estaba segura de cómo hubieran acabado sus nervios si hubiera durado por mucho más tiempo esa intensa mirada del señor Sheldon.

Sentir el aire en su rostro era todo lo que necesitaba en ese instante, y se propuso disfrutarlo pues lo había anhelado durante horas. Sobre todo después de notar cómo su sangre se transformaba en lava líquida cuando vio a ese arrogante y maleducado hombre observándola.

—Gracias Timmy, por el momento no necesito nada.

El muchacho se quedó mirándola parado frente a ella, mientras seguía estrujando su gorra y ella contemplaba el crepúsculo.

—Milady, el capitán me ha dicho que si necesita de alguien que... en fin que si quiere que yo la ayude en...

De pronto Madison comprendió al pobre muchacho, y el apuro que éste estaba sintiendo ante el encargo de su capitán.

—Tranquilo Timmy, he traído poco equipaje y no necesitaré que nadie me ayude.

El suspiro de alivio de éste le hizo sonreír, pues era evidente que había sufrido por ese encargo. El pobre se había visto haciendo de doncella de una

dama, y seguro que no le había agradado ese trabajo. Y más ahora que sabía que a bordo se bromeaba por cualquier cosa.

—Timmy, ¿podrías decirme de quien es este mono? —le preguntó mientras miraba a su alrededor en busca de algún marinero que lo reclamara como suyo.

—Es del viejo Tom milady, él es el cocinero y normalmente ese animal no deja que nadie lo toque.

Madison miró extrañada al mono, pues este se había quedado dormido entre sus brazos.

—¿Estás seguro? A mí me parece que es un monito muy simpático.

—Ese bicho ha estado a punto de arrancar más de un dedo a cualquiera de este barco. Le aconsejo que no se fíe demasiado de él o podría acabar herida.

Resultaba contradictorio que una cosita tan tierna como ese mono fuera el mismo animal salvaje que le indicaba Timmy. Le costaba creerlo sobre todo porque en ese momento éste mantenía apoyada la cabecita en su hombro mientras ella le acariciaba. Algo que no solían hacer los animales fieros según la escasa experiencia de Madison.

—Tendré cuidado, aunque parece que le he gustado.

—Eso creo milady. De todas formas le aconsejo que mantenga sus dedos alejados de su boca.

De pronto, y para su sorpresa, empezó a escuchar diferentes escalas tocadas por una armónica, para, acto seguido, oír cómo comenzaba una melodiosa canción. Los ojos de Madison se fijaron en un par de marineros que se habían sentado en unos barriles al lado del mástil, mientras la actividad del barco se iba relajando al ir terminando los hombres con sus tareas.

El sol cada vez estaba más decidido en ocultarse tras el océano, y solo sería cuestión de minutos que la escasa luz empezara a transformarse en sombras.

Como encantada por el sonido, Madison no pudo evitar acercarse a esos

hombres, y sin mediar palabra se sentó a su lado para escucharlo tocar. Estar en ese barco, con un mono durmiendo entre sus brazos, el ocaso dando un ejemplo claro de su belleza, y con un mar en calma que la brisa apenas rozaba, Madison se sintió más libre y viva de lo que jamás se había sentido.

Sin atreverse a decir nada simplemente escuchó cerrando sus ojos, sin darse cuenta que otros ojos no perdían ni un solo detalle de cada uno de sus movimientos. Unos ojos que la devoraban también en silencio, y que hubieran descongelado toda la Antártida debido al calor que desprendían.

Un silencio se apoderó del barco cuando la canción terminó, para, acto seguido, ser interrumpido por una Madison maravillada.

— ¡Ha sido maravilloso! —afirmó ella encantada.

—Gracias milady, es un honor que a una dama tan refinada le guste mi música —le contestó el marinero que había recibido el halago encantado.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Es usted un músico excepcional —afirmó entusiasmada al poder disfrutar de una distracción tan campechana y tan alejada de lo que estaba acostumbrada.

El marinero se puso colorado al estar frente a una mujer tan hermosa y distinguida, pues nunca había conocido a una dama y no estaba seguro de cómo tratarla. Aun así estaba encantado por haber llamado su atención, y quiso seguir presumiendo ante ella al hacerle sentir especial.

—Bueno, llevo tocando la armónica desde los diez años. Mi madre me la regaló para que me hiciera compañía en mi primer viaje por mar —confesó irguiéndose orgulloso como un pavo real, mientras sonreía y jugueteaba con la armónica entre sus manos.

—¿Embarcó usted a los diez años? —le preguntó Madison extrañada de que un niño tan pequeño hubiera tenido que buscarse la vida entre adultos.

Madison estaba entusiasmada ante la amabilidad de ese hombre, y de la forma tan abierta con que le contaba su vida. Siempre había sentido curiosidad por saber más sobre el mundo que la rodeaba, pero que le estaba vedado al ser una dama de la nobleza.

—Por supuesto, aquí todos nos hemos embarcado a esa edad —repuso él encantado al ser el centro de atención de la dama.

—Harvey no ha sido el único, señora. Incluso los hay que embarcan más jóvenes —intervino su compañero, pues él también quería que le contemplara con esa mirada de asombro que los deshacía por dentro.

El marinero llamado Harvey sonrió, al recordar que era la primera vez en su vida que lo habían mirado con admiración. Hacía tiempo que había pasado de los treinta años, y nunca había sido un hombre guapo al tener una nariz aguileña y ser demasiado delgado. Por eso era algo nuevo para él que una mujer hermosa le mirara con deleite y quisiera permanecer a su lado.

—¿Quiere escuchar alguna canción en especial? —le preguntó Harvey pues quería complacerla.

—Lamento decirle que no conozco ninguna melodía que pueda ser interpretada con armónica, pero seguro que cualquiera que usted elija será de mi agrado —confesó ella, agradecida por las simpáticas sonrisas y la conversación de esos hombres, pues la estaban distraendo del nefasto día que había tenido.

—No tiene por qué ser tan formal con nosotros milady, ya nos dijo el capitán esta mañana que usted era una dama y que debíamos tratarla con respeto, pero aquí todos somos marineros y no nos andamos con formalidades. A mi puede llamarme Harvey, aunque todos me llaman risitas —le dijo el hombre que había estado tocando la armónica para presentarse.

—Será un placer Harvey —le respondió sonriendo.

—Yo soy Peter Morrison milady, pero puede llamarme Peter —le dijo el otro hombre que había estado con ella.

Morrison llevaba siendo amigo de Harvey desde hacía algo más de quince años, cuando ambos habían coincidido siendo unos adolescentes en un barco ballenero. Desde entonces se habían hecho inseparables compartiendo toda una vida en el mar como si fueran hermanos. Pero lo que más llamaba la atención de ellos era lo diferentes que era el uno del otro.

Si bien Harvey era alegre, dicharachero y delgado, Peter era un soñador empedernido que solía andar casi siempre distraído. Para Peter cada puerto representaba una aventura, y más cuando su cuerpo musculoso y su cara bonita llamaban la atención de las mujeres. Aunque su mente inquieta le hacían meterse en líos en demasiadas ocasiones, y era su amigo Harvey el

que solía resolverlos con unas invitaciones a unas rondas de cerveza.

—¿No tiene usted apodo? —le preguntó Madison a Peter.

—Lo llamamos soñador porque siempre está en las nubes y no se entera de nada —dijo un hombre a sus espaldas dándose cuenta Madison que más marineros se habían acercado a ellos.

—El que ha hablado es Jeff Benson pero se le conoce más por el nombre de guaperas —le dijo Harvey divertido.

—Sobre todo las mozas del puerto —dijo otro hombre que se colocó a su lado y haciendo una reverencia le besó en la mano—. A mí ya me conoce, soy Martín Drake.

Madison recordó que ya había visto antes a ese hombre, cuando éste se había acercado a ella al salir a cubierta. Se acordó de que el capitán le había dicho que volviera a sus tareas y ya desde ese momento se percató que había algo diferente en él, aunque no sabría muy bien de qué podría tratarse. Quizás su piel algo más oscura de lo normal, o el extraño acento con el que hablaba y nunca antes había escuchado.

—Un placer señor Drake —le dijo con sinceridad, y con la esperanza de que algún día le contara su historia.

—Tenga cuidado con éste milady, es todo un romántico y suele convencer a las mujeres con su cara de ángel y sus insinuaciones de demonio —le advirtió Harvey consiguiendo que todos se rieran y ella se sonrojara.

De pronto se dio cuenta de que estaba rodeada de marineros que la miraban con diferentes grados de interés. Sabía que no debía de sentirse en peligro al estar entre ellos, pero aun así no quiso que la conversación tomara un camino poco apropiado para la situación en la que se encontraba, por lo que decidió cambiar de conversación.

—¿Quién de ustedes es el irlandés? —preguntó e inmediatamente todos se extrañaron.

—¿Conoce milady al irlandés? —le preguntó Peter.

—Realmente no, aunque debido a él me encuentro en este barco — Madison observó a los hombres que la miraban expectantes y decidió que no

perdía nada si les contaba su historia—. Verán, cuando escapé de la iglesia...

—¿Escapó de una iglesia? —le volvió a preguntar Peter incrédulo.

—Sí, es que mis padres querían que me casara con un hombre horrible — le contestó Madison y siguió con su relato como si fuera algo natural lo que les estaba contando—. Hui y me subí a un carruaje para que me llevara al puerto. Mi tía Henrietta me ayudó planeándolo todo, y me recomendó que al llegar pasara desapercibida y me subiera a un barco llamado Estrella de mar rumbo a Irlanda.

—¿Y cómo acabó en el Estrella de oriente? —preguntó Harvey asombrado por la historia, y adelantándose a Peter el cual ya estaba a punto de volver a interrumpirla para hacer la misma pregunta.

—Un anciano muy amable llamado Billy el joven me dijo que no conocía a ningún barco llamado Estrella de mar que fuera a Irlanda, pero me informó que conocía uno llamado Estrella de oriente, y me aseguró que en él encontraría a un hombre llamado el irlandés.

—Ese viejo borracho la engañó milady. Y la verdad es que no me extraña, siempre acaba metiéndose en líos por su mala memoria —le informó Jeff para después regalarle una brillante sonrisa dejando bien claro a Madison por qué todos le llamaban el guaperas.

—Estoy seguro que no habría visto a ese otro barco aunque lo hubiera tenido a un palmo de su nariz —intervino Peter, pues conocía muy bien a ese Billy el joven y además le era imposible estar callado por más de un minuto.

Las risas por su comentario no se hicieron esperar, aunque a Madison le resultó imposible sonreír y su mirada triste no pasó desapercibida para ninguno de los hombres que la rodeaban.

—Pero no tiene de qué preocuparse milady, nosotros cuidaremos muy bien de usted —afirmó Harvey para tratar de animarla.

—Además, Irlanda está llena de irlandeses, es mejor viajar a América, allí puede encontrar a personas de cualquier parte del mundo —le dijo Jeff captando la atención de Madison.

—Yo una vez vi a un hombre que media más de dos metros y era tan pálido que parecía un muerto —indicó Peter consiguiendo que algunos rieran



y que Madison abriera los ojos como platos.

—Pues yo he visto hombres amarillos, rojos, blancos y negros —confesó Martin con su peculiar acento, haciendo que ella quisiera que siguiera hablando.

—Yo una vez vi a un hombre verde —soltó Timmy que acababa de llegar y se notaba encantado con la conversación y con participar en ella.

—¡Te lo acabas de inventar! ¡No existen los hombres verdes! —afirmó rotundo Perter.

—Ya lo creo que sí, mi padre se ponía de ese color cada vez que tenía que comerse el pudín de mi madre.

Las carcajadas no se hicieron esperar y resonaron por todo el barco consiguiendo que Madison se alegrara de haber salido del camarote. De no haber sido así se habría perdido conocer a unas personas tan simpáticas y amables, que la estaban haciendo olvidar todas sus preocupaciones. Aunque de vez en cuando no podía evitar mirar al puente de mando donde Aron y el capitán les observaban.

Había temido que la marginaran por ser mujer, o por creer que les daría mala suerte. Aunque peor hubiera sido que la hubieran mirado con mala cara por ser una lady, como había sucedido con el señor Sheldon.

—¿Por qué no tocas algo alegre Harvey? —le dijo Martin Drake consiguiendo que todos gritaran de entusiasmo y el ambiente se volviera aún más festivo.

—Toca la rosa de los mares para milady —le dijo Peter a Harvey el cual no necesitó más para ser persuadido.

El sonido de la armónica les rodeó en cuestión de segundos y todos, incluida Madison, empezaron a acompañar la canción con palmas. En breve los pies empezaron a moverse y a seguir el ritmo dando taconazos, y antes de darse cuenta Peter y Martin ya había salido a bailar.

La música era muy alegre y contagiosa por lo que Madison no tuvo ningún problema para seguirla dando palmas. Los dos hombres se movían sin descanso saltando y moviendo los pies muy rápido, para después girar mientras se cogían por el brazo. Acto seguido volvían a empezar y giraban de

nuevo, al mismo tiempo que los demás les animaban con vítores y aplausos.

Cuando la canción acabó ambos se pararon en seco y al unísono gritaron al cielo para después echarse a reír. Madison encantada les aplaudió maravillada por su aguante, pues se notaba que con ese baile habían acabado exhaustos.

—¡Toca otra Harvey! —dijeron inmediatamente los demás, para después salir Timmy y Jeff al guaperas al centro del círculo que habían formado.

Otra canción igual de animada comenzó a sonar, aunque esta vez eran los pies los que se movían a una velocidad de vértigo mientras los brazos de mantenía en jarras sobre sus caderas.

No habían pasado ni un minuto cuando Jeff se acercó a Madison, y haciendo una reverencia exagerada le indicó que les acompañara en el baile.

—¡Vamos Milady, anímese! —le gritó Peter aun jadeante por su baile anterior.

—¡Pero yo no sé bailar esto! —dijo ella indecisa, ya que en realidad se moría de ganas de acompañarles en el baile.

—Da igual milady, en realidad ellos tampoco tienen ni idea de cómo se hace —Soltó Martin consiguiendo que todos se rieran por su comentario.

Sin más excusas por decir, y decidida a vivir al máximo esta aventura que tenía por delante, Madison se puso de pie y Jeff la llevó hasta el centro del círculo. Una vez allí se empezó a poner más nerviosa, pues todas las miradas iban dirigidas a ella.

—¿Está lista milady? —le preguntó Jeff una vez que la situó entre él y Timmy.

Madison asintió e inmediatamente la música comenzó a sonar. Sin saber muy bien qué hacer, Madison se quedó parada viendo cómo ellos se movían, pues nunca había visto un baile igual y se sentía completamente perdida.

—Solo tiene que seguirnos milady —le dijo Jeff riendo al verla como les observaba los pies y trataba de imitarles.

—¡Es muy fácil milady! —aseguró Timmy tratando de no perderse ningún movimiento de ella mientras bailaba.

Poco a poco Madison le fue cogiendo el tranquillo, y para cuando empezó el segundo estribillo ya estaba saltando y moviéndose como sus acompañantes. Viendo que empezaba a cogerle el tranquillo se alzó un poco las faldas de su vestido para no pisárselo, y se dejó llevar por el ritmo, las palmas, los vítores, y una sensación de felicidad que jamás había sentido.

Las carcajadas y las palmas les siguieron durante un buen rato, y llegado un momento todos los presentes se pusieron a bailar y a darse empujones. Fue entonces cuando el baile cambió, y empezaron a girar entrelazándose los brazos formando un gran círculo donde se iban cruzando los unos con los otros

Las carcajadas y los empujones cada vez fueron más frecuentes, hasta estar algunos a punto de caerse al suelo, o de quedarse sin oxígeno para seguir bailando. Como le pasó a Madison, aunque ella no quería detenerse por nada del mundo. No tardaron mucho en llegar las bromas o las trampas, y para cuando Madison quiso darse cuenta ya se encontraba en medio del círculo donde cada hombre esperaba su turno para girar con ella.

Cuando por fin éste terminó la música, estaba completamente rendida, pero se lo había pasado mejor que en cualquier baile de sociedad que había asistido. Por un segundo se imaginó bailando de esa manera en un gran salón rodeada de matronas, y no pudo evitar reírse al figurarse a las distinguidas damas tiradas por el suelo desmayadas.

—¡Toca otra Harvey! —empezaron a decir de nuevo.

—¡No! —Grito Madison cuando tiraron de ella para volver a colocarla en el centro—. Estoy agotada, sigan ustedes mientras yo veo como bailan.

—¡Pero así no será tan divertido! —soltó Peter ganándose una colleja por parte de Harvey.

—¿Estás diciendo que mis canciones no son divertidas? —le preguntó Harvey amenazándole con la armónica y tratando de no reírse por la cara que puso su amigo.

—¡Claro que no Harvey!, pero bailar con una mujer tan bonita es mucho mejor que bailar con Martin o con Jeff, por muy guapos que estos sean.

Las carcajadas volvieron a sonar, y Madison se maravilló por la

camaradería que reinaba en el barco. Sin lugar a dudas los años trabajando juntos y las duras condiciones en las que vivían, habían estrechado los lazos de todos esos hombres que ponían sus vidas en las manos del compañero.

—Toca un vals Harvey —le pidió Jeff una vez que todos se calmaron un poco—. Nunca he bailado uno con una autentica dama.

Cada par de ojos se posaron inmediatamente sobre Madison, la cual se sintió alagada ante sus palabras. Estaba segura que en cualquier otra circunstancia la habrían tachado de buscona o desvergonzada por haberse fugado, y por haber subido a un barco repleto de desconocidos. Pero sobre todo por dar tanta confianza a unos marineros que nada tenían que ver con ella, comportándose de forma tan vergonzosa para una dama.

Pero en realidad Madison no se arrepentía por lo que había hecho, sobre todo porque se había librado de un destino que nadie deseaba, como tampoco lamentaba compartir esos momentos de diversión inocente con esos hombres. Al fin y al cabo estaban demostrando más galantería que muchos caballeros que ella conocía, y que no dudaban en aprovecharse de una doncella sin experiencia.

Sabiendo lo que su corazón le dictaba en ese momento, Madison se puso de pie y dijo con voz firme y actitud serena:

—¿A que espera caballero? ¿Acaso no sabe que no se debe hacer esperar a una dama?

Todos en el barco permanecieron en silencio observando, y pudieron comprobar de primera mano cómo Jeff sonrió encantado a esa muchacha que les estaba demostrando cómo se comportaba una auténtica señora.

Irguiéndose todo lo que pudo, y tras colocarse bien la camisa y el cabello, Jeff se acercó a Madison. Fue entonces cuando éste le hizo una reverencia y le dijo solemne:

—Lady Madison, ¿me concedería el honor de bailar conmigo?

Encantada de poder hacer realidad el sueño de ese hombre, que parecía tan vivido pero que en realidad desconocía tantas cosas ajenas a su mundo, hizo una de sus mejores genuflexiones y colocando con suavidad su mano sobre el antebrazo de éste le respondió:

—Será un placer caballero.

Sin más por decir ambos dieron unos pasos hasta colocarse en el interior del círculo formado por la tripulación, y se dispusieron a empezar a bailar en cuanto sonara la música.

El irreal sonido de un vals tocado por una armónica empezó a sonar, dejando a todos con la boca abierta cuando contemplaron como Madison parecía volar entre los brazos del marinero. Jamás en sus vidas habían visto nada parecido, pues ante ellos se encontraba una dama con un porte y una elegancia propios de una reina.

Embelesados ante la visión de una diosa la contemplaron en silencio, mientras la música los envolvía como si fuera un cálido manto que les hacía sentirse sumergidos en un sueño. Al mismo tiempo, la luz del sol había sido sustituida por los reflejos anaranjados del crepúsculo, y éstos daban una mayor sensación de embrujo que los mantenía absortos en sus sitios.

Ni las olas del mar, ni el viento, ni las nubes habían contemplado antes la visión de una sirena seduciendo a tantos hombres, aunque en esta ocasión no fue su canto los que los dejó cautivos, sino sus gráciles movimientos que la hacían parecer volar por el aire.

## Capítulo VIII

Nada más verla aparecer por cubierta el corazón de Aron se aceleró sin control. Observar cómo se movía con esa gracia tan propia de ella le hacía hervir la sangre, pues jamás había contemplado a una mujer que con unos simples movimientos le volviera loco.

Pero lo peor de todo fue comprobar que no era el único hombre que se había dado cuenta de ello, ya que todos los tripulantes del “Estrella de oriente” dejaron lo que estaban haciendo para no perderse ni un solo detalle de cómo ella actuaba.

Era absurdo que incluso sintiera celos del pequeño mono que mantenía entre sus brazos y acariciaba, pues a él también le hubiera gustado que le dedicara ciertos cuidados. Aunque, por supuesto, él nunca le mencionaría

esos deseos que sentía por estar a su lado, como tampoco le diría que una pequeña parte de él, que crecía por momentos, se alegraba que se hubiera equivocado de barco y ahora estuviera presa en el suyo.

Ver cómo los marineros se le acercaban y le hablaban le enfureció como nunca antes lo había estado, y quiso acercarse a ellos y apartarlos a puñetazos para después llevársela a rastras hasta su camarino.

No estaba seguro de dónde procedían estos pensamientos, pero no podía evitar sentirlos al verla. Esa sensación de quererla solo para él, cuando en realidad debía mantenerse alejado era algo desconocido, y deseaba que de una vez por todas se cansara de ella y las cosas volvieran a ser como antes de conocerla.

Pero algo en su interior le dijo que ya nada volvería a ser igual, sobre todo cuando la vio sonreír sentada entre los hombres y acompañar con sus palmas el ritmo de la música, como si estar en ese ambiente tan rudo y campechano fuera algo natural en ella, o como si en realidad estuviera tomando el té en un refinado salón de Londres.

Llamaba la atención cómo algo tan delicado y puro podía encajar tan bien en un ambiente tan tosco, pues contemplarla con su vestido color rosa pálido de confección elegante, era como ver a una frágil y hermosa rosa en un campo cercado por cardos.

Su franca sonrisa, sus verdes ojos vivaces, la sinceridad de su comportamiento; el cual estaba lejos de ser coqueto o remilgado, le hacían ver que esa mujer no era como las demás. Se veía con claridad que no buscaba la aceptación de ellos, sino que con su simple presencia y su tratamiento informal se los había ganado.

Aun así, saber que procedía de esa sociedad que siempre conseguía lo que quería, que sabía cómo engañar y manipular quedando ellos como las víctimas, le hacía desconfiar de sus sentidos. Sobre todo al recordar cómo las damas de apariencia distinguida eran capaces de usar y tirar a las personas conforme se les antojaba, y por ello no estaba dispuesto a que volvieran a jugar con su cordura y su corazón.

—Por tu expresión se diría que te acabas de tragar un limón —afirmó risueño el capitán Davis, pues era evidente la desaprobación de Aron por lo

que Madison estaba haciendo.

—Te crees muy gracioso, pero si yo fuera el capitán de este barco no consentiría que mis hombres se acercaran tanto a una mujer, que además, está desprotegida y bajo mis cuidados. Es muy peligroso y podríamos acabar envueltos en una desgracia —le contestó Aron sin ni siquiera mirarle pues todas sus facultades estaban volcadas en Madison.

—Por suerte el capitán soy yo y conozco muy bien a mis hombres. Confío en ellos y no veo que estén molestando a milady. Además esa dama desprotegida; como tú dices, se está comportando con total corrección y cómo puedes comprobar no la he dejado sin mis cuidados —le dijo colocándose a su lado para poder ver mejor a Madison—. Por otro lado si tú quieres ocuparte de ella...

—Ya te dije que no quería saber nada de esa mujer —le cortó categórico Aron, pues no se veía con fuerza para estar cerca de ella, y así hacer algo de lo que más tarde se arrepintiera.

Desde el puente de mando se podía ver con total claridad toda la cubierta, por lo que resultaba el sitio perfecto para no perderse detalle de cada gesto y movimiento de Madison. Algo que por supuesto conocía Aron.

—Como deseas, aunque por el interés que muestras por la dama, cualquiera diría que estás... intrigado por ella.

—Es más bien desconfianza, no es apropiado que una dama esté tan cerca de unos hombres tan poco... —de pronto Aron calló y se quedó petrificado ante lo que estaba viendo.

Hacía unos minutos que un par de esos marineros habían salido a bailar; o mejor dicho a hacer el tonto delante de la muchacha, y ahora, para su asombro, ella salía encantada a danzar uniéndose a otro par de esos hombres.

—¿Ves lo mismo que yo? —preguntó incrédulo Aron mientras no se perdía detalle de las risas y los gestos de Madison. Parecía una delicada ninfa rodeada de salvajes elfos que querían capturarla para hacerla suya.

—¿Te refieres a si veo a lady Madison bailando? —le preguntó malicioso pues su intención era mofarse de sus celos.

—¡Exacto! —le contestó colérico consiguiendo que el capitán riera aún

más divertido

Aron no podía creer que su amigo permitiera ese espectáculo tan lamentable entre sus hombres y lady Madison. Para cualquier ojo crítico era evidente la falta de decoro de la situación, pues no era nada apropiado que una dama estuviera bailando como una mujerzuela en medio de la cubierta, y para colmo rodeada de brutos y lascivos marineros.

—¿Acaso no piensas intervenir? —se vio obligado a decir al ver que el capitán simplemente observaba divertido.

—¿Por qué? No están haciendo nada incorrecto.

—¡Pero no es decente! —repuso Aron cada vez más alterado. Sobre todo cuando vio que todos los hombres se unieron al baile, y empezaron a bailar al mismo tiempo que gritaban, reían, y se comportaban como niños.

—Vamos Aron, solo están bailando. Esos hombres nunca han tenido la oportunidad de ver a una dama tan cerca y solo tratan de llamar su atención —le indicó el capitán mientras observaba a Madison para después mirar a Aron. A ella se la veía disfrutar dando la sensación de necesitarlo, mientras que a Aron se le veía ridículo con su enfado sin sentido.

—Te recuerdo que esta mañana les pediste que se mantuvieran alejados de ella —repuso Aron pues quería que el capitán pusiera punto final a esa diversión.

—Les dije que la trataran con respeto, y por lo que veo eso es lo que están haciendo —señaló como única respuesta, pues era evidente que en esos momentos Aron estaba más pendiente de ella que de sus comentarios.

Fue entonces cuando todos pararon, y tras unas palabras que ellos dos no consiguieron escuchar, vieron incrédulos como el marinero llamado Jeff la sacaba a bailar con los modales propios de un caballero. Pero su sorpresa no acabó ahí, ya que los demás formaron un círculo a su alrededor, para que ellos bailaran dentro de él.

Cuando de la armónica empezaron a sonar los primeros compases de un vals, Aron no se lo pudo creer, pues esa pequeña dama había conseguido convertir su barco en un improvisado salón de baile, donde burdos marineros se comportaban como auténticos caballeros.



Pero lo que más le cautivó fue verla moverse con la gracia y delicadeza de una mariposa, mientras era sostenida con fuerza por un hombre que no era él. Daba la sensación de que esa mujer estaba hecha del mismo material que el de las nubes, y por eso parecía capaz de flotar entre las notas de ese improvisado vals.

La necesidad de ser él ese hombre que la mantenía entre sus brazos, le quemó por dentro como si fuera fuego, y deseó con todas sus fuerzas haber sido él, el osado caballero que se había atrevido a bailar con ella. Un buen número de veces había asistido a eventos sociales, pero en ninguna ocasión había participado en un baile donde una dama brillara tanto, como en ese instante lo estaba haciendo lady Madison.

Saber que no era él quien la hacía sentir tan relajada y feliz le estaba destrozando, y para su asombro se dio cuenta que no podía soportar verla tan cerca de otro hombre sin sentir celos. Algo impensable pues él no quería saber nada de ella al ser una Wyonick, aunque por un momento sólo pudo ver a una mujer deseable que no se parecía en nada a esas otras damas de la nobleza que tanto despreciaba.

—Davis si tú no haces nada, me veré obligado a ser yo quien ponga punto final a este espectáculo —expresó muy seriamente, pues acababa de llegar al límite de su aguante y no podía permitir que esa situación continuara.

—En ese caso, prefiero ser yo quien me ocupe de todo —le contestó el capitán, el cual también miraba a los bailarines con expectación.

Sin mediar más palabras el capitán se colocó bien su chaqueta, y bajó decidido del puente de mando derecho a donde se estaba produciendo el incidente.

Los marineros nada más verlo; y al notarlo tan serio, se apartaron, dejando ante él a la pareja que aun bailaba ajena a lo que sucedía a su alrededor. Por unos segundos el ambiente se volvió tenso a la espera del comentario del capitán, e incluso la música fue interrumpida en cuanto Peter le dio un codazo a Harvey para que dejara de tocar.

Fue entonces cuando Jeff y Madison cesaron de bailar, y tras mirar a su alrededor para saber qué había sucedido divisaron al capitán parado frente a

ellos. La cara pálida de Jeff fue lo primero que llamó la atención, pues parecía que al pobre le acababan de dar un susto de muerte. Sin embargo Madison se quedó tranquila esperando las palabras del capitán, ya que ella estaba convencida de no haber hecho nada inapropiado.

Tras dar unos pasos, para así colocarse más cerca de la pareja, el capitán miró al hombre como si le estuviera evaluando, para después dedicarle toda su atención a Madison.

—¿Lady Madison? —preguntó el capitán tieso como un palo y formal como un clérigo.

—¿Si capitán Davis? —le dijo ella ya acostumbrada a esa pose regia de los caballeros cuando estaban a punto de pedir algo.

—¿Sería usted tan amable de concederme el siguiente baile? —el suspiro colectivo no se hizo esperar, y Jeff pudo volver a respirar después de creer que lo castigarían por conducta inapropiada ante una dama.

—Será un placer —contestó Madison mientras le regalaba una sonrisa y ambos se acercaban.

Encantado por la oportunidad de bailar con la dama, el capitán se adelantó para colocarse en el sitio que hasta entonces ocupaba Jeff; pues ahora éste se alejaba del centro de la improvisada pista de baile, mostrando su más reluciente sonrisa al imaginarse la cara de asombro de su amigo.

La conmoción de los presentes fue evidente, pero fue Aron quien incrédulo se quedó mirando la escena con la boca abierta al no poder dar crédito a lo que contemplaba.

Que su amigo, y además el capitán del barco, hiciera algo tan fuera de lugar le dejó sin habla, pues estaba convencido de que pondría punto final a aquel espectáculo que tanto daño le causaba a su corazón.

—Harvey, toca otro vals para la dama. Pero procura esta vez no saltarte ninguna nota —le indicó el capitán al improvisado músico, mientras colocaba su mano en la cintura de Madison.

Las risas de todos no se hicieron esperar, consiguiendo que el ambiente se relajara y volvieran a verse las sonrisas en más de un rostro. Aunque para ser justo se debería decir que en el puente de mando el ambiente se había

helado, al mismo tiempo que los ojos de Aron escupían fuego.

Aron observaba incrédulo cómo otro hombre que no era él, conseguía lo que tanto ansiaba, ya que él se negaba a admitir que hubiera dado una pequeña fortuna por ser quien la sostuviera entre sus brazos, y la hiciera sonreír como lo estaba haciendo su amigo.

Sin poder soportar por más tiempo contemplar cómo reía al son de la música, se volvió para no mirarla sintiéndose el hombre más estúpido sobre la faz de la tierra. Sabía que su comportamiento estaba siendo completamente absurdo, y más cuando comprendió lo irracional de sus reproches, al ver como todos sonreían encantados, pero sin ninguna maldad o decadencia en sus miradas.

Descubrió que la causa de todo ese malestar era la envidia, al verla rodeada de individuos que no eran él, y por eso quería que ese tormento cesara, al hacer que cada marinero volviera a su puesto con una reprimenda. Se vio con los ojos de su amigo el capitán Davis y solo distinguió a un pobre infeliz, que sufría por algo que él mismo se negaba a obtener, y sintiéndose por ello como un estúpido que acababa de ponerse en evidencia.

Sabía que no podría soportar mirar a la cara a su amigo y ver en él alguna clase de recriminación o sarcasmo, y por eso decidió marcharse al camarote del capitán donde se tomaría un buen trago de algún licor fuerte. Aunque debía reconocer que tampoco soportaba la idea de seguir contemplando a esa mujer que lo estaba volviendo loco.

Sin más se bajó del puente de mando dispuesto a alejarse sin llamar la atención, aunque para su disgusto en su trayectoria se cruzó con Bill Williams, el médico del barco; un hombre de unos cuarenta años, tímido, rechoncho y con un peinado que trataba sin éxito de cubrir su calva, y con el cocinero, el viejo Tom; un hombre de apariencia similar a éste, aunque en su caso la calva había ganado terreno dejándolo sin un solo pelo. Pero lo que más lo distinguía era su pata de palo y unas maneras mucho menos educadas que su amigo el doctor Williams.

—Es todo un espectáculo, ¿verdad señor Sheldon? —le preguntó el viejo Tom que observaba la situación apartado de los demás, y sentado junto a su amigo el médico.

Ambos hombres habían contemplado divertidos las muecas de disgusto de Aron, y habían apostado cuánto tiempo tardaría en reaccionar y hacer alguna tontería. El viejo Tom había acordado pagar una botella de whisky si Aron interrumpía el baile y se llevaba la chica al camarote, mientras el doctor Williams; una persona mucho más juiciosa y menos impulsiva, había convenido en pagar otra botella si Aron se marchaba enfadado y se encerraba en su habitación hasta el día siguiente.

Los dos hombres se habían animado al ver al joven señor Sheldon bajar del puente de mando furioso, pero como el viejo Tom era un mal perdedor intervino cuando vio que éste se alejaba hacia su camarote. Su intención sin lugar a dudas había sido provocarle para que se dirigiera hacia la chica, y así él ganara la apuesta.

La respuesta en forma de gruñido que le dio Aron le hizo reír, y empezó a disfrutar de la botella de whisky que tendría que darle el buen médico.

—Pues si yo tuviera las dos piernas y veinte años menos, no me quedaría ahí embobado como un tonto e iría a por ella —siguió diciendo para conseguir que se parara y mirara a la mujer.

—Tom, viejo zorro tramposo, me parece que esta vez de nada te van a servir tus artimañas —repuso el médico cuando comprobó cómo Aron se giraba para mirar a la joven, pero sin prestar atención a las palabras maliciosas de su amigo.

—No estés tan seguro, o si no mira —le indicó el viejo Tom en voz baja mientras ninguno de los dos se perdía detalle de lo que él hacía.

Pero las palabras del viejo Tom no habían llegado a Aron, al encontrarse ensimismado ante la visión de Madison. El hecho de que se girara obedeció al destino, y a sus ansias por querer verla unos segundos más, y no al comentario del viejo cocinero para que lo hiciera. Fue algo que no pudo remediar, pues algo en ella lo llamaba para que se acercara y la tomara entre sus brazos. Una lucha feroz empezó a formarse en su interior, donde el deseo de ir a su encuentro y el sentido común de alejarse disputaban hacerse un hueco en su cabeza.

Debía reconocer que lo atraía como ninguna otra lo había hecho hasta el momento, pero sabía que no debía dejarse llevar por sus impulsos. Ella no le

convenía pues estaba seguro que sólo le traería problemas, aunque una parte de él cada vez más grande le decía que por una mujer así valdría la pena toda clase de tormentos.

Suspirando la observó fascinado unos instantes más, mientras ella se movía con la elegancia de una reina entre el contraste del cielo oscuro y las luces de los candiles que habían sido encendidos. Esta tenue luz, junto con el resplandor que surgía de ella conferían el espectáculo de verla bailar, como algo surreal y absolutamente embriagador.

Sin poder soportar por más tiempo esta visión, Aron se giró para marcharse de cubierta y perderse en la profundidad de una botella. Tal vez de esa manera pudiera olvidar la asombrosa imagen de Madison sonriendo, o quizás pudiera averiguar qué extraño embrujo le causaba con sólo mirarla.

Pero de lo que en ningún momento se percató fue de que unos ojos color verde afligidos lo vieron alejarse, como tampoco escuchó el triste suspiro de una mujer que lamentaba su cobardía.

No se había dado cuenta que, en su empeño de alejarla de su lado, había perdido una oportunidad única de estar con ella, y de convertirse en ese hombre afortunado que la sostenía entre sus brazos, mientras dejaban que la música, el balanceo del mar, y la noche los envolvieran.

## Capítulo IX

**T**ras cinco días de travesía Madison por fin había conseguido afianzarse en una rutina, con el propósito de mantenerse

ocupada y así no pensar en el oscuro destino que la esperaba al llegar a puerto. Aunque, si bien era cierto que le preocupaba esta cuestión, el asunto que más perturbaba su mente era la extraña obsesión que sentía por el señor Sheldon. Un hombre que la seguía con la mirada cada vez que la veía como si esperara a que hiciera algo incorrecto, y mantenía la más estricta cortesía cuando debía dirigirse a ella.

Durante estos días en alta mar apenas habían coincidido ya que él se esforzaba por que así ocurriera. Aron hacía todo lo posible por no acercarse a ella o dirigirle la palabra, hasta llegar al punto de sólo coincidir en la cena cuando la compartían en el camarote del capitán junto a éste y el médico.

En esas ocasiones solo contestaba con monosílabos, y dejaba que el peso de la conversación fluyera entre los demás comensales, algo que no pareció molestar a ninguno de los tres. Pero era cuando la veía por las noches sentada para conversar con los marineros, cuando deseaba formar parte de ese grupo de admiradores que la rodeaban para llamar su atención.

Aunque para ser sinceros, era cuando la contemplaba caminar sola por cubierta antes de acostarse, cuando más ansiaba acercarse a ella y preguntarle por sus pensamientos, o por saber qué veía cuando se pasaba un buen rato mirando las estrellas.

Era entonces cuando no podía dejar de observarla sintiendo cómo algo en su interior se encendía, al darse cuenta de que era el único que ponía barreras ante ella. Todos los demás se mostraban encantados en sentarse a su lado para contarle historias y hacerla reír, mientras él debía conformarse con observarla en la distancia como un mero espectador.

Sentía cómo, cada vez, le costaba más esfuerzo mantener ese frío distanciamiento, y temía que en poco tiempo su resistencia sería vencida por esa dulce muchacha que lo estaba haciendo enloquecer.

Por otro lado Madison pasaba los días sin darse cuenta del tormento que su presencia ocasionaba a Aron, pues no sabía de la lucha que este sostenía por mantenerse alejado de ella. Para ella todo era mucho más simple, y creía que su enfado se debía a que la veía como a un problema que debía resolver en cuanto llegaran a su destino.

Por ese motivo decidió que debía hacer todo lo posible por finalizar esa

estúpida desavenencia que ambos mantenían, y se propuso comenzar un acercamiento entre ellos para aplacar su resistencia. No obstante, no sabía cómo hacerlo, pues su escasa experiencia con los hombres; unida a los temblores y palpitos que sentía en cuanto lo notaba cerca, la hacían replantearse su idea. Quizás si fuera algo más valiente, o si ese hombre no la asustara tanto, podría atreverse a averiguar porque sólo a su lado se sentía diferente.

Por el momento se conformaba con haber convencido al capitán para que la dejara realizar algunos trabajos menores, con el fin de mantenerse ocupada y dejar así de pensar o sentir. Para lograrlo había alegado que mantenerse ociosa no era el mejor remedio para que todos en el barco la vieran como un miembro más de la tripulación, opinando que debía hacer algo durante las largas horas de luz o se volvería loca.

El capitán no tuvo que pensar mucho la oferta de la dama y aceptó encantado, pues se dio cuenta que tenerla ocupada solo le traería ventajas. De ese modo ya no tendría que vigilarla en todo momento, y su cuidado recaería en uno de sus hombres de confianza. No tuvo que pensar mucho a quien le encargaría dicha tarea, pues en su tripulación contaba con el hombre perfecto para ese puesto. Y ése no era otro que el viejo Tom, un anciano que no le daría problemas románticos, con el temperamento necesario para saber manejarla, y con experiencia en enseñar a jóvenes grumetes demostrando que tenía paciencia.

Era por ello que Madison había empezado ayudando al viejo Tom en las cocinas; para disgusto de éste pues odiaba que interfirieran en su trabajo, hasta que tuvieron que soportar un guiso quemado y extremadamente salado. Fue entonces cuando la dama fue rebajada al puesto de pinche; para su fastidio, y desde entonces se pasaba gran parte de la mañana pelando patatas y otras verduras bajo el ojo crítico de Tom.

Pero para el alivio de Madison pudo contar con la ayuda de Timmy, que encantado le enseñaba a tener cuidado con el cuchillo; antes de que alguno de ellos terminara con algún miembro amputado, y le contaba toda clase de anécdotas sobre sus anteriores viajes.

Aunque era por las tardes cuando Madison contaba con más libertad para elegir su ocupación, e intercambiaba las horas entre remendar velas, camisas,

y cualquier prenda que le dieran, así como lavar sus ropas, hacer retratos a carboncillo o aprender a hacer nudos. Estas últimas actividades era las que más le divertían, y las que hacían reír a los demás con sus caricaturas y retratos; o con sus gestos cuando no lograba realizar el nudo con éxito o al chillar cuando sí lo conseguía.

No obstante, su momento favorito del día era, sin lugar a dudas, cuando tras la larga jornada de trabajo del viejo Tom y del médico, ambos se sentaban a su lado y empezaban a contarle antiguas historias sobre sus vidas, o cuando le relataban fábulas y leyendas que habían aprendido con el paso de los años. Escucharles narrar esas historias la hacían añorar haber tenido una infancia llena de cariño, con una madre que le contara cuentos y le mostrara un poco de ternura.

Había sido junto a esos rudos hombres cuando más querida y arropada se había sentido en toda su vida, y daba gracias al cielo por ello pues por nada del mundo cambiaría la experiencia que estaba viviendo. Entre ellos se sentía valiosa y apreciada como nunca antes se había sentido, pues todos buscaban la manera de llamar su atención y de complacerla. Un hecho que le parecía extraño, pues en realidad eran personas desconocidas y ajenas a su entorno, pero que habían calado muy hondo en ella.

Sin embargo sus padres nunca supieron cómo ganarse ese puesto, pues para ellos su hija solo significó una posesión que en ocasiones les importunaba y que debían mantener alejada de ellos. Solo cuando creció tuvo valor, hasta el punto de venderla al mejor postor con el fin de conseguir lo que deseaban sin ni siquiera pensar en lo que anhelaba su única hija.

Aun así Madison los quería al tratarse de sus padres, y se había pasado toda la vida tratando de llamar su atención sin conseguirlo. Para ellos nunca era suficiente por mucho que se esforzara en complacerles, y había aprendido a rebelarse con pequeñas travesuras para conseguir, si bien no su afecto y su comprensión, sí su atención.

Por eso ahora, al darse cuenta de que ambos hombres la esperaban en su sitio acostumbrado; ése, junto al palo mayor, donde habían bailado la primera noche, se sintió feliz y complacida al verlos y fue a su encuentro con una gran sonrisa. Si bien todos en el barco se habían portado de una forma maravillosa con ella, eran esos dos hombres, junto al capitán Davis, con los



que más afinidad sentía y más tiempo pasaba con ellos.

Durante horas se sentaba a su lado y conversaban de trivialidades que la hacían sonreír, pero sobre todo la hacían comprender ese otro mundo, donde los hombres se veían obligados a arriesgar sus vidas por un poco de dinero. Era ahora, tras escucharlos, cuando entendió cómo su clase privilegiada la había protegido de la miseria y del hambre, y le hacía temer qué sería de ella cuando llegara a Nueva Orleans.

La habían educado para ser una dama refinada y elegante, pero sin ninguna capacidad para poder sobrevivir sin ayuda. Desde pequeña le habían inculcado que cualquier actividad que pudiera ser de provecho se consideraba un trabajo, y por consiguiente no debía efectuarlo al ser indigno. Por ello sabía tocar el piano, decorar jarrones, preparar banquetes para cientos de comensales, bailar, cantar, recitar poesía y dibujar, pero no sabía nada sobre cómo sobrevivir en el mundo.

Por eso pensó que nunca podría encajar entre esos hombres, y por eso se sorprendió cuando se convirtieron en buenos amigos con los que poder hablar sin tapujos y sin sentirse extraña.

Acercándose comprobó que cada uno había ocupado su lugar, y como venía siendo habitual, ya habían empezado a discutir sobre cualquier tema. Era asombroso cómo dos hombres tan dispares, que no paraban de batallar, pudieran ser tan amigos, y que una joven dama de la aristocracia sin nociones de la vida, pudiera encajar tan bien entre ellos.

—Hoy te retrasaste niña —le dijo el viejo Tom con cariño nada más verla, y le hizo un gesto con la mano para que se colocara a su lado.

Al viejo Tom le gustaba sentarse en ese sitio cuando el sol bajaba por el horizonte, para así fumar tranquilamente su pipa y charlar con su amigo el médico. Un solterón, que gracias a la presencia de Madison había empezado a no temer tanto a las mujeres, pues para su desgracia cuando estaba frente a una no paraba de farfullar, sudar, e incluso en más de una ocasión estuvo a punto de desmayarse como una doncella.

—Me he encontrado con Jeff por el camino —les contestó Madison acercándose a su sitio y sentándose como hacía cada tarde.

—Ten cuidado con el guaperas lady, le gustan demasiado las faldas —

repuso Tom cargando su pipa de tabaco.

Hacía solo un día que Madison se había enterado que los marineros la apodaban con el nombre de lady, y desde entonces lucía encantada el mote. Incluso el capitán acabó accediendo a que la llamaran con este apelativo que se había ganado por su actitud cariñosa, y solo Aron se mantenía aparte al no querer saber nada de ella; aunque en realidad siempre estuviera en su cabeza.

—No te preocupes, se cómo cuidarme —indicó sabiendo que ese marinero nunca se atrevería a hacerle nada, pues se notaba que le gustaba el flirteo pero no creía que fuera peligroso.

Inmediatamente Madison pudo escuchar el bufido del viejo Tom que le indicaba que no se confiara, pues apenas sabía nada de los hombres. Sin embargo el doctor Williams no pudo evitar echarse a reír, pues entendía el sentimiento protector que su amigo sentía, ya que él también lo estaba notando por esa joven que con su presencia había revolucionado sus vidas dándoles color.

—Deja a lady tranquila, ella ha demostrado tener más agallas que muchos hombres que conocemos —repuso el doctor Williams a su amigo.

—Eso es cierto, pero ninguno de esos hombres poseía una cara tan bonita como la suya —le contestó riéndose y chupando de su pipa.

—Ahí te doy la razón —le contestó el doctor Williams para después recostarse en su asiento—. Y dime lady, que quieres que hoy te contemos.

Madison entusiasmada por lo que venía a continuación se irguió en su sitio, llenándose del olor a tabaco. Un aroma fuerte que jamás olvidaría, y que siempre asociaría con ese barco, ese momento robado al día y con ese hombre de apariencia huraña que en realidad era cariñoso y protector. Con los ojos brillantes a causa de la ilusión le dijo:

—Peter me ha dicho que conocéis un montón de historias sobre barcos fantasmas.

—Por Dios niña, ¿acaso quieres tener pesadillas? —Le preguntó enfadado el doctor Williams a la vez que se incorporaba en su asiento—. Las muchachitas de tu edad solo deberían escuchar historias de ninfas y princesas.

—¡Pero esas son muy aburridas! —repuso Madison haciendo una mueca.

La carcajada del viejo Tom no se hizo esperar, y dándole un codazo a su amigo le indicó:

—Creo doctor que los tiempos están cambiando y ahora las damas prefieren otra clase de cuentos.

Los dos sonrieron y dejaron que los segundos fluyeran mientras los tres contemplaban cómo el sol se acercaba al horizonte. En esos pocos días que Madison había empezado a disfrutar de la compañía de esos dos hombres, y había comprendido que el tiempo para ellos transcurría sin prisas, y por ello estaba aprendiendo a tener paciencia y a escuchar atenta y callada.

No era bueno meter prisas a un anciano, y más cuando este estaba disfrutando de su descanso ante los últimos rayos del sol.

—¿Qué te parece si hoy nos cuentas tú un cuento? —le dijo el viejo Tom a Madison tras chupar de su pipa.

—Pero yo no sé ninguna historia interesante —repuso ella apesadumbrada pues no podría complacerlos.

—Por fin has tenido una buena idea viejo Tom, cuéntanos alguna historia que te contaran de niña —indicó el doctor Williams con sus ojillos brillantes que la observaban con admiración.

Madison deseaba complacerlos, pero para su desgracia nunca nadie le había contado una historia. Ellos habían sido los primeros en hacerlo, y por eso les tenía tanto cariño y añoraba sus encuentros. Sintiéndose como un fraude agachó la cabeza y les dijo:

—Lo siento pero no sé ninguna.

—Es lógico que no te acuerdes, seguro que eras muy pequeña entonces y los habrás olvidado —el doctor salió enseguida en su defensa, pues se había dado cuenta de la expresión dolida del rostro de Madison.

El silencio volvió a apoderarse del lugar, aunque en esta ocasión no fluía como antes. En su lugar el paso del tiempo se volvió denso y frío, y Madison deseó haber tenido otra clase de vida más vulgar, donde los padres cuidaban de sus hijos, y donde ella no tuviera que agachar la cabeza avergonzada por

una infancia tan solitaria.

—Nunca me contaron cuentos —confesó por fin, para después alzar sus ojos y poder ver la lástima en la mirada de ellos.

Pero no fue eso lo que pudo observar al mirarlos, sino furia ante la triste vida de una chiquilla que cuanto más conocían, más se daban cuenta de lo sola y perdida que había estado.

—Sabes lo que te digo, que las mejores historias son las que nosotros mismos vivimos. Y estoy seguro de que tú podrías contarnos algunas muy buenas —Le dijo el viejo Tom, pues no iba a permitir que su lady se sintiera afligida por algo de lo que no era culpable.

Los ojos de Madison se agrandaron de golpe, y en ellos empezó a brillar un destello de ilusión que no había antes. Todo en ella pareció cambiar, y ahora esa muchacha cabizbaja se había transformado para volver a ser la joven resuelta y alegre que era capaz de enfrentarse a su destino sin miedo.

—Debo confesar que cometí algunas travesuras de pequeña —indicó volviendo a erguir su espalda.

La carcajada de ambos hombres no se hizo esperar, y los tres acabaron riéndose por su comentario y por el cambio en su rostro. Había vuelto esa mujer decidida y vivaz, capaz de enfrentarse a los inconvenientes de frente. La misma mujer que se había ganado su confianza y su respeto, y con la que se habían encariñado en tan poco tiempo.

—Lady, estás sentada en la cubierta de un barco que cruza el océano hablando con dos desconocidos, después de haberte escapado de tu propia boda y de camuflarte en él —la mirada risueña de Tom le indicó a Madison que ya tenía indicios suficientes de su espíritu rebelde—. Estoy convencido que tus historias son mucho más que simples travesuras.

—Te puedo asegurar que no soy tan mala. Solo hice cosas inofensivas como cambiar la sal por la azúcar, verter coñac en el ponche de la fiesta de lady Kesington, o introducir en los bolsitos de las bobas de lady Susan y lady Margarete notas de amor escritas por mí, pero haciéndolas creer que las había escrito el mejor partido del año.

—Me parece que eso no debió acabar bien —repuso el doctor Williams

mientras observaba como ésta sonreía maliciosa al recordarlo. Un arrebatado de orgullo surgió en el pecho del médico, pues valoraba cómo esa muchachita no se dejaba vencer por los demás, y luchaba con todo lo que tenía a su alcance por reafirmarse y ser valorada.

—En realidad acabó mejor de lo que esperaba ya que ambas acabaron dentro de la fuente del jardín tirándose de los pelos, mientras gritaban como auténticas verduleras delante de lo más selecto de la sociedad —le contestó sonriendo al volverlo a revivir en su mente, y al recordar cómo esas dos sabandijas se retorcieron en el agua mientras se arañaban y tiraban de sus cabellos.

—¿Y se puede saber qué te hicieron esas pobres muchachas? —Le preguntó el viejo Tom mientras sonreí al imaginar la divertida escena.

Aunque cuando la vio roja como un tomate; pero risueña como un pajarillo al recordar su fechoría, no pudo evitar soltar la carcajada que se estaba aguantando, y acabó llamando la atención de todos los hombres que andaban alrededor de ellos. Mientras ella también trataba de controlarse, y no reírse del pobre tormento de esas dos arpías que se tenían bien merecido su castigo.

Aunque habían pasado un par de años desde ese suceso aún se reía de él cada vez que lo recordaba, y tuvo que hacer un serio esfuerzo para aparentar seriedad cuando escuchó la carcajada de Tom.

—Empezaron a correr el rumor de que yo era una mujer impulsiva y salvaje, y por su culpa me quedé un mes sin postre y sin poder salir a pasear a caballo por Regent'spark —expuso en su defensa, aparentando sentirse ultrajada ante los viles hechos de esas dos mujeres. Consiguiendo con ello que las carcajadas del viejo Tom fueran aún más fuertes.

—¡Vaya! ¿Y cómo llegaron a esa conclusión? —Pudo preguntar el doctor Williams, aunque le quedaba muy poca resistencia, y estaba seguro que en breve acabaría riendo igual que su amigo.

—Bueno, esa es una historia demasiado larga, así que en mi defensa solo diré que obtuvieron el castigo que se merecían por entrometidas y chismosas.

Las carcajadas de ambos hombres no se hicieron esperar, e incluso el viejo Tom tuvo que decidir si secarse los lagrimones de la cara que la risa le

estaba causando, o sujetarse la barriga al empezar a dolerle debido a tanto movimiento. Claro que antes tendría que soltar su pipa, y por nada del mundo lo haría. Así que se quedó ahí sentado sin saber qué hacer, sin poder dejar de reír, y sujetando su pipa en alto como tratando de que no se esparciera el contenido de su interior.

—Y dime lady, ¿qué es lo más osado que has hecho? —Le preguntó Harvey, dándose cuenta Madison por primera vez que tanto éste como otros marineros se habían acercado a escucharla contar sus anécdotas.

La verdad es que las risas les habían atraído como moscas, y no pudieron resistirse a averiguar qué era eso tan divertido que estaba consiguiendo hacer llorar de risa al serio y taciturno cocinero. Hasta su mono Maco se había extrañado y lo miraba receloso desde la distancia, pues no se atrevía a acercarse por si acababa apaleado.

Pero entre los hombres había otra persona ajena a la tripulación que miraba ensimismado a Madison, mientras ésta reía y recordaba esas anécdotas del pasado. Un caballero que no podía dejar de contemplarla y que la escuchaba atentamente para así poder empaparse de su voz y de su sonrisa, y que lo hacían sentirse miserable al notar cómo necesitaba sentirla cerca.

Y ese hombre no era otro más que Aron, que desde que la escuchó reír se vio envuelto de una tela de araña invisible que le atrapó, y le acercaba a ella con el único propósito de saborearla.

—La verdad es que no sabría cual elegir —le contestó pensativa a Harvey, al mismo tiempo que empezaba a rememorar todos aquellos años en los que trató de llamar la atención de sus padres con sus ocurrentes travesuras. Pero decidió dejar esos episodios en el olvido, pues era ahí donde pertenecían, y decidió contarles sólo los más divertidos que recordaba— Podría ser la vez que secuestré al gato de la señorita Lacrouxe para que pospusiera el examen de francés. O tal vez cuando prendí fuego al sombrero de la señorita Peadigri para que diera las clases por acabadas y pudiera ir de compras con mi amiga Jane.

Un torrente de carcajadas resonó por toda la cubierta, consiguiendo que Madison se avergonzara al estar contando historias que nunca antes había revelado, y más aún ante extraños. Pero al ver cómo reían y la miraban con

admiración todo signo de bochorno desapareció, quedando una enorme sonrisa que consiguió hacer que las risas aun sonaran con más fuerza.

—¿Llevaba todavía el sombrero puesto esa tal señorita Peadigri? — Preguntó Peter que se había acercado para escucharla, y se estaba partiendo de risa al imaginarse a la pobre señorita Peadigri tratando de apagar el fuego de su sombrero mientras corría con él puesto por toda la habitación.

—¡Claro que no Peter! ¿Por qué clase de persona me has tomado? — indicó indignada pero sin perder el brillo pícaro de sus ojos—. Además tuve la delicadeza de quemarle uno horrible que le hacía parecer un árbol lleno de nidos.

La carcajada del marinero no se hizo esperar, y pronto fue acompañada por los demás hombres que la escuchaban entusiasmados. Incluso Aron tuvo que sucumbir a la sonrisa, pues era imposible no mirar esa cara de ladina que ponía cuando contestaba una pregunta, y no sentir deseos de sonreír por su astucia. Resultaba evidente que su objetivo era hacer reír a todos, y era digno de admiración que la tripulación entera hubiera caído a sus pies.

—La pobre mujer era demasiado flacucha y tenía la nariz demasiado puntiaguda para que un sombrero lleno de hojas y ramitas le sentara bien. En realidad se podría decir que le hice un favor —continuó diciendo para seguir provocándoles, pues le encantaba verles sonreír gracias a sus anécdotas. Sobre todo porque era la primera vez que el señor Sheldon le prestaba un poco de atención, y parecía disfrutar con sus historias.

—Creo que no me he reído tanto en toda mi vida —dijo el marinero Martin Drake cuando por fin pudo hablar.

—Me hubiera gustado ver la cara de la flacucha señorita Peadigri cuando le quemaste el sombrero —comentó el risueño Harvey que tuvo que sentarse para no caerse al suelo.

—Yo hubiera dado la mitad de mi sueldo —intervino Timmy—. Ojalá se me hubiera ocurrido hacer algo parecido con mis profesores.

Pero fue la cara del doctor Williams la que en esos momentos llamó la atención de Madison, pues aunque todos reían y comentaban, él era el único que la contemplaba con un cariño evidente mientras le sonreía. Se notaba que esa muchachita había calado hondo en ese viejo solitario, que por culpa de su

timidez nunca había conocido a una mujer con la que formar una familia.

Jamás se había arrepentido de sus años en el mar, pero ahora, al ver a esa muchacha que tanto bien le estaba haciendo en tan poco tiempo, se preguntó cómo hubiera sido su vida si se hubiera casado y hubiera tenido una hija, quizás parecida a esa chiquilla.

—Sabía que eras un pequeño duendecillo nada más verte, y que guardabas en tu cabecita buenas historias para contarnos.

Madison sólo fue capaz de mirarle fijamente y sonreírle, agradeciendo al cielo el haber dado con unas personas tan buenas, y en especial por poner en su camino al viejo Tom y al doctor Williams. Dos hombres que le habían enseñado en pocos días lo que era ser querida y cuidada como una hija, y con ellos había empezado a sentirse parte de una familia. Aunque ésta solo estuviera formada por dos viejos gruñones, una ruidosa pandilla de marineros, y un mono al que le gustaba robar comida y morder.

Por ello, agradecida, sólo pudo mirarle a los ojos demostrándole con su mirada que sus palabras de cariño habían calado en su corazón.

—¡Cuéntanos más historias!

—¿Cómo acabó lo del secuestro del gato?

—¿Alguna vez te pillaron?

Empezaron a decir todos a la vez, mientras Madison encantada trataba de contestarles y se reía con ellos de sus ocurrencias.

Aron la observaba mientras la escuchaba hablar y descubría cómo una sonrisa se había formado en la comisura de sus labios, junto al deseo de saber más de ella y de abrazarla con fuerza.

Le hubiera gustado estar a su lado cuando cometió esas fechorías, o que Madison se las hubiera contado en confianza mientras ambos, en soledad, se reían de ellas. Lamentaba haberse perdido esa parte de su vida, aunque sabía que era estúpido sentirse así por una mujer que acababa de conocer y que nada tenía que ver con él.

Pero no podía dejar de admirar ése espíritu rebelde que en ocasiones se asomaba en su mirada, y se preguntó cómo habría conseguido mantenerlo



encerrado durante años, pues era evidente que aunque aparentaba ser una mujer sumisa, educada e insípida, no podía negarse ese fuego que brotaba de su mirada y que le quemaba cada vez que la contemplaba.

Otra vez volvieron los celos a marcarle el pecho al rojo vivo, pero esta vez además lo dejó confuso esa extraña fijación que sentía por una noble. Un inmenso deseo de estar con ella lo estaba cegado hasta el punto de centrar cada uno de sus pensamientos, y se temía que la travesía no acabaría antes de que él perdiera la cordura o ella la virginidad de su cuerpo y de su mente.

Tuvo que marcharse con una extraña sensación en su corazón, de añoranza y soledad, pero también con un deseo palpitante en su entrepierna, algo que por desgracia cada vez se iba acentuando nada más verla, y solo una persona de ojos verdes y dicharacheros podía curar con sus caricias y sus besos.

El viejo y sabio Tom se dio cuenta de la mirada que Aron le dedicó a Madison antes de irse, como también notó cómo ella conversaba y reía pero sin perder de vista a Aron. Una singular pareja que luchaban contra su atracción, y que según la opinión del simple cocinero acabaría con alguno de los dos dañados o con una relación placentera y duradera.

—Deberías hacer algo al respecto —le dijo el viejo Tom a Madison cuando Aron se marchó y ella se le quedó mirando.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, aunque sabía muy bien la respuesta.

—A ese juego que os traéis ese hombre y tú.

—No sé de qué hablas —dijo ella agachando la cabeza avergonzada pues no quería que nadie se enterara de la atracción que sentía por ese hombre.

—Es posible que no lo sepas, pero te aconsejo que si de verdad te interesa no seas tonta y te acerques a él —le dijo acercándose a ella para que solo ésta le escuchara.

Cuando Madison se dispuso a protestar Tom elevó la mano para acallarla y siguió diciendo:

—Ese hombre es demasiado orgulloso para dar su brazo a torcer y ser el primero, así que si quieres averiguar qué sientes por él, deberás ser tú la

valiente y dar el primer paso.

Madison se quedó mirando fijamente a ese hombre que tras sus palabras se había quedado chupando con ganas la pipa y miraba al horizonte, como si sus comentarios no le hubieran causado una rebelión en sus pensamientos. Sabía que tenía razón al decir que el señor Sheldon nunca sería el primero en acercarse a ella, pero dudaba que fuera lo suficientemente impulsiva o impetuosa para hacerlo.

Suspiró resignada, pues en esos momentos su cabeza empezó a ser un hervidero de ideas que se amontonaban, y decidió que quizás

al despertarse mañana, ya tendría decidido si se atrevería a hacerlo y cómo lo haría.

Disimulando su desasosiego emocional Madison siguió charlando con los hombres que la rodeaban, mientras el sol de la tarde se rendía y sucumbía a la noche. Tal vez al día siguiente ella también sucumbiría, y junto al nuevo sol lady Madison se aventurara a vivir la más heroica hazaña que habría realizado hasta el momento. Una proeza que podría abrirla las puertas del amor y del deseo, o la podría hacer conocer un dolor como nunca antes lo hubiera sentido.

Pero eso sería mañana, pues esta noche Madison se negaba a pensar en ello, y solo deseaba seguir riendo como si el futuro nunca llegara.



## Capítulo X

**H**abían pasado cuatro días desde que el viejo Tom animara a Madison para que fuera ella quien favoreciera el acercamiento con el señor Sheldon, y por el momento los resultados eran escasos.

Si bien había conseguido que sus conversaciones durante la cena fueran frases enteras en vez de monosílabos, aún quedaba un largo camino para que su eterno ceño fruncido se relajara al verla. Era evidente que dicho caballero guardaba una profunda animadversión por Madison, pues de otra manera ya habría caído ante los encantos de esta.

Lo que nadie sabía era que en lo más profundo de su ser Aron ansiaba acercarse a ella, y rendirse como los demás hombres del barco, pero el recuerdo de una dolorosa vivencia del pasado con una dama de la aristocracia le impedía dar ese paso.

Esa efímera relación le marcó a causa del desplante que sufrió, pues fue el detonante para que se diera cuenta que por mucho dinero que tuviera nunca llegaría a ser aceptado por esos petulantes.

Por culpa de esa vanidosa condesa fue el hazmerreír de todo Londres, pues a sus espaldas se empezó a correr el rumor de que estaba haciendo el ridículo al tomarse en serio las galanterías de una dama. Pero eso no fue lo peor que le pasó estando a su lado, pues lo utilizó como si fuera un simple objeto cediéndoselo a otra mujer en un juego, para después reírse de él con el propósito de dejarle en evidencia.

Aron jamás olvidaría a esa horrible condesa y su amiga de la alta sociedad que manipularon sus sentimientos y su orgullo, y desde entonces cada mujer; y más si era noble, representaba para él algo peligroso de lo que debía alejarse.

Era por eso que dentro de él cada día había una lucha interna entre el deseo de acercarse a Madison; debido a su necesidad de estar cerca de ella, o el miedo a ser usado de nuevo como en el pasado.

Madison vivía ajena al tormento que su presencia representaba para Aron, y más desde que se había propuesto estrechar los lazos entre ellos. Esta era la causa de que esa noche la muchacha no pudiera dormir, al no dejar de pensar qué podría tener el señor Sheldon contra ella, y decidió levantarse de su cama para que la brisa fresca refrescara su cara.

Decidida, se colocó un ligero vestido sobre su camisón de dormir, y cubriéndose después con un chal, salió de su camarino asegurándose de que Maco no la siguiera.

El pequeño mono se había convertido en su sombra, y la perseguía a todas partes; a veces a distancia y otras pegado a ella, durante todo el día. De hecho hacía poco que Maco se había empeñado en dormir con ella, y el viejo Tom tuvo que rendirse y cederle su mono por las noches con tal de que este dejara de chillar como un loco.

Dejándolo dormido cerró la puerta de su camarote, y sin hacer ruido se alejó por el pasillo derecho a la cubierta. El aire frío de una noche en alta mar le dio en la cara, y encantada por este soplo de frescor cerró los ojos y aspiró su aroma.

Adoraba ese estremecimiento de sentir el frío y húmedo viento en su rostro, mientras el vaivén del barco la mecía. Nunca se imaginó que fuera tan maravillosa esa sensación de libertad que le daba contemplar las estrellas en alta mar, y por eso no perdía la oportunidad de subir de noche a cubierta cuando el sueño no conseguía alcanzarla, y el resto de la tripulación ya estaba descansando.

Era entonces cuando sentía que el barco era solo para ella, aunque sabía que siempre había gente controlando que todo estuviera en orden y que podía verla. Aun así, esos momentos robados a la noche los consideraba solo suyos, y no tenía ningún reparo en acercarse a la proa para embriagarse del aroma salado de las oscuras aguas nocturnas.

Ver cómo cortaban el mar para adentrarse rumbo a su destino mientras las olas asaltaban el casco del barco era espectacular, sobre todo para unos ojos que apenas habían visto el mundo. Sola frente al inmenso océano, y con los ruidos al fondo de los vigías dando la hora y el parte, Madison se dejó llevar por sus pensamientos y empezó a divagar sobre qué sería de ella

cuando llegara a Nueva Orleans.

Sabía que en el nuevo mundo no conocía a nadie, y que además debía mantenerse en el anonimato si no quería formar parte de un escándalo. Lo último que debía hacer era poner a su familia en evidencia, pues de lo contrario siempre tendría a sus espaldas el estigma de la deshonra, y lo que era peor, el desplante de sus padres.

Sabía que no contaba con los medios necesarios para defenderse en las calles, y por ello debía de tener cuidado de no perder el apoyo de su familia. Aunque era una muchacha joven que no había salido de la protección de sus progenitores, su madre le había enseñado desde muy pequeña a temer la pobreza, y le decía que sin dinero, posición y abolengo nunca llegaría a nada ni sería nadie. Se lo habían repetido desde su más tierna infancia, y por ello tenía tanto miedo en descubrir que su madre podría tener razón.

Le hubiera gustado sentirse esa muchacha espontánea y segura de sí misma que no temía a nada, pero que en ese momento distaba mucho de ser real. Ahora tenía miedo por su futuro, al no saber qué sería de ella al llegar a puerto, o por cómo se solucionaría todo. También temía que sus planes salieran mal, y al regresar antes de tiempo a Londres se viera obligada a casarse con ese horrible hombre, o tal vez le esperara otro pretendiente peor que el anterior.

Sentía miedo de cuánto le durarían sus escasos recursos, de cómo conseguiría un trabajo en una ciudad desconocida y sin referencias, de cómo regresaría a Londres sin ser descubierta, y sobre todo, temía que ese hombre que le robaba el sueño la dejara de mirar con el ceño fruncido y le rompiera el corazón en mil pedazos.

Ahí, observando el oscuro océano que le brindaba cientos de posibilidades, añoró ser esa mujer fuerte y decidida que tantas veces había mirado al horizonte sin miedo, y había jurado que nadie ni nada la sometería. La necesitaba con urgencia, pues esa noche sola junto al mar, su espíritu indómito la había abandonado dejando en ella una profunda soledad.

Estaba tan absorta en sus pensamientos, que Madison no se dio cuenta que no era la única en cubierta y que unos pasos se le aproximaban.

—Será mejor que no se acerque tanto a la barandilla o podría caerse del

barco.

La profunda voz de ese hombre que rondaba sus pensamientos la hizo estremecerse, pues no esperaba escucharla. No lo había oído acercarse al estar tan absorta con sus temores, y por ello se sobresaltó visiblemente al no esperarlo.

Tampoco pudo evitar volverse para mirarle y notar cómo su corazón dejaba de latir, al observar esos insondables ojos negros que la miraban expectantes. Durante unos segundos ninguno de los dos comentó nada, y sólo permanecieron callados a la espera de que algo les hiciera regresar al presente. Parecía como si de pronto se hubieran convertido en figuras de piedra a causa de la sorpresa, o debido a esa mirada cargada de mil deseos, miedos y anhelos que ambos se habían lanzado.

—Perdóneme, no pretendía asustarla —le dijo Aron para después girarse con el propósito de alejarse.

—¡Espere! —Soltó Madison ante la oportunidad de poder conversar a solas, y así poder aclarar el motivo de su rencilla con ella—. Por favor no se marche.

Aron se quedó quieto como si un rayo lo hubiera atravesado y sintiendo un estremecimiento por todo el cuerpo. No estaba seguro si el escalofrío fue debido a la suplicante voz de Madison que lo dejó sin aliento, o si fue a causa de su propio deseo por acompañarla. De lo único que estaba seguro fue de que por primera vez ella le pidió que se quedara a su lado, y de que ese tono de súplica solo lo había escuchado en sus sueños, cuando fantaseaba con hacerle el amor hasta la madrugada, y despertaba sudoroso y solo en su cama.

Despacio, como si no estuviera seguro de haberla escuchado se giró, y volvió a perderse ante la cálida mirada de esa mujer que tanto lo desconcertaba.

Madison tampoco estaba segura de qué había sentido al verlo marcharse. Por un instante se sintió vacía, o como si él fuera la única persona en la faz de la tierra capaz de calmarla y de volver a darle seguridad. Había aguantado la respiración hasta verlo girarse, y solo entonces pudo soltar el aire que guardaba en sus pulmones y agradecerle con sus ojos lo mucho que eso significaba para ella en esos momentos.

Sintió como si le debiera una explicación por haberle pedido que se quedara, pues sabía que a él no le agradaba su compañía. Sin olvidar la oportunidad de oro que le brindaba el que él quisiera permanecer a su lado.

—Señor Sheldon, si no es mucha molestia, me gustaría pedirle un par de minutos para que me haga compañía. No sé muy bien que me sucede, pero esta noche me siento demasiado sola y confusa —confesó con total sinceridad pues sabía que era la única manera de que él viera que en ella no había engaños y malicia, como por desgracia él pensaba.

—Permítame que me extrañe que una mujer tan decidida y fuerte como usted se sienta de esa manera. Yo incluso hubiera jurado que usted nunca necesitaba a nadie —contestó Aron receloso, pues creía que buscaba seducirlo o quizás solo usarlo al sentirse aburrída en esos momentos.

—Se equivoca señor Sheldon. En realidad soy una mujer corriente que necesita demasiado de la aprobación de los demás.

Sus palabras le sorprendieron, pues jamás se hubiera imaginado que ella, una dama de fuerte carácter y resuelta, admitiera una debilidad.

Tras su confesión ambos quedaron en silencio, pues ninguno supo qué decir después de semejante franqueza. Pero lo que sí fue evidente es que los hombros de Aron se relajaron, y su expresión pareció menos tensa y desconfiada. Aun así, Madison sabía que sus palabras no habían sido suficientes para hacer que su recelo se disipara.

—Es evidente que usted no me cree, pero debe saber que es así como soy en realidad —Madison siguió abriéndole su corazón con la esperanza de que él la creyera. Por ello, decidió acompañar a su comentario con una mirada limpia que lo contemplaba de frente y sin ocultar nada de sí misma.

—¿Me está diciendo que ha escogido este momento y a mi persona para abrir su corazón? —le preguntó escéptico para después soltar una carcajada mordaz que declaraba que no la creía.

—Le suplico señor Sheldon que no se ría de mí pues ésa es la verdad, —al ver que él se disponía a replicarle, Madison paró su comentario al seguir hablando—. No sabría decirle exactamente el motivo, pero es cierto que ésta noche necesito a un amigo cerca con el que poder charlar.



—Entonces lamento ser yo la única persona que ha encontrado.

Aron no pudo evitar perderse en sus ojos, y notar en ellos una debilidad que le demostraba con toda seguridad que le estaba diciendo la verdad. Algo dentro de él comenzó a aflojarse, pues también deseaba dejar de ser su enemigo, y poder pasar unos minutos a su lado sin tener que ocultar sus deseos por conocerla más a fondo, o por simplemente embriagarse con su mirada de color zafiro.

—Sin embargo yo no lo lamento —siguió diciéndole ella—. Si usted me lo permite, podríamos dejar atrás nuestras rencillas por esta noche y ser sólo un par de amigos que charlan sobre la cubierta de un barco.

—Teniendo en cuenta que yo soy su única opción, y que como caballero que soy no puedo dejar sin socorrer a una dama, —le sonrió consiguiendo que a Madison se le parara el corazón por unos segundos—, sólo me queda el placer de ser su amigo por esta noche.

Sabiendo que esa declaración significaba la paz entre ambos, por lo menos por el momento, ambos sonrieron y se relajaron al saber que sus palabras no serían usadas para volverse en su contra.

Esa noche serían amigos, y tal vez consiguieran tras esa charla bajo las estrellas conocerse mejor para dejar atrás su enemistad. Sobre todo por parte de Aron, pues era él quien con sus miradas y sus silencios cargaba la atmósfera hasta hacerla irrespirable.

—Gracias señor Sheldon.

Aron sintió una opresión en el pecho que hasta el momento no había sentido, al escuchar de su boca esas simples palabras pero que decían mucho a favor de Madison. Se preguntó cuánto se había perdido al ignorarla, y qué hubiera sucedido entre ellos si no le hubiera confesado que era noble y se hubieran dejado llevar por sus emociones.

Estaba convencido que de ser así, a esas alturas ella ya se habría convertido en su amante, y se negaba a sentirse culpable por desear con todas sus fuerzas que este hecho hubiera sucedido en realidad, y no fuera sólo el resultado de una mente confusa y excitada.

Sin saber muy bien cómo continuar la conversación; él al desconocer que

podría preguntarle y ella porque con estar a su lado se sentía satisfecha, ambos se giraron para mirar cómo las aguas del mar se confundían con la oscuridad que prácticamente les rodeaba.

Unos instantes después Aron sintió que el momento para hablar había llegado, pues ahora su curiosidad por saber qué la había llevado a cubierta a esas horas; y buscar su compañía, era más fuerte que su prudencia.

—¿Qué es lo que tanto le perturba esta noche?

Por unos segundos se quedó pensativa con su mirada aún perdida en el océano, y Aron temió que no le contestara al ser una pregunta demasiado atrevida. Pero para su sorpresa la respuesta vino acompañada de una voz tan cargada de anhelo que deseó consolarla nada más escucharla.

—Por alguna extraña razón, hoy siento miedo sobre lo que me espera cuando llegemos a puerto. Sé que usted no está de acuerdo con que huyera de mi boda, pero debo decirle que no me quedó otra opción.

—Se equivoca lady Madison. —La interrumpió con una voz suave y sin reproche—. Apruebo que no se dejara arrastrar a un matrimonio impuesto contra su voluntad. Lo que no apruebo fue que usted acabara en mi barco, debido a las complicaciones que podrá derivar esta escapada para mí persona o mi empresa.

—Le aseguro señor Sheldon que haré todo lo que esté en mis manos para que jamás se sepa cómo llegué a Nueva Orleans.

Aron no pudo evitar sonreír ante su ingenuidad, y por primera vez se dio cuenta que de verdad pensaba que sería posible atracar en el puerto sin que nadie se enterara de su presencia.

—Lady Madison, eso será algo completamente imposible. Pero no debe preocuparse por eso, estoy seguro que al capitán se le ocurrirá una solución que nos beneficiará a todos —le dijo con el propósito de calmarla, pues estaba convencido que el desenlace vendría cuando fuera necesario.

—Eso espero, tampoco quiero causarle problemas al capitán Davis.

Por unos instantes Madison se quedó pensativa, para segundos después reírse traviesa. Luego, cuando contó con toda la atención del señor Sheldon, le miró pícaramente y le contó con el firme propósito de hacerlo sonreír y

relajar el ambiente:

—Podríamos decir que soy la sobrina del doctor Williams, o que me encontraron flotando y sin memoria en mitad del mar.

Aron soltó una carcajada, y al mirarla a los ojos se quedó encantado al ver ese brillo pícaro que tantas veces había visto de lejos, pero que ahora era solo para él. La profundidad que había en su mirada lo dejó perplejo, y solo pudo rendirse a su encanto y contemplarla feliz de ser el único que podía embriagarse en ese momento de su presencia.

Deseó con toda su alma poder acercarse más a esa mujer que le hacía sentir cosas desconocidas, y poder susurrarle al oído que lamentaba haberse mantenido apartado.

Madison no sabía por qué había sido tan importante hacerlo sonreír, pero se sintió satisfecha por haberlo conseguido. La verdad es que había sido toda una sorpresa lo bien que se encontraba conversando a su lado, como también le sorprendió lo cómoda que se sintió al abrirle su corazón.

Las miradas de ambos al unirse afirmaron todas esas sensaciones que estaban sintiendo, notando como éstas les hacían conectarse a un nivel desconocido y perturbador.

—Tal vez podríamos decir que es usted una sirena y que con su canto nos dejó a todos cautivados. Eso explicaría por qué se ha convertido en una pieza indispensable de este barco, y por qué rehusamos a devolverla al mar.

No pudo evitar decir, pues de verdad estaba sintiendo cómo con su sonrisa y su mirada lo estaba cautivando. El deseo de acercarse más a ella lo estaba volviendo loco, y solo su fortaleza de carácter estaba consiguiendo que se mantuviera apartado.

—¿De verdad cree que soy una pieza indispensable? —le susurró sin poder apartar su mirada de la de Aron.

—Tan indispensable como el timón o la vela mayor.

Sin darse cuenta sus cuerpos se estaban acercando, reduciendo el espacio que les separaba gracias a la necesidad que cada uno sentía por saborear los labios del otro, o por sentir la cercanía de sus cuerpos.

—¿Entonces por qué me rehúye señor Sheldon? ¿Qué le he hecho para semejante desplante?

Las palabras de Madison consiguieron que saliera de su embrujo, y se sintiera avergonzado por el comportamiento que había tenido con ella en estos días. Sin poder mantenerle la mirada dirigió ésta al mar, y solo entonces fue capaz de darle una explicación.

—Debo reconocer que usted no me ha hecho nada lady Madison, pero no puedo olvidar el daño que en el pasado me causó una mujer de su misma condición social.

—En ese caso permítame pedirle perdón en su nombre—extrañado por su disculpa Aron se giró para mirarla al haberlo pillado de sorpresa—. No sé si eso le bastará, pero debo informarle que no todos los nobles somos iguales. De hecho yo también tengo en mi punto de mira a unos cuantos a los que no soporto.

Lo único que Aron pudo hacer, fue sonreír, pues su franqueza y su rostro cálido le indicaron que no le guardaba rencor por haberla juzgado tan a la ligera, y por culparla de un delito del cual era completamente inocente.

Decidió seguir con ese aire desinhibido y falto de acusaciones, donde los desplantes estaban olvidados y las sonrisas habían sustituido a las críticas.

—Acepto sus disculpas y por lo que escuché el otro día, ya me di cuenta que sabe cómo vengarse de sus enemigos.

Fue entonces el momento de reír para Madison, ya que a su memoria le vino la tarde que sentada junto al viejo Tom y el doctor Williams les había relatado algunas anécdotas de su pasado. Recordaba haberlo visto cerca de ellos escuchando, y cómo le había encantado que este se riera de sus historias.

—Espero que nunca lo olvide señor Sheldon, no me gustaría tener que prenderle fuego a ninguno de sus sombreros o mandarle notas falsas de su enamorada.

Nada más mencionar a su enamorada Madison enrojeció de vergüenza, ya que desconocía si él tenía prometida o intenciones de buscarla. Se sintió como una estúpida por haberlo mencionado, y deseó que el mar se abriera en

dos y se la tragara. Aun así no pudo evitar mirarle a los ojos, y al ver en ellos un brillo de diversión decidió que sólo las valientes conseguían sus objetivos, así que, ¿por qué no atreverse a preguntar algo que le interesaba saber?

—Si es que tiene usted una enamorada —terminó diciendo, aunque no pudo evitar apartar su mirada de la suya, cuando los oscuros ojos de Aron se dilataron y la observaron con interés.

Si Aron hubiera mirado las manos de Madison se hubiera dado cuenta de lo nerviosa que se sentía, pues no hacía nada más que jugar con sus dedos. Pero su vista solo estaba pendiente de su rostro al no querer perderse ningún detalle de éste, y más cuando decidió enrojecerlo más al provocarla.

—Por el momento mi corazón no ha sido ocupado por ninguna mujer.

Madison no pudo esconder la sonrisa que ocupó sus labios, pues ésta se colocó en ellos sin previo aviso y sin que ella pudiera ocultarla. La verdad es que desconocía por qué esa noticia la había alegrado tanto, pero no pudo remediar sentirse feliz y demostrarlo sin reparo. Algo que divirtió a Aron en cuanto vio esa alegría instalarse en su mirada.

—Entonces me tendré que conformar con quemarle los sombreros.

La carcajada de Aron fue espontánea, del mismo modo que Madison no pudo evitar reírse por su comentario.

—Lo tendré en cuenta lady Madison —fue lo único capaz de decirle mientras se encandilaba con su mirada.

Una vez más calmado Aron quiso saber el motivo del desasosiego de ella al sentir ahora más confianza para preguntárselo.

—Y dígame, ¿qué le ha hecho pensar hoy en su llegada a puerto y por qué lo teme?

La mirada de ella volvió a perderse en el mar, al mismo tiempo que sacaba esos temores de su corazón para compartirlos con él.

—No estoy segura, creo que ha sido un cúmulo de acontecimientos.

Madison sabía que le estaba diciendo la verdad, pero aun así sospechaba que la causa principal había sido la conversación que mantuvo con el viejo Tom, sobre ser ella la que rompiera las barreras que los separaban. Eso solo

lo pensó, pues no se vio capaz de sincerarse con él y contárselo. Al fin y al cabo era un tema demasiado personal, y no se sentía preparada para decírselo. Por ello lo ocultó y le mostró otro de los muchos motivos por lo que esa noche sus temores la habían alcanzado.

—Pero sobre todo creo que es porque esta noche añoro mi hogar.

—¿Era feliz en él? —Quiso saber Aron, ya que cada vez sentía más interés por esa mujer que le estaba sorprendiendo por su forma de ser espontánea y transparente.

—Aunque no lo crea así era. Puede que mi madre sea demasiado estricta y conservadora, pero me encantaban esas pequeñas cosas cotidianas que nunca más podré hacer —le dijo notándose la nostalgia en su tono de voz.

—No tiene por qué ser así, en cuanto vuelva a Londres podrá regresar a su antigua vida y disfrutar de su rutina— le indicó aunque no estaba seguro de que esto pudiera llegar a suceder.

—Usted sabe, igual que yo, que eso no volverá a ser posible. Pero no me lamento por haberlas perdido, es tan solo que sé que las voy a añorar.

La forma en que esa mujer le sorprendía lo dejó sin habla, pues pese a su edad tenía muy claras las consecuencias de sus actos. Demostró con esas palabras que tenía una cabeza sobre sus hombros, y por ello la admiró más.

La había creído una dama fría, remilgada y falta de sentido común, y se había encontrado con una mujer encantadora que le gustaba reír, disfrutar de las cosas sencillas y ver el mundo conforme era, sin tapujos y sin velos rosas que lo modificara a su antojo.

—Usted es una mujer fuerte lady Madison, aunque en estos momentos no lo crea. Además, estoy seguro que saldrá adelante y encontrará la felicidad en el futuro que le aguarda —le dijo con admiración y sinceridad.

—Gracias señor Sheldon. Era justo lo que necesitaba escuchar —le agradeció mirándolo a los ojos y perdiéndose en ellos.

—Es la verdad, lady —la llamó por primera vez con su apodo, consiguiendo que el corazón de Madison diera un vuelco.

Por unos instantes ambos se quedaron en silencio pero sin poder dejar de

contemplarse. Ninguno supo qué fue esa fuerte sensación que les sacudió por igual, pero los dos lo recibieron como un escalofrío mitad calor mitad frío, que recorrió sus cuerpos hasta dejarles sin aliento.

El anhelo de tocarse se hizo cada vez más presente en ellos, pero fue Aron el único que supo identificarlo como deseo, al haberlo sentido antes con otras mujeres, aunque nunca de forma tan intensa.

—Ojalá pudiera hacer algo por usted. ¿Tiene algún deseo que pueda hacer realidad? —Escuchó Aron que le preguntaba y su mente inmediatamente comenzó a divagar.

La palabra “cientos” apareció en su pensamiento mientras se imaginaba el sabor de sus labios o el tacto de su piel al tocarla. El deseo que sentía por ella empezó a volverse doloroso en algunas partes de su cuerpo, que clamaban con hacerla suya a toda costa.

—Por el momento no —mintió—, pero en cuanto tenga alguno se lo haré saber —consiguió decir, aunque su mente calenturienta aún seguía viéndola desnuda entre sus brazos.

Lo que nunca esperó, es que le ofreciera la mano para cerrar el trato como normalmente hacían los caballeros en sus negocios o apuestas. Le sorprendió el gesto por su naturalidad, pues era la primera vez que una dama le brindaba la mano con éste fin.

—Entonces cerremos el trato —le dijo ella ajena a su sorpresa, y a la forma en que lo estaba cautivando.

Aron se quedó mirando la mano por unos segundos y luego a ella. La verdad es que se moría de ganas de sentir su tacto y esperaba conformarse con tocarle esa parte de su cuerpo. Por ello, sólo pudo asentir mientras le sonreía para después; con sumo placer, estrechársela hasta envolverla con la suya.

Luego, sin que él se lo esperara, Madison se le acercó hasta colocarse a escasos centímetros de su oído, consiguiendo que él dejara de respirar al sentir su cercanía. Pero no fue hasta que notó el aliento de su boca sobre su piel cuando todo su ser se estremeció, y apenas fue consciente de lo que le decía.

—Es así como se hace ¿verdad? Es que es la primera vez que lo hago con un caballero.

Tras escucharla, y debido a la confusión que experimentaba por el torrente de sensaciones que estaba sintiendo, no estuvo seguro de si la pregunta tenía un doble sentido, o si se refería a su aliento en su cuello, a su cercanía o a sus manos entrelazadas. Hasta que la miró a los ojos y comprobó que en ellos no había malicia ni dobles intenciones.

Una vez que se dio cuenta de esto consideró su pregunta adorable por su ingenuidad, y se percató de que no se daba cuenta de los estragos que le causaba a su cuerpo. Es por eso que sin tapujos y más relajado al saber que no era un truco para seducirlo, se dejó llevar por lo que sentía, y rio a carcajadas deseando poder abrazarla con todas sus fuerzas para después besarla hasta dejarla sin aliento.

Se dio cuenta definitivamente de lo equivocado que había estado con ella, al pensar que su ingenuidad era fingida. Vio en ella a la auténtica Madison que se había estado perdiendo por su intolerancia, y descubrió que esa forma de ser sin maldad y sin adornos era lo que había conquistado a todos a bordo.

Madison se había mostrado siendo simplemente ella, y por ello la tripulación la había acogido como a una más. Sin recelos, sin coqueteos, sin excusas y sin diferencias, tan solo como una igual que compartía el barco, aunque sin olvidar el respeto al ser una dama.

—Lo ha hecho perfecto —le indicó Aron sin ser capaz de soltarle aun la mano.

La franca sonrisa de Madison lo dejó atontado, y tuvo que esforzarse por mantener la compostura para soltársela y volver a respirar.

—¿Puedo pedirle un favor señor Sheldon? —susurró ella bajando la cabeza consiguiendo que el interés y la curiosidad de Aron creciera del mismo modo que su erección había crecido al tocarla.

—Claro lady —apenas fue capaz de decir.

—¿Podríamos seguir siendo amigos cuando mañana amanezca, y no dejarlo solo en una noche? —le pidió al mismo tiempo que levantaba la



cabeza y lo miraba a los ojos de una forma tan cálida que volvió a desear abrazarla.

—Será un placer lady —le dijo perdido en su mirada, y sabiendo que le sería imposible poder negarle su deseo. Al fin y al cabo él también lo anhelaba, pues por nada del mundo volvería a ver a esa mujer como a su enemiga.

—Y, si no es demasiado, ¿podría seguir llamándome por mi apodo? — volvió a pedirle con una sonrisa que le calentó por dentro como fuego líquido.

Fue entonces cuando Aron se dio cuenta de que en varias ocasiones había empezado a llamarla lady con naturalidad, y se sintió estúpido por no haberse dado cuenta y por haber sido tan obtuso con ella. Algo que pensaba rectificar en el acto, ya que no quería volver a tratarla con tanto desplante.

—Solo si usted acepta llamarme Aron.

Ambos sonrieron sellando así el acuerdo que duraría hasta que llegaran a puerto, o hasta que el destino quisiera separarles.

El fuerte deseo de besarla le hizo darse cuenta de que había llegado el momento de marcharse, alegando como excusa que se había hecho muy tarde.

—Y ahora si me disculpa, creo que ha llegado el momento de retirarnos. No quiero ser el causante de que amanezca mañana con ojeras, y de que por ello el capitán me forme un consejo de guerra —le dijo bromeando para quitarle importancia al asunto, y para que Madison no notara la necesidad que sentía de alejarse de ella antes de que venciera su deseo de tenerla.

—Entonces será mejor que se marche Aron —pronunció su nombre con deleite—. Yo me retiraré enseguida.

—¿Está segura de quedarse aquí sola? —le preguntó extrañado, pues las sombras reinaban a su alrededor y creyó que sentiría miedo.

—Hay suficiente luz en cubierta, y además la oscuridad nunca me ha asustado —aseguró ella ganándose el corazón de Aron por su valentía.

—No, seguro que usted no le teme —le susurró sintiendo cada vez más

admiración por ella y por su peculiar forma de ser.

Con una inclinación de cabeza Aron se despidió, acompañando su gesto con estas palabras:

—¡Buenas noches lady!

—¡Buenas noches Aron!

Se dijeron, y poco después Madison se quedó sola en la cubierta del barco pero sintiéndose infinitamente más animada. Ya no temía al futuro que le esperaba en Nueva Orleans, y deseaba gritar al viento el nombre de Aron.

Durante unos minutos trató de serenarse mirando el mar, dándose cuenta de que algo en su interior era diferente después de ese breve encuentro con Aron, y quiso celebrarlo con una sonrisa que le dedicó en secreto a la luna.

No entendía muy bien qué era lo que sentía o por qué ansiaba volver a verlo cuando hacía poco que se había separado, pero aquello carecía de importancia frente a las palpitaciones de su corazón, y el anhelo de volver a conversar con él a solas.

Con esa esperanza, y sumida en la ilusión fruto de su fugaz encuentro, se marchó a su camarote para dormir, deseando soñar con ese hombre que con sus palabras y sus seductoras sonrisas le había devuelto la confianza, y le había hecho fantasear con algo más que una simple amistad.

## Capítulo XI

Con la llegada del nuevo amanecer los rayos del sol cubrieron las oscuras aguas marinas, para pintarlas de hermosos tonos azules y turquesas dándoles de esa manera vida, y creando un manto digno del mismísimo Neptuno.

Por ello no era de extrañar que esa espléndida mañana Madison se sintiera feliz, al poder respirar su aroma mientras contemplaba las aguas con sus cientos de matices, y porque no podía dejar de recordar el encuentro de la noche anterior en cubierta cuando las sombras los habían cobijado. Ahora, frente al radiante sol celestial parecía una cita clandestina, otorgándole por ello un toque prohibido y excitante que lo hizo más intenso.

Con una sonrisa que no supo disimular se marchó a hacer sus rutinas, consiguiendo que el viejo Tom se pasara toda la mañana tratando de sonsacarle porqué estaba tan feliz, mientras cortaba zanahorias y puerros como si en vez de preparar la verdura para la comida estuviera rellenando de rosas los jarrones para una fiesta.

Durante esas horas Madison había deseado verlo de nuevo, para comprobar en su rostro si también la había añorado, o si por el contrario para él solo había sido una simple charla y su tratamiento; aunque amigable, seguiría siendo distante.

La verdad era que no estaba segura de porqué necesitaba saber qué había significado el encuentro para él, pues su objetivo solo había sido favorecer un acercamiento entre ellos, y eso lo había conseguido. Habían quedado como amigos y le había garantizado que no se preocupara por su llegada a puerto, por lo que su propósito se había cumplido con creces. Entonces, ¿por qué sentía esa necesidad de volver a verlo, de hablar con él, y de saber si él también quería volver a verla?

Por desgracia era la única mujer a bordo, por lo que no podría pedir consejos o explicaciones. Deseaba poder estar en Londres en el salón de su tía Henrietta tomando el té junto a esta y con su amiga Jane, para así tener sus consejos y no sentirse tan perdida. Pero debía conformarse con la única opción que le quedaba y contar sus pensamientos a Maco. Aunque el pobre mono solo pudo encogerse de hombros y pedirle otro trozo de manzana.

Durante toda la mañana no pudo quitarse de la cabeza todas estas ideas, y para cuando llegó el final de la jornada estaba intranquila, al saber que pronto no quedaría más remedio que verlo cuando subiera a cubierta.

Por desgracia cuando llegó la tarde su suerte no había mejorado, pues la pasó recogiendo su habitación y acompañando a Timmy a hacer la colada; ella para lavar su ropa y el muchacho para ocuparse de la ropa del capitán y Aron. Durante esas horas se mantuvo atenta, pero por mucho que vigiló no había conseguido distinguirlo entre los hombres.

Se había preguntado si Aron se estaba ocultando de ella por algún motivo, o si tal vez todo fuera obra de la casualidad y por ello no coincidían. Aun así la hora en que se verían definitivamente se acercaba, y sentada en su sitio acostumbrado en cubierta; bajo el palo mayor, vigilaba embelesada por todos lados por si lo veía aparecer.

—Niña, vas a conseguir que se forme un motín si sigues malcriando a ese mono —le dijo un risueño viejo Tom, mientras Madison no paraba de darle trozos de una manzana sin darse cuenta.

Madison ya le había cogido la ración de Tom, de Bill y de Jeff; que se la había ofrecido a cambio de una sonrisa, para dársela a Maco, mientras éste no se quejaba al tener la boca llena.

Había estado tan absorta observando a su alrededor por si veía aparecer a Aron que no se había dado cuenta, y solo le quedó sonreír sonrojada.

—No me extraña que luego te siga a todas partes —continuó diciéndole divertido el viejo Tom.

—Lo siento, hoy estoy algo despistada —confesó mientras acariciaba a Maco que la miraba con ojillos vivaces y felices.

—Ya nos hemos dado cuenta —le indicó el doctor Williams mirándola, como queriendo averiguar el motivo de su distracción.

—Al parecer esta tarde se equivocó con la colada y se llevó la ropa del señor Sheldon a su camarote. Menos mal que Timmy se dio cuenta y fue tras ella para cambiársela —le dijo el viejo Tom al doctor Williams como si Madison no estuviera presente.

—Eso fue una simple equivocación —repuso ella para defenderse aunque ninguno de los dos le hizo caso.

—Imagínate la cara de ese pobre hombre si Timmy no se llega dar cuenta —le contestó el doctor Williams a su amigo, sin ni siquiera mirarla.

—Un auténtico desastre. Además ese vestido color azul celeste de lady no le sentaría nada bien —repuso el viejo Tom para después ambos hombres soltar una carcajada.

—Sois los dos imposibles —refunfuñó Madison aparentando enfado, aunque en realidad trataba de no reírse por la broma.

Hacía poco que se habían sentado en su sitio habitual para descansar tras el duro día de trabajo, y desde entonces se estaba mostrando más nerviosa, consiguiendo que ambos hombres estuvieran más atentos a cada uno de sus movimientos para descubrir qué escondía.

Había planeado continuar el resto de la tarde pintando a carboncillo para relajarse, pero se sentía tan alterada que no estaba segura de poder trazar ni una sola línea.

Por última vez miró a su alrededor con la esperanza de descubrirlo en alguna parte de la cubierta, pero al no divisarlo suspiró resignada y abrió su cuaderno de pintura. Necesitaba sacárselo de la cabeza cuanto antes, pues estaba empezando a sentirse estúpida por pasarse todo el día obsesionada con verlo cuando era evidente que el no percibía lo mismo.

—¿Qué vas a dibujar hoy Lady? —le preguntó el doctor Williams.

—No estoy muy segura —le contestó cogiendo su lápiz de carboncillo y marcando unos contornos en el blog.

—Con lo despistada que está, a saber lo que acabe dibujando —siguió burlándose el viejo Tom, para después chupar su pipa y reclinarsse para contemplar plácidamente el horizonte.

Las manos de Madison parecían que tenían vida propia, y sin ni siquiera proponérselo comenzó a perfilar el anguloso rostro de un hombre. El mismo que durante toda la mañana se había adueñado de sus pensamientos, y que había deseado ver esa tarde en cubierta. Un hombre que le había sonreído la noche anterior, y que ahora trataba de plasmar esa sonrisa en el blanco lienzo.



Apenas había conseguido dormir la noche anterior al no poder dejar de pensar en ella. El recuerdo de sus labios, su mirada y su sonrisa lo estaba volviendo loco, así como la dulzura de sus palabras. Cada vez que cerraba sus párpados era su rostro el que veía, y durante horas la visión de ella entre sus brazos, o simplemente de pie ante el mar, lo estaba consumiendo.

Por suerte su tormento había terminado con la llegada del sol, al creer erróneamente que al mantenerse ocupado, su recuerdo se desvanecería como la bruma dejándolo de mortificar. Pero por mucho que trató de distraer su mente con toda clase de trabajos, éstos no consiguieron su objetivo, pues el rostro de ella seguía atosigándolo allá donde fuera o qué hiciese.

El verde de sus ojos, el blanco de sus dientes, el rojo de sus labios, el color crema de su piel y el negro de su cabello, estaban presente a su

alrededor y le hacía pensar en ella. Cada sombra que descubría, cada rayo de luz que lo tocaba, cada esquina que doblaba, cada escalón que subía, cada vela que se inflaba con el roce del viento, evocaba en él un recuerdo sobre ella, y el anhelo de volver a verla.

Si escuchaba un comentario simpático por parte de algún marinero deseaba contárselo. Si alguno hablaba sobre algo que le había pasado, él enseguida evocaba la noche anterior como su mejor anécdota, y si alguno bromeaba sobre su experiencia con alguna moza del puerto, a él se le borraba el recuerdo de las demás mujeres que había conocido en el pasado, pues sólo lograba acordarse de ella.

Incluso su amigo el capitán Davis se percató de su cambio, y le preguntó en más de una ocasión si se encontraba bien, ya que no era habitual en él mostrarse tan callado y reservado.

Y es que esa mañana Aron no quiso compartir sus pensamientos con nadie, pues no estaba acostumbrado a sacar a la luz esas emociones que reinaban en su corazón y martillaban en su pecho.

Aron no quería que nadie supiera de su encaprichamiento con Madison, pues pensaba que en cuanto dejara de ser algo nuevo y perturbador la olvidaría. Trataba de convencerse de ello y por eso no quería darle más importancia, pero era evidente que se estaba engañando a sí mismo, pues un enamoramiento basado en un empeño no sería tan intenso.

Era por ello que no podía dejar de mirar por la cubierta buscándola, aunque sabía de sobra que por la mañana se mantenía en la cocina, o en su camarote para protegerse del sol y no molestar en las tareas de los marineros. Aun así se le antojaba vigilar las escaleras que la llevarían hacia el exterior, por si también sentía el impulso de verlo y salía a su encuentro.

Con la llegada de la tarde un pequeño atisbo de preocupación se empezó a apoderar de él al no verla aparecer por ninguna parte, hasta que se dio cuenta que quizás ella no necesitara verlo con la misma intensidad que él, molestándose al descubrirlo. Aunque por supuesto su vanidad le impidió ir a su encuentro para buscarla, y así comprobar si lo estaba ignorando, o si como él, no había tenido oportunidad para un encuentro.

Pero cuando la tarde fue pasando sin saber nada de ella todo su orgullo se

desvaneció, quedando sólo su afán de hablar con ella, de verla, de sonreírle, de tocarla y de notar en su mirada si lo había echado de menos. Entonces creyó estar volviéndose loco y decidió dejar el puente de mando para ocuparse de un problema en la bodega.

Esperaba con ello serenarse lo suficiente para no dar un espectáculo delante de todos los hombres del barco, pues estaba pensando seriamente en ir a buscarla para empaparse del aroma de su piel al estrecharla entre sus brazos. Respirando profundamente se dirigió hacia esa habitación grande, fría y oscura que era la bodega, y que sin saberlo se asemejaba mucho a cómo había sido su corazón antes de conocer a su lady.

Fue entonces cuando Madison subió a cubierta con la esperanza de encontrarse con Aron, y poder saber al observar su mirada, si la había echado de menos. Estaba convencida de que estaría esperándola en el castillo de popa al ser ése el lugar que a esas horas ocupaba todos los días, pero desencantada se dio cuenta de que no estaba.

Tratando de distraerse se puso a pintar en su blog de dibujo esperando de ese modo olvidarle, aunque para su desconsuelo no lo consiguió. Ante el folio en blanco solo aparecía el rostro de Aron, que la observaba con la misma mirada que la noche anterior, y la hacía perder su voluntad al antojársele pintarlo.

Sin ninguna complicación comenzó a recrear el perfil anguloso de su cara, sus grandes y profundos ojos negros, sus labios perfectos y carnosos, su nariz patricia y sin roturas, y su barbilla donde la marca de venus indicaba que pertenecía a unos pocos privilegiados que la poseían. Mientras, con cada línea que dibujaba, se sentía más absorta con su misión de plasmar en el lienzo la forma en que ella lo veía.

Esa manera única de girar levemente la cabeza al escucharla, de abrir los ojos como platos cuando le decía algo gracioso o inapropiado, la infinidad de muecas de su boca al no creerse ni una palabra, las arrugas que se le formaban en su frente al enfadarse, o las formas de entrecerrar los párpados al contemplarla, todo ello se iba formando en su mente, para plasmar en el retrato esa forma única y personal de su rostro, hasta parecer estar ante una persona real que le devolvía la mirada.



Por ello no se dio cuenta de la presencia de un hombre a sus espaldas, y por ello la profunda voz de Aron la asustó.

Cuando Aron subió a cubierta tras haber solucionado el problema en la bodega lo primero que hizo fue guiar sus ojos hacía el lugar donde ella cada atardecer se sentaba, y sentir cómo su corazón se paraba al darse cuenta de que su lady por fin había resurgido de sus sombras.

No supo muy bien que pasó en ese instante al contemplarla; sólo se dio cuenta que todas sus dudas, emociones o pensamientos dejaron de existir pues sólo quedó ella. Durante unos instantes la observó maravillado, ya que ante la luz del comienzo del crepúsculo, cuando cientos de colores pueblan el cielo y las nubes se vuelven de ligero algodón, Lady aparecía ante él como una visión salida del mismo Olimpo.

Su cabello suelto hondeado por el suave viento; su cara pálida aunque sonrojada por los rayos del sol que no podían evitar acariciar su rostro; su porte regio, su espalda erguida, su pose elegante que le otorgaban un aire inalcanzable, y que rivalizaba con una aureola de fragilidad que la envolvía y que procedía directamente de su noble corazón.

Todo eso veía en ella al observarla detenidamente, como también pudo ver al acercarse, sus manos delicadas, su pequeña nariz que de forma coqueta se movía cuando algo no salía a su gusto, su labio inferior mordido, y su perfilado rostro cuya ceja izquierda estaba alzada. Cada pequeño detalle de ese instante quedó grabado en el recuerdo, pues esa imagen perfecta de ella siempre permanecería en su mente.

Fue así como despacio fue acercándose sin notar nada a su alrededor, ya que en ese instante su mundo solo estaba formado con esa mujer que cabizbaja dibujaba distraída en un blog y por él. Un pobre iluso que se negaba a pasar un solo segundo más, lejos de ella, al haber perdido la razón ante una chiquilla con la que apenas había hablado, y que hasta hacía un día se había mantenido alejado sabiendo que solo le ocasionaría problemas.

Pero ya era tarde para ello, pues sin esa pequeña sirena que lo había embrujado ya nada tendría sentido.

—Veo que me está usted dibujando —le dijo al oído de Madison consiguiendo sobresaltarla ya que ésta no se había percatado de su presencia

al haberse acercado por su espalda.

— ¡Señor Sheldon me ha asustado! —indicó Madison con las pulsaciones aceleradas, olvidándose incluso de la promesa de llamarlo por su nombre de pila.

—¿Señor Sheldon? ¿Acaso no recuerda que acordamos tutearnos... Lady? —apuntó Aron con una sonrisa ladina, consiguiendo que a Madison se le olvidara hasta de respirar.

Tenerle tan cerca, cautivándola con su mirada y la dulzura de su voz, así como esos labios que la llamaban a gritos al sonreírle, estaban consiguiendo que su cuerpo se volviera gelatina y su cabeza dejara de pensar.

Sin lugar a dudas esa era la intención de Aron, pues quería que sintiera el mismo martirio que suponía para él tenerla tan cerca y no poder tocarla.

—Es cierto, pero debo decir en mi defensa, que con su sobresalto consiguió que se me olvidara —le inquirió al mismo tiempo que le devolvía la sonrisa consiguiendo que el pobre Aron sintiera cómo le hervía la sangre.

—Entonces me disculpo por mi falta de tacto. ¿Podrá perdonarme algún día? —le dijo ofreciéndole una sonrisa por la que Madison hubiera dado cualquier cosa que poseía.

—Sólo si me promete que no volverá a sobresaltarme de esa manera —le dijo coqueta mientras sujetaba con fuerza su cuaderno ya que necesitaba aferrarse a algo.

—Por mi honor que así será —le respondió y permanecieron en silencio mientras ella bajaba la vista ruborizada y él la observaba fijamente.

El viejo Tom y el doctor Williams no daban crédito a lo que estaban presenciando, pues era evidente que ambos estaban flirteando descaradamente sin importarles que ellos estuvieran presentes.

Aron y Madison habían pasado de ignorarse a compartir galanterías sin importarles quien mirara, como también habían dejado atrás el observarse discretamente cuando creían que nadie los miraba y se consideraban a salvo de ser pillados. Ahora sin embargo no temían que los vieran, no solo hablando, sino además lanzándose miraditas y sonrisas como si estuvieran en medio de un cortejo sin carabina.

Ambos hombres no pudieron evitar alzar las cejas al escucharles, preguntándose qué habría pasado el día anterior para este cambio. Pero sobre todo queriendo saber cuándo había sucedido, ya que ellos no se habían enterado, y era complicado mantener un secreto en un barco donde siempre había alguien vigilando.

Hasta Maco estaba extrañado y se había quedado mirando incrédulo a la pareja, pues notaba que su querida Lady ya no le hacía caso al estar ocupada con ese ladrón de afectos. El mono trató de llamar la atención de la muchacha haciendo sus muecas favoritas, pero al ver que no conseguía rivalizar con su adversario se conformó con sentarse tranquilamente a rascarse la barriga.

—Y dígame Lady, ¿estaba usted retratándome? —continuó conversando Aron con Madison, ajeno a los curiosos ojos que los observaban en silencio, y los finos oídos que no se perdían ni una palabra.

Madison tampoco estaba prestando atención a sus compañeros de charlas, ya que en ese instante sólo era capaz de centrarse en Aron. Es por ello que al darse cuenta de que éste se había percatado de su retrato se avergonzara, pues no quería que pensara que no había podido dejar de recordarle.

Con un acto reflejo escondió el dibujo cobijándolo junto a su pecho, sin darse cuenta que con este gesto la mirada de Aron recaía en sus turgentes senos; olvidando por unos segundos el dibujo y cuanto lo rodeaba.

—Así que además de asustarme a estado cotilleando a mis espaldas —le inquirió ella para no tener que contestarle.

La carcajada que soltó Aron consiguió que ella también sonriera, pero sin aflojar el cuaderno de su pecho. Olvidando por completo a los dos hombres que los miraban en silencio, Aron colocó su pie izquierdo sobre un pequeño barril que estaba a su lado, para después; de forma desenfadada, apoyar su brazo izquierdo en dicha pierna marcando así los músculos de sus muslos y brazos.

La visión de estos músculos consiguió reseca la garganta de Madison, la cual solo pudo tragar con esfuerzo mientras trataba de mantener su boca cerrada y sus ojos dentro de sus órbitas.

El codazo que el viejo Tom le dio al doctor Williams solo fue visto por

Maco, que durante unos segundos dejó de acicalarse para mirarlos.

—Culpable —dijo Aron con aire desenfadado y seductor, consiguiendo que ella suspirara, y los dos cotillas de sus amigos se rieran por lo bajo con tono descarado— ¿Me dejará verlo? —le pidió Aron sin prestar atención a su público.

—Solo cuando esté terminado. Es una norma que nunca rompo—le respondió Madison al mismo tiempo que lo miraba a los ojos y se perdía en ellos.

—¿Ni siquiera a mí? —le preguntó con voz aterciopelada, consiguiendo que ella se ruborizara y que el viejo Tom farfullara algo tan bajito que apenas se escuchó.

—Ni siquiera —apenas pudo susurrar tratando de mantenerle la mirada.

Pero fue cuando Madison le indicó coqueta con el dedo índice que éste se le acercara, cuando dejó sin aliento a todos los que la contemplaban.

Sin pensárselo dos veces Aron acercó su rostro al suyo sin dejar de mirarla, para después inclinarse y que así le susurrara al oído su secreto o todo lo que ella quisiera, pues estaba dispuesto a ofrecerse para lo que se le antojara con tal de permanecer cerca de sus labios.

Los dos hombres que escuchaban ensimismados la conversación también se acercaron inclinándose en sus asientos para tratar de no perderse detalle, aunque apenas consiguieron enterarse de nada para su disgusto. Algo por lo que hicieron una mueca y se miraron encogiéndose de hombros.

—Además no puedo ofrecérselo delante de los demás. Cada vez que hago un retrato me lo piden y temo que me esté quedando sin ningún recuerdo —le dijo sin darse cuenta que con sus palabras le confesaba que quería mantener el dibujo en su poder, como un recordatorio de esos días a bordo del barco y de él; un hombre que supuestamente no le interesaba.

—¿Por eso ha decidido no enseñarlos? —le susurró también en su oído, no porque temiera que le escucharan, sino para mantener el acercamiento entre ellos.

—Así es, ya que siempre consiguen engañarme para que se los regale— contestó divertida —Así que he decidido pintarles a escondidas para que no

me los pidan.

—Pero yo la he pillado —apuntó él, dando la sensación de que en su comentario guardaba una doble intención.

Ella asintió abrazando con más fuerza el cuaderno, pues en verdad sentía que ese retrato era especial al haber reflejado en él como lo veía, y le daba vergüenza que Aron lo descubriera. No sabía cómo podía haberse dado cuenta de ello, pero no se sentía preparada para que lo mirara y se diera cuenta de cómo él se había convertido en una obsesión que debía plasmar en el lienzo. No, cuando había puesto todo su corazón en cada trazo del lienzo, y cuando había volcado su alma al querer darle vida.

—Si su objetivo es mantener los recuerdos de este viaje a través de sus pinturas, prefiero que guarde mi retrato. Así podrá recordarme —señaló con un ligero tono de diversión, pero anhelando que ella nunca le olvidara, como estaba seguro que él jamás la olvidaría a ella.

Madison no pudo hacer otra cosa más que permanecer en silencio, pensando que por muchos años que pasasen nunca lo podría olvidar, como también permanecería en su memoria cada instante vivido en el barco. Estaba convencida que no le haría falta contemplar su retrato para evocar en su mente cada centímetro de su rostro, como tampoco necesitaría contemplar otras pinturas para repasar cada día de travesía al tenerlos grabados en su corazón.

Durante un instante todo permaneció en silencio a su alrededor, como a la espera de las siguientes palabras. Hasta el mar pareció estar atento a lo que ocurría entre ellos, y por ello las olas permanecieron en calma, al igual que el viento que por un momento dejó de jugar con las velas.

Aron se dio cuenta que su inocente cortejo se estaba transformando en algo mucho más serio, y sabía que no podría continuar a su lado sin decir algo de lo que más tarde se arrepentiría. Deseaba contarle mil cosas que anhelaba de ella, y otras mil otras que pretendía darle, y por ello decidió que una retirada a tiempo sería en ese instante una victoria.

Por ello no le quedó otro remedio que callarse, y más cuando descubrió que había otras personas cerca escuchándolos robándoles su intimidad.

—Y ahora Lady, caballeros, tengo que entregarle el informe de la bodega

al capitán —indicó Aron despidiéndose con una inclinación de cabeza y una mirada que decía mucho más de lo que callaba, como por ejemplo un hasta pronto.

—Le veré en breve en la cena —afirmó Madison segura, por lo que a Aron supo que había comprendido su mirada y no le quedó más remedio que rendirse ante ella y sonreírle mientras asentía.

Sin más, Aron se marchó con paso decidido dejando atrás cuatro pares de ojos que lo observaban; los de Lady, los dos cotillas y un mono, aunque sólo uno de ellos lo miraba con el anhelo de volver a verlo.

—¡Vaya, vaya!, ¿así que por esto tenías tantas ganas de salir a cubierta? —le preguntó el viejo Tom nada más perder de vista a Aron con un tono irónico.

—No sé a qué te refieres —le contestó Madison haciéndose la distraída, mientras se quitaba una ficticia mota de polvo de su falda.

—¡Ya! Nunca salimos a tomar el aire antes de la cena, pero hoy no has dejado de darme la lata hasta que he accedido a salir un rato —siguió atosigándola, pues quería que confesara que su verdadera intención era ver al señor Sheldon. Algo que por supuesto ella no estaba dispuesta a hacer.

—Es que hoy ha hecho un día maravilloso —expuso como excusa con el propósito de que se conformara.

—¡Eso es cierto! —intervino el doctor Williams sin perderla de vista, pues las mejillas coloradas de Madison le indicaban que esa conversación no estaba siendo de su agrado.

—¡Claro!, no tiene nada que ver que el señor Sheldon suela estar en cubierta a estas horas —el silencio le dio la razón, pues Madison no quería mentirles pero tampoco contarles lo que guardaba en su corazón pues ni ella misma estaba segura de lo que era.

—Por lo que veo ya habéis hecho las paces el señor Sheldon y tú —afirmó más que preguntar el viejo Tom, mientras miraba distraído al frente y chupaba de su pipa.

—Tú me lo pediste —le contestó ella al mismo tiempo que cerraba su cuaderno de dibujo, no sin antes darle un último vistazo al retrato de Aron.

—Y has hecho muy bien, ¿verdad doctor?

—Por supuesto, —aseguró el aludido— ya sabes que Lady es una mujer muy inteligente y sabe lo que le conviene.

La doble intención de sus palabras no pasó desapercibido a ninguno, consiguiendo el propósito que el médico buscaba. Él quería que Madison pensara con la cabeza y no con el corazón pues temía que acabara dañada. Algo que no se perdonaría al haber estado de acuerdo de que entre ella y Aron hubiera un acercamiento.

—¡Es cierto! Nuestra Lady no es ninguna de esas muchachas alocadas que pierden la cabeza por un hombre y acaban lamentándolo —Estaba de acuerdo el viejo Tom pues él también pensaba lo mismo.

Durante unos segundos los tres permanecieron en silencio, hasta que Madison no pudo aguantar más y tuvo que hablar. Sentía que debía intervenir para que no se preocuparan, pero sobre todo para que no interfirieran entre ella y Aron.

—Sé que vuestra intención es protegerme, pero os aseguro que sé lo que estoy haciendo. El señor Sheldon es un caballero al que creía remilgado y vanidoso, y me ha sorprendido la persona que he descubierto al conversar con él. Eso es todo.

Sabía que se estaba guardando mucho más de lo que contaba, pero no podía admitir que con solo una conversación había cambiado la manera de verlo y de tratarlo. Ahora Aron se había transformado en una obsesión al querer saber más de él, y al tratar de averiguar si de verdad ese hombre tan encantador que había descubierto y que le ocasionaba palpitaciones nada más verlo era real, o solo el producto de una noche bajo el influjo de las estrellas.

Suspirando se puso en pie y los miró con ternura. Desde que había embarcado esos dos hombres se habían convertido en sus guardianes y amigos, y por ello les tenía un gran cariño. No quería causarles problemas y mucho menos que se sintieran culpables por algo que nadie hubiera imaginado que pasara, aunque para ser honesta, ella ya sabía que Aron no le era indiferente desde la primera vez que lo vio, y él acercamiento podría hacer que esas sensaciones se incrementaran.

Pero ahora no quería pensar en ello y mucho menos contarles nada a esos

dos viejos cascarrabias, ya que solo conseguiría que no la dejaran de vigilar en lo que quedaba de travesía, y por desgracia ese tiempo cada vez era más escaso.

—No os preocupéis por mí. Hace tiempo que dejé de ser una niña y sé distinguir los sueños de la realidad —y sin más les dio un beso a cada uno en sus mejillas y se marchó hacia su camarote para prepararse para la cena.

—¿Tú crees que de verdad sabe distinguir la realidad de la fantasía? —le preguntó el viejo Tom a su amigo el doctor Williams mientras observaban cómo se marchaba.

—Creo que ese hombre le ha causado una fuerte impresión y ella no tiene ni idea de lo que está sintiendo. Aunque debo decir en defensa de ese muchacho que él parece igual de perdido —repuso el médico mirando al puente de mando donde estaba Aron hablando con el capitán Davis pero sin poder dejar de contemplar cómo Madison se marchaba.

—¿Y ahora qué se supone que debemos hacer? —le preguntó el viejo Tom con su mirada fija también en Aron.

—No tengo ni idea —repuso suspirando con cierta preocupación, ya que habían sido ellos quienes le habían aconsejado a Madison que hablara con Aron y así se conocieran. Aunque no habían creído que se prendaran mutuamente tan pronto y ahora les preocupaba haberla aconsejado mal.

—Menudo par de casamenteros estamos hechos —masculló el viejo Tom sin soltar su pipa.

—Ya te dije que unos solterones como nosotros no sabríamos lo que le conviene a una muchacha.

—¡Claro que sabemos lo que le conviene! —Afirmó categórico el viejo Tom y algo enfadado, al comprobar que el doctor Williams pensaba que se habían equivocado al alentar a Madison para que conociera mejor a Aron—. De lo que no tenemos ni idea es de lo que pasa por esas cabecitas.

—Entonces es mejor que dejemos de interferir —sostuvo el doctor Williams pues no quería que por su culpa sufrieran los dos jóvenes. Sabiendo que la conversación ya había terminado pues ninguno de los dos sabía que más decir o hacer para resolver el problema, el médico se estiró con disimulo



y se levantó despacio— Y ahora viejo amigo, voy a prepararme para la cena.

—Pues espero que te guste la sopa fría, ya que esa muchachita me ha sacado de la cocina con sus prisas y a saber cómo habrá quedado todo.

Cuando ya se hubo marchado el doctor Williams, el viejo cocinero se quedó en silencio un momento en cubierta, pensando si como creía su amigo se habían precipitado. Él de verdad creía que Aron y su Lady hacían una buena pareja, aunque nunca habría imaginado que entre ellos surgiera nada. Tan solo quería que terminara esa tonta enemistad, para que Aron ayudara a Madison una vez que llegaran a Nueva Orleans.

Pero ahora era evidente que entre ellos había surgido algo, y él temía, como también lo hacía el doctor Williams, que Aron utilizara su dinero y su influencia en Nueva Orleans para retener a Madison a su lado y obligarla a hacer algo inapropiado para una dama.

Debía de vigilar a esa parejita, pues a falta de ningún pariente de la muchacha en el barco él se había elegido como su protector, aunque en realidad ese papel correspondiera al capitán.

—Bueno Maco, será mejor que vayamos a ver qué cena servimos esta noche —le habló el viejo Tom a su mono, mientras éste se acicalaba a su lado sin prestarle atención.

## Capítulo XII

o estaba seguro de porqué esa noche Aron se sentía intranquilo, aunque estaba convencido que una preciosa mujer con la mirada del color de la

Nesmeralda era la culpable. Durante todo el día esos intensos ojos verdes no habían dejado de perturbarlo, hasta llegar al punto de buscarlos allá donde mirara.

Por eso ahora en el camarote del capitán; esperando compartir la cena con Madison y los otros dos comensales, se sentía ansioso por saber si podría mantener una conversación amable sin que se notara el deseo creciente que sentía por ella o si por el contrario quedaría en evidencia delante de los demás caballeros al no poder ocultar la intensidad de su deseo.

Debía recordarse que no era ningún chiquillo sin experiencia, y por ello era él quien debía mantener las distancias y mostrarse sólo cordial en su presencia, para así poder contenerse y no quedar en ridículo. Quería mantener en secreto cada una de las sensaciones que esa mujer despertaba en él, pero ante todo no podía demostrarle el poder que ejercía sobre su cuerpo y su mente.

Era importante que no olvidara que ese viaje no era de cortesía sino de trabajo, y que había demasiadas cosas en juego como para arriesgarse a dañarlas, como por ejemplo su corazón o su cordura.

Llevaba en el camarote del capitán un buen rato esperando a que ella llegara para comenzar la cena, sin poder dejar de pensar qué sentiría cuando apareciera y sus miradas se cruzaran. Se preguntaba de qué hablarían, si se ruborizaría como la noche anterior cuando le sonreía, o si quedaría como un tonto al notarse lo mucho que su presencia lo alteraba.

De vez en cuando trataba de esconder su agitación participando en la conversación que mantenían el capitán Davis y el doctor Williams, pero con cada segundo que pasaba estaba llegando a un punto donde le costaba cada vez más disimular sus ganas de verla.

Decidió que más tragos de coñac solo le harían perder el control que en esos momentos necesitaba, y por ello dejó el vaso encima de la mesa antes de que fuera demasiado tarde y su cabeza resultara embotada. La cena de esta noche requería de toda su concentración, si no quería decir o hacer algo de lo que más tarde tuviera que arrepentirse, como por ejemplo que echaba de menos su presencia, o que hablar con ella la noche anterior le había causado unos sueños agitados nada apropiados para un caballero, y que aún los

recordaba nítidamente.

Con la esperanza de que el tiempo pasara más rápido y su impaciencia desapareciera se puso en pie para caminar, pero al ser el cuarto tan pequeño solo le quedó la posibilidad de dirigirse hacia la estantería donde el capitán mostraba su pequeña biblioteca privada.

Esta estaba situada al otro extremo de la habitación y al lado de la puerta, por lo que podía ver quien entraba pero sin ser visto, dándole así una ventaja que pretendía aprovechar para verificar de primera mano si ella le buscaba en cuanto apareciera para la cena.

No había llegado ante la estantería con la intención de ocupar un lugar estratégico; ni mucho menos para leer ninguno de los libros que ahí se encontraban, pero permaneció frente a ella al ver que le sería de gran utilidad y como excusa para mantenerse apartado de los otros dos hombres y de su charla, aunque por desgracia esto último no lo consiguió.

—¿Ves algo interesante? —le preguntó su amigo el capitán ajeno a su agitación.

En un acto instintivo Aron miró hacia la puerta para comprobar si por ella aparecía el motivo de su verdadero interés, hasta que comprendió que el capitán se refería a los libros que veía en la estantería.

—Nada, además no creo que pueda entender más de tres palabras de ninguno de ellos —le dijo cuándo empezó a leer los títulos que tenía frente a él y comprobar que eran todos de náutica.

—Creía que de pronto te interesabas por mi puesto de trabajo —indicó divertido el capitán, pues conocía a Aron y sabía que cualquier cosa que se proponía lo conseguía.

—Puedes estar tranquilo, no me seduce la idea de ser capitán —los tres hombres sonrieron levemente tratando de amenizar el retraso de Madison.

—Entonces es posible que algo le seduzca más en estos momentos. Aunque debe tener cuidado con las cosas que desea señor Sheldon, o podría acabar malparado —afirmó el médico mirándolo fijamente, dándole a entender que él se había dado cuenta de su nerviosismo, al ser más observador que el capitán, y de que sospechaba del interés de Aron por

Madison; un hecho que al médico no le agradaba.

El doctor Williams no estaba dispuesto a dejar que Aron hiciera lo que quisiera con Madison, y por eso aprovechó la ausencia de ésta para transmitirle que no estaba sola, pues él estaba ahí para cuidarla. Un mensaje que le llegó alto y claro a Aron, y que solo consiguió enfadarlo al ser perfectamente consciente de ello, y de cómo debía reservar los deseos que sentía por ella.

—Conociendo al señor Sheldon seguro que ha encontrado en el barco algo que llame su atención —declaró el capitán divertido, sin percatarse de las miradas entre los otros dos hombres y de cómo delante de él se estaban midiendo.

—De eso no me cabe la menor duda —le respondió el doctor Williams mientras le regalaba a Aron una dura mirada de desaprobación, que le advertía de las consecuencias a las que se enfrentaría si osaba aprovecharse de su protegida.

Una amenaza que Aron tomó con elegancia al no querer enemistarse con ese hombre que apreciaba, y simplemente le mantuvo la mirada para luego tomar un largo trago de su copa sin dejar de observarse mutuamente.

Fue en ese preciso momento cuando Madison llamó a la puerta y los tres hombres se olvidaron de la conversación que mantenían. El capitán Davis y el doctor Williams se levantaron de sus respectivos asientos como cortesía ante su llegada, mientras Aron se mantuvo en su sitio sin poder moverse o articular palabra.

—Lady Madison, me alegra que haya llegado, ya estábamos impacientándonos por su tardanza, aunque no queríamos importunarla con nuestras ganas de tenerla entre nosotros —le dijo el capitán Davis mostrándose cortés con su débil regañina, mientras le saludaba con una inclinación de cabeza.

Aunque Madison mantenía una relación más cordial con el doctor Williams cuando se sentaban juntos en cubierta, delante del capitán y del señor Sheldon mantenía las formalidades que su condición social requería ante ellos. Como invitada de un oficial había insistido en que fuera tratada de una manera más relajada al no estar ante estrictos aristócratas, pero al capitán

le resultaba complicado no tratarla con el respeto que la hija de un conde merecía.

—Lamento el retraso, no me había percatado de que ya era la hora de la cena —comentó como excusa ante su tardanza correspondiendo a su vez al saludo del capitán y del médico.

—Me alegro de que las horas en el barco le sean tan entretenidas como para que no se dé cuenta del paso del tiempo —siguió diciendo el capitán Davis sin notar que ella buscaba al tercer hombre que faltaba.

—Así es capitán, la verdad es que me siento muy a gusto a bordo —le contestó sin más, notándose un ligero tono de tristeza en su voz al no ver en la habitación a Aron.

Nada más entrar había retenido su respiración esperando verlo, pero al no encontrarlo sentado con los otros dos hombres como solía hacer cada día no pudo evitar desilusionarse.

No había podido apartar de su cabeza qué pasaría durante esa cena, pues sabía que debía disimular su entusiasmo por verlo y por hablar con él. No es que fuera una necesidad urgente; se estuvo repitiendo mientras se arreglaba para la velada, pero deseaba saber si él también añoraba verla del mismo modo que ella lo añoraba a él. De ahí su gran desilusión al no encontrarlo.

—Y no solo eso, también ha conseguido ganarse el corazón de todos los que estamos a bordo con su dulzura —indicó el doctor Williams guiñándole un ojo como muestra de cariño y consiguiendo que se sonrojara.

Cuando Madison se disponía a contestarle a su galantería, la voz profunda y aterciopelada de un hombre al que no esperaba oír la hizo callar y girarse para mirarle.

—Estoy de acuerdo con usted señor Williams, lady Madison ha sabido ganarse los corazones de todos y adaptarse perfectamente —el comentario inesperado de Aron consiguió que sus pulsaciones se aceleraran, hasta el punto de creer que se escucharían por toda la recámara.

Había dado por sentado al no verlo al entrar que no los acompañaría a la cena, y al escucharlo, su desilusión se transformó en júbilo y en un manojito de nervios difíciles de manejar.

Con una inclinación y una sonrisa Madison le saludó tras girarse para verlo, encantada de haberse equivocado y tenerlo frente a ella. Una sensación de candor se apoderó de su cuerpo nada más coincidir sus miradas, y necesitó de todas sus fuerzas para apartar la vista de sus ojos y no embeberse de ellos.

Aron por su parte le sonrió encantado, sobre todo al notar cómo su pecho se había agitado al escucharle y cómo su rostro se había tornado carmesí. Con una sonrisa correspondió a su inclinación y se quedó observando a esa mujer que tanto lo desconcertaba y excitaba, y que parecía reacia a apartar su mirada.

—Si les parece bien avisaré al cocinero que ya estamos todos —comentó el capitán ajeno al encuentro de miradas, sonrisas y sonrojos entre Aron y Madison.

Con paso decidido fue hacia un cordel para tirar de éste, y dar así el aviso para que comenzaran a traer la cena, al mismo tiempo que Madison aprovechaba para acercarse a Aron.

—Me alegro que piense que he logrado adaptarme —le indicó Madison cuando se hubo colocado a su lado, omitiendo deliberadamente la parte en que afirmó que se había ganado su corazón, al no estar preparada para comentarlo.

Las piernas le temblaban ligeramente al estar tan cerca de él, como también le sudaban las manos, algo insólito en una dama pero que en esos instantes no le importaba al estar su pensamiento centrado en otro asunto.

—Es la verdad Lady —le dijo llamándola por su apodo al saber que nadie les escuchaba—, de hecho recuerdo perfectamente mi primer viaje en este barco, y puedo asegurarle que ha conseguido ser aceptada con mucha más rapidez que yo —confesó divertido y sin poder apartar la mirada de sus ojos.

—Creo que mi condición de mujer ha influido en este caso, Aron —explicó usando el nombre de pila de él adrede—. Estoy segura que si usted usara falda, habría conseguido ganarse la amistad de todos con tanta facilidad como yo lo he hecho —aseguró Madison sin darse cuenta de cómo podrían interpretarse sus palabras.

Por el contrario Aron captó el doble sentido de ellas, y no pudo evitar

soltar una carcajada que consiguió llamar la atención de los otros dos hombres.

—Estoy convencido que si hubiera aparecido el primer día en cubierta usando una falda, su amistad es lo último que hubiera conseguido.

Al escuchar su comentario comprendió cómo podrían interpretarse sus palabras, y no pudo remediar sonrojarse por su atrevimiento. Sintió una profunda vergüenza por ser tan ingenua, y por aparecer ante él como una muchacha que apenas sabía de la vida. Por ello no pudo remediar bajar la cabeza al no querer enfrentarse a su mirada burlona.

Aron se dio cuenta enseguida de su turbación y deseó con todas sus fuerzas abrazarla para susurrarle al oído que adoraba su inocencia. Pero al no estar en privado tuvo que conformarse con alzarle la cabeza colocando su índice bajo su barbilla, hasta que se encontró con su tierna y triste mirada. Sólo entonces le confesó la calidez que le hacía sentir su naturalidad.

—Lady —le susurró con cariño—. Nunca se avergüence de ser como es, pues es una mujer fascinante y mil veces más interesante que cualquier otra que haya conocido.

Madison se sonrojó aún más al escucharle, aunque no pudo evitar mostrar lo encantada que se sentía por el cumplido que le había brindado. Como mujer le maravillaba que un hombre tan excitante y mundano se fijara en ella, y viera en su forma de ser algo que le agradara, aunque no pudo decirle nada al quedarse paralizada.

Un escalofrió que iba del calor al frío la recorrió por entera, y sintió cientos de hormigas por donde Aron le había tocado la barbilla. Estaba segura de que sus ojos debían reflejar parte de su perturbación, pues Aron parecía no querer perderse ni un solo detalle de ellos, al mirarlos de una forma tan intensa que en otras circunstancias habría parecido inadecuada y posesiva.

Por unos segundos ambos se mantuvieron en silencio mientras escuchaban a sus espaldas cómo el capitán y el doctor Williams charlaban sin prestarles atención. No fue hasta que su corazón volvió a latir más despacio cuando Madison consiguió el control de su cuerpo, y tras asegurarse que nadie les observaba, se sacó con disimulo de su bolsito de mano un sobre y se lo dio a un sorprendido Aron.

Había estado dudando si entregárselo o no, y por ese motivo había llegado tarde a la cena. Había una parte de ella que quería revelarle como lo veía ante sus ojos, y qué representaba su amistad. Pero otra parte prefería mantenerlo en secreto por temor a que él se riera de ella, o lo considerara como una chiquillada sin importancia, menospreciando de ese modo lo que estaba sintiendo; aunque ni ella misma lo supiera. Pero al escuchar decirle que nunca se avergonzara por ser quien era, y por creerla fascinante, decidió arriesgarse e ir a por todas.

La cara de asombro de Aron no se hizo esperar, pues no se imaginaba algo así, y sentía curiosidad por ese sobre qué Madison le entregaba con manos temblorosas. Con disimulo lo cogió, al mismo tiempo que miraba por encima del hombro de ella para asegurarse que ninguno de los otros dos hombres habían presenciado el intercambio.

Pensó que al entregárselo a escondidas significaba que se trataba de un asunto privado, y por ello tuvo cuidado de guardarlo en el bolsillo interior de su chaqueta sin comentar nada para no levantar sospechas. Sobre todo las del doctor Williams, pues aunque éste daba la impresión de estar charlando distraídamente con el capitán, estaba pendiente de ellos al mirarlos de vez en cuando como si los vigilara.

—¿Me haría el favor de abrirlo cuando esté a solas? —le preguntó en un susurro, para después girarse y dirigirse hacia la mesa con paso firme, aunque sus piernas apenas le obedecían, aparentando una seguridad y firmeza que en realidad no sentía.

Ni siquiera había esperado a escuchar su respuesta, aunque estaba convencida que le habría dicho que sí. Pero ya estaba demasiado azorada por su atrevimiento, y no se sentía segura de poder contemplar sus ojos por temor a lo que encontrara en ellos.

Estaba tan nerviosa que no creía que pudiera cenar ni un solo bocado, como tampoco estaba segura de poner mirarle a la cara sin estremecerse. Se decía una y mil veces que se estaba comportando como una boba, pues lo que había en el interior del sobre no merecía tanto nerviosismo.

Quizás él solo lo viera como una especie de juego y no notara lo importante que era para ella, por lo que no debía preocuparse de qué pensaría



de todo aquello. Pero si por el contrario él advertía las emociones que escondía, entonces Madison no sabría cómo debía comportarse ante su presencia, pues estaba segura que no podría volver a mirarlo por culpa del bochorno que sentiría.

Por todo ello apenas logró serenarse, y agradeció que la cena continuara con la normalidad acostumbrada, aunque a cada segundo que pasaba más le costaba tragar el pescado de la cena. Por suerte para todos fue el capitán Davis quien pronto llevó el control de la conversación, con una proposición sorprendente que dejó a todos callados.

—Lady Madison, —la llamó para captar su interés—, he estado pensando en cuál será su alojamiento cuando lleguemos a Nueva Orleans, y me gustaría ofrecerle mi residencia. Estoy convencido de que mi esposa estará encantada con su compañía, y de que ambas se harán amigas en cuanto se conozcan.

Madison se quedó con su copa de vino a escasos centímetros de su boca tratando de asimilar las palabras del capitán. Le estaba ofreciendo una oportunidad única de permanecer en Nueva Orleans en una casa respetable y sin gastos económicos, lo que significaba el fin de una de sus grandes preocupaciones.

Su buena educación tomó el control de la situación, al ser incorrecto aceptarla sin antes asegurarse que su presencia no causaría molestias. Tampoco pudo evitar mirar disimuladamente a Aron por sí éste tenía algo que opinar. Pero a Aron no pareció importarle la invitación, al seguir comiendo como si no hubiera escuchado nada. Sintiéndose agradecida sonrió al capitán con afecto y le contestó:

—Es usted muy amable capitán Davis, pero no quisiera importunarles.

—No debe preocuparse por ello, con su embarazo mi esposa debe de sentirse muy sola y estoy seguro que su compañía solo podrá beneficiarla —comentó éste convencido de lo sensato de su decisión.

Tras compartir la travesía con ella, el capitán creía conocerla lo suficiente como para saber que encajaría muy bien con su esposa, y que sería una solución ideal para todos. Al fin y al cabo Madison era su responsabilidad y no permitiría dejar desamparada a una dama de su categoría en cuanto

llegaran a puerto. Su honor se lo prohibía, como también se lo impedía la regañina que su mujer le daría si se enteraba de que no la había protegido.

Pero no sólo el capitán estaba convencido de que se trataba de una salida ventajosa para todos, pues el doctor Williams también pensaba lo mismo. Había notado las miradas que se lanzaban Madison y Aron desde que ella había aparecido en el camarote, y prefería que la muchacha estuviera bien resguardada de sus inclinaciones, por muy honestas que estas fueran.

—Es una idea excelente capitán, así ambas mujeres se harán compañía hasta que parta un barco rumbo a Londres —contestó entusiasmado el doctor Williams que miraba de forma alternativa a la pareja para comprobar sus reacciones.

El comportamiento de Aron fue quedarse masticando el pescado como si fuera su única misión en el mundo, y sin contestar al médico por mucho que lo deseara. De hecho tardó tanto en tragar el bocado, que más que masticar la cena parecía que estaba tratando de digerir la invitación del capitán.

Pero fue la reacción de Madison la que más se notó, al pasar de la felicidad a la derrota en cuestión de segundos. No había creído que su alojamiento con la familia Davis sólo duraría hasta que saliera el próximo barco a Londres., perdiendo así toda la ventaja que tenía hasta el momento.

Sabía que en Nueva Orleans le costaría más a sus padres disponer de ella, y siempre podría darles evasivas para regresar; al menos mientras tuviera dinero o un lugar donde permanecer. Por eso era importante que se mantuviera todo el tiempo posible en América, y que sus padres tardaran en dar con ella.

Además se negaba a contarles sus temores de ser obligada a contraer matrimonio con su prometido, o con otro hombre parecido en cuanto llegara. Estaba convencida de que ellos no entenderían cómo funcionaba el mundo para la hija de un conde, y de cómo debía acatar las órdenes de sus padres sin oponer resistencia basándose en el honor y la obligación. No estaba dispuesta a volver a pasar por ello, por muy buenas intenciones que todos tuvieran.

—Capitán, no quisiera parecer una desagradecida al rechazar su oferta, pero había considerado la oportunidad de quedarme un tiempo en Nueva Orleans para conocerlo.

Nada más terminar la frase, y tras comprobar que los tres hombres la miraban expectantes a la espera de algo más, se dio cuenta de que necesitaba pensar con rapidez una excusa para poder salir del problema cuanto antes. De otra manera debería aceptar la invitación del capitán al no tener otro remedio, y no estaba dispuesta a que todo se echara a perder cuando ya había llegado tan lejos.

Por eso, con resolución respiró profundamente, y se dispuso a ofrecerles la primera idea que se le había pasado por la cabeza.

—Verán, sería una lástima no aprovechar esta maravillosa oportunidad de conocer la ciudad y sus gentes, pues no creo que vuelva a cruzar el océano. Además, aunque el viaje ha sido fascinante, he de confesar que no me siento preparada para embarcarme de nuevo. Me gustaría pasar una temporada en tierra para que mi cuerpo se regularice antes de volver a subirme a un barco por otras dos semanas, para asegurarme de no caer enferma en algún momento del viaje —esto último lo dijo mirando al médico para así contar con otro aliado.

Los hombres se quedaron callados por un momento hasta que se dieron cuenta que Madison les había expuesto unos motivos muy válidos que no podían objetar, hasta que la voz con tono de lamento de su amigo el médico irrumpió en el silencio.

—Lady, perdóneme por no haber reparado en su bienestar —confesó éste sintiéndose un médico horrible por no haber pensado en su salud, y olvidando la cortesía que mantenía con ella delante del capitán al llamarla por su apelativo—. Tiene toda la razón, no es conveniente para alguien tan poco acostumbrado a navegar que en tan poco tiempo vuelva a embarcarse.

—El doctor Williams tiene razón. No podemos consentir que enferme por nuestra ineptitud, considérese usted mi invitada el tiempo que crea conveniente —continuó diciendo el capitán Davis con una expresión tan apesadumbrada, que Madison estuvo a punto de decirle que en realidad solo era una excusa, pues ella se encontraba perfectamente, aunque no era tan estúpida como para no aprovechar la oportunidad que le ofrecían de quedarse todo el tiempo que quisiera en Nueva Orleans.

—Le estoy muy agradecida por su ofrecimiento capitán, pero no quisiera

ser una carga para ustedes mientras dure mi estancia en la ciudad. Tengo cierta cantidad de dinero y no sería ningún problema mi mantenimiento —se vio obligada a decirle, pues no quería que pensara que estaba desamparada y que era su obligación invitarla.

—De eso nada lady Madison, no sería un caballero si consintiera la atrocidad de dejarla sola en un lugar que desconoce y sin parientes ni amigos que velen por usted. Además, piense que sería poco apropiado para una dama y su reputación, estaría en problemas si permaneciera sola—le contestó decidido el capitán al mismo tiempo que el médico asentía—. Usted será nuestra invitada por el tiempo que desee permanecer en América, y no quiero que piense que será una carga —resolvió categórico dejándola sin más pretextos por el momento.

—En ese caso, capitán Davis, será un placer ser su invitada —le dijo Madison con una sonrisa y respirando aliviada pues todo se había solucionado como ella quería, aunque había un asunto que la intranquilizaba.

Durante la conversación con el capitán y el médico no pudo evitar mirar de vez en cuando a Aron para comprobar su expresión, y así tratar de averiguar qué estaba pensando sobre la idea de permanecer en la casa del capitán. Sabía que él no podía hacer nada por ella al ser soltero, ya que estaría mal visto que le ofreciera pagarle una habitación de hotel aunque él estuviera alojado en la otra punta de la ciudad.

Además no debía olvidar que desde el comienzo del viaje le había confesado su deseo de no involucrarse en sus problemas, con el fin de no pagar una culpa que no tenía. Aunque le hubiera gustado que interviniera como amigo para mostrarle otras posibilidades, en vez de quedarse callado y centrado en su comida como si fuera lo único que le importara en el mundo.

Pero lo que nadie percibió fue la inquietud que Aron sentía, y cómo ansiaba poder ser él quien invitara a Madison a alojarse en su compañía hasta que ella quisiera, aunque estaba por descontado que eso acabaría con la reputación de ambos y por ello era imposible. Por eso prefirió callarse y mantenerse ajeno de la conversación por mucho que deseara participar en ella.

—Entonces no se hable más, estoy convencido de que mi esposa Susan

estará de acuerdo con mi decisión y será ella quien más agradezca su presencia —dijo feliz el capitán al haber cumplido con su misión de protegerla y creyendo que él era el artífice de todo.

—Una solución excelente capitán, le felicito por ella —comenzó a decir el médico al ver que Madison por fin estaría a salvo de cualquier riesgo, aunque una miradita al rostro pensativo de Aron le dijo que el peligro aún no estaba del todo resuelto.

Y es que el doctor Williams tenía razón, pues Aron se estaba empezando a dar cuenta que no sería nada desagradable que Madison no regresara inmediatamente a Londres. De esa manera tendría más posibilidades de volver a verla y de conocerla mejor, y esa idea ya estaba afectando a su entropierna.

—Me alegro que le agrade señor Williams, como médico estoy seguro que recomendará la distracción de mi esposa, y como amigo de lady Madison querrá lo mejor para ella.

Continuó el capitán con su charla sin darse cuenta de lo que en realidad pasaba a su alrededor. En ningún momento se había percatado del silencio corrosivo de su amigo Aron, y de cómo éste observaba a Madison, como tampoco se dio cuenta de las miradas esperanzadas lanzadas por ella cuando descubrió que no partiría inmediatamente, y cómo lo primero que buscó fueron los ojos de Aron para saber si se alegraba de la noticia.

Sólo el doctor Williams fue consciente de todo ello, y por eso cada vez que el capitán le miraba se lo encontraba con una bajada de parpados acusatorios que el médico le regalaba al señor Sheldon, aunque por supuesto, el capitán no se enteró de su significado. Demostrando así que éste podría ver el rumbo a seguir más allá del horizonte, pero que nunca caería en la cuenta de lo que tenía delante de sus narices.

—Así es, de hecho lady Madison podría ser de mucha utilidad en el parto como apoyo a su esposa —siguió diciendo el doctor Williams, sin dejar de observar a Aron con el fin de no perderse ningún detalle cuando éste alzara la vista de su plato.

Estaba seguro que se estaba callando por algún motivo, y más cuando se le veía tan pensativo. Por ello quería poder reaccionar a tiempo para que

Madison no callera en sus manos, ya que era evidente que el capitán no sería de mucha ayuda.

—No lo había pensado pero tiene usted razón —comentó el capitán cada vez más contento por cómo las cosas se habían solucionado.

Pero fue entonces cuando algo sucedió cambiándolo todo, al ser justo ése momento cuando Aron decidió intervenir.

—¿Me imagino que como cada año, mantendrás mi invitación para alojarme en tu casa? —le preguntó a su amigo el capitán logrando que todos callaran y que el doctor Williams tirara la servilleta sobre la mesa resignado y enfadado. El muy canalla había ganado la batalla, pero no estaba dispuesto a que ganara la guerra.

—Por supuesto, aunque como nunca la has aceptado, pensé que esta vez sería igual que en las ocasiones anteriores —confesó el capitán Davis ajeno a lo que significaba que por primera vez Aron accediera a alojarse en su casa, justo cuando lady Madison era su invitada.

—Amigo Davis, las otras veces tu esposa no estaba embarazada, y un acontecimiento tan importante merece mis felicitaciones y mi disposición a distraer a tu señora —puso como excusa Aron consiguiendo que el médico se le quedara mirando para que notara que no creía ni una sola de sus palabras.

—Eso es cierto, además Susan se alegrará muchísimo de que por fin aceptes nuestra invitación y tu compañía le será muy grata—confesó encantado el capitán sin enterarse de nada y cada vez más contento.

—Es lo mínimo que puedo hacer por unos amigos tan buenos como vosotros —le dijo regalándole una sonrisa que decía lo mucho que le agradaba compartir alojamiento con la familia de su amigo y sobre todo con su invitada.

La boca abierta de Madison al entender que compartiría la casa del capitán con Aron no fue tenida en cuenta por ninguno de los presentes, pues cada uno estaba ocupado con sus propios asuntos.

—¡¿Qué les parece si hacemos un brindis?! —Comentó ilusionado el capitán como si todo hubiera acabado de la mejor forma posible gracias a su intervención—. ¿Aron, podrías hacer los honores?, ya sabes que no soy

bueno improvisando.

El médico estuvo a punto de decirle que tampoco era un buen observador, pero decidió callarse pues no valía la pena anticiparse con un comentario, cuando aún le quedaba una carta por jugar contra Aron.

Aron encantado se puso de pie, alzó su copa y mirando a Madison con una sonrisa maliciosa dijo en alto:

—Por los buenos amigos y por las mujeres hermosas.

—¡Excelente brindis! —Señaló el capitán si notar la mirada lujuriosa de Aron sobre Madison, mientras saboreaba su vino como si fuera el manjar de unos labios—. Por los buenos amigos y las mujeres hermosas —volvió a repetir el capitán poniéndose en pie y alzando también su copa.

Pero Madison sí había notado la mirada de Aron, y por ello, roja como un tomate, solo se atrevió a beber un pequeño sorbo de su vino sin decidirse a corresponderle. Todo lo contrario que el doctor Williams, pues se bebió de un trago su contenido y volvió a rellenar el vaso sin dejar de observar a Aron.

—Y ahora veamos qué sorpresa nos tiene preparada el viejo Tom con el postre —comentó el capitán feliz por cómo había transcurrido la cena, y sin darse cuenta de que sus comensales ya habían decidido dejar de probar bocado. Al fin y al cabo los tres acompañantes a su mesa tenían muchas cosas que digerir todavía.

Cuando la cena hubo terminado los cuatro comensales se pusieron en pie, siendo éste el momento en que el doctor Williams aprovechó para acercarse a Aron. Tenía un asunto pendiente con él que no podía posponer por más tiempo, y por eso le pareció una buena idea actuar cuanto antes.

Aron por su parte le acababa de pedir a Madison pasear juntos por cubierta para tomar el aire, hasta que fuera la hora de recogerse para irse a dormir. Sus intenciones eran pasar un rato agradable en su compañía y aprovechar la oportunidad para abrir el sobre que guardaba en el bolsillo de su chaqueta, y que le había estado quemando durante toda la cena. Si además conversaban sobre sus planes en Nueva Orleans o si le robaba un beso, entonces la velada sería perfecta.

—Señor Sheldon, ¿podría concederme un minuto de su tiempo? —le

preguntó el doctor Williams mostrándose sereno, pero dejando bien claro que no podría negarse a ello. Su porte altivo así lo decía y Aron lo entendía perfectamente.

—Por supuesto —le respondió Aron mirándolo de frente pues el doctor se había colocado delante de ellos para impedir que éste saliera con Madison con una excusa.

Ninguno de los dos necesitó decir nada para entenderse, pues ambos se habían percatado de las miradas del otro y sabían que esta conversación tarde o temprano llegaría. Por ello la actitud de Aron no fue de sorpresa y la del doctor Williams fue más calmada al escuchar que éste aceptaba de buena gana quedarse. Aun así seguía sintiéndose indignado por el comportamiento de Aron ante Madison al creer que ésta había sido inapropiada.

—Lady Madison, si me permite, sería un placer acompañarla a cubierta mientras el doctor y el señor Sheldon se reúnen —le pidió galantemente el capitán al haberse quedado ésta sin acompañante, y al creer que Aron no se retrasaría mucho conversando con el doctor.

—Será un placer —le contestó recelosa, pues intuía que la reunión tenía que ver con ella. Sobre todo teniendo en cuenta cómo el doctor había mirado a Aron cada vez que lo había pillado observándola.

Sin más el capitán salió del camarote portando de su brazo la mano de Madison, mientras conversaba con ella de lo encantada que estaría su esposa en recibirla. Para él no había ningún problema que debía solucionarse cuanto antes, ni tampoco creía que su protegida estuviera en serios peligros de perder su corazón a manos de su amigo.

Un hecho que el doctor daba por cierto, como también creía que una vez conquistada, Aron la dejaría destrozada por su abandono, al haber obtenido de ella cuanto deseaba.

Por otro lado Madison no podía dejar de pensar qué se dirían en esa especie de charla, y si tras la conversación Aron volvería a verla como su enemiga. Una idea que no le agradaba, pues lo poco que conocía de él le gustaba y no quería volver a esos días donde apenas coincidían y no se hablaban.

Cerrando la puerta el doctor Williams se volvió hacia Aron, el cual se



había dirigido a la mesa esperando la reprimenda.

—Señor Sheldon me veo en la obligación de mantener una conversación con usted respecto a lady Madison —le dijo el médico muy seriamente y confirmando lo que Aron sospechaba.

Aron suspiró resignado y asintió, pues sabía que le resultaría inútil negarse a colaborar. Aun así no creía que ése fuera el mejor momento para ello, y así se lo expuso al doctor Williams.

—Sé que siente la obligación de hacerlo y le admiro por ello, pero le pido que me conceda esta noche para que asimilemos todo lo que ha pasado en la cena y nos calmemos —le dijo mirándolo de frente y con porte serio—. También sé que algunas de las cosas que se han dicho no le han agradado, —no quiso decir que lo habían enojado—, y creo que sería un error mantener esta conversación ahora.

Tras escucharle el doctor se mantuvo pensativo por unos segundos para comprobar si sus palabras eran ciertas. Era verdad que en estos momentos se sentía furioso con él, pues estaba seguro que sus intenciones con Madison no eran honestas, y por ello desconfiaba de que permaneciera cerca de ella.

En un principio el viejo Tom y él habían pensado que la amistad de Aron podría beneficiar a Madison, pero nunca se imaginaron que él acabaría tan cautivado y tan deseoso de poseerla. Aunque su viejo amigo creía que Aron como caballero podría controlarse, pero tras las miradas de esa noche y lo que había escuchado, ahora no lo creía posible.

También era cierto que se sentía demasiado alterado como para hablar fríamente, pues por su cabeza giraban un millar de preguntas, quejas y peticiones. Le dio la razón en darse una noche para poner todo en orden, y así aclarar las cosas como caballeros y no como animales.

—Tiene usted razón —tuvo que admitir—. Pero solo nos quedan dos días para llegar a puerto y algunos asuntos deben ser discutidos cuanto antes.

—Como le he dicho, mañana estaré dispuesto a conversar con usted —se reiteró Aron al no querer permanecer por más tiempo en ese camarote. Más aún cuando sabía que Madison lo estaba esperando en cubierta y cuando se sentía tan feliz al saber que pasaría más días a su lado.

—En ese caso le espero en este mismo camarote antes del mediodía de mañana —le indicó el doctor Williams sin dale concesiones. Para él se trataba de un asunto importante, y aunque le daba la razón en posponerlo, sabía que debía mantenerse implacable en este asunto.

—Aquí estaré —fue su único comentario, y tras una inclinación de cabeza a modo de despedida, Aron salió por la puerta dejando solo al médico.

El doctor Williams no estaba seguro de si podría convencer a Aron para que se olvidara de Madison. Disponía de una noche para pensar en algo, aunque sabía que en su lugar él por nada del mundo dejaría de lado la oportunidad de reclamar como suya a una mujer como su Lady.

Le quedaban unas horas de insomnio para descubrir cómo enfriar la pasión desbocada de un hombre encaprichado por una mujer única y deseable. Una dama que haría enloquecer de deseo hasta al más devoto de los sacerdotes, y conseguir que hasta el más santo fuera capaz de las más viles fechorías.

Una dura misión que resolver, y en la cual no se sentía preparado para proceder. Es por ello que decidió tomarse una copa bien cargada de Bourbon antes de retirarse a descansar, si es que podía permitirse dormir esa noche, pues le quedaba la dura tarea de resolver cómo se aplacaba el deseo de un corazón encaprichado.

## Capítulo XIII

Las sombras del crepúsculo ya se habían adueñado del barco cuando Aron salió a cubierta, preguntándose por qué sentía esa necesidad tan inmensa de volver a verla. La cena de ese día; además de servirse más tarde había durado más de lo normal, y por ello el sol ya se encontraba tras la línea del horizonte dándose así por finalizadas las tareas cotidianas.

Aron también pudo observar que la mayoría de los marineros ya se habían retirado a descansar, quedando tan solo unos pocos encargados de realizar las tareas nocturnas. Por ello, el ambiente que se respiraba era de tranquilidad al estar la cubierta prácticamente vacía.

Este fue el principal motivo por el cual no tardó mucho tiempo en localizar a Madison, al encontrarse ésta en el castillo de popa conversando junto al capitán. Aunque ella se encontraba en una posición elevada no pudo ver cómo él se aproximaba al estar dándole la espalda, y Aron tuvo la ventaja de observarla a su antojo mientras se le acercaba.

Mecida por el movimiento del barco y acariciada por el roce del viento, Madison estaba preciosa con sus mejillas sonrosadas y su cabello ligeramente alborotado. Por la mente de Aron empezaron a aparecer un millón de razones para, una vez en tierra, retenerla a su lado, y tener una excusa válida para que

todos creyeran que le pertenecía.

Tenía que reconocer que nunca antes se había sentido tan tentado por una mujer, ni había sentido la necesidad de hacerla suya con tantas fuerzas. Pero además sabía que no soportaría verla en los brazos de otro hombre, y por eso era urgente que pusiera en práctica un plan para que esto no sucediera. Sabía que no estaba preparado para quedarse atado a una persona a la que apenas conocía, aunque no podía cerrar opciones hasta que estuviera seguro de qué era lo que sentía por ella, y si podría pasar por alto que odiaba a su familia.

Cuando ya se encontraba a escasos pasos pudo escuchar las voces de Madison y el capitán, y sonrió al averiguar que su amigo le estaba hablando como si fuera un grumete al que instruir y no una dama. Debía reconocer que el capitán Davis era único, pues la malicia y el mal humor no habían podido hacerse un hueco en el corazón de ese hombre de mar.

—Ya se habrá dado cuenta que hace más calor estos últimos días, eso es debido a que hemos pasado el meridiano, y cada vez nos acercamos más a nuestro destino —le comentaba el capitán mirando al frente como si fuera un halcón que observa su territorio de caza, con las manos a sus espaldas y recto como un palo.

—No había creído que hiciera tanto calor en Nueva Orleans—le respondió curiosa.

—Sin lugar a dudas es un clima más cálido y húmedo que el de Londres. Pero no debe preocuparse, estoy seguro de que en breve se acostumbrará a él y podrá disfrutar del magnífico sol —siguió informándole el capitán pendiente del lento acercamiento de Aron.

—Aún me quedan tres días para adaptarme antes de que llegemos a puerto —comentó ella alzando su cabeza para que la brisa del mar calmara el calor de su rostro, y sabiendo con exactitud el tiempo que faltaba para llegar a América.

—Yo diría que más bien nos quedan dos días —Aron les interrumpió consiguiendo que ella se sobresaltara al no esperarlo tan pronto y girándose con rapidez para observarlo.

—¡Aron!, estábamos hablando del tiempo en Nueva Orleans —le contestó el capitán sin apenas inmutarse pues él sí lo había visto aproximarse.

Aron pudo ver con total claridad un brillo de emoción en los ojos de Madison ante su llegada, demostrándole que se alegraba de tenerlo de regreso. Él tampoco pudo contener su agrado al estar de nuevo junto a ella, y disponer de unos minutos para pasear por cubierta hasta que tuvieran que retirarse. Por lo que no pudo evitar su sonrisa, y contestar con ironía a su amigo ante un tema tan poco apropiado para una dama.

—Un tema realmente fascinante capitán —repuso él—. Estoy convencido que a lady Madison le encantará saber cómo se puede llegar a alcanzar temperaturas asfixiantes en esta época del año.

—Un conocimiento que le vendrá muy bien para saber a qué hora salir de casa, y que ropa es la más apropiada para ello —señaló el capitán con su habitual pragmatismo y sin darse cuenta del tono mordaz de Aron.

—Estoy segura que sus conocimientos me serán de mucha ayuda señor Sheldon —le indicó ella divertida, pues en su caso sí se había dado cuenta del tono burlón y de que él quería que ella sonriera.

—No lo dude lady Madison —le contestó para después guiñarle un ojo, consiguiendo que ella también se riera y se sonrojara por su atrevimiento. Algo que encantó a Aron, pues su sonrisa la hacía brillar con más intensidad que una estrella.

Por unos instantes se quedaron en silencio mirándose, como si fueran los causantes de que el mundo girara, o como si solo ellos conocieran un secreto que cambiaría el rumbo del universo. Un instante que apenas duró unos segundos, pero que fue lo suficientemente intenso como para saber que ese momento sería único para ellos.

Un fragmento ínfimo de la eternidad donde su intimidad fue absoluta, y de la cual el capitán no se percató a causa de su falta de visión ante temas mundanos. Es por eso que éste siguió hablándoles como si ellos no estuvieran ausentes en su burbuja, y como si pudieran escucharle a pesar de tener sus cinco sentidos centrados en contemplarse.

—El señor Sheldon puede aconsejarla en muchos temas lady Madison, y estoy convencido que le será de gran ayuda cuando lleguemos a nuestro destino. De hecho, si no tiene ninguna objeción, la dejaré en su compañía para ir a comprobar si todo está en orden —señaló esto último con esperanza,

ya que aún le quedaban muchas cosas por hacer y no podía perder más tiempo entreteniendo a su invitada.

—Será un placer acompañar a lady Madison —le contestó Aron sin dejar de mirarla, y despidiéndose con una inclinación de cabeza de su amigo.

El capitán Davis no advirtió el peligro que entrañaba dejarla bajo su cuidado, pues no notaba la excitación que cargaba en ambiente cada vez que estaban juntos. Si sólo los hubiera mirado antes de marcharse con tantas prisas, hubiera descubierto el anhelo en los ojos de Aron que le decían que ese hombre estaba ideando un plan para hacerla suya. Pero no fue así, y dejó a una indefensa muchacha junto a un hombre dispuesto a olvidar que esa mujer le estaba prohibida.

—¿Le gustaría pasear por cubierta? —le preguntó al mismo tiempo que le ofrecía su brazo para dejarle claro que no aceptaría una negativa.

—Me encantaría —señaló como hipnotizada por su encanto, colocando su mano en el brazo con la delicadeza de una pluma, y con la sensación de tener un hormiguero entero en su estómago.

No hicieron falta más palabras, y ambos bajaron en silencio del castillo de popa para caminar despacio como si estuvieran en un suntuoso jardín en primavera, y no en un barco bañado en sombras camino a proa.

—Me alegra que su problema se haya solucionado tan satisfactoriamente —le dijo Aron cuando éste pudo dejar de observarla y mirar al frente.

—¿A qué problema se refiere? —le preguntó completamente perdida, pues sentía como si su mente se hubiera quedado en blanco, o como si hubiera salido de una especie de letargo.

A Aron no le quedó más remedio que sonreír al notar su turbación y saber que él era el causante. Aun así se encontraba tan bien en su compañía que no pudo remediar contestarle con un deje de diversión.

—¿Cuántos problemas tiene hasta ahora acumulados? —Como ella no le respondió en el acto y se quedó pensativa como contándolos, él continuó diciendo—: Me refiero a que el capitán ha solucionado su apuro respecto al alojamiento.

Prefirió explicarse antes que le hiciera una lista de todos sus conflictos

pendientes, ya que empezaba a conocerla y estaba seguro que ésta sería muy extensa.

—Oh! Es cierto. La verdad es que ha sido una sorpresa muy agradable — confesó encantada pues se sentía muy satisfecha de cómo había acabado todo.

—¿Cuántos problemas rondan por su cabecita Lady? —le preguntó curioso, pues estaba convencido que sería interesante descubrir los secretos de esa mujer que lo provocaba con su sensualidad y lo cautivaba con su inocencia.

—Se sorprendería de saber cuántos Aron —y como si se tratara de un interruptor, al tutearse las miradas se intensificaron y las palabras comenzaron a pronunciarse con un deje de sensualidad.

—Aquí me tiene para cuando decida contármelos. Aunque si no recuerdo mal, guardo en el bolsillo de mi chaqueta un sobre suyo y debo decirle que tengo muchas ganas de saber que hay en su interior. Me pregunto si descubriré algún secreto embarazoso en él —le dijo con un deje risueño aunque en sus ojos se reflejaba una gran curiosidad.

Aron estaba convencido de que ella le había entregado una carta con alguna oscura confesión, y quería saber cómo reaccionaría cuando él la leyera. Debía reconocer que no le apetecía enfrentarse a una carta de amor de una dama con poemas y cursilerías, donde le hablara de sentimientos y cosas típicas de mujeres, pero no podía negar que una parte de él sentía un fuerte deseo de leerlo al proceder de Madison.

—No hay nada por el estilo. Quizás se desilusione con su contenido y solo consiga al abrirla que me ruborice. —le aseguró ella con un sonrojo que a Aron le pareció encantador, consiguiendo que su deseo creciera con más intensidad.

—Entonces, ¿me permite abrirlo ahora? He de reconocer que me tiene intrigado desde que me lo entregó —le preguntó con impaciencia.

Madison no había imaginado que él lo abriría estando ella presente, y menos aún, estando los dos solos en cubierta. Por ello se sentía cohibida al verse como una espectadora ante sus emociones, y confusa al no saber si sería correcto observarlo todo. Aunque para ser justa debía admitir que se

moría de ganas de descubrir su reacción al verlo, aunque la vergüenza fuera el precio a pagar por ello.

—Si así lo desea —le dijo cohibida.

La reacción de él no se hizo esperar y tras mirar a su alrededor para asegurarse de que nadie les observaba, sacó el sobre del interior de su chaqueta y, alternando su mirada entre la carta y los ojos de ella para no perderse ningún detalle, lo fue abriendo con cuidado. Pero quien resultó más sorprendido fue, Aron pues nunca hubiera imaginado la sorpresa que guardaba el trozo de papel que sostenía entre sus manos.

Se trataba del retrato que esa misma tarde Madison le hizo a escondidas, y que él había visto durante unos segundos. Pero el asombro fue que ahora al verlo de cerca, éste había adquirido vida propia y parecía que le estaba devolviendo la mirada.

El dibujo guardaba un parecido espectacular con él, pero lo que más llamaba la atención era la expresividad de sus ojos dándole acceso al interior de su alma. También sobresalía la nitidez de cada detalle de su rostro, y la sensación de que le devolvía la mirada con descaro, algo muy propio en él y que Madison había captado a la perfección.

Todo ello le decía que Madison debió observarlo detenidamente no solo con sus ojos, sino también con su corazón. Algo que nunca antes nadie había hecho por él y lo hizo sentirse importante.

Se preguntaba cómo había logrado mostrar también su esencia consiguiendo parecer tan real y vivo, cuando apenas habían conversado o coincidido durante la travesía. Un escalofrío nacido de la emoción surgió en su pecho extendiéndose por su cuerpo, hasta llegar a sus manos donde temblorosas sujetaban el papel con su imagen. Ni mil palabras de amor hubieran conseguido conmoverle de esa manera, ni decirle tanto en tan poco espacio. Ese retrato, sin lugar a dudas, era mucho más especial y personal que cualquier otro detalle que ella le hubiera entregado, y guardaba un significado tan puro que se negaba a admitirlo.

Madison no podía dejar de observarle y de tratar de descubrir qué estaba sintiendo, al notar una extrema curiosidad por saber qué estaría pensando. Pudo distinguir la sorpresa y la admiración en sus ojos, pero había algo más



en ellos que se le escapaba y no lograba identificar. Era algo que parecía ser orgullo y miedo, aunque no podía saberlo con exactitud.

—Ya sé que no es gran cosa... —empezó a decir nerviosa al ver que él no decía nada, y seguía mirándolo fijamente como tratando de descifrar algo—. Pero me gustaría que lo viera como una muestra de mi amistad.

Aron estaba encantado con la sorpresa, pues jamás había visto nada más hermoso, y más sabiendo que era un regalo de Madison. Siguiendo un impulso le dio la vuelta al papel, y comprobó que ahí había escrita una pequeña dedicatoria.

“Me gustaría que guardara el retrato como recuerdo de estos días compartidos, para que nunca pueda olvidarse de mí”

—Jamás podría hacerlo —le hubiera gustado decirle mil cosas más, pero le fue imposible plasmar en palabras todo lo que en ese momento sentía.

—Yo tampoco podré olvidarlo nunca —le confesó en un susurró cargado de emoción, y con unos ojos que decían lo mucho que significaba ese regalo para ella, y lo mucho que le agradaba que a él le gustara.

Aron no pudo callarse por un minuto más y sin pensar en las consecuencias comenzó a hablar.

—Lady, hay una cosa que quiero decirle, es una idea que ronda mi cabeza desde que el capitán le propuso ser su invitada. Sé que no se trata de algo muy ortodoxo y es bastante precipitado, pero no puedo dejar que pase ni un solo instante más sin proponérselo...

Por un segundo Madison se quedó paralizada sin saber que hacer o decir, hasta que su enamoradiza cabecita empezó a tener una idea de lo que pasaba, y no pudo remediar quedarse con la boca abierta y temblando de la emoción. Estaba segura que las intenciones de Aron eran pedirla en matrimonio, y deseaba decirle un sí rotundo y lanzarse a sus brazos en cuanto éste dejara de exponer sus motivos para tratar de convencerla.

Ya se imaginaba la cara de sorpresa de su madre cuando le informara de su casamiento, y cómo ésta gritaría a pleno pulmón oponiéndose rotundamente. Pero en estos momentos no le importaba, ya que estaba convencida que Aron podía considerarse un buen partido para cualquier

mujer que tuviera dos dedos de frente, y más si se tenía en cuenta las extrañas emociones que despertaba en ella.

—...Si aceptarse mi oferta sería el fin de sus problemas y me haría un tremendo favor, ya que cada vez que viajo a Nueva Orleans las matronas me atosigan y no me dejan centrarme en mis negocios, y por ello he creído que podríamos ayudarnos mutuamente...

Debía admitir que Aron no era un hombre muy romántico y que le hubiera gustado la típica declaración donde el caballero se ponía de rodillas frente a la dama para proclamar su amor. Pero pensaba que quizás él no se sentía preparado para hablar de sus sentimientos, y por ello Madison decidió pasarlo por alto, deseando que más adelante, cuando estuvieran más unidos, él le hablara de forma más romántica y galante.

—...Además sería una excusa perfecta ya que así podríamos decir que venimos en viaje de novios —terminó exponiendo Aron y se quedó esperando su respuesta.

—¿Me estas pidiendo que me...?

En ese momento Aron decidió interrumpirla para explicarle de forma más concisa su idea, ya que parecía que había estado distraída y no se había enterado.

—Te estoy pidiendo que nos hagamos pasar por marido y mujer.

La desilusión de Madison no se hizo esperar aunque se esforzó para que Aron no la notara. Ante todo tenía que salvar su orgullo pues de lo contrario le sería imposible volver a mirarle a la cara. Se sentía tan estúpida por haberse precipitado en sus conclusiones, que no sabía qué responderle. Como tampoco se atrevía a mirarlo.

Aron creyó que estaba meditando su petición y se dispuso a ofrecerle más puntos a favor de esta idea.

—No puedes negar que conseguiríamos engañar a todo el mundo.

Respecto a ello Madison estaba absolutamente convencida, ya que ella había sido la primera en creerse el engaño.

—Es evidente nuestra atracción y la buena pareja que hacemos juntos —

siguió diciendo Aron ajeno a su turbación.

Madison trató de serenarse y de pensar con claridad lo que Aron le estaba ofreciendo. Le había propuesto hacerse pasar por su esposa y debía admitir que la idea le agradaba al permitirle una excusa para justificar su presencia en Nueva Orleans. Aun así no estaba segura y más cuando su corazón aún le dolía a causa de la desilusión.

—¿Pero qué pasaría cuando regresáramos a Londres como solteros, o cuando usted volviera a Nueva Orleans más adelante sin esposa? Terminarían enterándose del engaño y eso le traería problemas —repuso ella como excusa.

—Si usted acepta mi oferta yo me ocuparía de todo. De hecho tenemos una buena cantidad de salidas y solo deberíamos escoger la que más nos convenga —le indicó Aron acercándose más a Madison y consiguiendo que ésta empezara a respirar con dificultad.

—¿Podría decirme alguna de ellas? —apenas pudo decirle pues su corazón apenas podía aguantar más emociones sin detenerse en seco.

Aron se daba cuenta que su cercanía ponía nerviosa a Madison, y se propuso seducirla hasta convencerla de que aceptara su plan. Había estado pensando cómo podía retenerla a su lado, y cómo considerarla solo suya para que otros caballeros no se le acercaran.

La idea le había venido al contemplar el retrato y ver que sólo una mujer con ciertos sentimientos por la persona retratada podía hacer algo tan hermoso. Ello le hizo pensar que Madison aceptaría encantada hacerse pasar por su esposa, y él conseguiría poder respirar con tranquilidad una vez la sintiera como algo suyo.

No se dio cuenta que esos deseos de retenerla eran el principio de un sentimiento intenso, pues para él sería impensable considerar a una Wyonick como una candidata de su amor.

—Está la posibilidad de un divorcio —le dijo con voz seductora y ofreciéndole su sonrisa más sexual.

—Inaceptable. No pienso divorciarme jamás —señaló ella categórica, para después apenas susurrar—: Ni siquiera de usted.

Aron no pudo evitar sonreír encantado de ese maravilloso juego. Cada vez le gustaba más esa mujer que pasaba del descaro al sonrojo en segundos, y que se negaba a mirarlo a la cara para no dejarse seducir por lo que veía en ella. Un detalle que él remedió subiendo su barbilla para que no pudiera rehusar contemplar la intensidad de su mirada.

—Está bien. Entonces qué le parece si decimos que usted me dejó por celos —continuó diciéndole y sonrió para sus adentros cuando se dio cuenta que a ella le costaba respirar con normalidad.

La verdad es que a esas alturas Madison ya había olvidado su decepción ante la falsa proposición de matrimonio, pues ahora solo podía pensar que ese hombre tan alto, musculoso y atractivo la estaba mirando con deseo, y se sentía atraída a él con una intensidad que la asustaba a la vez que la excitaba.

Tenía tan poca experiencia en amoríos, que no podía distinguir qué era seducción entre enamorados o atracción entre un hombre excitado y una mujer que no sabía cómo controlar los deseos de su cuerpo, como era su caso.

—Lo de dejarle me parece bien, aunque no estoy muy segura de querer aparentar ser una mujer celosa —le dijo articulando lentamente cada palabra, como tratando de dejar claro lo que creía, aunque en realidad se trataba de que le costaba pensar con claridad y no quería decir algo inapropiado.

— ¿No es usted celosa? —le preguntó acariciando con suavidad su mejilla consiguiendo que el vello de ella se erizara y sus ojos se clavaran en los de él.

—No lo sé, nunca he sentido que algo sea tan mío como para sentir celos.

La respuesta de Madison le encantó, pues eso le indicaba que él podía ser el primero en adueñarse de su corazón. Un pensamiento que luego trató de olvidar por absurdo, pero que permaneció en su mente por mucho que quisiera negarlo. Se daba cuenta que le gustaba el espíritu rebelde de ella, su falta de celos, su inexperiencia, su sexualidad dormida y el anhelo de experimentarlo todo que veía reflejado en sus ojos, y que a él se antojaba mostrárselo.

Le hubiera gustado que todo fuera real y no un juego, y que estuviera tan enamorado de ella que no le hubiera importado nada en ese mundo con tal de hacerla su esposa. Pero la verdad se interponía en su anhelo, y aunque

deseaba con todas sus fuerzas estar a su lado, no podía olvidar que sólo era deseo lo que reclamaba su cuerpo, pues se negaba a admitir que le causaba una extraña sensación en su pecho cada vez que la veía o conversaba con ella.

Por ello, saber que durante unas semanas podía considerarla como suya, le hizo desear tocar con sus manos las estrellas para entregárselas como agradecimiento por esa felicidad que estaba sintiendo, y que sólo podía deberse a ella. Tal vez solo fuera una ilusión, pero se propuso sacar toda la ventaja que dispondría para descubrir en esos días todos los secretos que guardaba esa dama de ojos de gata.

—Pero podríamos decir que nos hemos dado cuenta que no nos soportamos y que por ello no podemos permanecer juntos. —dijo pensativa sacando a Aron de sus cavilaciones— Aunque me parece que más de la mitad de los matrimonios que conozco tienen ese problema.

—Me parece un motivo suficiente para disolver el matrimonio —él aseguró sonriendo divertido al comprobar que ella empezaba a tomárselo en serio.

—A mí también, pero no creo que funcione —comentó suspirando.

Aron aprovechó ese suspiro para cercarse más a ella, con la excusa de apoyar una mano en la barandilla. Tenía la firme intención de hacerle ver todo lo que estando juntos podían sentir, y por ello decidió poner todo su empeño en demostrárselo.

—Nos queda la opción de realizar un matrimonio verdadero en cuanto llegáramos a Londres —le dijo él mirándola directamente a los ojos, con ambos cuerpos rozándose, y una mirada pícaro que le indicó que él no podía estar hablando en serio.

—No debería bromear con estas cosas. El matrimonio es un sacramento que merece nuestro respeto, y como ya le he dicho, el día que me case será para toda la vida.

Aron se sintió como un estúpido al no darse cuenta de la desilusión de Madison, y lamentó ver el dolor en sus ojos. No había pensado que para ella podía ser todo más intenso y real, o que no se hubiera tomado todo aquello como un juego o una excusa.

Una emoción de desasosiego y malestar apareció en su pecho, causando en él una tristeza que nunca antes había sentido. Deseó poder abrazarla y decirle que no tuviera en cuenta su torpeza, y suplicarle para que le diera la oportunidad de demostrarle que no debía sentirse mal por sus sentimientos.

Se dio cuenta además que le gustaba saber que ella sentía algo por él, y anheló como nunca antes lo había hecho, acariciarla y seducirla con sus besos y abrazos, hasta que ella olvidara lo idiota que había sido por jugar con sus sentimientos.

—Le pido perdón Lady —le susurró arrepentido y cabizbajo volviéndola a tratar con cortesía—, no pretendía burlarme del sacramento del matrimonio y mucho menos de usted. Como le he dicho yo también soy partidario de elegir a la mujer adecuada para que me acompañe durante toda mi vida.

«Y yo no soy la adecuada» pensó Madison resignada, y ajena al tormento de Aron por sus palabras y por el daño que él sabía que le había hecho. No se dio cuenta que él lamentaba no poder abrirle su corazón, pues ni siquiera él sabía que una gran parte de él ya le pertenecía.

—Creo que se nos ha hecho tarde —dijo ella pues le dolía el pecho y no creía poder aguantar mucho más tiempo en su compañía— ¿Le importaría si pienso su oferta esta noche y mañana le doy mi respuesta? —su formalidad no le deparaba nada bueno.

—Por supuesto, comprendo que ya es tarde y mi proposición la ha pillado de sorpresa, es más sensato esperar para tomar una buena decisión —tuvo que decirle aunque algo dentro de él le imploraba para que no la dejara marchar.

Aron sentía que se encontraba en un momento crucial de algo que no entendía, pero que tarde o temprano se arrepentiría de ese día si no hacía nada y la dejaba alejarse sin más. No soportaba saber que ella podía sentirse sola, o que temblara a causa de un deseo que él, en un acto vanidoso, le había despertado. Anheló poder ser ese caballero con el que toda dama sueña, para poder ofrecerle sus anhelos más ocultos.

—Le agradezco que me conceda este tiempo —apenas murmuró ella atreviéndose por fin a mirarle.

Se habían dicho muchas cosas con anterioridad con sus miradas, pero en

esta ocasión el destello de algo más grande y poderoso la dejó sin aliento. No sabía muy bien la razón pero no pudo alejarse de él hasta estar segura que ese brillo en sus ojos era a causa de ella y no por otro motivo.

—Soy yo el que le está agradecido por haberme escuchado y por no tildarme de loco —le dijo deseando volver a acariciar su rostro.

—No crea que no lo he pensado, pero debo padecer su misma locura ya que pienso meditar su idea muy seriamente.

Ambos se quedaron en silencio unos instantes ya que ninguno de los dos quería ser el primero en despedirse para retirarse a sus camarotes. Se encontraban a escasos metros de la escalera que bajaba hasta ellos, pero esa pequeña distancia se les antojaba inmensa ante el deseo de permanecer más tiempo juntos.

Pero los segundos del reloj no paraban por nadie, y más cuando uno vendería hasta su alma por un minuto más junto a alguien que te hace sentir vivo, especial, deseado y agradecido.

—Eso espero, ya que me gustaría que la aceptara —le dijo Aron necesitando que tomara en serio su propuesta, aunque pareciera que todo había empezado como un juego.

—Entonces será mejor que me marche —señaló sin más y tras una reverencia se dio la vuelta para alejarse.

—¡Espere!

Solo la idea de dejarla marchar le estaba volviendo loco, sobre todo al saber que al día siguiente podía decirle que no, y nunca más tendría otra oportunidad para demostrarle que podía haber mucho más tras sus palabras, aunque aún no se sintiera preparado para decirlas.

Con miedo a perderla la cogió de un brazo atrayéndola hacía él, y cobijándose entre las sombras se dispuso a demostrarle con todas sus armas, cómo sería ese pedazo de cielo que ambos podrían alcanzar si dejaran atrás sus temores.

Con este fin Aron la abrazó con fuerza y le dijo:

—Quizás esto la ayude a decidirse.

Y sin más la besó, con todo el deseo que retenía en su interior y le quemaba las entrañas. Le demostró cómo un hombre puede hacer que una mujer se sienta la más hermosa criatura de la creación al sentir el roce del deseo, y cómo unos labios pueden seducir sin pronunciar palabra, pues solo su tacto te hace llegar hasta las estrellas.

Con todo su ser, su pasión y su entrega Aron se dispuso a demostrarle, cómo podía dejar de respirar, de ver y de escuchar, para que todo su cuerpo sintiera con tanta intensidad que creyera que había desfallecido de placer.

Ante la poca experiencia de Madison, y el afán de Aron en demostrarle qué era el deseo, ella solo pudo rendirse ante sus brazos para dejarse llevar por la sensación de regocijo más grande que jamás había sentido. Un beso que les hizo jadear tras separar sus bocas, y que consiguió que sus miradas los elevaran hasta creer alcanzar las nubes.

Ninguno de los dos quería poner punto final a ese encuentro al sentir que entre sus brazos se hallaba todo lo que en esos momentos necesitaban. Pero por una vez, la lógica se interpuso ante la pasión de los sentidos, obligándoles a dejar de lado su ansia de querer experimentar el goce de sus cuerpos, y la delicia de lo desconocido y prohibido.

—Esperaré su respuesta mañana —se obligó a decir Aron al saber que si seguía besándola no podría parar hasta hacerla suya.

Sintiéndose aturdida pues era la primera vez que sentía algo parecido, Madison solo pudo asentir y sin apenas fuerzas se separó de sus brazos para alejarse al refugio de su camarote. No entendía qué era lo que había experimentado o cómo era posible que aún se sintiera caminando entre las nubes, cada vez que recordaba el sabor de su boca o el roce de sus labios.

Solo sabía que aún sentía en su boca el dulce néctar de la pasión, mientras su cabeza soñadora y enamoradiza divagaba ante lo que podía significar ese beso, y lo mucho que lo cambiaría todo.

Por el contrario cuando Aron sintió el frío de su ausencia en sus brazos y su cabeza empezó a funcionar con normalidad, se sintió petrificado ante la idea de cómo hacerse pasar por su marido sin consumirse por el deseo, cuando como caballero sabía que no podría tocarla. Un problema que se añadía a una larga lista donde lo imposible parecía desvanecerse, tras la



sensación del calor de ese cuerpo menudo y bien formado entre sus brazos.

Era por ello que su mente se negó a centrarse en las dificultades, pues por el momento se deleitaba con el recuerdo de esos labios inexpertos que le habían hecho sentir, como ninguna otra mujer lo había conseguido.

## Capítulo XIV

• ¿Qué se puede decir cuando te sientes plenamente feliz?  
¿Cuándo amaneces con una sonrisa ante un hermoso recuerdo, o cuando sientes que por fin algo nuevo y hermoso ha logrado hacerse un hueco en tu vida? ¿Cuándo el sol por fin te dedica su calor y su brillo, y experimentas la necesidad de gritar a pleno pulmón tu dicha?

Así se sentía Madison al despertarse esa mañana, creyendo que el mundo era suyo y dispuesta a enfrentarse a cualquier adversidad, porque sentía que en su interior había nacido una fuerza que la haría vencer cualquier impedimento. Se notaba pletórica de dicha, fuerte en sus convicciones, decidida a ser ella misma, y capaz de enfrentarse a las adversidades.

Recordar el beso de Aron, cómo se sentía entre sus brazos, evocar el susurro de sus palabras junto a su piel, y saber que él la deseaba con tanta o más intensidad que ella era tan maravilloso, como tocar con la punta de los dedos el cielo o como saborear la dulzura de un primer beso.

Estaba segura que la noche anterior había significado algo importante para ambos que marcaría una diferencia en su tratamiento. Estaba convencida que no sólo ella había experimentado ese hormigueo al sentirlo cerca, o esa necesidad de rozar su alma con los labios. Era imposible creer que Aron fuera tan frío para haber fingido algo así, y por ello su felicidad era plena, porque sabía que la aventura de amar acababa de comenzar para ambos.

Deseaba salir de su camarote y buscarlo para caer entre sus brazos sin importarle qué pensaría de ella. Su necesidad de verle, de tocarlo, y de decirle su respuesta era mucha más intensa que cualquier otro sentimiento, y por ello, sólo le importaba encontrarlo y hacerle ver que tras las brumas de la noche su anhelo no había desaparecido.

No podía quitarse de la cabeza cómo le diría que aceptaba su propuesta de hacerse pasar por su prometida, haciéndole ver que la opción de un matrimonio no fingido también estaba presente. Lo había estado meditando sin descanso, y había decidido que la mejor manera de hacerlo era siendo directa. Aunque no estaba muy segura que una vez frente a sus ojos pudiera articular palabra.

No pudo evitar sonreír al recordar cómo su sola presencia le impactaba, y se preguntaba si podría llegar a acostumbrarse a tenerlo a su lado sin sentir que se fundía por dentro y que el corazón se le paraba.

Suspirando feliz cogió sus guantes, pues no debía olvidar que ante todo era una dama y esa mañana debía estar perfecta. Con su vestido a juego con el color esmeralda de sus ojos, su peinado elegantemente recogido; o por lo menos lo mejor que pudo hacer sin doncella, y su porte distinguido, se dispuso a buscarlo para comunicarle su decisión.

—Maco, no tienes de qué preocuparte, como acordamos, en cuanto le vea le pediré hablar a solas, y le diré sin titubeos que acepto su propuesta —ante el pequeño mono parecía confiada, aunque en su interior notaba que le faltaba convicción.

Decidió mirarse una última vez en el espejo para comprobar que todo estuviera perfecto, antes de salir del camarote para buscarlo.

—Además, no creo que tenga nada de malo engañar a unos desconocidos a los que probablemente no vuelva a ver, teniendo en cuenta que tal vez no regrese a este país, o que acabemos casados y todo quede en una divertida anécdota. ¿No crees? —le preguntó con una sonrisa en los labios, pero sin estar muy convencida de engañar a las personas que conocería en Nueva Orleans.

Cuando se giró para ver al mono, éste la estaba contemplando muy serio, lo que indicaba que a él no le parecía tan sencillo ni tan digno. La sonrisa en los labios de Madison murió nada más ver la cara de Maco y se regañó por dejarse influenciar por un mono.

—Pues yo no creo que esté tan mal. Me parece una excusa perfecta y pienso decir que sí.

Al ver que el mono seguía mirándola fijamente y con gesto grave se empezó a poner nerviosa, pues parecía que el mono se había empeñado en fastidiarle el día.

—Lamento si no estás de acuerdo, pero no pienso decirle que no, así que será mejor que cambies esa cara y te alegres por mí —le señaló enfadada y con los brazos en jarras.

Cuando vio que el mono no la obedecía y que seguía con su mirada severa, ella bufó, y dándole la espalda se dirigió a la puerta dispuesta a no dejarse influenciar por él. Convencida de que estaba en lo cierto abrió la puerta y tras volverse para mirarlo le dio la última oportunidad para que se alegrara por ella.

—Ya que te empeñas en no apoyarme vas a quedarte sin doble ración de manzana —la respuesta de Maco fue hacerle una pedorreta con la boca consiguiendo que Madison riera— ¡Eres un cochino! Y ahora deséame suerte —le dijo al serio mono, aunque estaba convencida que el azar jugaba a su favor.

Cuando comprobó que él seguía empeñado en no moverse y en seguir con un rostro adusto, Madison se dio por vencida y salió del camarote cerrando la puerta para que no la siguiera e hiciera una de las suyas.

No entendía cómo Maco esa mañana se mostraba tan seco, cuando siempre era alegre y juguetón. No podía achacarlo a que le había contado sus planes sobre aceptar su propuesta de Aron, ya que sabía de sobra que aunque le tuviera como confidente, él no podía razonar como un ser humano. Aunque tras convivir casi dos semanas con él se daba cuenta de que era muy intuitivo, y que había cosas que captaba a la perfección.

Pero lo que no iba a consentir era que la opinión de un mono le amargara la espléndida mañana, y siguió por el pasillo de los camarotes en busca de Aron.

—¡Harvey! —llamó al marinero que solía tocar la armónica en cubierta.

—¡Buenos días milady! —le contestó éste parándose en seco y quitándose la gorra como muestra de respeto— ¿Desea algo?

—¡Buenos días Harvey! ¿Sabes dónde puedo encontrar al señor Sheldon?

—Le acabo de ver entrar en el camarote del capitán junto al doctor Williams.

—¡Gracias! —le respondió con una brillante sonrisa al haberle encontrado con tanta prontitud. Eso sin lugar a dudas era un mensaje de los astros dándole su visto bueno, y estaba dispuesta a aceptar cualquier tipo de ayuda con tal de sentirse más convencida.

Sin más tiempo que perder el marinero le correspondió a su sonrisa y se marchó feliz a hacer sus faenas, mientras Madison se adelantó por el pasillo hasta el camarote del capitán donde se encontraban los caballeros.

Por un momento dudó si llamar e interrumpir la conversación de ambos, o si esperar a que salieran y entonces pedirle a Aron una entrevista. Al fin y al cabo él había propuesto quedar esa misma mañana para saber su respuesta y no le extrañaría su petición.

Suspirando se quedó pensando que hacer, ya que no debía descuidar sus tareas en la cocina junto al viejo Tom, si no quería que éste la mandara llamar y estropear sus planes para hablar con Aron cuanto antes. Además debía tener en cuenta que cada vez se sentía más nerviosa, y si debía posponer el encuentro no estaba segura de poder aguantar esas horas de espera sin

consumirse por la excitación.

Por otro lado su educación le impedía interrumpir en la habitación al saber que estaban reunidos, y más al estar en compañía del doctor. Quizás Aron se había sentido mal esa noche y por eso le había pedido al médico que le revisara, siendo sumamente vergonzoso interrumpir su examen y encontrarse con Aron en paños menores.

La sonrisa de Madison ante esta idea le hizo dudar si abrir la puerta aunque solo fuera un poquito, para así asegurarse si el caballero estaba vestido correctamente. Por desgracia su estricta formación le impedía cometer tal falta de respeto al decoro, y suspirando siguió pensando qué podía hacer.

Había llegado tan decidida y dispuesta a todo que esperar tras una puerta perdiendo un tiempo del que no disponía le pareció una estupidez. Por ello, dejándose llevar por su espíritu rebelde e impulsivo; y no por sus modales, resolvió que la mejor forma de decidirse a qué hacer era escuchar un ratito apoyando su oreja en la puerta, para saber si debía interrumpir o no la reunión entre Aron y el doctor Williams.

Lo que nunca imaginó es que escucharía más de lo que le hubiera gustado, y que las palabras al otro lado de la puerta le causarían un daño irreparable.

—No es un juego señor Sheldon. Esa muchacha realmente cree que usted es un caballero, y que cuando todo esto acabe usted se comportará como tal y le pedirá su mano.

—Yo no tengo la culpa que piense de esa manera. Estos días de travesía a su lado para mí solo han significado un entretenimiento, y no voy a atarme a una mujer por eso.

Al oír sus palabras Madison se quedó petrificada, incapaz de reconocer que para Aron ella sólo había significado un juego. En su interior se abrió un abismo al darse cuenta de que la había estado engañando, y sintió cómo la bilis subía por su garganta.

Aun sabiendo que seguir escuchando sólo le traería problemas, Madison no pudo remediar seguir con su oreja pegada a la puerta, para descubrir toda la verdad que encerraba ese hombre que había estado jugando con su corazón

y su reputación.

—Estoy seguro que para usted solo se ha tratado de una diversión, y que quiere seguir con ella cuando lleguemos a Nueva Orleans. Pero puedo garantizarle que para lady Madison no ha sido así —se notaba el enfado en la voz del doctor Williams.

—Yo no tengo la culpa de su inocencia ni que acabara en este barco. Si no sabe nada de la vida ni de los juegos entre hombres y mujeres, no es mi deber ponerla al corriente de ellos.

Se podía percibir aún sin verlos, que el ambiente en el cuarto era tenso, aunque el tono de Aron era más relajado y pausado que el del médico. Un dato que enfadó mucho más a Madison pues le daba a entender que la conversación le aburría. Como si hablar de un tema tan relevante para ella no tuviera importancia para él, o como si no quisiera asumir su culpa y fingiera desinterés.

—Sí lo es, cuándo sabe que la mujer no tiene experiencia y se aprovecha de ella. Su forma de pensar es la de un libertino y un canalla, y quiero que sepa que Lady no está sola.

Madison no pudo seguir escuchando por más tiempo, y con el corazón destrozado por el dolor y la cara cubierta de lágrimas, se marchó corriendo hacia su cuarto para refugiarse en él y poder llorar en soledad por su estupidez.

En ningún momento se le ocurrió irrumpir en el camarote para pedirle explicaciones, o para que le dijera a la cara cómo pensaba seducirla para luego abandonarla sin mostrar arrepentimiento, al haberla usado como si fuera un simple objeto sin sentimientos y sin un corazón al que destrozar.

En esos momentos sólo deseaba alejarse de él, y no haber sido tan ignorante al confiar en un hombre que desde el principio se había mostrado tan frío y distante con ella. No desconfió de su acercamiento ni de su repentino interés, y saberse tan manejable la enfadaba además de entristecerla.

Tenía que haberse dado cuenta, pero debía reconocer que tenía razón el doctor Williams al afirmar que su inocencia le hacía ser un blanco fácil, un pequeño error que pretendía rectificar lo antes posible, sobre todo con él, al

considerarlo desde ese mismo momento como un ser vil y despreciable.

Debido a su marcha, Madison no pudo seguir la conversación entre los dos caballeros, perdiéndose la oportunidad de enterarse de ciertos asuntos que hubieran cambiado el transcurso de los días siguientes. Pero al destino le gusta jugar con la vida de las personas, y más cuando éstas son impulsivas y se dejan llevar por sus emociones.

—No tiene por qué amenazarme. No pienso llegar tan lejos con ella — siguió diciendo Aron de pie frente al doctor Williams mirándolo con ojos fríos.

—¿Y hasta dónde piensa llegar señor Sheldon? —la mirada del médico era severa y rebelaba su disgusto, como también se dejaba ver en ella un desafío que impresionó a Aron.

Durante unos segundos se instaló en la habitación un férreo silencio a la espera de la respuesta de Aron. Él trataba de poner todos sus pensamientos en orden para darle una respuesta sincera, pero siempre aparecía una variable que lo trastocaba todo y volvía su mundo del revés. Una molestia exquisita que solo podía ser Madison, pues solo ella era capaz de hacer que olvidara sus propias reglas.

Ella había conseguido colarse en su ser y en sus pensamientos confundiéndolo, pues era cierto que la deseaba y la necesitaba del mismo modo que lo enloquecía y lo asustaba. Una parte de él se decía que solo era una mujer más con la que divertirse hasta aburrirse, pero otra parte más profunda le decía que era diferente, y que estaba arriesgando demasiado al acercarse a ella.

Se sentía como una pequeña polilla que deseaba tan desesperadamente acercarse al sol, que en su empeño por conseguir su sueño no se daba cuenta que se estaba quemando hasta consumirse.

Es por ello que ante la pregunta del doctor Williams de hasta dónde pensaba llegar con su juego, sólo pudo contestar lo siguiente:

—Si le soy sincero, no lo sé.

—Me parece Aron que te estás engañando si piensas que Lady es como las demás mujeres. Todos en este barco sabemos que no lo es, y es evidente

que tú piensas lo mismo.

Aron sabía que era cierto y le enfurecía que se lo recriminaran. Le había costado entender que Madison era especial y maravillosa, y por ese motivo era tan importante que no se dejara llevar por sus emociones. Junto a Madison había notado por primera vez sensaciones que nunca antes había sentido, y le asustaba reconocer que podía tratarse de algo serio a lo que ni siquiera se atrevía a darle nombre.

—Tengo ojos en la cara. Ya he visto que es diferente a otras mujeres.

—No muchacho, no me refiero a lo que se puede ver con los ojos. Hay algo especial en ella que te hace quererla, y por lo que veo también ha conseguido calar en ti.

La furia no se hizo esperar, pues Aron no estaba dispuesto a consentir que ese hombre se entrometiera en un tema tan personal sin su permiso. Él no estaba acostumbrado a que le dijeran lo que tenía que hacer, ni a hablar de cuestiones que implicaban abrir su corazón ante un extraño. Más aun cuando le había costado tanto tiempo reconocer lo que para los demás fue tan evidente.

—No sé de qué me está hablando. He de confesar que es especial y hermosa pero mis sentimientos no están en peligro.

—Yo no estaría tan seguro. Puede que aún no te hayas dado cuenta, pero ya le has entregado una parte de tu corazón. Lo sé por tu expresión cuando hablas de ella y por cómo has defendido que no vas a dañarla. Pero ten en cuenta una cosa Aron, en este juego podéis salir perdiendo los dos si no tienes cuidado.

—Ya le he dicho que no voy a jugar con ella, solo voy a...

No pudo continuar con la frase pues ni él tenía claro qué era lo que quería o hasta dónde estaba dispuesto a llegar. Todo su enfado desapareció al entender que el doctor Williams tenía razón, pues acababa de comprender que en algún momento del viaje había empezado a enamorarse de Madison.

Para su sorpresa, pensar en ello no lo llenó de alarma ni inseguridad, sino que sintió una profunda tranquilidad que hizo que su mente cesara de dar vueltas y, por primera vez desde que la vio, todo encajara en su sitio como



por arte de magia.

—Busca el nombre que quieras para negar la verdad, pero si no asumes tus sentimientos y te empeñas en engañarte, terminarás lamentándolo pues acabarás perdiéndola.

El doctor Williams vio en la mirada de Aron un atisbo de temor, y supo que sus consejos no habían caído en saco roto. Esperó que sus palabras hubieran ayudado a ese muchacho testarudo a reconocer la verdad, pues le dolería ver sufrir a esos dos jóvenes que merecían una oportunidad para estar juntos.

Sabiendo que todo lo que tenía que decir ya estaba dicho se acercó a la puerta, dispuesto a retirarse para dejarle un momento a solas con sus pensamientos. Aunque antes de marcharse no pudo evitar darle un último consejo.

—Haz caso a un nombre que no supo reconocer el amor cuando lo tuvo delante y terminó con una vida solitaria y triste. No cometas el mismo error que yo cometí.

Suspirando abrió la puerta, pero antes de volver a cerrarla para dejarle solo, se volvió, y cambiando su mirada de respeto por otra más severa no pudo remediar comentarle.

—Y ten presente una última cosa, si le haces daño te encontraré y te arrancaré ese corazón que aseguras que no siente nada.

Tras su amenaza el doctor cerró la puerta dejando a Aron más confundido que nunca.

En tan solo quince minutos de conversación el doctor Williams había conseguido confundirle hasta hacer que su mundo se desplomara, pues le había desmontado todas las excusas que se repetía para no acercarse a ella.

Ahora temía que su corazón no le dejaría en paz hasta que estuviera seguro de qué era lo que abrigaba por ella, y hasta que no descubriera si sentía lo mismo por él. Un problema aterrador al que tenía que enfrentarse, y para el que no se sentía preparado, al ser algo completamente inesperado y de lo que carecía de experiencia.

También se debía enfrentar al problema de si debía alejarse de ella o

romper todas las barreras que los separaban, y decidirse si sólo se conformaría con unos días de juego inocente de seducción o si necesitaría tenerla para siempre a su lado. Una idea que le paralizaba y le reconfortaba a partes iguales, consiguiendo que sus miedos aumentaran al no estar seguro de poder descubrir lo que de verdad quería.

Saber que sentía algo por ella, pues se negaba a darle un nombre, y que podía tenerla o perderla no fue lo único que descubrió, pues también se dio cuenta que no quería que nadie más la tuviera. Todos estos pensamientos le dieron una pista de sus verdaderos sentimientos, y le hicieron ver que era la primera vez que sentía algo parecido por una mujer.

Aron empezó a pensar que quizás el doctor Williams tuviera razón, y se encontraba ante una oportunidad única para amar que no podía perder. Quizás ella fuera la mujer que podía transformar su vida dándole una felicidad que nunca creyó a su alcance, y quizás con suerte y si era inteligente, podía conseguir que se enamorara perdidamente de él.

Sonriendo se dijo que obtener su amor sería sencillo, y salió silbando del camarote sin saber que con el amor nada resultaba tan simple.

## Capítulo XV

**M**adison no lograba entender cómo en cuestión de minutos un día tan perfecto se había convertido en una pesadilla. Se sentía usada y engañada como una niña estúpida que no sabía nada del mundo, y acababa en las garras de un hombre sin escrúpulos. Un individuo capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya, y de obtener lo que se le antojaba sin importarle los sentimientos de sus víctimas.

Con los ojos nublados por las lágrimas llegó a su camarote, cerrando tras ella de un portazo como tratando de dejar atrás una pena que la estaba consumiendo. Sin poder contenerse se tiró sobre la cama consumida por la tristeza, y se dejó llevar por la desolación que impregnaba su alma.

Había creído que Aron era un caballero galante y sincero del que podía fiarse, y pensó en los últimos días cargados de miradas y sonrisas tiernas, donde había empezado a sentir algo por él, y donde él había comenzado a engañarla. Le dolió que todo lo vivido hasta entonces hubiera sido una ilusión, pues acababa de darse cuenta que una alimaña como el señor Sheldon fuera incapaz de sentir cualquier clase de sentimientos.

Se arrepentía de haberle permitido cortejarla sin reparos, hasta incluso llegar a ceder para que la besara la noche anterior, y de haberle dejado las puertas abiertas a una proposición donde era evidente que sólo pretendía manipularla, para luego deshacerse de la molesta muchacha.

En su inocencia Madison creyó ver en los ojos de Aron un destello de afecto, cuando en realidad solo era una señal del deseo por saborear su joven cuerpo. Saber que había sido engañada le hacía sentirse furiosa, notando cómo su pecho se partía en cientos de diminutos pedacitos que la destrozaban por dentro hasta hacerla sangrar, para después sentir cómo su sangre se enfriaba en sus venas hasta congelar lo que quedaba de su corazón herido.

En pocos segundos pasó del dolor a la lástima para después llenarse de odio, y se juró que ese hombre lamentaría el día en que decidió utilizarla para sus juegos. Aunque ahora solo tenía las fuerzas necesarias para llorar, y para sentirse la mujer más miserable del mundo.

No tuvo que esperar mucho para que entre sollozos escuchara cómo alguien llamaba a su puerta, dejándola por unos segundos paralizada al saber

que era Aron quien había ido a buscarla.

Sin atreverse a hacer ningún ruido por miedo a que él la escuchara y averiguara que estaba llorando se quedó quieta, luchando entre las ganas de abrirle la puerta para enfrentarse con él y abofetearle hasta quedarse satisfecha, o por el contrario, permanecer tumbada en la cama llorando como una cobarde.

Pero no tuvo que decidir ninguna de las dos opciones, ya que tras la siguiente llamada de nudillos escuchó la voz del viejo Tom que la llamaba.

—Lady ¿estás bien? Llegas tarde para ayudarme en la cocina y he venido por si estabas enferma —era evidente la preocupación en su voz y se sintió aún más desolada por no haberse acordado de sus tareas en la cocina.

Intentó con todas sus fuerzas decirle que se encontraba bien, aunque en realidad notaba una opresión en el pecho tan fuerte, que le hacía desear perderse entre las sábanas durante el resto de la travesía.

Como ningún sonido coherente salió de su garganta, el viejo Tom insistió al presentir que no se encontraba bien.

—Voy a entrar, así que espero que esté visible, o de lo contrario mi pobre corazón puede darme un disgusto.

A Madison le hubiera gustado sonreír y decirle que entrara, aunque en esos momentos lo que más deseaba era que la dejara sola, pero conocía muy bien a su amigo y sabía que éste no se marcharía si creía que algo le estaba pasando. Resignada a tener que dar explicaciones se incorporó hasta sentarse en la cama, y trató de secarse los surcos de lágrimas de su rostro con su diminuto pañuelo de encaje.

El viejo Tom no tardó en abrir la puerta y asomar la cabeza con precaución para ver qué le estaba pasando, y Madison pudo notar con total claridad cómo su expresión cambiaba de preocupación a desconcierto en cuestión de segundos.

—¿Pero qué ha pasado? —le preguntó inquieto mientras daba unos pasos hacia ella—. Antes he venido y no estabas en la habitación.

Cuando Madison se disponía a darle una explicación Maco se coló por la puerta abierta, y fue corriendo hasta ella para lanzarse a sus brazos. Un acto

que agradeció, pues en esos momentos necesitaba algo que abrazar, y no le importaba si era pequeño, peludo y gruñía malhumorado.

—Tenía que hacer antes un recado —susurró Madison aferrando con fuerza a Maco entre sus brazos.

—Pues no ha debido resultar muy bien ese...recado.

Madison solo pudo negar con la cabeza y comenzó a llorar de nuevo pero con tanta intensidad que incluso asustó al pequeño mono.

—Soy una tonta —tartamudeó entre lágrimas—. Tuve que hacer caso a Maco ya que ha demostrado tener más sentido común que yo.

Maco que odiaba a las mujeres llorosas tanto o más que el viejo Tom decidió que su ayuda no era tan necesaria, y se volvió a marchar por la puerta antes que lo volviera a usar como pañuelo achuchándolo y llenándolo de lágrimas.

El viejo Tom estaba paralizado entre la puerta del camerino y Madison, sin saber cómo actuar ante una mujer que parecía cada vez más histérica. Durante unos segundos le hubiera gustado salir corriendo como había hecho su mono, pero sabía que su Lady lo necesitaba, y por mucho miedo que le diera una mujer llorando tenía que acercarse a ella y hacer algo.

Para que no los molestaran el viejo Tom cerró la puerta del camarote y despacio, como si se estuviera aproximando a una serpiente venenosa dispuesta a atacarlo, se fue acercando hasta colocarse frente a ella.

—Si quieres, ya que estoy aquí puedes contarme qué te ha pasado —le comentó sacando un pañuelo de su bolsillo para entregárselo.

Sin pensárselo dos veces Madison cogió el pañuelo y se lo llevó a su nariz enrojecida, donde sin miramientos se sonó con fuerza hasta que ésta se quedó vacía. Después, actuando con la sutileza propia de una dama, lo dobló con esmero para, a continuación, con delicadeza, secarse con finura las lágrimas.

—No creo que sea prudente. Si te lo cuento te vas a enfadar conmigo por ser tan tonta y en estos momentos no podría soportar una regañina.

—Creía que éramos amigos, ¿o acaso no confías en mí?

Madison alzó su cara y le miró a los ojos. Sabía que el viejo Tom era un hombre tosco y solitario que se pasaba la mayor parte del tiempo discutiendo por placer, pero también había descubierto en él a un buen amigo, al demostrarle en más de una ocasión el cariño que le había tomado.

Ante ella pudo ver a un hombre que entornaba los ojos mientras la contemplaba como tratando de descubrir qué le había pasado, y se dio cuenta del dolor de su mirada cuando éstas se encontraron.

—Tom, ¿podrías abrazarme?

No fueron necesarias más palabras pues en el acto el viejo Tom, por primera vez en su vida, abrió los brazos ante una mujer que necesitaba su consuelo. Como una flecha recién lanzada, Madison se levantó de la cama y se fundió entre sus brazos, sabiendo que en ellos conseguiría el alivio que tanto necesitaba.

Durante unos minutos se mantuvieron abrazados aferrándose con fuerza, como si fueran unos náufragos que acababan de ser rescatados.

—Ya pasó todo pequeña, ya pasó.

Escucharle la reconfortó, como también la emocionó su abrazo o saber que podía contar con su ayuda. Durante toda su vida nunca había tenido el consuelo de unos brazos masculinos, ya que ni su padre ni ningún otro miembro de su familia jamás se los había ofrecido.

—¡Oh Tom! ¿Qué voy a hacer ahora? —le preguntó con su rostro apoyado en el hombro del cocinero, donde se sentía reconfortada por su calor, aunque sin poder olvidar la tristeza que la embargaba.

El viejo Tom dejó que terminara de desahogarse, pues aunque no sabía nada de mujeres era consciente de que Madison estaba muy alterada. Era la primera vez que alguien se refugiaba entre sus brazos, y aunque no entendía qué le había podido pasar esa mañana, sí comprendía que debía encontrarse sola al no tener a nadie con quien descargar su pena.

Cuando los sollozos disminuyeron y él pudo levantar su mentón para que le mirara, entendió que el momento de la verdad había llegado.

—¿Vas a contarme lo que te ha pasado?

Madison simplemente asintió ya que no estaba muy segura de poder mediar palabra. Le agradecía al viejo Tom que estuviera a su lado ofreciéndole su ayuda, aunque más le hubiera gustado poder contar con el consejo de una mujer, sobre todo al tratarse de temas relacionados con el corazón.

—Entonces empieza por el principio —le pidió el viejo Tom con ella aun entre sus brazos, cuando vio que le costaba comenzar su relato.

Dispuesta a acabar cuanto antes, y sin tener la mente muy lúcida en esos momentos, Madison cogió carrerilla y empezó a contarle.

—Ayer él me besó y me pidió que nos hiciéramos pasar por marido y mujer, y esta mañana cuando le iba a contestar que sí quería, entonces le he escuchado decir que todo era un juego y por eso le odio.

Ella se quedó mirándolo como esperando una respuesta que lo solucionara todo, cuando en realidad el viejo Tom se sentía completamente perdido y deseando haber salido corriendo por la puerta tras el mono.

—Creo que será mejor que empieces por el principio y que lo cuentes más despacio. Para empezar, ¿quién te besó? Y ¿quién te ha propuesto semejante majadería?

Por algún motivo desconocido para Madison se sintió más perdida que nunca al saber que el viejo Tom no la comprendía, hasta llegar a echar de menos las regañinas de su madre, y su manía de meterse en su vida y solucionar sus problemas en su nombre. Por lo que no pudo evitar llorar por ser una estúpida en temas del corazón, y al darse cuenta de las veces que se había dejado manipular por su madre haciéndola débil y dependiente.

Cuando Madison comenzó a llorar en medio de un ataque de nervios, el viejo Tom recordó que precisamente por ese motivo nunca había querido implicarse con una mujer. A pesar de haber conocido a Madison desde hacía casi dos semanas, era cierto que desde el principio le había cogido mucho afecto, pero no podía evitar sentirse perdido al ser un solterón que no tenía los conocimientos necesarios para calmar el corazón de una muchacha.

Sintiéndose confuso y sin dejar de abrazarla, trató de ayudarla lo mejor que supo animándola.

—Vamos niña, llorando no vas a solucionar nada.

Como los sollozos continuaron poniéndole cada vez más nervioso, recordó otra forma de calmarla que él conocía muy bien. Apartándola un poco de su cuerpo sacó una pequeña petaca de latón de uno de los bolsillos de su ancha chaqueta, y quitándole el tapón se la entregó a ella.

—Dale un buen lingotazo y ya verás cómo tu problema desaparece.

Los ojos incrédulos y llenos de lágrimas de ella se le quedaron mirando, como si estuvieran evaluando el hacerle caso o no. El viejo Tom entendía que se sintiera recelosa ante la petaca de licor, al ser una dama y no haber enfrentado nunca un problema de esta manera, pero era la única que él conocía, y por eso insistió con un gesto para que le obedeciera.

Ante la insistencia de su amigo, y confiando en él, Madison se quedó mirando la petaca para después encogerse de hombros y darle un buen sorbo, para a continuación, ponerse verde como una manzana y no poder dejar de toser.

— ¡Está bueno, he! —Le dijo Tom mostrándole una sonrisa mientras ella le miraba como si se acabara de volver loco—. Dale otro buen trago.

Aunque a Madison le hubiera gustado decirle que no quería volver a probar esa bebida que olía fatal y sabía mil veces peor, la verdad es que no se sentía con los ánimos suficientes para negarse. Se dijo que no perdía nada en complacer a su amigo, pues sabía que él lo estaba haciendo con sus mejores intenciones y ella no tenía nada que perder.

Así que se volvió a encoger de hombros, suspiró resignada, y como era habitual en ella se dejó llevar sin pensar en las consecuencias, o en si era apropiado para una dama beber whisky de la petaca del cocinero.

Cuando le hubo dado un buen trago y la tos se hubo calmado, la sensación de pesar empezó a desaparecer.

—Creo que será mejor que nos sentemos —indicó prudentemente el viejo Tom guiándola hacia la cama donde los dos se sentaron y bebieron otro traguito.

Pocos minutos después, con la garganta ardiéndole, los ojos nublados por las lágrimas, y una extraña sensación que la hacía sentir menos pesarosa y



algo desinhibida, Madison sorbió por la nariz en un gesto muy poco apropiado para una dama, y trató de poner sus pensamientos en orden. Aunque cuando empezó a hablar no le fue sencillo encontrar las palabras, ni formar una frase coherente.

—He de reconocer que este... —empezó a decir Madison con la voz algo pastosa y gesticulando con las manos.

—Whisky —apuntó el viejo Tom para después pasarle de nuevo la petaca.

—Whiiiiisky —dijo ella mientras miraba la petaca sonriendo y le daba otro buen trago.

Cuando logró dejar de toser se sentó mejor en la cama para no caerse, y se quedó mirando al viejo Tom preguntándose de qué estaban hablando. Debía reconocer que empezaba a encontrarse mejor; sobre todo desde que se habían sentado, y estaba segura que el milagro procedía del interior de esa mágica botella de metal.

Ya no le importaba tanto que su madre fuera una harpía manipuladora, ni que Aron fuera un sinvergüenza sin escrúpulos. En su mente ya no había temas que la preocupaban, ya que sólo encontró un vacío despreocupado que no le hacía sentir tanto dolor, si bien dentro de ella solo quedaba algo de pena y de autocompasión.

—No recuerdo que iba a decir —afirmó encogiéndose de hombros como si no le importara, para después entregarle la petaca al viejo Tom.

—Ibas a decirme quien te besó anoche.

—¡Oh, el beso! —Exclamó soñadora y con una sonrisa en sus labios—  
¡Fue maravilloso! ¿Alguna vez has notado cómo se te encogen los dedos de los pies y el corazón se te acelera tanto que te cuesta respirar?

—Solo cuando tengo que pagar la cuenta —respondió el viejo Tom con ironía.

—Pues me pasó anoche cuando él me besó —le contestó sin notar el sarcasmo en las palabras de su amigo.

—¿Tuviste que pagar la cuenta? —le dijo tratando de no reírse.

—¡No! —Le gritó golpeándole en el brazo con su puño, para después caerse al suelo al haberse escurrido de la cama—. ¡Lo otro! ¡Lo de los dedos! — le soltó enfadada y sin ni siquiera notar que se encontraba en el suelo.

A Tom no le quedó más remedio que reírse ante su borrachera, y la cogió de los sobacos para alzarla y devolverla a la cama. En ese momento Madison aprovechó para agarrar la petaca de donde él la había dejado sobre la cama y darle otro buen trago. Después, como si no hubiera pasado nada, continuó hablando aunque para Tom no tenía mucho sentido lo que decía.

—Pues me besó, y luego me dijo que nos íbamos a casar pero sin iglesia y esas cosas. Solo para engañar a la gente y para que las mujeres no se le acercaran.

— ¿Pero quién te lo propuso? —Le preguntó con la paciencia de quién ha estado en muchas ocasiones rodeado de borrachos.

—¡No estás atento! —le recriminó Madison enfadada mientras luchaba para que el viejo Tom no le quitara la petaca y se la guardara—. El hombre que creía que me odiaba y luego resultó que no y me llevó a pasear.

Tom suspiró temiendo que a ese ritmo nunca llegaría a enterarse de nada, y lamentó su brillante idea de darle a beber whisky a una abstemia. Se dijo que lo único que pretendía era hacerla olvidar un poco la causa de su llanto, pero nunca creyó que terminaría borracha con tanta facilidad.

Decidió que si él no ponía de su parte nunca conseguiría resolver el rompecabezas, y empezó a pensar qué hombre del barco podía haberla besado y hacerla llorar. No tuvo que exprimirse mucho los sesos para dar con el culpable, y se dijo que era un tonto por no haberse dado cuenta antes.

—Estás hablando del señor Sheldon, ¿verdad?

—¡Claro! ¿Quién iba a ser... el mono? —le preguntó mientras notaba cómo algo le corría por la cabeza, y sin pensárselo dos veces empezó a rascársela deshaciéndose el peinado, al quedar el moño a un lado y la mitad de los pelos sueltos por la cara.

—Él te besó anoche —afirmó mirándola fijamente al mismo tiempo que ella afirmaba con la cabeza consiguiendo que el moño bailara de adelante hacia atrás— Y te dijo que os hicierais pasar por marido y mujer.

—¡Sííí! —Exclamó categórica, logrando que el moño se quedara fijo en su frente.

—Y esta mañana has llegado tarde a la cocina porque...

—Porque les estaba escuchando hablar al otro lado de la puerta.

Él viejo Tom empezaba a formarse una idea de lo que había podido pasar entre esos dos la noche pasada. También creía comprender que ella había escuchado una conversación que no debía entre Aron y otra persona del barco; posiblemente entre el capitán o su amigo el doctor Williams, y se había enterado de algo que le había hecho llorar.

—Ese hombre, Aron, ¿dijo algo que no te gustó?

—El muy sinvergüenza confesó que no sentía nada por mí, y que todo era un juego y le odio —indicó furiosa pero por suerte sin llorar.

—¡Estabas llorando por un hombre! —afirmó Tom como cayendo en la cuenta de algo que parecía imposible, y alegrándose al haber descubierto la causa de su tristeza.

—¡Sí! —le contestó cabizbaja y triste como lamentando ese hecho— Un hombre horrible que me ha engañado.

—Pero niña, ¡eso tiene fácil solución! —repuso el viejo Tom satisfecho al haber encontrado la causa de todo.

—Noooo, tía Henrietta siempre ha dicho, que los males del corazón son los peores —señaló con aire desolado e hipando.

—Pero eso sólo les pasa a las demás mujeres, no a ti —afirmó con seguridad y mirándola de frente.

Sonándose la nariz con el pañuelo del viejo Tom se le quedó mirando, como tratando de decidir cuál de los dos tenía razón, si tía Henrietta o el viejo Tom.

—¿Tú crees que a mí no? —terminó preguntándole, ya que no estaba muy segura de ser una excepción.

—¡Claro que no!, a ver, ¿dime cuantas mujeres conoces que se hayan fugado de su boda y embarcado para otro continente?

—Pues creo que solo estoy yo —le contestó dudosa con sus ojos enrojecidos por las lágrimas, y sonándose la nariz de nuevo.

—¿Y cuántas mujeres se han convertido en uno más de la tripulación en un solo día? —le preguntó más enérgico.

—Me parece que solo lo hice yo —indicó algo más confiada, pero aun dudosa.

—¿Y cuántas se han ganado a un mono maniático que odia a todo el mundo y ha bailado en cubierta bajo las estrellas?

—Yo —señaló más animada y sonriendo ligeramente al recordarlo.

—¿Y cuántas se han hecho amigas de un par de viejos solitarios y se sienta con ellos a contar historias? —le preguntó guiñándole un ojo y devolviéndole la sonrisa.

—Yo —afirmó mucho más segura y esta vez con una sonrisa bien formada en los labios.

—¿Y quién va a enfrentarse a ese malnacido del señor Sheldon y le va a dar una patada en el culo?

—¡¡Yo!! —gritó poniéndose en pie excitada por el alcohol y las palabras de ánimo del viejo Tom.

— ¡Exacto! ¡Y vas a decirle a ese señoritingo que se meta esa proposición engañosa por donde más le duele!

—¡Por donde más le duele! —exclamó gritando y sintiéndose liberada, aunque notando que la habitación empezaba a girar a su alrededor, y que el moño le tapaba un poco la visión al haberse ladeado cegándole un ojo.

—¡Esa es mi niña! Y a partir de ahora nada de dejarse pisotear, quiero ver a esa mujer fuerte y decidida que subió al barco dispuesta a todo.

—¡Sí! ¡Dispuesta a todo! ¡Voy a arrancarle las uñas y a quemarle el pelo con una plancha!

Riendo a causa del whisky y de la felicidad que sentía, Madison se lanzó a los brazos del viejo Tom justo cuando éste se levantaba para sujetarla, pues notaba que el equilibrio de ella estaba muy afectado. No podía remediar reírse a carcajadas, y el viejo Tom también la acompañaba al sentirse

contento por haber conseguido animarla.

Fue en ese momento cuando alguien llamó a la puerta discretamente, para después abrirla despacio hasta aparecer la cabeza de un perplejo Timmy.

—Perdonen, no pretendía molestarles pero, ¿cuándo vamos a empezar a preparar la comida?

—¡Cuando le metamos al señor Sheldon algo por el culo! —soltó decidida Madison consiguiendo que Timmy abriera los ojos como platos y que el viejo Tom se riera con ganas.

—Dame unos minutos para acostarla y soy todo tuyo —le contestó el viejo Tom cuando consiguió calmar su risa.

Timmy enseguida se dio cuenta de que Madison había tomado unos sorbitos de más de algún licor, y que en esos momentos la muchacha no estaba en condiciones de nada que no fuera dormir. Él sabía por propia experiencia cómo podía acabar borracho sin apenas darse cuenta, y asintiendo divertido se marchó cerrando la puerta para que nadie se enterara. Al fin y al cabo a él le caía bien lady Madison, y no le gustaría que por su culpa todo el barco se enterara de su desliz.

Madison solo necesitó esos segundos para quedarse dormida, al haber apoyado la cabeza en el hombro del viejo Tom mientras éste contestaba a Timmy. Fue por ello que no le quedó más remedio que arrastrarla hasta la cama, pues ya era demasiado mayor para poder cogerla en brazos y depositarla con cuidado en ella.

—Espero que ese hombre sepa donde se ha metido, porque esta pequeña tigresa se lo va a comer vivo en cuanto se le pase la borrachera —comentó el viejo Tom mientras la arrojaba, y sabiendo que tras llorar unas horas; o tal vez un día, ella no se quedaría sentada sin presentar batalla.

Con cuidado la besó en la frente para después quedársela mirando con orgullo, tratando de descubrir en qué momento esa pequeña muchachita se había ganado un pedacito de su corazón. Después, en silencio, se marchó cerrando la puerta para que nadie la molestara.

Entre sueños Madison se acurrucó en su cama y suspirando soñó con hombres que la besaban, con petacas de whisky que la hacían reír, y con

bailar bajo las estrellas junto a un caballero de profundos ojos negros al que debería odiar, pero que al hacerle sentir mariposas en el estómago le era imposible olvidar.

## Capítulo XVI

Llevaba toda la mañana sin verla y Aron se dio cuenta que empezaba a echarla de menos. No podía evitar recordar cada vez que salía a cubierta cómo el sol tocaba su cabello negro haciéndolo brillar con destellos azulados, o cómo el viento lo agitaba hasta hacerla enfadar soltando improperios muy poco adecuados para una dama. Algo que hacía reír a todo aquel que la escuchaba, y con lo que Aron disfrutaba aún sin proponérselo.

Tampoco podía dejar de pensar en su forma de moverse al caminar, o en cómo su sonrisa transformaba un día gris en otro resplandeciente. Hasta entonces no se había percatado de que era a ella a quien sus ojos buscaban desde que comenzaba el día, o cada vez que escuchaba unos pasos acercarse. Pero hoy, al no verla, el sol aún no había aparecido ante su vista aunque los rayos del horizonte le indicaran lo contrario.

Pero de lo que no había sido capaz de olvidar en toda la noche fue del tacto de sus labios en los suyos, o el dulce néctar de su sabor empapando su boca. Recordar las curvas de su cuerpo pegado al suyo, o el suave roce de su lengua explorándolo juguetona, le hacían sentirse acalorado y deseoso de volver a verla.

Darse cuenta de todas estas sensaciones le hizo pensar en la conversación que había mantenido con el doctor Williams, donde habían discutido sobre la verdad de sus sentimientos. Debía reconocer que era una mujer que le hacía sentir cosas que nunca antes había sentido, y tuvo miedo al darse cuenta de lo vulnerable que se había vuelto.

Pero aunque hubiera evidencias de un efecto que iba en aumento y que se estaba transformando en algo más puro y perfecto, Aron se negaba a reconocerlo y prefería catalogar de interés ese escalofrío que sentía al contemplarla, o las palpitaciones que en estos momentos estaba sintiendo al saber que pronto la vería.

Las horas fueron pasando y la mañana quedó marcada por su ausencia. Y

ahora, cuando la tarde ya había consumido buena parte de sus horas, Aron empezaba a preguntarse qué le había podido pasar a Madison para mantenerse tanto tiempo alejada de él; cuando a él le estaba costando un esfuerzo sobrehumano no ir a buscarla.

Aron había imaginado que ella aparecería a primera hora de la mañana buscándolo, ilusionándose con la idea de encontrarse con su sonrisa cuando llegara a cubierta o incluso que ella, en un impulso, fuera a buscarlo a su camerino para decirle que aceptaba encantada su ofrecimiento de aparentar ser su esposa.

Sin embargo se había encontrado con su desaparición, y por consiguiente los nervios lo estaban destrozando a cada segundo que pasaba. Por no mencionar la cantidad de excusas que se había imaginado durante su espera para justificar su tardanza, y las veces que deseó saltarse su educación e ir a buscarla aunque fuera a su camerino.

Pero cuando ya estaba dispuesto a abandonar la espera y arriesgarse a quedar como un tonto por su falta de paciencia e impulsividad, se encontró con una Madison ojerosa que trataba de sonreír aunque era evidente que estaba aparentando un bienestar que no sentía.

Si no fuera imposible en una dama, hubiera jurado que parecía resacosa al ver cómo le costaba aguantar la luz del sol y notar cómo se movía con pesadez, como si estuviera cansada. Debía de tratarse de alguna clase de enfermedad, o tal vez le había acudido el mal femenino de todos los meses y por eso se debía ese cambio.

Cargado con su mejor sonrisa y con el deseo de saber si aceptaba su ofrecimiento fue a su encuentro, esperando ser bien recibido a pesar de su evidente malestar. Lamentaba que Madison no pudiera disfrutar de ese encuentro tan esperado tras el beso de la noche anterior, aunque esperaba ver en su rostro un sonrojo que le indicara que en su memoria perduraba ese dulce encuentro.

Lo que nunca se imaginó fue que al verlo se irguiera como una reina y le dedicara la mirada más fría que había visto en décadas. No hubo rubor de reconocimiento ni sonrisa de bienvenida, en su lugar solo encontró una especie de ceño fruncido y un rictus amargo en la boca.



Aron se temió que algo había sucedido en estas horas de ausencia, pero trató de ser optimista y de seguir con la sonrisa en sus labios.

—¡Buenas tardes milady! Me alegro de verla.

—Señor Sheldon —fue su única contestación, aunque vino acompañada de una mueca de disgusto.

El corazón de Aron se paró en ese preciso instante al darse cuenta de que algo muy grave había sucedido, y de que él debería pagar las consecuencias. Suspirando resignado se enfrentó valiente a su destino.

Desde que Madison se despertó, hacía algo más de una hora, nada le había salido bien. En primer lugar se encontró con el dolor de cabeza más espantoso que había sufrido en su vida. Fue incluso más horrible que cuando hace años, en vísperas de celebrar la nochebuena, se coló en la cocina y probó el famoso ponche de huevo de su tío Arthur, o cuando su tía Prímori se empeñó en que probara un potingue asqueroso para curarse el catarro. En ambos casos amaneció con un dolor de cabeza que jamás creyó que fuera superable, pero debía reconocer que esta tarde, su jaqueca era de las memorables.

Con un enorme esfuerzo había conseguido levantarse, y se vistió con sumo cuidado mientras poco a poco recordaba los acontecimientos del día anterior. Fue entonces cuando su enfado empezó a crecer al mismo ritmo que su dolor de cabeza, al volver a recrear acontecimientos que hubiera preferido mantener en el olvido.

Recordó su entusiasmo al despertarse por la mañana y cómo toda su felicidad se vino abajo cuando escuchó las frías palabras de Aron. Una confesión que jamás hubiera creído si no la hubiera escuchado de sus propios labios, y que la hicieron sentir la mujer más estúpida del universo por confiar en él, y entregarle un pedacito de su corazón.

Acordarse de su engaño la puso furiosa, y aunque no lograba reconstruir lo hablado con el viejo Tom tras el segundo trago, sí sabía que la venganza había sido su objetivo antes de quedarse dormida. Lo sabía porque esa rabia aún seguía en su interior, y sentía la necesidad de ir en su búsqueda para reprocharle su falta de sentimientos.

Fue ese deseo de estrangularlo con sus propias manos lo que le hizo salir

del cuarto para enfrentarse a; lo que ella creía, la brillante luz del atardecer. Tenía que agradecer que mientras dormía el sol se había ido retirando hora tras hora hasta alcanzar el suave destello que le cegaba a causa de su resaca, pues de lo contrario no habría sido capaz de salir a cubierta.

Pero ahora, con unas ganas enormes de darle su merecido a ese hombre tan insufrible que la había dañado tanto, y con el firme propósito de hacerle pagar con su propia medicina su desplante, se plantó ante él lo más recta que su corsé le permitió y sin mostrarle ni una pizca de piedad, le recibió con tanta frialdad que incluso a ella le pareció excesiva.

Tras un saludo cordial que hubiera enorgullecido hasta a la más estricta de las matronas, Madison se dispuso a seguir caminando como si la presencia de ese individuo fuera tan molesta como la del mosquito que la perseguía con el propósito de chuparle la sangre, pues igual que éste, ese supuesto caballero quería robarle algo que para ella era muy valioso; su inocencia.

—Parece algo indispuesta esta tarde, ¿se encuentra usted bien? —le preguntó educadamente Aron mientras ella caminaba por cubierta tratando de no prestarle atención, y él la seguía tratando de averiguar qué era lo que sucedía.

—Me encuentro perfectamente —repuso sin mirarlo.

Por desgracia el efecto que quería causar de elegancia y frialdad murió en el acto, cuando en ese preciso instante su pie se enganchó con la bastilla de su vestido haciéndola dar un traspié que casi la tiró al suelo. Por suerte Aron estuvo atento y pudo sujetarla del brazo, impidiendo que acabara tirada por cubierta en una postura muy poco distinguida, y dejando ver el secreto que escondía tan celosamente con sus enaguas.

Madison ni si quiera se atrevió a mirar a Aron por si descubría en su rostro una sonrisa, y siguió caminando como si nada hubiera pasado, aunque ahora en su cara ya no predominaba un color blanquecino sino otro más rojizo.

—He supuesto que no se encontraba bien al no verla aparecer esta mañana.

—He estado muy ocupada, y como no tenía nada importante que hacer en cubierta decidí descansar en mi camarote —se dignó a decirle con un deje

de desinterés.

Aron sonrió al creer que estaba jugando a hacerse la interesante, y aunque no le gustaba tener que perseguirla mientras era observado por un buen número de ojos curiosos, no podía negar que jugar a seducirla le encantaba.

—Quizás olvidó que teníamos una cita —le siguió el juego caminando a su lado.

—¿En serio?, pues la verdad, no la recuerdo.

Al ver que ella no mostraba ningún gesto de coquetería sino más bien de desinterés, e incluso desprecio, se empezó a preguntar a qué estaría jugando y ya no le pareció tan divertido.

No era la primera vez que una mujer jugaba con él y recordar esa sensación de sentirse manipulado no le agradó en absoluto. Su mirada ilusionada pronto pasó a un ceño fruncido, y su inicial sonrisa se convirtió en una mueca de disgusto.

—Pues así es, —dijo categórico para demostrarle que a ese juego podían jugar los dos—, anoche acordamos que ésta mañana me daría su contestación a la oferta que me digné a ofrecerle.

—¡Se dignó! —Repuso enfadada volviéndose para mirarle a la cara — ¿Acaso cree que podría tomar en serio una oferta tan deplorable?

La batalla de miradas cargadas de reproches no había hecho nada más que empezar, y por el momento no se veía un claro vencedor. Los dos se observaban con el mismo grado de enfado y resentimiento, aunque cada uno tuviera motivos diferentes que el otro desconocía.

—No recuerdo que anoche le pareciera tan deplorable. —señaló, retándola a que lo negara y dejando bien claro que se refería a la parte del beso donde ella encantada se dejó seducir.

Sabía que como caballero había temas que no debía hablar y barreras que jamás debía cruzar, pero le dolieron tanto sus palabras que no pensó en ello y simplemente se dejó llevar por su dolor. No se imaginó que su falta de tacto le valdría un precio muy alto que le costaría pagar, ya que sólo pensó en el orgullo herido de ese momento. Por ese motivo siguió hablando cuando

hubiera sido más prudente mantenerse callado hasta que la tormenta pasara.

—De hecho recuerdo que estaba usted muy dispuesta a aceptarla, como también recuerdo perfectamente que consintió mucho más de mí de lo que una dama decente debería permitir.

La bofetada que Madison le dio le pilló completamente por sorpresa, como también lo fue el dolor que vio en sus ojos. Se recriminó por su falta de tacto e impulsividad, preguntándose cómo el cambio tan brusco que ella presentaba le había afectado tanto.

En otras ocasiones cuando una dama le retiraba su interés él simplemente se apartaba con galantería, pues había cientos de mujeres dispuestas a ofrecerle lo que buscaba de ellas. Pero por algún motivo ese cambio en Madison le dolía al haber creído que era diferente a las demás. Las otras sólo lo veían como algo llamativo y enigmático, pero sin querer arriesgarse a verse comprometidas por su reiterada compañía, por lo que pronto le dejaban de lado para que los rumores no llegaran a producirse.

Por eso saber que ella actuaba de la misma manera le hizo sentir un daño que hasta ahora no había conocido, y se reprochó por no haberse dado cuenta antes que una verdadera dama nunca se tomaría en serio los avances de un hombre sin títulos como él, y menos aún una tan influyente y rica como una Wyonick, al no necesitar de su dinero ni de su protección.

El enfado comenzó a transformarse en rabia y ésta a su vez estaba a punto de convertirse en furia. Pero no solo Aron se sentía usado y engañado, y no solo él había pasado de una simple venganza a algo más serio.

—¿Cómo se atreve a hablarme en ese tono y decir esas mentiras?! —indicó Madison cargada de irritación y de ira.

—¿Mentiras?! ¿Acaso fue mentira el beso que no rehusó probar de mis labios o el deseo que vi en sus ojos? —volvió a atacarla.

—Anoche me engañó para robarme un beso a escondidas y trató de aprovecharse de mi ingenuidad. Pero quiero que sepa señor Sheldon que no soy tan tonta como usted piensa, y no voy a aceptar hacerme pasar por su esposa ni aunque mi vida estuviera en peligro.

—Me parece perfecto, ya que por nada del mundo quiero tener nada que

ver con usted, milady.

Se volvieron a quedar mirándose en silencio, aunque en esta ocasión era el corazón de Madison el que lloraba desolado. No se había imaginado que le resultara tan doloroso enfrentarse a él, y escuchar de su boca cómo la catalogaba de fulana.

Le hubiera gustado reprocharle que se vio forzada a ese beso, pero esa confesión la haría quedar como una mentirosa al haber sido evidente para ambos la entrega que mostró la noche anterior.

Una parte de ella quería retroceder en el tiempo y borrar todo lo pasado, aunque debía admitir que hubiera sido peor permanecer en el engaño, y creer que él era un caballero que sentía verdadero interés por ella. Y el caso es que podía ver algo parecido al dolor en los ojos de él, pero se negaba a dejarse guiar por el deseo de saber que no todo había sido mentira entre ellos.

Sin poder soportar por más tiempo estar ante su presencia, y sabiendo que ya se habían dicho demasiadas cosas, Madison buscó una excusa para dejar atrás una conversación que jamás debió ser dicha desde el enojo.

—Y ahora si me disculpa, tengo muchas cosas importantes que hacer antes de llegar mañana a puerto.

—Muy bien, —señaló él con la respiración acelerada—, yo también tengo cosas más importantes que hacer que perder el tiempo hablando con usted.

Aron estaba tan enfadado que no sabía si estrangularla o besarla. Admitía que había escogido un mal momento para decir cosas muy duras, pero la sangre que le quemaba por dentro le había impedido reaccionar con sentido común. Por ello, al notar que mantener la conversación sólo les haría más daño, y viendo la oportunidad que ella le ofrecía para dejarla por concluida, decidió que lo mejor sería marcharse antes de que cometiera la imprudencia de arrepentirse y pedirle perdón por sus palabras, o lo peor de todo, otra oportunidad para quedar como un idiota entre sus manos.

—Milady —le dijo a modo de despedida y con paso firme se marchó notando a cada pisada que se alejaba de ella cómo algo en su interior se marchitaba.

En cuanto se marchó Madison pudo volver a respirar con normalidad. No se había percatado de que había estado reteniendo el aire de sus pulmones, al no saber si él le seguiría reprochando el comportamiento de la noche anterior, o si por el contrario se alejaría de ella dejándola sola y destrozada.

No sabía qué hacer en ese momento ya que nunca antes se había sentido tan alterada, ni había percibido cómo su alma mal herida se partía en dos. Notaba cómo cada parte de su cuerpo le temblaba angustiada, y cómo su garganta reseca le pedía a gritos que no dejara que él se apartara.

Decidió que caminar un poco por cubierta la despejaría y quizás con suerte le haría olvidar cada palabra que había sido pronunciada, y le impediría refugiarse en su cuarto para llorar por haber sido tan ingenua. Había creído que amar a un hombre podría ser la cosa más dulce y maravillosa del universo, cuando en realidad le estaba causando un dolor inimaginable que no sabía cómo consolar.

Pero debía recordar que se había propuesto ser una mujer fuerte y decidida que no estaba dispuesta a dejarse manipular por nadie. Ni siquiera por el hombre más atractivo y cautivador que había conocido, y que la había hecho sentir sensaciones que nunca antes había experimentado.

Se dio cuenta en ese instante que había tenido público mientras discutían, aunque los hombres que los habían escuchado se mantenían callados y ocupados con sus tareas sin querer importunarla. Solo algunos de ellos se atrevieron a sonreírle, mostrándole de ésta manera su apoyo, y consiguiendo que a Madison le fuera más difícil no soltar las lágrimas que le quemaban en los ojos.

Pero había un caballero que la miraba con cariño desde la distancia, sintiéndose culpable al no haber impedido que los sentimientos de esos dos jóvenes llegaran tan lejos. Se trataba del doctor Williams, y para él estaba claro que ambos procesaban un afecto muy intenso que ninguno quería reconocer, y lamentaba no haberse dado cuenta antes de ello para haber actuado de otra manera.

Ahora sentía que el daño ya estaba hecho, y que posiblemente éste primer enfrentamiento sólo sería el comienzo de una guerra entre ellos, que podría acabar con una historia de amor que apenas había comenzado. Debería

sentirse contento al saber que Aron no podría seducir a su Lady, aunque algo por dentro le hacía sentirse desilusionado y triste.

Cuando Madison encontró su mirada observándola ésta se volvió más cálida con el fin de consolarla, y para demostrarle que aunque se sintiera sola en ese barco lleno de desconocidos él estaba a su lado para lo que necesitara.

Madison agradeció su muestra de cariño con una sonrisa forzada, ya que le resultaba imposible sonreír cuando por dentro sentía cómo su pecho le quemaba y su corazón latía desconsolado. Agradeció las muestras de cariño tanto del buen doctor como de los demás marineros, y se alejó caminando hasta popa para observar cómo el sol se ocultaba junto con su esperanza de felicidad.

Se preguntaba qué sucedería cuando el sol volviera a aparecer por el horizonte, ya que eso significaría que estarían llegando a los muelles de Nueva Orleans. Mirando al cielo anaranjado se preguntó si volvería a ver a Aron una vez que hubieran llegado a su destino, al existir la posibilidad de que, tras su discusión, este rehusara la invitación del capitán de permanecer en su residencia.

Si eso fuera así ella nunca más volvería a verlo, pues tanto en América como en Londres ambos vivían en mundos separados donde sería difícil coincidir. Pensar en ello le causó un dolor más agudo en su corazón, y sus ganas de llorar se hicieron más intensas.

—¡Ojalá nunca hubiera subido a este barco!

Se dijo con la vista nublada por las lágrimas, mientras contemplaba los destellos de colores causados por los débiles rayos del sol, y recordaba esos ojos oscuros como la noche que la miraban con deseo y con un anhelo que creyó sincero.

—Ojalá nunca me hubiera enamorado de ese hombre —fue su último pensamiento coherente, antes de dejarse llevar por el anhelo de olvidar.

## Capítulo XVII

**T**ras las primeras horas del nuevo día, con el mar prácticamente en calma y con el viento empujando las velas, el “Estrella de oriente” llegó a Nueva Orleans en la fecha prevista.

Toda la tripulación andaba ocupada de un lado para otro mientras preparaban su entrada en los muelles y el posterior desembarco, como lo habían estado haciendo durante años cada vez que llegaban a puerto. Aunque en ésta ocasión las caras de felicidad no eran igual que en otras ocasiones, pues había un par de cosas que los entristecían; como era ver a Lady, dolida por la discusión con Aron, y saber que tendrían que despedirse de ella.

Aun así, saber que en unas horas podrían tomarse unas jarras de cerveza con su sueldo en los bolsillos, les hacía sentirse menos dados a la melancolía, y en sus rostros de vez en cuando aparecía un atisbo de sonrisa.

Pero había un hombre que observaba el movimiento del barco como un pájaro desde las alturas, y en él no había ni una pizca de emoción que pudiera revelar qué era lo que sentía. Ese individuo altivo, serio y plantado sobre el castillo de babor se mantenía ajeno a todo, al estar absorto en sus



pensamientos y sin prestar atención a otra cosa que no fueran las escaleras por donde se subía de los camarotes.

Un hombre que había dejado su corazón en ésta travesía aunque se negara admitirlo, pues su orgullo le impedía afirmar que una mujer le había dejado en jaque con una simple sonrisa. De ahí su inseguridad, y las consecuencias que estaba pagando por la imprudencia que cometió la noche anterior, cuando renegó de sus sentimientos ante la mujer que lo cautivaba.

El recuerdo de ese momento permanecía en su memoria volviendo una y otra vez a su mente para atormentarlo, como también lo estaba mortificando que todos a bordo se pusieran en su contra convirtiendo ese último día de travesía en un auténtico infierno. Allá por donde mirara solo encontraba caras de enfado y susurros de reproches, que confirmaban sus sospechas de que todos se habían confabulado en su contra.

Estaba convencido que los tripulantes del barco se habían enterado de la discusión que ambos habían mantenido, y cada uno de ellos le había escogido como culpable, creándose una especie de tensión cada vez que Aron se acercaba a alguno de ellos o pretendía empezar una conversación. Se había dado cuenta desde las primeras horas de la mañana, cuando había salido a cubierta descubriendo sus caras serias que le miraban con irritación.

Un hecho del que no se había percatado la noche anterior, quizás porque estaba demasiado metido en sus pensamientos para notarlo, o porque había preferido mantenerse apartado en su camarino desde que Madison le había dejado perplejo y enfurecido.

Por suerte sólo el capitán Davis parecía ajeno a este conflicto en el barco, y fué el único que mantuvo una conversación con Aron revelándole sus planes para estos días, y proclamando entusiasmado la ilusión que le haría a su esposa la sorpresa de tenerlos como visitantes. Una sorpresa que sin duda sería mucho mayor si el matrimonio llegara a enterarse de la relación de amor y odio que mantenían sus invitados.

Y ahora, observando la aproximación a puerto desde el castillo de babor con la cálida brisa de primavera sobre su cara, sólo era capaz de vislumbrar el rostro de Madison allá por donde mirara. Sabía que ella hubiera disfrutado de la visión que tenía ante él, al poderse observar una amplia gama de colores

inundando el cielo, y dando un brillo especial a las blancas casas coloniales que se extendían por la ciudad.

Había sido consciente de que durante todo el día anterior se había mantenido apartada de él, y extrañaba cada una de sus miradas fugaces y sus tímidas sonrisas. Había añorado pasear a su lado y conversar con ella, así como observar el rubor que le habría provocado en sus mejillas con algún cumplido, o verla caminar con su porte elegante y altivo, producto de su refinada educación y no de un carácter soberbio.

Había echado en falta su presencia en cubierta al no presentarse como cada tarde, cuando puntual aparecía sonriente siempre a la misma hora para sentarse a charlar junto al palo mayor con el doctor Williams y el viejo Tom. Recordaba las veces que los marineros la habían invitado a bailar, y cómo ella había aceptado entusiasmada contagiando su espíritu vivaz a todo aquel que la observaba.

Verla rodeada de hombres rudos que ante ella se comportaban como auténticos caballeros era algo sorprendente, pero lo más extraordinario era observar cómo se quedaban absortos como niños, cuando se sentaban a su alrededor dispuestos a escuchar las historias que se inventaba para entretenerlos. No era de extrañar que se hubiera ganado el cariño de todos, y que en esos momentos él fuera el destinatario de sus miradas furiosas.

Pero sobre todo, debía reconocer que extrañaba verla pasar abstraída horas enteras dibujando en su cuaderno, para, de esa manera inmortalizar las cosas que llamaban su atención o momentos que pretendía recordar para siempre. Como la vez que lo retrató sin que él se percatara, y que posteriormente le regaló como muestra de su amistad. Un dibujo que lo dejó asombrado por su realismo y por la cantidad de detalles que revelaba, y que siempre llevaba guardado en el bolsillo interior de su chaqueta.

Recordar ese dibujo, las lágrimas de la noche anterior y el dolor de su ausencia, le hizo sentir remordimientos ante sus duras palabras, pues éstas le hacían parecer un hombre sin corazón ni sentimientos, cuando en realidad no era cierto, pues de lo contrario no sentiría en el pecho ésta pena que le consumía, o ese anhelo por verla disfrutar de la espléndida visión que tenía ante él.

Fue en ese preciso instante, cuando más deseaba verla para ser testigo de la emoción de su rostro al contemplar por primera vez Nueva Orleans, cuando Madison apareció por cubierta como si hubiera sido convocada. Y entonces, como por arte de magia, el sol dejó de iluminar todo a su alrededor para ser ella quien con su brillo lo alcanzara.

Observarla caminar hacia la barandilla de babor y contemplar cómo su cuerpo era mecido por el viento, hizo que el corazón de Aron dejara de latir por unos segundos. Deseaba tanto acercarse a ella y comprobar en sus ojos el daño que le había causado con sus comentarios de la noche pasada, que no saber cómo acercarse para comprobarlo le hacía sentir una ansiedad que nunca antes había experimentado.

Pero no tuvo que esperar mucho para que ella alzara la vista hasta donde él se encontraba, y poder comprobar a través de la distancia qué guardaba para él en su interior. Por desgracia, lo que Aron descubrió no le gustó nada, pues en sus ojos apareció un frío que antes no estaba.

Decidido a saber la verdad, y a apartar de ella esa frialdad que tanto le dañaba, bajó del castillo de babor hacia su encuentro para tratar de mitigar el daño causado con una disculpa. Si es que su corazón se dignaba a volver a latir, o el dolor de su pecho le permitía articular palabra.

Madison no se había sentido más nerviosa ni cuando salió por la ventana el día de su boda. Ese día por lo menos tenía una idea de hacía donde se dirigía y lo que podía encontrarse, pero ahora se sentía perdida al no saber qué iba a ser de ella y cómo podría soportar no demostrar los sentimientos que Aron le provocaba.

Salir de su camarote y dirigirse a cubierta como si dentro de ella no hubiera estallado una tormenta de emociones, fue la prueba más difícil a la que se tuvo que enfrentar hasta el momento. Nada más aparecer en cubierta sintió su presencia llamándola a gritos, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para continuar adelante con su plan de ser fuerte y no dejarse vencer por sus impulsos.

Con todo su coraje caminó hacia la barandilla para asomarse, con el propósito de fingir que le interesaba ver el puerto, cuando en realidad lo único que deseaba era mirarle para comprobar si él también se consumía por

ella.

Por desgracia su presencia tiraba de ella con fuerza, y sólo aguantó unos minutos hasta que su resistencia cedió y se volvió para mirarle. Allí, en lo alto del castillo de babor, bañado por los rayos del sol y mecido por la brisa, se encontraba su caballero oscuro que la observaba con una pose tan atractiva que resultaba imposible dejar de contemplarle.

Alto, regio y seductor, el señor Sheldon parecía la encarnación de un corsario que pretendía raptarla para hacerla su esclava. Madison notó cómo todo su cuerpo se estremecía ante este pensamiento, provocando que su mirada se helara en cuestión de segundos, debido al enfado que sintió al notarse tan débil ante su presencia.

Se había propuesto ser fuerte y no dejarse llevar por sus sentimientos, y detestaba que ante la primera prueba de su valentía fuera vencida tan pronto. Por ello recordó cada una de las duras palabras que la noche anterior le había dedicado, con el fin de congelar su corazón y poder demostrarle que él no tenía ninguna autoridad sobre ella.

Solo esperaba que su valor no desapareciera al tenerle cerca, como también pretendía no tener que ocultarse cómo había hecho el día anterior al no haber sido capaz de enfrentarle. Le hubiera gustado demostrarle que sus sentimientos por él habían cambiado, e ir a su encuentro con orgullo para plantarle cara, pero tuvo que conformarse con evadirle y dejar para éste momento el dulce sabor de la venganza.

Por ello, cuando se dio cuenta que se le acercaba despacio pero con paso firme, se agarró con fuerza a la barandilla y pidió a los cielos la fortaleza necesaria para enfrentarse a ese hombre. Con el coraje de una mujer herida, Madison suspiró y se quedó esperando su llegada, dispuesta a recompensar su atrevimiento con un buen ataque.

—¡Buenos días lady Madison! —escuchó que Aron le decía con suavidad.

Siguiendo con su idea de plantarle cara, siguió con su vista fija en el puerto para tratar de aparentar que su presencia no le importaba, y simplemente, por cortesía, asintió con la cabeza a modo de saludo.

—Espero que se encuentre bien esta mañana —le dijo él con la esperanza

de que ella se volviera para poder mirarla a los ojos, y ser testigo directo de qué había en ellos.

—Me encuentro perfectamente señor Sheldon. Es más, estoy deseando desembarcar para conocer Nueva Orleans.

Fue entonces cuando no pudo más y se giró para mirarle, y ambos se observaron para descubrir la verdad que cada uno guardaba. Quizás buscando una señal que les dijera que todo había sido producto de una pesadilla, y que nada entre ellos había cambiado. Aunque era evidente que éste deseo no se había cumplido.

Aron pudo comprobar cómo en esos preciosos ojos verdes no había destellos de felicidad, o una chispa de la picardía que de ellos antes emanaba, demostrándole el daño que él le había causado a esa espléndida mujer que le había robado la razón, y le había hecho sentir como un muchacho sin experiencia en la vida.

Ella por el contrario fue testigo del arrepentimiento en la mirada de Aron, y comprobó cómo en sus ojos aparecía un sentimiento de anhelo mezclado con soledad. Durante unos segundos su corazón quiso gritarle que le perdonaba y que le ofrecía sus brazos para calmar ese pesar, hasta que el recuerdo de su desplante la hizo callar y tragarse su oferta de consuelo.

El cruce de miradas les demostró el error que habían cometido, pero ninguno de los dos hizo nada para despejar las dudas y acabar con ésta encrucijada donde ninguno podía ganar. Pero de lo único que fueron capaces de hacer, fue que él tomara más conciencia de su error, y que ella se asentara en su idea de venganza.

—Si me permite señor Sheldon, tengo que ir a mi camarote para recoger mi equipaje —indicó Madison dispuesta a seguir demostrándole su frialdad y a no permanecer mucho tiempo a su lado al no estar segura de su resistencia.

Cuando Madison se giró dispuesta a marcharse, Aron se interpuso en su camino con el fin de no dejar que se apartara de su lado. No hasta que por lo menos le hubiera confesado un par de cosas.

—Lady Madison, me gustaría disculparme por las duras palabras que le dije la noche anterior —al comprobar que ella permanecía sin moverse aprovechó para continuar hablando—. Debo confesarle que nunca antes perdí

la compostura ante una dama, y lamento que mi primera vez tuviera que ser con usted. Sólo le pido que disculpe mi falta de modales y que perdone mi insolencia.

La mirada fría de Madison se volvió helada, y supo sin necesidad de escuchar una palabra que no lo perdonaría sin ofrecer batalla.

—Si solo hubiera perdido la compostura le perdonaría señor Sheldon, pero anoche usted me insultó de forma deplorable y eso no voy a perdonárselo. Aunque soy una simple mujer, también tengo mi orgullo, y no lo reemplazo por una simple excusa.

Si en esos momentos le hubieran dicho a Aron qué era lo que más deseaba hacer en la vida, hubiera confesado sin ninguna duda que besar a esa maravillosa mujer que con su barbilla alzada le desafiaba con coraje. Sintió ganas de sonreír al ver que a sus ojos había vuelto ese destello de picardía y de vida, y agradeció no habérselo robado con sus insultos.

—Tiene toda la razón milady, soy un hombre despreciable que se comportó con usted como un canalla, por ello su perdón será más loable y mi agradecimiento más sincero —afirmó mirándola con cariño y sin poder evitar sentir cómo su pecho se hinchaba de optimismo, pues ver cómo poco a poco ella se iba enfadando, solo podía significar que le importaba.

—Usted se adelanta a mis deseos señor Sheldon, pues en ningún momento he declarado que vaya a perdonarle —le dijo mientras deseaba con todas sus fuerzas darle una patada en la espinilla para borrar de su rostro esa mirada petulante.

Conteniéndose para no sonreír ante su enfado Aron la cogió de la mano, y con sumo cuidado se la llevó a los labios para besar sus nudillos con devoción y un destello de desafío.

—Estoy seguro milady, —le dijo mirándola fijamente y con voz seductora— que una mujer con un corazón tan generoso como el suyo me concederá indulgencia. De lo contrario estoy seguro que no podré descansar hasta que consiga su misericordia, aunque para ello tenga que perseguirla por toda la ciudad.

Madison se quedó sin respiración por unos segundos al no esperarse la situación en la que se encontraba. Por un lado sentir el roce de sus dedos, de

sus labios y de su aliento la había dejado petrificada a causa del deseo.

También debía reconocer que ser testigo de su afán de seducirla le agradaba, pues como mujer le gustaba que él se sintiera atraído por ella, y por ello, notó cómo cada parte de su cuerpo se paralizaba ante su avance. Pero sobre todo, lo que más le impactó, fue su confesión de no dejarla en paz hasta no obtener su perdón, pues se había convencido que tras el desembarco no volverían a verse.

Ahora se preguntaba hasta cuando tendría que desafiarse a su deseo de venganza, y qué estaría dispuesto a hacer él para conseguirla.

—¿Es una amenaza? —le preguntó con el ceño fruncido y mirándole con incredulidad.

—Es una promesa —afirmó sin más, y se la quedó mirando para no perderse su respuesta.

El brillo en los ojos de él y la sonrisa que se forzaba en ocultar la hicieron enfurecer más a Madison, pero se propuso mantenerse impasible y demostrarle que ya nunca más sería una víctima de sus encantos.

Cuando se disponía a contestarle «si se atreve a seducirme o a utilizarme otra vez como diversión voy a hacer de su vida un infierno» se produjo un acontecimiento que impidió que le contestara. En cuestión de un segundo y sin que nadie lo esperara, sin previo aviso Aron pegó un grito y soltó su mano al mismo tiempo que saltaba hacia un lado apartándose de ella.

Sorprendida ante ésta reacción Madison le miró tratando de averiguar si se había vuelto loco, hasta que escuchó un gruñido procedente del suelo que ella conocía muy bien y que lo aclaraba todo.

Al bajar la mirada pudo ver cómo Maco estaba aferrado a su pierna mordiéndole, mientras Aron blasfemaba y daba saltos para tratar de quitárselo de encima. Madison no pudo remediar echarse a reír, ganándose una mirada de censura de Aron y la aprobación del pequeño mono que sabiendo que a ella le hacía gracia su hazaña, decidió morder con más fuerza.

—¡Maldito mono del infierno! —soltó Aron cada vez más enfadado, y sin poder quitárselo de encima por mucho que tiraba de él y saltara.

Las risas de Madison y de los marineros que estaban en cubierta no se

hicieron esperar, y Aron les regaló una mirada cargada de enojo que solo pudo ser recibida con más carcajadas.

—¡No le veo la gracia! Si este mono me deja cojo le aseguro que pediré su cabeza milady.

Tratando de controlarse Madison se alzó orgullosa, y disfrutando de ver a Aron peleando con el mono para quitárselo de su pierna le dijo haciendo un esfuerzo por sonar seria:

—Se lo tiene merecido por libertino.

La reacción de Aron fue de asombro, y durante unos segundos se quedó quieto mirándola mientras agarraba con fuerza al mono para que éste no volviera a morder. Con una expresión mitad perpleja y mitad enfadada le respondió con un tono de reproche:

—¿Pero qué he hecho esta vez?! ¡Sólo le he pedido perdón!

Decidida a no prestarle atención y dejarle claro que nada de lo que él dijera o hiciera tenía importancia, Madison se alzó de hombros con indiferencia, y con una sonrisa triunfante se dio la vuelta con la elegancia de una duquesa, y se alejó meneando las caderas con ritmo pausado.

Aron, sangrando por el mordisco y sorprendido a causa de su desplante, no tuvo más remedio que soltar a Maco; el cual salió corriendo tras Madison para caminar a su paso, para quedarse boca abierto en cubierta y rodeado de marineros que reían o le reprendían con la mirada.

No puedo evitar observarla con cierto grado de admiración, pues su pequeña gatita le acababa de demostrar que podía atacarle como una auténtica tigresa. Al final no pudo contenerse por más tiempo, y aunque le dolía la herida causada por los afilados dientes, tuvo que sonreír por la osadía, la espontaneidad y la picardía de ella.

—Tendrías bien merecido si te contagia la rabia —le indicó el doctor Williams que lo había visto todo desde la distancia y se había acercado cuando comprobó que ella se alejaba.

Aron apartó la mirada del sinuoso movimiento del cuerpo de Madison y giró la cabeza para encontrarse al doctor a su lado. Había estado tan absorto observándola, que ni siquiera se había dado cuenta de que se le aproximaba.



—Mientras me asegure que no se me caerá nada vital me conformo — señaló Aron sonriéndole para quitarle importancia, aunque ambos sabían que había pasado por mucho más que el ataque del mono.

—Bueno, sería un castigo justo si un apéndice al que le tienes mucho cariño dejara de funcionar.

La cara de asombro de Aron que pasó de un blanco pálido a un color cenizo le hizo gracia al doctor, y apiadándose de él le dio una palmada en el hombro y soltando una carcajada se propuso calmarlo.

—Vayamos a curar esa herida señor Sheldon, antes de que se desmaye en cubierta y haga más el ridículo.

Aron no fue capaz de decir nada más al permanecer aun embobado con el recuerdo de ella, y cojeando acompañó al doctor para que le curara mientras unos pinchazos de dolor le subían por la pierna. Sin lugar a dudas ella había empezado un juego que él estaba dispuesto a jugar, y se le ocurrió utilizar el infortunio del mordisco para sacar ventaja.

Al fin y al cabo en el amor y en la guerra todo valía, y él estaba dispuesto a utilizar cualquier arma que tuviera a su alcance con tal de conseguir la victoria.

Tenía por delante la dura tarea de conquistar a una mujer que al parecer había conseguido odiarle, y sabía que debía ser muy inteligente para volver a ganarse su afecto. Aunque reconocía que por haberla visto sonreír, el dolor punzante de su pierna valía la pena.

## Capítulo XVIII

**L**os sonidos del puerto a primera hora de la mañana indicaban que la ciudad rebosaba de vida por cada esquina. Cientos de olores mezclándose hasta atontar los sentidos atestiguaban la gran variedad de productos que se podían encontrar en Nueva Orleans, gran parte de ellos dispuestos a ser embarcados para su distribución por el viejo mundo.

Pero lo que más llamaba la atención nada más contemplar la ciudad, era

la gran cantidad de tonalidades bañando cada superficie que el sol tocaba. Cada pocos metros, conforme te ibas adentrando en ella, algo diferente y refrescante acudía a tu encuentro sorprendiendo al visitante, y enamorándolo como ninguna otra ciudad era capaz de hacer.

Conforme te ibas alejando del muelle podías ver cómo los edificios y casuchas del puerto eran sustituidos por barrios construidos con hermosas casas con patio, y con sus inconfundibles y enormes árboles que parecían querer rozarte con sus ramas caídas para darte su cordial bienvenida.

De todo ello fue testigo Madison una vez que, instalada en el coche de caballos y dejando un pedacito de su corazón en el “Estrella de oriente”, se alejó del muelle para dirigirse a la casa del capitán Davis.

Sentados frente a ella le acompañaban el capitán Davis, el cual no paró de hablar durante todo el trayecto sin que nadie le prestara mucha atención, y el señor Sheldon.

Este último acompañante fue toda una sorpresa, pues Madison había creído que tras su disputa en el barco y su posterior encuentro pidiéndole disculpas, éste se comportaría como un caballero y se apartaría de su camino. Pero al parecer había subestimado las ganas de hacerla ofender, y tuvo que resignarse a su compañía y a su insistente mirada fija que le ponía los vellos de punta.

Por supuesto, ella le ignoró todo lo que pudo, incluso cuando fue cojeando hasta el vehículo apoyándose en un bastón, mirándola con una mezcla de melancolía e historicidad tan descomunal, que parecía como si en vez de haber recibido un pequeño mordisco de Maco, hubiera sido atacado por una manada de leones hambrientos que casi le amputaron la pierna.

Por suerte ella pudo evitar mirarle al estar demasiado ocupada con las despedidas, y con garantizar al viejo Tom y al doctor Williams que les avisaría en caso de que necesitara su ayuda.

Y ahora, mientras el carruaje circulaba despacio por las calles demostrando toda la vida que había en ellas, Madison se maldecía por la mala suerte de tener que soportar su fingida mirada atormentada, y el escrutinio nada disimulado que de vez en cuando le hacía. Todo ello acompañado de una sonrisita irónica, que Madison deseaba arrancar de su cara con un buen

tortazo.

Tratando de contenerse, y sintiendo el picor en la palma de su mano retándola a darle bien fuerte en el rostro para borrar esa desafiante mirada, Madison se centró en observar a unos niños de color, que en una esquina llamaban la atención de los transeúntes tocando unos cajones de madera.

Los chiquillos sonreían encantados con su espectáculo, y uno de ellos, el más pequeño, realizaba un baile complicado que Madison nunca antes había visto, y que le asombraba por su dificultad y su belleza, pero sobre todo por el ruido que hacían las suelas de las botas desgastadas del niño cuando chocaban contra el suelo.

El pequeño sonreía mientras movía los pies a gran velocidad siguiendo sin problemas el frenético ritmo que marcaba la percusión, mientras algunos transeúntes se paraban a contemplarlo, animándolo a que fuera más rápido. Pero lo que más sorprendió a Madison, fue ver a hombres de color, pues en su Inglaterra natal no eran frecuentes y por eso nunca antes los había visto.

—Los utilizan para llamar la atención de los transeúntes sobre su negocio.

La voz de Aron hizo que Madison dejara de observar a los chiquillos para pasar a mirarle con aire especulativo.

—¿Utilizan? —le preguntó al no entender a qué se refería.

—Aunque han pasado más de diez años desde la guerra de secesión, el sur aún no se ha recuperado. Para la gente de color es difícil ganarse la vida, y se ven obligados a cualquier cosa con tal de conseguir dinero —le informó Aron con voz suave, como si con sus palabras no hubiera removido su mundo.

Madison volvió a contemplar a los niños que ya se encontraban a gran distancia, e intentó verlo desde la perspectiva de un trabajo agotador que usaba a los niños como cebo. Pero le fue imposible verlo de esa manera, debido a las refrescantes sonrisas infantiles y a la belleza de la imagen.

Intentó ver lo que le rodeaba con otros ojos más banales, que no se centraran en la belleza que contemplaban, pero solo conseguía observar la gran variedad de diferencias que hacía original a la ciudad, cómo las mujeres

de color que caminaban cargadas con cestas de verduras, los sonidos de risas y charlas animadas que surgían de cada esquina, y la gran cantidad de hombres que trabajaban en sus negocios y utilizaban a hombres de color de recaderos y aprendices.

Era posible que esos hombres vivieran explotados y sufriendo las injusticias de los que se creían superiores por ser de un color diferente, pero por mucho que mirara, no podía ver ese sufrimiento, tan solo podía observar a hombres trabajando en diferentes negocios, y por eso optó por callar ya que no quería parecer una boba que no sabía nada de la vida real.

Era consciente que había vivido protegida por la influencia y el dinero de su familia, pero no quería aparecer ante la mirada de Aron como una chiquilla superficial incapaz de descubrir las injusticias de la sociedad. Reconocía que nunca se había preocupado por temas políticos, pues en su mundo una muchacha no debía mostrar interés por estos asuntos, y por ello nunca le fueron inculcados esos conocimientos.

Conforme dejaron la urbe y se adentraron en los barrios periféricos, encontraron majestuosas, blancas y elegantes mansiones de estilo colonial, que rivalizaban en belleza por la cantidad de madreselva, y flores de vivos colores y robles que las rodeaban.

Toda una colección de mansiones pertenecientes a influyentes familias que llevaban años siendo los pilares de la sociedad sureña, y que rivalizaban entre sí para demostrar sus raíces más antiguas. Aunque todas ellas debían reconocer que por antigüedad, ganaba esa espectacular tierra con su fauna y su flora única.

Madison se sintió como transportada a otro mundo completamente diferente al suyo, y se dijo que nunca hubiera imaginado una belleza tan etérea en una ciudad tan emergente, donde la gran cantidad de luz, de calma y colores que rodeaban estas viejas residencias, rivalizaban con los aromas y el bullicio que reinaba en la parte más nueva del puerto.

—En cuanto me asegure de que está perfectamente instalada regresaré al Estrella de oriente —le comentó el capitán, ajeno a los pensamientos de ella—. Y no tiene que volver a agradecerme mi hospitalidad lady Madison, es mi deber como capitán y caballero velar por su seguridad.

Al escuchar decir su nombre Madison salió de su ostracismo, para darse cuenta que no había prestado atención a nada de lo que se había hablado desde que habían salido del puerto. Le agradeció al capitán sus palabras con una sonrisa esperando que no necesitara de contestación, y decidió que a partir de ahora estaría más atenta a lo que pasaba en el interior del carruaje. Al fin y al cabo era lo menos que podía hacer por su protector.

Aron no pudo dejar de contemplarla desde que se sentó frente a ella en el carruaje, pues su fascinación era contagiosa. Desde que el vehículo se puso en marcha era evidente por la expresión de su rostro que todo lo que veía era de su agrado, y que estaba disfrutando como una niña.

Aron empezó a ver la ciudad a través de sus ojos, y se maravilló al volver a verla con la misma fascinación con que lo hizo la primera vez que llegó a Nueva Orleans. De eso hacía ya unos cuantos años, pero debía reconocer que verla a su lado la hacía mucho más hermosa de lo que recordaba.

—La ciudad está dividida en diferentes barrios. La casa del capitán se encuentra en una bonita zona residencial —le comentó Aron cuando notó que ella volvía su interés a los ocupantes del vehículo.

—Así es. He creído que le gustaría ver un poco la ciudad y por eso estamos dando un rodeo —le indicó el capitán Davis con una sonrisa.

—Es usted muy amable capitán. La verdad es que estoy disfrutando del paseo —le respondió ella agradecida.

—Seguro que mi esposa estará encantada de enseñarle la ciudad mañana.

—Yo diría que le costará esperar a mañana —le dijo risueño Aron al capitán y ambos asintieron con una sonrisa en los labios. Se notaba por la forma en que hablaban de esa mujer que la apreciaban mucho, pero ante todo era evidente el amor que el capitán sentía por su esposa.

—Estoy deseando conocerla —afirmó Madison convencida de que esa mujer y ella serían amigas, pues lo poco que sabía de ella le gustaba.

—Estoy seguro de que usted enseguida conquistará el corazón de la señora Davis —le confesó Aron con una cálida mirada que la hizo hervir de calor, y le dejaba implícito un mensaje donde la acusaba de robar los corazones ajenos.

Madison no pudo evitar abanicarse con más ahínco, pues entre el sofocante calor de primavera, la mirada de Aron y el ardor que le provocaban sus palabras se estaba asfixiando.

—Mi esposa es un ángel lady Madison y estoy convencido que se harán inseparables —le dijo el capitán con una mirada que dejaba claro lo mucho que deseaba verla, y cuánto la había echado de menos.

Aunque para ser honestos ni Aron ni Madison se percataron de su comentario, al estar estos más pendientes de otros asuntos. Madison tratando de evadir la mirada de Aron que la atravesaba hasta lo más profundo de su ser, y Aron al tratar de hacerla enrojecer hasta las puntas de las orejas.

Madison se estaba poniendo tan nerviosa que estaba a punto de pedirle al cochero que parara para seguir el camino a pie, aunque se temía que el sinvergüenza del señor Sheldon le solicitaría acompañarla ofreciéndole al capitán la oportunidad de estar unos minutos a solas con su esposa. Sin lugar a dudas, el capitán, ajeno como siempre a lo que sucedía entre ellos aceptaría encantado, y entonces se vería obligada a caminar del brazo de ese insufrible hombre que la molestaría al cojear descarado, y culpándola por su incomodidad.

Resignada a seguir sufriendo su insolente mirada se propuso desafiarle, y en un ataque de rabia le plantó cara mirándolo tan fijamente como él lo estaba haciendo. Apartó de su mente cualquier tema que no fuera seguir observándolo, sin importarle parecer una desvergonzada que se atrevía a saltarse una de las mayores normas que una dama jamás debía olvidar.

Y es que era bien conocido por todos; incluso por el señor Sheldon, que una dama de noble cuna y distinguida educación jamás; bajo ningún concepto, podía mirar fijamente a un caballero a los ojos. Era primordial que las jovencitas bien intencionadas fueran recatadas y de actitud sumisa, algo que Madison no pensaba hacer en ese momento con el fin de molestar a ese petulante, y dejar bien claro que estaba dispuesta a jugar fuerte en esa guerra que ambos mantenían.

Pero lo que Madison nunca pudo adivinar, fue que Aron estuviera encantado con el reto que ella le mostraba, y le sonriera encantado con su atrevimiento. Estuvo tentada a golpearle la pierna herida para ver si también

le parecía tan gracioso, pero se contuvo en el último segundo al considerarlo una treta poco cristiana.

Claro que cuando el vehículo reguló, y las rodillas de ambos chocaron haciendo que ella diera un respingo y él sonriera con más malicia que antes, le dio igual su bondad cristiana y le golpeó la pierna que tenía más cerca.

Para su desconcierto el señor Sheldon no dio un alarido de dolor como ella creía, y solamente rebeló que había sentido el golpe al mirarla entornando los ojos. Luego, para mayor descaro hizo que el capitán mirara por la ventanilla asegurándole que había visto a un conocido, y aprovechó esta oportunidad para acercarse a ella y susurrarle:

—Ha fallado

Saber que el muy sinvergüenza se había dado cuenta de su artimaña la hizo enrojecer de cólera, aunque una pequeñísima parte de ella se sintió culpable por haber sido tan osada.

—La próxima vez no fallaré —le aseguró Madison con una dulce sonrisa que le dejó muy claro que estaba hablando en serio.

—La próxima vez le devolveré la patada —le aseguró él rotundo, mostrándole la misma sonrisa burlona de ella y asegurándole de esa manera que él tampoco mentía.

Si por ella hubiera sido le hubiera gustado cogerle el bastón y sacudirle con fuerza hasta dejarle tirado en el suelo del carruaje, para después asegurarle con total inocencia que había sido un acto reflejo al ver una araña en su cabeza. Estaba segura que él no la creería, pero al ser un caballero tendría que dejar pasar el ataque, y aparecer ante la señora Davis cojeando y con la cara magullada.

La sonrisa que apareció en su cara consiguió llamar la atención de Aron, el cual no podía parar de preguntarse qué se le habría ocurrido a esa cabecita loca. Tenerla frente a él con esa mirada maliciosa, esa sonrisa triunfal, y esa cara sonrojada le hacía sentir una urgencia por besarla que cada vez le costaba más resistir, pues verla desafiante ante él sin apartar su mirada de la suya, le estaba haciendo hervir la sangre como ninguna otra mujer lo había conseguido.

Estaba convencido de que si no llegaban a la casa del capitán en escasos minutos se lanzaría sobre ella para besarla con premura, hasta borrarle de ese rostro enrojecido todo atisbo de sonrisa y retozar con ella por el suelo del vehículo.

Algo que sin duda no complacería al capitán, y enfadaría muchísimo a Madison al tener que aparecer ante Susan con el cabello alborotado, la cara del más puro color carmesí, las ropas completamente arrugadas, y un rictus de enfado en su boca magullada por sus cálidos besos. Toda una visión que a Aron cada vez se le antojaba más apetecible.

Tanto que en cualquier momento sus pantalones podrían reventar debido a su excitación, y que conseguiría una cojera sincera pues su inflamada virilidad le impediría caminar con normalidad.

Para alivio de todos, el carruaje se detuvo ante la entrada de la gran casa del capitán, justo cuando el ambiente se sentía cada vez más cargado. Según parecía el vehículo resultaba demasiado pequeño para mantener en su interior a dos personas que no cesaban de desafiarse, y que conseguían elevar la temperatura solo con sus miradas.

Madison no pudo resistirse a apartar su mirada de la de Aron para contemplar la vivienda de dos plantas que se alzaba ante ella, y reconoció que aunque no era la clase de mansión a la que estaba acostumbrada, su presencia la dejó sin palabras a causa de su belleza.

La casa era de gran tamaño y de estilo colonial como muchas otras que Madison había visto hasta el momento. En su frontal se erguían dos columnas majestuosas que daban la bienvenida custodiando la entrada, y hacía que su apariencia fuera más elegante.

La vivienda era blanca excepto en las ventanas y balcones de ambos pisos que eran de un color ocre, y en la puerta acristalada de la entrada que era de madera de roble.

Estaba rodeada de flores de innumerables colores y formas que se extendían desde la fachada hasta la entrada formando un coqueto jardín, que el visitante debía cruzar al adentrarse por un camino que lo dividía en dos y conducía directamente a la entrada.

Cipreses perezosos milenarios dejaban mecer sus ramas al viento



ofreciendo su trágico cántico a quien quisiera escucharlo, pues parecía que sus ramas lloraban por algo pasado hacía cientos de años.

Ante los ojos asombrados de Madison se erguía una auténtica casa con alma, y no las viejas mansiones a las que estaba acostumbrada de su Inglaterra. Si bien en su tierra sus propiedades poseían una clase y distinción que no se veía en Nueva Orleans, también era cierto que a este lado del océano las casas parecían poseer vida propia, y te susurraban palabras de amor que eran conducidas por la brisa hasta alcanzar el Mississippi.

Encantada con la visión que tenía ante ella, Madison se bajó del coche y se dejó conducir del brazo del capitán, el cual caminaba a paso ligero deseoso de ver a su esposa. Fue entonces, cuando estaban a escasos metros de distancia, cuando se dio cuenta que se encontraba frente a un hogar donde el amor de sus residentes le ofrecía esa alma romántica a la casa.

—Bienvenida a mi refugio —le dijo el capitán risueño, confirmando las sospechas de Madison de que ese domicilio era mucho más que cuatro paredes.

No habían dado ni dos pasos frente a la puerta de entrada cuando ésta se abrió, y apareció ante ellos un hombre entrado en años de porte regio y expresión seria. Erguido como un militar se colocó a un lado de la puerta para dejarles espacio y gritar a pleno pulmón:

—¡Capitán a bordo! ¡Todos a cubierta!

Madison se extrañó ante este recibimiento, hasta que vio la sonrisa del capitán Davis y comprendió que su mayordomo debió pertenecer a su tripulación, y al pobre hombre le era difícil olvidar su vida a bordo de un barco. Sin poder contenerse sonrió ante éste recibimiento tan original, y se imaginó la cara que pondrían sus conocidos en Londres si fuesen recibidos de semejante manera.

No pudo remediar fijarse en la elegante sencillez de la vivienda, donde la luz jugaba una importancia vital pues resultaba obvio que todo estaba pensado para impedir que el calor atravesara la puerta. El olor a cera de abeja y a aire perfumado proveniente de las gardenias blancas que rodeaban la casa; y ahora adornaban expuestas en exquisitos jarrones, te hacían sentir como en medio de un campo rebosante de frescura y flores frescas.

Desde su posición podía ver frente a ella una magnífica escalera de mármol que se erguía solemne, y a su izquierda un espacioso salón con muebles de nogal estilo reina Ana. Estaba tan absorta en su contemplación que se sobresaltó cuando escuchó a su lado la voz del capitán, y sintió tras ella la presencia del señor Sheldon.

—Smithson, ¿está mi esposa en casa? —le preguntó al mayordomo nada más entrar, dejando bien claro las enormes ganas que tenía de verla.

Cuando el señor Smithson se disponía a contestarle mientras se hacía cargo del sombrero de su patrón, se escuchó la cantarina voz de una mujer que decía:

—¡Aquí estoy, moncheri!

La etérea silueta de una mujer apareció ante los ojos de Madison, quedándose maravillada ante la visión de una esbelta dama que bajaba las escaleras de mármol blanco con la elegancia de un cisne. Se notaba por su pose y paso grácil que poseía el refinamiento de una clase social privilegiada, y se preguntó cómo una mujer tan refinada acabó casada con un capitán de barco.

Aunque al ver en ambos el amor con que se miraban, y cómo el capitán fue a su encuentro para abrazarla, resultó evidente que su matrimonio no había sido concertado. Un amor capaz de convertir una casa en un hogar y un regio capitán en un hombre apasionado, no podía ser producto de un acuerdo sino fruto de una pasión desenfrenada.

Olvidándose de todo el protocolo, el capitán no pudo resistirse a acercarse a su esposa para abrazarla, y sin conformarse con solo tenerla entre sus brazos la besó uniendo sus labios con una mezcla de excitación y ternura que conmovió a Madison, y más al darse cuenta que para ellos el resto del mundo simplemente había desaparecido

Cuando el matrimonio dio por terminado su cariñoso saludo se quedaron unos segundos mirándose, como si trataran de averiguar en sus rasgos todo aquello que les había sucedido desde que se habían separado. El capitán Davis no pudo resistirse a acariciar su cara con suavidad, para después bajar al vientre de esta y pasarle la mano con cariño.

Entre el matrimonio no hizo falta ninguna palabra para saber lo que el

otro preguntaba, pues se encontraban a un nivel de comunicación superior, donde con un solo gesto o una mirada se podían decir todo lo que sus corazones pretendían saber.

Madison se sintió una entrometida al estar presenciando una muestra tan clara de devoción, y solo pudo apartar la mirada para darles cierta privacidad. Fue entonces cuando Aron se colocó a su lado, y apenas en un susurro le habló.

—Ahora sabe por qué no suelo instalarme en esta casa cuando vengo a Nueva Orleans.

—Pero lo ha hecho en esta ocasión —no pudo evitar recriminarle.

—Es cierto, pero solo porque usted me acompaña. De lo contrario puedo asegurarle que ser el tercero es de lo más incómodo.

Madison no pudo reprocharle que estuviera exagerando, pues era cierto que convivir con una pareja tan cercana y tan dada a demostrar sus afectos debía resultar algo incómodo. Sobre todo para alguien como Madison, que no estaba acostumbrada a ninguna muestra de cariño, ya fuera por su familia o su baboso prometido.

—Pero no se preocupe, me ocuparé personalmente de que no se aburra mientras esté en la ciudad —le dijo Aron sonriéndole con cierto grado de malicia, que hizo recordarle que era su enemigo.

Por un momento había conseguido olvidarlo al ver en él algo cercano y agradable, pero como siempre tuvo que estropearlo al soltar uno de sus insufribles comentarios de conquistador.

—Muy amable por su parte señor Sheldon, pero estoy segura que encontraré a un buen número de caballeros, que gustosos ocuparían su puesto.

El brillo travieso de Aron murió en el mismo instante en que escuchó esas palabras, transformando su mirada petulante en otra severa. Por suerte, cuando éste se disponía a replicarle, la señora Davis se percató de su presencia y se dirigió hacia ellos sonriéndoles.

—¡Pero mira qué nos ha traído la marea! —dijo ella acercándose a Aron y extendiendo sus manos para que éste las recibiera.

Aron correspondió a su saludo soltando una carcajada y recibió a su anfitriona cogiéndola de las manos, para después quedársele mirando de arriba a abajo como si fuera un hermano.

—¡Susan!, estás maravillosa! —le indicó mientras le besaba las manos.

—Y tú eres un mentiroso maravilloso, pero me hace tanta ilusión volver a verte que te perdono.

Se notaba por el sonrojo de la mujer que estaba encantada de la visita de su viejo amigo, haciendo que su luz interior brillara con más fuerza y se viera aún más hermosa.

A Madison la apariencia de Susan enseguida le recordó a la de su amiga Jane, al ser ambas rubias, pálidas, pequeñas y de dulce mirada que combinaba muy bien con su vestido celeste claro. Solo que Susan poseía un aire maternal y maduro que no ostentaba su amiga, y el color miel de los ojos de Susan la hacían más irreal. Por no hablar de un extraño encanto que la hacía única e incomparable, quizás debido a sus raíces sureñas.

—Querida, tenemos una invitada —le dijo Davis a su esposa, notándose algo impaciente por presentarla.

Madison se hallaba contemplándolo todo encantada, ya que nunca antes había estado en un ambiente tan falto de etiqueta. Era evidente que los tres mantenían una estrecha amistad, y por eso sus muestras de cariño eran respetuosas y sinceras.

De pronto Madison se sintió como una entrometida que lo observaba todo desde la distancia, pues estaba acostumbrada a un refinamiento y un comportamiento más sofisticado, y temía que su anfitriona la considerara una snob. O por lo menos eso pensó hasta que Susan se giró para mirarla, y en ella vio un destello de diversión y amabilidad que la relajó.

—Moncheri perdone mi falta de educación, pero hace tanto que no veía a mi buen amigo Aron que me he dejado llevar por la emoción —y acercándose a Madison le susurró a modo de confidencia como si fueran íntimas amigas—. Debe de ser el embarazo, me paso el día deseando abrazar a todo el mundo.

Las dos mujeres se echaron a reír, e inmediatamente Madison supo que

ambas eran almas afines. Se dio cuenta de que ella también era espontánea y dada a saltarse las normas de etiqueta, y que como ella prefería los encuentros frívolos a los formales.

—Ahora que estoy yo aquí no tendrás la necesidad de buscar a nadie más para abrazar —señaló el capitán sin atisbo de sonrisa en su rostro, y agarrando a su esposa por su talle para acercarla a él de forma posesiva.

—¡Oh moncheri!, estás adorable cuando te pones celoso —le dijo Susan al mismo tiempo que le acariciaba la cara relajando con ello la expresión de su esposo.

Aron se vio forzado a carraspear para sacar de su perturbación a Davis, pues éste al tener cerca a su esposa se le había olvidado que estaba a punto de presentar a su invitada. Por suerte el capitán supo reaccionar a tiempo, y soltando un poco el agarre de su esposa pasó a hacer las presentaciones.

—Susan te presento a lady Madison. Es la hija de los condes de Wyonick y la he invitado a pasar una temporada con nosotros.

La expresión de Susan pasó de sonriente a incrédula, para después contemplar a Madison como si fuese un ser místico salido de un cuento de hadas.

—Oh mondieu! Perdone mi falta de modales milady. No estamos acostumbrados en esta casa a recibir a personas tan distinguidas —le dijo Susan mientras le hacía una pequeña reverencia, pues su embarazo le impedía inclinarse más, pero no fue excusa para que sus movimientos dejaran de ser gráciles.

—Por favor señora Davis, no hace falta seguir la etiqueta cuando estamos entre amigos —y acercándose a ella como Susan había hecho antes le susurró al oído—. Además prefiero que me llame Madison.

No fue necesario decir nada más, pues en el acto Susan se soltó de su marido y se colocó al lado de Madison cogiéndola del brazo, y tirando de ella hacia las escaleras.

—En ese caso mon petit le enseñaré su habitación para que pueda refrescarse y descansar un rato si así lo desea.

Sin más ambas mujeres se alejaron escaleras arriba dejando a los dos

hombres perplejos, pues habían sido ignorados por completo. Aron se acercó a Davis divertido, pues conocía muy bien el espíritu amable de Susan y la forma de ser espontánea de Madison, y sabía que ambas encajarían desde el principio.

—Me parece capitán que te han dejado en tierra —señaló Aron mientras las veía alejarse y charlaban como si fueran íntimas.

—Eso me temo —soltó resignado aunque feliz de ver a su esposa tan entusiasmada—. Sólo espero que no le dure mucho su arrebató y se dé cuenta que tiene a su marido en casa.

—Y a su invitado. Recuerda que tampoco se ha acordado de mí.

Ambos hombres sonrieron y se encaminaron al despacho para brindar a la salud de la dulce y olvidadiza anfitriona.

## Capítulo XIX

**M**adison fue conducida escaleras arriba hasta una amplia galería, decorada con el mismo gusto que las estancias de la planta primera, donde el aroma a gardenias también perduraba en toda su longitud. Pero además podían verse a ambos lados del corredor hermosos cuadros de diferentes motivos, aunque sobresalían los retratos que debían pertenecer a sus antepasados y que colgaban orgullosos de sus paredes.

No se trataba de la opulencia a la que ella estaba acostumbrada, pero era indudable la riqueza y el refinamiento de las piezas. Madison se dio cuenta por la amplitud de la casa, por el número considerable de habitaciones, y por la cantidad de sirvientes que se veían de un lado a otro descargando los baúles y llevándolos a los aposentos, que la familia Davis pertenecía a una clase pudiente.

De pronto Madison se paró ante el retrato de una mujer que por su pose regio le recordó a su madre, aunque la mirada de esta dama poseía una dulzura que evocaba a la de Susan, pues sus rostros eran prácticamente idénticos en la forma de la nariz, de la boca y en los pómulos alzados. Un parecido que indicaba que dicha dama debía de ser un antepasado de su anfitriona.

—Era mi abuela Claudette —la informó Susan mirando con orgullo el retrato—. Dicen que me parezco mucho a ella, aunque por suerte mi genio alegre y desenfadado lo heredé de mi madre. De lo contrario no creo que mi pobre Henry me soportara.

Ambas mujeres sonrieron y siguieron caminando despacio por el pasillo mientras conversaban.

—Mi abuela desciende del fundador de la ciudad Jean Bautiste Lemoyne, por eso tenemos cierta relevancia en la ciudad y somos invitados a todos los actos sociales —de pronto Susan se paró y miró a Madison seriamente—. No crea que se lo digo para darme importancia, se lo he comentado para que comprenda que podré facilitarle invitaciones que considere de su agrado.

—Estoy convencida de que mi estancia en Nueva Orleans será muy emocionante, y le agradezco que piense en mi entretenimiento. Pero no debe preocuparse en que la considere una prepotente, pues de donde procedo es lo más normal presumir del abolengo familiar.

—Debo confesarle que aquí es un deporte que se practica a todas horas. De hecho si alguien pasara más de quince minutos sin mencionar a algún antepasado de su familia, se le consideraría un traidor desarraigado.

Madison no pudo evitar soltar una carcajada que fue acompañada por su nueva amiga.

—Debe de ser algo explícito en la condición humana, pues al parecer se practica en todo el mundo —comentó Madison aun risueña y encantada con el aire desenfadado de la conversación.

Susan sonrió encantada por el comentario de Madison, y continuaron su camino por el pasillo hasta llegar a la recámara que ocuparía, al mismo tiempo que seguían conversando.



—Y dígame señora Davis, ¿es común en Nueva Orleans usar nombres franceses? —preguntó sin percatarse de su ignorancia, y entrando a un cuarto espacioso, fresco y de un color blanco bañado con cientos de detalles de rosas rojas y asalmonadas como la colcha o la silla de su tocador.

—Oh no! No son muy comunes, al haber pasado tanto tiempo desde que se fundó la ciudad; por el año de nuestro señor de mil setecientos diecisiete, aunque en sus comienzos muchos franceses se instalaron en estas tierras al tratarse de una colonia de su país. Pero ahora, solo los criollos o descendientes de los emigrantes franceses los mantienen.

Entrando en su cuarto Madison se quedó encantada con la decoración detallista pero de buen gusto de su recámara, y miraba encantada cómo las doncellas terminaban de acomodar sus escasas pertenencias.

—¿Se preguntará por qué entonces mi nombre es Susan si provengo de criollos? —expuso ésta, a lo que Madison simplemente asintió.

—Mi padre no siguió la costumbre de casarse con una criolla de pura sangre al enamorarse de una americana. —Al ver en interés en los ojos de Madison continuó hablando—. Mi madre era una hermosa mujer y la única hija de un próspero comerciante, aunque por desgracia no poseía ni una pizca de sangre criolla.

»Por ello mis padres mantuvieron la relación en secreto, pues ambos sabían que ésta no sería bien vista por mis abuelos que tenían una mentalidad anticuada. Ellos querían casarle con la hija mimada de un rico terrateniente que era dueño de la plantación vecina. Pero llegado el momento mi padre reveló que estaba enamorado de mi madre, y amenazó con fugarse para casarse con ella si mis abuelos se oponían al matrimonio.

—¿Y qué pasó? —preguntó emocionada Madison mientras las doncellas salían del dormitorio dejándolas solas.

—Como se podrá imaginar mis abuelos se opusieron a la boda, y mis padres se fugaron cruzando el Mississippi y casándose en secreto.

—Debió de ser toda una aventura.

—Sí, sobre todo cuando a los nueve meses nació yo.

Ambas mujeres se rieron y Susan se acomodó en el asiento del tocador

ya que debido a su embarazo de seis meses no aguantaba tanto tiempo de pie. Aunque su barriga no fuera tan abultada como cabría esperarse en una embarazada con ese tiempo de gestación.

Madison por el contrario se quedó de pie frente a ella maravillada por la mujer, la acogedora habitación y por la historia que estaba escuchando. Sin lugar a dudas había echado mucho de menos una mujer a bordo con quien hablar de trivialidades, y con quien compartir los innumerables pensamientos que venían a su cabeza pero que un hombre no comprendería.

Encantada con su cambio de situación, siguió escuchando encantada la fascinante historia de su anfitriona.

—Mi padre me puso Susan por mi madre y mi abuela nunca se lo perdonó. Creo que lo que más enfadó a mi abuela fue que no me pusieran un nombre francés. Aunque también le molestó que siguiera los pasos de mi madre.

—¿Qué quiere decir? —preguntó completamente abstraída con la historia.

—Conocí a un guapo capitán de barco llamado Henry Davis cuando acompañé en uno de sus viajes a mis padres por Europa, y me enamoré de él sin remedio. Por suerte ese maravilloso hombre también se enamoró de mí y decidimos casarnos.

—Me imagino que su abuela quería que se casara con un criollo.

—A sí es, pero en mi caso mis padres no se opusieron a la boda, y mi abuela tuvo que consentir, aunque cada vez que ve a Henry le mira ceñuda.

Ambas rieron al imaginar a la anciana mujer mirando con desagrado al bonachón del capitán Davis. Madison no podía figurarse cómo un hombre tan atento, atractivo, bondadoso y caballeroso podía desagradar a la dama. Además por la opulencia de la casa se notaba que era un individuo con recursos económicos, por lo que debería considerarse un buen partido. Aunque si la abuela de la señora Davis se parecía a su madre, estaba segura que hubiera preferido para su nieta a un rico terrateniente.

—Henry dice que si es niña la llamaremos Claudette. Espera de esa manera ganarse la simpatía de mi abuela, para que deje de mirarle como si

fuera un criminal que acaba de robarle a su nieta —afirmó Susan mientras de forma distraída acariciaba su barriga y sonreía.

Se veía tanto amor en ese gesto, que Madison sintió envidia al no saber qué se sentía al llevar una vida en su vientre.

—¿Y su abuelo qué piensa de todo esto?

—Él murió antes de que conociera a Henry —declaró Susan en un tono de voz mucho más suave y sentimental—. Justo dos años antes de que me casara. Por desgracia prácticamente un año después de la boda mis padres murieron en uno de sus viajes por mar, y mi familia quedó reducida a mi abuela y a mi esposo —y nada más decirlo un espeso silencio cayó sobre la habitación entristeciéndola.

Madison se quedó petrificada al enterarse de la noticia, y lamentó haber hecho la pregunta pues se notaba que a Susan le dolía su pérdida. Ella no sabía lo que significaba una pérdida semejante pues apenas se acordaba de sus abuelos y sus padres aún vivían, pero comprendía que el dolor de su pérdida habría sido muy intenso para ella.

—Susan lo lamento, no debí preguntar...

—Tranquila —le dijo sonriéndole mientras se le acercaba y la cogía de las manos—. Fue muy duro en su momento y nunca podré olvidarles, pero ellos no querían que les siguiera llorando. Ahora trato de no conmoverme con su recuerdo, pero el embarazo me hace más sensible y consigue que llore hasta cuando se me acaban las galletas.

Madison no pudo evitar sonreír y apretar con fuerza sus manos. Cuanto más conocía a esa mujer más le gustaba, pues era evidente su bondad y su espíritu generoso y sincero. Cada vez estaba más convencida de su suerte al confundirse de barco, y al haber encontrado unas personas tan maravillosas que estaban dispuestas a ayudarla. Se sentía tan feliz que incluso se atrevía a incluir en el lote al señor Sheldon aunque éste se empeñara en hacerle la vida imposible.

—Te entiendo perfectamente—le confesó sonriendo para tratar de apartar su pena—. Yo lloro cada vez que me quedo sin bombones y no estoy embarazada.

Ambas rieron encantadas y se miraron con cariño al ver en la otra una aliada para sus confidencias. Madison intuyó por la expresión de regocijo en el rostro de Susan que ella también necesitaba de una amiga, y se alegró de traer un poco de felicidad a su casa. Al fin y al cabo era lo menos que podía hacer por unos anfitriones tan hospitalarios.

—Madison, no te imaginas cuánto me alegro que te quedes con nosotros —le indicó Susan como si le hubiera leído el pensamiento.

—El placer es mío.

Fue entonces cuando Susan se dio cuenta de un detalle y se llevó una mano a la boca.

—MonDieu! Estoy siendo una anfitriona horrible. Yo aquí de cháchara mientras debe de estar acalorada y exhausta —le dijo alterada, y se dirigió al otro extremo de la habitación, donde al lado de la cabecera de la cama podía verse un cordel.

—Por favor Susan, no se sienta mal por ello. Después de pasarme dos semanas en un barco rodeada de hombres, es un alivio conversar con otra mujer de temas que no tengan nada que ver con aparejos ni cabos —trató de apaciguarla, pues no quería que por su culpa sintiera molestias en el embarazo. Al fin y al cabo lo único que ella sabía de estos temas era que las mujeres en ese estado eran muy sensibles, y que no era decente ser vistas en público.

—Debes contarme tu historia —le dijo mientras tiraba del cordel del lateral de la cama para llamar a una criada—. Seguro que debe ser tan entretenida como la mía.

Susan decidida y animosa se acercó a Madison y la instó a que se sentara a su lado en la cama. Se veía que Susan estaba muy intrigada por saber cómo una lady inglesa había aparecido ante la puerta de su casa, y sobre todo acompañada de un Aron que parecía muy interesado en ella.

—No hay mucho que contar. Mis padres estaban preocupados porque no me decidía a contraer matrimonio y decidieron por mí —empezó a contar cuando fue interrumpida por una criada mulata.

—Deseaba algo la señora.

—Juliette ocúpate de que le preparen un baño a milady. Y desde este momento serás tú quien atienda a nuestra invitada.

Los ojos como platos de la bella mulata indicaban claramente su sorpresa ante el honor de atender a la distinguida dama, y Madison se imaginó que no estarían muy acostumbrados a recibir visitantes con título en esa casa. Pero lo que Madison no sabía es que era muy poco frecuente encontrarse a una lady por esas tierras sureñas, y menos aún, a una soltera que venía a pasar una temporada.

Susan sabía que en cuanto la noticia fuera del dominio público las invitaciones a toda clase de actos lloverían a diario. Sólo lamentaba que al estar en su estado no podría acompañarla a muchos de ellos, y tendría que quedarse en casa para recibir a las más curiosas perdiéndose la oportunidad de disfrutar de ser la acompañante de una lady.

Madison por otra parte estaba conmovida al ver a la hermosa mujer que iba a ser su doncella, pues nunca antes había contemplado de cerca a alguien que tuviera un tono de piel tan llamativo y bello. Siempre había pensado que la palidez en una dama denotaba belleza y elegancia, pero ahora que veía el grado de exotismo que daba el color a la piel le parecía que tomar un poco de color en las mejillas le favorecería.

La mujer, de unos treinta años, con la piel del color del caramelo y unos profundos ojos negros, poseía una belleza que Madison nunca antes había visto, aunque vistiera un uniforme de color crema y delantal blanco. Sin lugar a dudas su actual doncella había captado la atención de Madison del mismo modo que ella, como lady, había captado la atención de Juliette.

—Pero cuéntame monpetit ¿cómo acabaste en el barco de mi marido? —preguntó Susan ajena a cómo las dos mujeres se miraban. Por suerte la doncella se retiró discretamente y Madison volvió a la realidad.

Madison tuvo que esforzarse por recordar hasta dónde le había contado, y decidió omitir las veces que había implorado a sus padres para que no la casaran e ir directamente al día de su boda.

—Mis padres escogieron a un duque para que me casara con él —los ojos agrandados y fijos en ella le indicaban que Susan estaba aturdida por la noticia.

—¿Un duque? —no pudo evitar interrumpir.

—Sí, Frederick Denford-York III, duque de Clanster, un hombre viejo y baboso que podría ser mi abuelo.

La reacción de Susan fue echarse a reír a carcajadas dejando atónita a Madison.

—Perdóname monpetit, pero cuando has dicho su nombre me imaginaba a un guapo caballero que le robaría el corazón a cualquier doncella.

—Es posible que en otro tiempo lo hubiera hecho, pero no creo que su cara de bobo le hiciera merecedor de muchos favores femeninos.

—¿Tal vez el siglo pasado? —preguntó divertida y tratando de contener la risa—. Lo digo por su edad.

—Entonces yo diría que más bien debió suceder en la edad media —le contestó Madison para provocarla y ambas comenzaron a reírse a carcajadas.

Cuando se hubieron calmado Madison siguió con su relato, pues sabía que Susan se moría de ganas de que continuara contándole cómo había acabado en el barco.

—Como no podía casarme con el hombre que mis padres me habían elegido, el día de la boda conseguí escapar por una ventana trasera con la ayuda de una amiga y mi tía Henrietta. Creí que todo estaba preparado, y que solo tenía que ir al puerto para embarcarme, pero por error acabé en el “Estrella de oriente”.

—¿Por error? —Quiso saber Susan pues ahora era ella la que estaba cada vez más cautivada por la historia.

—Me confundí de barco —afirmó encogiéndose de hombros y consiguiendo que su anfitriona se echara a reír de nuevo.

Madison no tardó mucho en acompañarla pues debía reconocer que si a ella le contaran semejante anécdota también se reiría. De hecho, ahora que sabía que todo podía solucionarse como ella pretendía, empezaba a ver la gracia de todo éste asunto y comenzaba a tomarse las cosas con más calma.

—Tu historia va a causar furor —le aseguró Susan una vez que la risa le permitió hablar.

—No, por favor Susan, no quiero que nadie lo sepa —le suplicó Madison—. Mis padres no saben dónde me encuentro, y temo que si me localizan tan pronto, me harán regresar para casarme con ese hombre tan espantoso.

—Entonces no te preocupes, yo no diré nada y hablaré con Henry para que él también guarde tu secreto.

El alivio de Madison fue evidente y Susan se juró que guardaría el secreto de la muchacha, y la ayudaría en todo lo que pudiera. Aunque mantener oculta su presencia sería imposible en una ciudad tan cerrada al cotilleo.

Pero Madison ya se había formado un plan en la cabeza nada más darse cuenta de la bondad de Susan, y estaba segura que podría contar con su ayuda. Sabiendo que se encontraba ante un momento inmejorable para contarle su idea tomó aire, y se preparó para dejar el último cabo atado de toda esta historia. Sólo entonces podría respirar tranquila, y sabiendo que podría permanecer en esa hermosa tierra sin problemas.

—Hay otra cosa que me gustaría pedirte —le comentó recelosa pues no sabía cómo sería acogida su petición, pero para su alivio Susan le apretó la mano para animarla a hablar.

—Adelante Cheri —le dijo con una sonrisa.

—Si no fuera mucha molestia, ¿podría presentarme como una vieja amiga del continente que ha venido de visita? He pensado que debido a su estado, podría decir que he llegado con la intención de acompañarla en estos meses de tedio.

Madison sabía que era algo frecuente que una mujer embarazada recibiera la visita de algún familiar o una amiga en los últimos meses de gestación, para acompañar a la futura madre al no poder salir a la calle y ser el aburrimiento su mayor enemigo.

Contaba con que Susan acogiera de buen grado su idea, y de ese modo tendría la excusa perfecta para aclarar cómo había viajado en el barco del capitán Davis. Para todos sería lógico que al tratarse del esposo de su amiga ella viajara con él, pues de esa manera se garantizaba su seguridad.

Teniendo en cuenta que nadie debía saber jamás que ellos nunca se

habían conocido, la idea le daba también la oportunidad de explicar el por qué se alojaba en el hogar de los Davis.

Además era también la manera perfecta para plantarles cara a sus padres, pues éstos no querían que la noticia de su boda fallida y su posterior partida de Inglaterra trascendiera fuera de las fronteras, al menos por un tiempo.

Madison podría aferrarse a la idea de que había dado su palabra de permanecer junto a su amiga hasta después del parto, y si sus padres no querían levantar sospechas en el nuevo continente no podrían obligarla a volver a su hogar hasta buscar una buena excusa que no pudiera rechazar. Como era el caso de alguna muerte en la familia., pues sólo entonces ella se pensaría su regreso anticipado.

Susan por el contrario se la quedó mirando como si no creyera lo que acababa de escuchar, y Madison temió haberse precipitado con su petición. Quizás los Davis no querían enfrentarse a los Wyonick, y la obligaran a volver a Londres en el primer barco que saliera del puerto como en un principio le había indicado el capitán. Pero para su alivio la causa de su silencio fue otro, y su contestación resultó de lo más efusiva y complaciente.

—¿Me estás pidiendo que presente a la hija de unos condes como una vieja amiga? —Le preguntó incrédula, ante lo cual Madison respondió con un ligero movimiento de cabeza— ¡Estaría encantada! De hecho seré la envidia de la ciudad al tener unas amistades tan ilustres.

Mirándola con cariño y demostrando su entusiasmo con una profunda sonrisa, Susan continuó diciendo:

—Además, es cierto que somos amigas ¿no? —señaló guiñándola un ojo y haciendo que ambas se rieran.

Madison no pudo hacer otra cosa más que suspirar de alivio, aunque le hubiera gustado chillar de alegría al haber encontrado la solución perfecta a sus problemas. Había conseguido huir de la iglesia y del país sin complicaciones, y ahora había encontrado un refugio seguro en donde permanecer hasta pasados unos meses. No debía preocuparse por encontrar un alojamiento o un trabajo para cuando el dinero se agotara, y además había encontrado una amiga con quien compartir sus pesares.

Una suerte de acontecimientos que por desgracia no podía revelar a su tía



Henrietta ni a su amiga Jane, por miedo a ser encontrada antes de tiempo a causa de un descuido. Sabía que tarde o temprano sus padres darían con ella, y por ello cuanto más tardaran en encontrarla mejor sería para ella. Los meses debían correr a su favor para que el olvido de su fuga se aplacara en Londres, y mientras ella disfrutaría de su viaje a Nueva Orleans y de su nueva amiga.

En ese momento escucharon como llamaban a la puerta, y entraron en la habitación dos hombres de color que traían la bañera para que Madison se refrescara, acompañados de dos criadas portando cubos de agua fría y de Juliette que les iba ordenando qué hacer.

Sabiendo que el tiempo para hablar se había acabado por el momento, no les quedó más remedio que despedirse. Por ello Susan se levantó de la cama y se dirigió a la puerta para que Madison se preparara con privacidad, aprovechando también ella para refrescarse y descansar hasta que llegara la cena.

—Te dejó Cheri para que te relajes. Te recuerdo que la cena se servirá a las siete en el comedor principal. Si necesitas algo pídeselo a Juliette y ella se hará cargo de todo.

Madison simplemente asintió ya que de pronto las ganas de refrescarse y de descansar se habían impuesto ante cualquier otro deseo. Algo que también reflejaba el rostro de Susan.

Pero cuando parecía que ésta se iba a marchar sin mediar más palabra se volvió para contemplar a Madison, y mostrándole una mirada picara le dijo:

—Dejaremos para otra ocasión tu relato de cómo conseguiste cautivar a Aron.

La cara de sorpresa que puso Madison divirtió mucho a Susan, pues no pudo dejar de sonreír mientras la escuchaba defenderse diciendo:

—Yo no he cautivado al señor Sheldon. De hecho nos odiamos — aseguró categórica para que Susan no tuviera ninguna duda.

—Bonnefille, si piensas que Aron te odia es que no conoces nada de los hombres —y cuando estaba a punto de retirarse y cerrar la puerta le aseguró—. Y si crees que tú también le odias es que no tienes ni idea de lo que es el amor. ¡Te lo dice una mujer con sangre francesa moncheri!

Y así Susan dejó a una Madison desconcertada, pues le parecía inverosímil que en pocos minutos Susan se hubiera dado cuenta que estaba enamorada del señor Sheldon, cuando ni ella misma estaba segura de qué era ese sentimiento que albergaba por él al no desear darle nombre.

Aunque más increíble resultaba que creyera que Aron estaba cautivado por ella, cuando era evidente que dicho caballero solo deseaba seducirla como a una más de sus anteriores conquistas.

Su mente no podía pensar en otra cosa que no fuera qué habría dicho para que Susan pensara tal cosa de ellos, pues creía que había sido muy discreta con sus miradas, y el señor Sheldon no había mostrado un comportamiento inadecuado delante de su anfitriona. O por lo menos ella no lo había notado.

De hecho estaba tan absorta en sus cavilaciones que dejó a Juliette el cuidado de sus vestidos para que tuviera uno presentable para la cena, y comenzó a desvestirse cuando se quedaron a solas.

Tratando de recordar algo que él hubiera dicho, rememoró con anhelo cómo éste se inclinó para susurrarle al oído en el carruaje, o cómo sus rodillas se chocaron en alguna ocasión cuando el carruaje giraba.

Con una sonrisa nacida de este último pensamiento, Madison se dispuso a tomar un baño de agua fría, esperando que la temperatura de su cuerpo y de su corazón descendiera, pues el recuerdo de su roce la hizo calentarse hasta hacerla hervir de pasión.

Sin lugar a dudas ante ella se presentaba una dura prueba, al tener que convivir junto a un hombre que causaba estragos en su juicio y en su cuerpo con solo evocarlo.

## Capítulo XX

Completamente relajada y fresca como las flores que desde su ventana se veían, Madison se miró en el espejo comprobando que cada rizo estuviera en su sitio. Sentada recatadamente en su tocador no podía dejar de admirar la gracia con que sus cabellos caían en cascada por su espalda, en un peinado que dejaría maravillada hasta la más exigente de sus conocidas.

—Está usted perfecta milady —le dijo Juliette sonriendo mientras terminaba de colocar la última tira de terciopelo esmeralda en su negro cabello, para decorarlo y mantener la abundancia de rizos en su sitio—. Aunque le aconsejo que se compre ropa más ligera o acabará desmayada a

causa del calor.

—Tienes razón Juliette. No he venido preparada para este calor tan sofocante.

Madison no agregó más al comentario como tampoco lo hizo su doncella, aunque era evidente que ambas callaron de forma prudente, que sus escasos vestidos no eran apropiados para el calor de Nueva Orleans en primavera, ni para la hija de unos condes de gran fortuna y renombre.

Algo lógico si el equipaje fue pensado para pasar una temporada en la fría Irlanda, además de tener en cuenta que debían ser escasos para que los llevara cómodamente en una maleta, y discretos para no llamar demasiado la atención al refugiarse en el campo.

Resignada suspiró recordando sus vestidos de ligera muselina y seda que la esperaban en Londres, y deseó poder tener para esa noche uno que la realizara y la hiciera sentirse bella. Que el señor Sheldon fuera a estar presente en la velada nada tenía que ver con este deseo, aunque una vocecita en su interior la llamaba mentirosa cada vez que negaba que él fuera el motivo de semejante anhelo.

Decidió que en la cena le pediría a Susan que la acompañara al día siguiente a ir de compras, pues era necesario abastecerse de nuevo vestuario si su anfitriona pretendía presentarla a todos sus conocidos.

Por supuesto también sería una estrategia para ganar la guerra, y dejar al pobre señor Sheldon con la boca abierta y lamentando su mala suerte.

Mucho más animada sonrió encantada con el resultado del peinado, pues le daba al conjunto de su vestimenta un aire mucho más sofisticado. Juliette había aprovechado mientras Madison descansaba para transformar el vestido verde que tantas veces había llevado en el barco para la cena, acortando las mangas y modificando el cuello para que éste estuviera abierto de forma coqueta y resultara más fresco. El resultado había sido que el vestido parecía otro, no solo por los cambios realizados en él, sino también al ser acompañado con el complejo peinado.

Mirándose encantada en el espejo Madison le dijo a la doncella:

—Tienes una mano exquisita con la aguja y los peinados, ¿dónde

aprendiste? —le preguntó fascinada con esa mujer que desde que entró en su recámara le sonreía, y que parecía disfrutar de las cosas menos importantes como peinarla.

—En el burdel de madame Lefevre —dijo sin más, hasta que se percató que Madison se había quedado paralizada. Entonces, sin perder la sonrisa le contó su historia— Me vendieron al burdel cuando tenía siete años, y como era demasiado pequeña para trabajar con las demás, me reservaron para servir a las otras mujeres en lo que necesitaran.

Madison no sabía cómo reaccionar ante la historia que Juliette le estaba contando, pues la esclavitud y la explotación de niños era algo tan lejano de su mundo que nunca se había parado a pensar en ello. Sentía lástima por esa niña que a tan pronta edad fue separada de su madre y vendida a un lugar tan horrible, y sintió una enorme simpatía por esa mujer que a pesar de todo seguía sonriendo.

Aun así continuó escuchando en silencio, pues no quería que pensara que su relato no le importaba al tratarse de una simple esclava, o que creyera que la estaba obligando a contarle algo tan privado.

—Por suerte enseguida despunté con mi habilidad en la costura y los peinados, y madame me mantuvo como criada hasta que cumplí los catorce. —Suspirando como si aún lamentara lo que le pasó hace años continuó con su narración—: Por desgracia mi cara llamaba mucho la atención de los caballeros, y el dinero que le ofrecieron por mí fue más satisfactorio que mi destreza con las manos.

Era evidente que una muchacha tan exótica y bella hubiera despertado la curiosidad en un burdel, y sus servicios fueran requeridos a tan corta edad. Madison se asqueó al pensar en esos hombres que no vieron a la niña que había en ella, y solo contemplaban al trozo de carne que les daría placer sin pensar en su dolor, o en la infancia que nunca más volvería.

—¡Dios mío Juliette, es horrible! —le comentó Madison llevándose una mano a la boca.

—Solo al principio, pero gracias a la guerra tuve que aguantar unos pocos años. Además, mis manos y los trucos de belleza me sirvieron para encontrar un buen trabajo con la señora Davis.

Madison se puso de pie y pudo ver en el rostro de Juliette que aunque en él permanecía la sonrisa, en sus ojos había desaparecido su brillo. Colocándose frente a ella pudo ser testigo de cómo los tristes recuerdos de su pasado habían transformado su alegría en pena, dándose cuenta en el acto del infierno que debió vivir a tan corta edad. Sin poder resistirse la cogió de las manos y le dijo:

—Tranquila, tu secreto estará a salvo conmigo.

La carcajada de Juliette pilló por sorpresa a Madison, ya que en ningún momento pensó que ésta reaccionaría de semejante manera.

—Le agradezco mucho su gesto milady, pero todos en la casa saben de mi pasado.

Madison se quedó mirándola petrificada pues en Inglaterra jamás una mujer con semejante pasado hubiera podido entrar a trabajar en una casa decente. En su país una ramera sufriría el estigma de su trabajo hasta el fin de sus días, sin importar que la pobreza fuera la causante de una vida de pecado.

Conforme iba conociendo esta nueva y próspera nación, más extraordinaria le parecía, pues siempre había pensado en ella como en una antigua colonia inglesa, donde se vivía de forma salvaje y sin apenas principios.

Al ver la cara de perplejidad de Madison la doncella le continuó hablando sin soltarle de las manos, pues entendía que una mujer que no había conocido la esclavitud le costaría entenderla y necesitaría una explicación.

—En América hay muchos casos como el mío. Era normal vender a los hijos de los esclavos y que las niñas acabaran en prostíbulos —le contó aparentando normalidad, pero el dolor en sus ojos mostraba claramente cómo se sentía—. Pero desde que la guerra terminó tratamos de seguir adelante, y enterrar una vida que jamás debió ser tan dura.

—Es muy loable de tu parte olvidar tanto sufrimiento.

—No milady, no se confunda, nadie podrá olvidar jamás el pasado, pero es necesario mirar al futuro para conseguir cierta paz —y mirándola fijamente siguió diciendo—: Le voy a dar un consejo, no hable a nadie sobre la esclavitud o la guerra si no quiere ganarse enemigos. Aquí en el sur hay

demasiadas heridas que aún permanecen abiertas y no es aconsejable removerlas.

Madison asintió con un nudo en la garganta, pues no se había parado a pensar que tras ese paisaje tan encantador y ese espíritu acogedor tan sureño se escondía tanto dolor y sufrimiento. De pronto tanta belleza le pareció banal, si en los corazones de sus gentes aun reinaba el odio y el resentimiento.

Suspirando se dijo que tal vez no todo el mundo en el sur pensaba igual, y que esos hombres y mujeres decididos a empezar de cero conseguirían parar el rencor, y construir una nueva nación para todos. Aun así decidió seguir el consejo de Juliette y no comentar nada de este tema tan penoso.

—Será mejor que baje cuanto antes o llegará tarde a la cena —señaló la doncella soltándole de las manos y mirándola aun con una sonrisa en la cara, como si entre ellas no hubiera habido un momento de confesiones.

—Tienes razón, o bajo ahora mismo o la puntualidad británica quedará en entre dicho.

Y así, Madison le devolvió la sonrisa sabiendo que era lo único que podía hacer por esa mujer tan fuerte y valiente, y se marchó del cuarto dispuesta a pasar una agradable velada dejando atrás una forma de vida que nunca entendería, y que por suerte se había abolido.

Pensando en lo que le esperaba esa noche se acordó del señor Sheldon, y trató de adivinar si se presentaría ante ella con su pose de caballero encantador o de bribón desarmado y seductor. Fue en ese instante, en que pensaba en él, cuando Madison escuchó una voz conocida y que la perturbaba en sueños, que al parecer ahora también la perseguía estando despierta.

Se dijo que el cielo debía de estar enojado con ella por algo, cuando la castigaba de semejante manera.

—¡Buenas noches milady!, veo que ambos tenemos el mismo destino.

La voz de Aron sonaba risueña, y Madison estaba dispuesta a jurar ante la biblia que la había estado esperando para coincidir con ella. Cuando se giró para saludarle y fue testigo de su irónica sonrisa, estuvo entonces completamente convencida.

—¡Qué casualidad señor Sheldon! Parece que ambos nos retrasamos.

El susodicho sacó un pequeño reloj de bolsillo de su chaleco bordado, y lo abrió contemplándolo embelesado.

—Aún nos quedan dos minutos para considerarse tarde.

—¡Qué alivio!, ya empezaba a temerme que me retrasaría —le dijo devolviéndole la sonrisa irónica, e irguiéndose dispuesta a dejarle atrás mientras aceleraba el paso hasta el comedor. Algo que Aron no estaba dispuesto a consentir, sobre todo cuando llevaba un cuarto de hora esperándola para coincidir “accidentalmente” con ella.

—No debe preocuparse por ello milady —señaló colocándose a su lado y guardándose el reloj, haciendo como si no hubiera visto el desplante que le acababa de hacer al darle la espalda. Después, sin más, siguió hablando—: De hecho tenemos el tiempo justo para un galanteo mientras bajamos por las escaleras.

Por supuesto Madison no pudo evitar caer en la trampa y preguntar a qué se refería.

—¿Un galanteo?

Satisfecho Aron sonrió y se volvió para mirarla a la cara; acto que ocasionó que por cortesía ella también se parara para mirarle. Por supuesto él aprovechó esta oportunidad para cogerla de la mano y decirle ligeramente inclinado:

—Pretendía decirle que esta noche está usted exquisita —después se inclinó aún más dispuesto a besarle la mano.

—¿Eso quiere decir que en las noches anteriores no estaba exquisita? —le preguntó disimulando su irritación, y retirándole la mano antes de que él pudiera besársela como pretendía.

Con sus manos vacías y sonriendo divertido, Aron se irguió y con una sonrisa socarrona en los labios le contestó:

—Eso quiere decir que aunque en otras ocasiones parecía una musa, hoy ha resurgido como una diosa.

Madison estuvo a punto de sonreírle y reconocer su ingenio, pues había



conseguido salir airoso de su trampa, pero al ver su sonrisa burlona al saberse vencedor, se contuvo de demostrarle que valoraba su agudeza, para que no tuviera un arma que se volviera contra ella.

Por ello, con aire remilgado se volvió y continuó caminando con indiferencia, copiando esta estrategia de su madre para deshacerse de un individuo indeseado. No estaba segura que en ella causara la misma impresión, pues con la condesa los caballeros se quedaban empequeñecidos y reducidos al olvido ante semejante desplante de altivez.

Pero al parecer Aron no se dio cuenta de la indirecta, o tal vez ella no alzó debidamente la nariz como cientos de veces lo había visto hacer a su madre, ya que éste continuó caminando a su lado como si no le hubiera dejado claro que su presencia no era deseada.

Convencida entonces que el señor Sheldon quería la guerra, se dispuso a presentar batalla dispuesta a cualquier artimaña para verse vencedora.

—Veo que no cojea señor Sheldon —afirmó sin mirarle pues ya se había percatado de ello nada más tenerlo a su lado—. Este sitio debe ser milagroso si le ha ocasionado una cura tan espectacular en tan poco tiempo.

—Así es milady —señaló siguiéndole el juego, ya que ambos sabían que la herida de la pierna apenas era un mordisco—. He de reconocer que este lugar tiene algo especial que me revitaliza, y me hace sentir unas ganas enormes de trasnochar.

Ya ante las escaleras de mármol, y cuando ambos se disponían a bajar por ellas, Aron se le acercó; algo más de lo correcto para un caballero, y le susurró al oído:

—¿Querrá usted trasnochar conmigo esta noche?

Para ser sincera lo único que verdaderamente le apetecía a Madison era tirarlo por las escaleras, para ver si en esa ocasión se curaba tan pronto y le volvía a pedir una cita clandestina. Se sonrojó al pensar que desde que le conocía sus pensamientos asesinos iban en aumento, y estaba segura que si seguía a su lado acabaría en prisión por asesinato.

No sabía si las cárceles Americanas serían tan horribles como la de Newgate, pero no estaba dispuesta a probarlas para salir de la duda. Por ello

decidió que lo mejor que podía hacer era contenerse, antes de que en un impulso el pobre señor Sheldon acabara desparramado escaleras abajo.

Encolerizada con ese seductor insufrible que con sus palabras conseguía sacarla de sus casillas, se volvió para encararlo temiendo que a ese paso llegarían a la cena pasada la media noche.

—¡Jamás! —le escupió a la cara desafiante, esperando que de una forma tan rotunda el señor Sheldon no tuviera ninguna duda de lo que pensaba al respecto.

Pero al parecer el vocabulario de ese individuo no debía de ser muy extenso, o tal vez el pobre no conocía el significado de esta palabra, ya que sonrió más abiertamente y enseñando unos perfectos dientes blancos le contestó:

—Entonces, ¿qué le parece si me espera en la terraza después de la cena?

—¿Acaso no he sido suficientemente clara? —le preguntó alzándole una ceja.

—Por supuesto, pero he creído más apropiado no quedar en su recámara —el grito de desesperación que soltó Madison no resultó nada femenino, al recordar más a un gato enfadado que a una dama perpleja.

—¿Acaso no tiene usted vergüenza? ¿O es que nunca ha escuchado un no por respuesta? —le preguntó indignada y con la respiración acelerada, algo que debió agradar al señor Sheldon al sonreírle más abiertamente.

Pero lo que no se esperó Madison es que éste se le volviera a acercar hasta ponerle el vello de punta, para después susurrarle malicioso con el único propósito de reírse de ella:

—¡Jamás!

En ese momento Madison tuvo que cerrar las manos con fuerza para no tirarle escaleras abajo sin importarle las consecuencias, pues incluso pagar con veinte años de trabajos forzados merecería la pena con tal de terminar con esa sonrisa guasona.

Solo de pensar que días atrás esa misma sonrisa le hacía fundirse como mantequilla le hacía encolerizar con más fuerza, consiguiendo desesperarla

como nadie lo había logrado.

Se preguntaba cómo era posible que un caballero tan apuesto y gentil pudiera volverse tan bellaco, convirtiendo la simpatía y el cariño en pura antipatía. Pues era evidente que ella no le amaba, o de lo contrario no podía resultarle tan fácil odiarle en esos momentos con tantas ganas. Al menos eso era lo que pensaba según su corta experiencia con el amor y los hombres.

Sabiendo que no podría permanecer por mucho más tiempo a su lado sin formar un escándalo, empezó a bajar las escaleras a buen ritmo, con el fin de que ese individuo sin corazón la dejara en paz.

Aun así le dijo con firmeza para asegurarse qué era lo que quería de él:

—Señor Sheldon, espero que de ahora en adelante no me dirija la palabra y deje de buscarme por los pasillos.

Pero por supuesto Aron no estaba dispuesto a dejar la charla por acabada ya que ésta le estaba gustando demasiado, pues verla enfurecer por su causa le estaba resultando encantador.

—Lamento no poder cumplir su deseo milady, pero al ser su compañero de mesa y de pasillo será algo del todo imposible.

Si no hubiera sido porque en ese instante se habían acabado los escalones, Madison estaba convencida que su traspié le hubiera ocasionado una fea caída. Si había escuchado bien, y así lo creía, ese bárbaro había conseguido hacerse con la habitación que estaba al lado de la suya, con el fin de hacer alguna argucia para encontrarse con ella a solas.

Pero estaba equivocado si creía que caería a sus pies sin oponer resistencia, ya que no estaba dispuesta a ser usada como un simple juguete por ese manipulador de doncellas y explotador de inocentes.

Tampoco pudo remediar mirar a Aron perpleja y atemorizada, temiendo que éste se saliera con la suya al poner en práctica todos sus encantos. Tenía que recordarse que nada de lo que hiciera o dijera era de fiar, pues un hombre como él debía de conocer mil trucos para convencer a una dama de perder su ropa y poco después su virtud.

Es posible que no conociera muy bien a los hombres, pero sabía que por nada del mundo debía quedarse a solas con él, ni dejarse robar un beso.

Recordaba claramente cuando en el colegio de señoritas le decían que tras un beso iba un hijo ilegítimo, y aunque estaba segura que entre medio debía de haber algo más para quedarse embarazada, no estaba dispuesta a dejarse convencer por él para que se lo enseñara.

Por otro lado Aron trató de contenerse para no soltar una carcajada, al ver la cara que puso cuando le rebeló dónde estaba alojado. Al parecer su bella dama no se había dado cuenta que ambas habitaciones estaban una al lado de la otra, pues él había convencido a Smithson de que esa habitación era más fresca. Los veinte dólares que le costó convencerlo así lo atestiguaban, y estaba dispuesto a que esa propina valiera la pena.

—¡Monpetit que bien que ya habéis llegado! —dijo una eufórica Susan que se les acercó encantada, resultando evidente su apetito ante tal entusiasmo.

—Perdone mi tardanza pero me encontré con un inconveniente por el camino —le respondió a Susan sonriéndole, y lamentando haber hecho esperar a su nueva amiga cuando por su estado debería estar hambrienta.

—Me temo que yo soy el inconveniente —le dijo Aron a Susan mientras se adelantaba para besarle la mano sin perder su sonrisa, y mirando con disimulo a Madison la cual ponía los ojos en blanco—. Cheri está usted encantadora.

—Tan halagador como siempre —señaló en ese momento Henry colocándose al lado de Madison, y dándole la bienvenida con una inclinación de cabeza—. Milady, espero que sea todo de su agrado.

Por un instante estuvo a punto de decirle que todo era perfecto excepto el individuo que babeaba la mano de su esposa, pero pensó que sería mejor callarse pues no quería estropear la velada con su comentario.

—Todo está perfecto capitán Davis —afirmó devolviéndole la inclinación de cabeza.

—Me alegra oírlo —se adelantó a decir Aron al mismo tiempo que le guiñaba un ojo, consiguiendo que ésta enrojeciera por su atrevimiento, y su furia le hiciera volver a cerrar las manos con fuerza para no abofetearlo.

Estaba convencida que un minuto más a su lado sería una tortura difícil

de superar, pero se dijo que solo debía aguantar un par de horas, hasta que pudiera retirarse a su recámara para golpear la almohada en lugar de su rostro. Algo más tranquila ante el esperado desahogo decidió mantenerse callada para no aumentar su ira, y así no comenzar la cena con algún incidente no deseado.

—¿Les parece bien que entremos? —preguntó el capitán.

—¡Por supuesto! —contestó Aron como portavoz de los demás.

En ese instante el corazón de Madison se detuvo, pues se dio cuenta que el capitán ofrecía su brazo a su esposa y no a su invitada, y por consiguiente ella sería la acompañante de Aron y no de su anfitrión como marcaba el protocolo. Cayó en la cuenta de que él ya le había informado de éste hecho cuando bajaron por la escalera, y se imaginó que entre ambos hombres lo habrían acordado.

Teniendo en cuenta que el capitán nunca se enteraba de nada y que estaba encantado por estar junto a su esposa, no debió de costarle mucho al señor Sheldon convencerle. Suspiró resignada apoyándose en el brazo que Aron le ofreció, ya que era infantil ponerse a protestar por algo que no tenía solución. Al fin y al cabo sólo eran cuatro personas y era lógico que durante las comidas se sentaran cerca.

Por otro lado, por la mirada juguetona que le lanzó Susan al colocarse junto a su esposo, era evidente que estaba al tanto del cambio, e incluso podría asegurar que a su anfitriona le habría entusiasmado la idea de saltarse las normas para que la pareja se mantuviera unida.

Madison se dijo que debía hablar seriamente con Susan sobre este tema, para dejarle claro que ella no quería saber nada del señor Sheldon, antes de que la volvieran loca con sus tretas.

Pero lo que nunca pudo imaginar es que tuviera que soportar la mirada de ese hombre durante toda la cena, ya que el muy cretino se sentó frente a ella teniendo que aguantar su insistente escrutinio y sus palabras mordaces; que parecían lanzadas solo para ella, sin poder comentar nada por respeto a sus anfitriones.

Podría decirse que para Madison la cena pasó como si hubiera estado dentro de su propia burbuja, ya que no fue capaz de participar en ninguna

conversación o de probar apenas bocado. Solo podía pensar en la forma en que él la miraba, y en como esperaba que ella acudiera a su cita secreta en la terraza.

Ni el hermoso comedor ovalado, ni la sofisticada vajilla, ni la elegante tapicería consiguieron que olvidara su mirada sobre ella, pues ésta quemaba como el mismo sol del verano. Durante toda la cena Madison trató sin conseguirlo de mirar para cualquier detalle del cuarto que no fueran esos profundos ojos negros, que le estaban haciendo hervir la sangre y olvidarse de su promesa de permanecer alejada de sus brazos.

Una promesa que más de una vez se vio tentada a olvidar, al dejarse llevar por el deseo que sentía por su piel cuando él la acariciaba con su mirada.

## Capítulo XXI

poyada en el umbral de su balcón Madison contemplaba las estrellas  
**A** preguntándose, como hacía cada noche en el barco, que le  
depararía el futuro y si en él también estaría Aron.

Vestida con un immaculado camisón blanco y con una ligera bata a juego; que mantenía abierta para que el frescor de la noche acariciara su piel, aún permanecía despierta aunque se suponía que hacía un buen rato que debía estar durmiendo.

Se había excusado tras la cena alegando su cansancio para escapar de la mirada seductora del señor Sheldon, al no estar segura de poder aguantar por más tiempo la sensación placentera que crecía por él. Sentir que la deseaba la estaba consumiendo, y por eso pensó que su retirada no sería un acto de cobardía sino de prudencia.

Pero una vez en su habitación el sueño se había negado a aparecer para darle descanso, y ahora, apoyada en el marco de su ventana abierta podía ver el jardín que se extendía debajo de ella, y donde Aron la había citado hacía escasas horas para un encuentro clandestino.

No podía dejar de pensar si él había acudido a la cita aunque era evidente que ella no aparecería, y si, en caso afirmativo, cuánto tiempo hubiera esperado a que llegara. Sonrió al imaginarlo sudoroso, enfadado y vencido al darse cuenta de que no acudía, y tuviera que retirarse a su habitación resignado y excitado.

Pensó que tenía merecido ese castigo al ser tan atrevido y obstinado, pues en ningún momento le dio la oportunidad de negarse. De hecho, ni siquiera la escuchó cuando en las escaleras le dejó muy claro que no acudiría al encuentro, pero como era de suponer en un hombre que se creía con derecho sobre ella ni la tomó en serio.

Una sonrisa maliciosa apareció en los labios de Madison, al imaginarse el enfado de ese hombre insufrible al descubrir que no llegaba. Se dijo que a la mañana siguiente le soltaría algún comentario al respecto para provocarlo, y para hacer que se sintiera estúpido y miserable al haber sido tan ingenuo.

Fue entonces cuando escuchó un ruido que procedía del jardín; más concretamente de debajo de su ventana, que consistía en ramas que se rompían cayendo al suelo y otros sonidos que apenas podía distinguir, pero

que de igual manera la extrañaron.

Más curiosa que asustada se asomó por el balcón para comprobar a qué se debían esos ruidos, cuando escuchó claramente un impropio humano muy poco educado, que le hizo darse cuenta que esos otros sonidos debían de estar hechos por un hombre, y que éste se encontraba justo debajo de ella.

Una idea se le cruzó por la cabeza al asociar sus pensamientos con el señor Sheldon, el jardín, la cita y su ventana, pero enseguida la tachó de inverosímil al ser descabellada. Pero por segunda vez se oyó claramente la voz de un hombre jurando por sus antepasados, consiguiendo que las dudas se esfumaran casi por completo. Aun así, cuando se asomó a la barandilla lo que sus ojos le mostraron la dejaron sin palabras y sin poder moverse.

Trepando por la enredadera que subía por la fachada hasta alcanzar su balcón, se encontraba uno de los individuos más osados y canallas que Madison había conocido, sobre todo porque ese desalmado sonrió complacido al ver su expresión de espanto e incredulidad.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —le gritó alarmada al verlo avanzar ágilmente.

—Me parece que la respuesta es evidente milady —le contestó él sonriéndole mientras miraba hacia arriba y la veía asomada a la barandilla cada vez más enfadada, y con buena parte de su escote al descubierto.

—Le exijo que deje de hacer lo que está haciendo y se marche inmediatamente —cuando vio que no la hacía caso y seguía escalando dio un bufido muy poco apropiado para una dama, y le soltó malhumorada—: ¿Me ha escuchado?

—Si me permite un minuto, en cuanto esté arriba le contestaré a todas sus preguntas, pero debo informarle que trepar por esta cosa no es tan sencilla como parece y requiere de toda mi atención.

Esta declaración provocó otro bufido ya que cada vez se sentía más incómoda con esta situación, y miró precavida a su alrededor para comprobar si alguien los había descubierto.

Si esto sucedía estaría metida en serios problemas por culpa de ese hombre, y de ninguna manera estaba dispuesta a asumir sus culpas cuando



era del todo inocente. Por no decir que verse metida en un escándalo en su primer día en América sería todo un record que no pretendía fijar.

—¡Baje inmediatamente de ahí antes de que lo descubran! —le susurró al darse cuenta del peligro que corrían de ser descubiertos.

—¡¿Ahora que estoy tan cerca?! —afirmó él divertido.

Madison comprobó alarmada que tenía razón, ya que mientras lo estuvo recriminando él había ganado terreno. Estaba tan cerca de alcanzar su balcón que si no hacía algo inmediatamente lo tendría ante ella en breve, y por eso se apartó de la barandilla adentrándose en su habitación para encontrar un objeto con que amenazarle, y en caso necesario incluso para lanzárselo.

La escasa luz que procedía de la luna y de una vela era todo lo que tenía para iluminar la habitación, pero aun así, tras inspeccionar de pasada la recámara, era indiscutible que no disponía de mucha variedad de material para arrojarle.

Lo único que pudo considerar como aceptable fue uno de los zapatos que se había puesto para la cena, y un jarrón de fina porcelana con preciosas flores frescas, que parecía lo suficientemente pesado para causarle daño a esa cabeza tan dura.

Como éste último era el más grande y el que más cerca estaba de ella fue el elegido, y presurosa se acercó a él para agarrarlo con fuerza entre sus manos. Después, decidida, se giró para ir rápida al balcón a tirárselo, pero resultó ser demasiado tarde pues Aron ya había llegado a su destino, y se hallaba frente a ella sacudiéndose los pantalones.

—¡Gracias pero no creo que sea apropiado que las acepte! —señaló irónico al alzar la mirada y verla con el jarrón en las manos.

Aron sabía que Madison no lo recibiría con las manos abiertas en su dormitorio, pero era necesario que hablaran cuanto antes para dejar algunos puntos claros. Aunque debía confesar que no se había imaginado que se atrevería a lanzarle un jarrón a la cabeza, y por ello estaba a la vez divertido y alarmado. Aun así no estaba dispuesto a que le viera indeciso o perplejo, y decidió mantener su ademán de caballero libertino que nada le perturbaba.

Para ello se sacudió las manos de manera desenfadada y se sentó de

forma casual en la barandilla. Todo ello sin dejar de contemplar el escote del camisón de Madison que dejaba muy poco a la imaginación, y que hacía que tanto esfuerzo valiera la pena.

—Aunque debó señalar que es un regalo encantador de bienvenida — afirmó manteniendo su pose segura e inflexiva aunque visiblemente interesada por una parte de la anatomía de la dama.

Ella, al darse cuenta de la dirección de su mirada no pudo evitar echar un vistazo hacia abajo, y ver alarmada cómo algunas cintas de su camisón se habían abierto, dejando una generosa porción de su piel al descubierto. Con el jarrón aun en sus manos y el nerviosismo de saber que él estaba contemplando buena parte de su pecho, se alteró tanto que no supo si soltar el jarrón destrozándolo en su caída, si dejarlo en su sitio intacto, o si lanzarlo a la cabeza del señor Sheldon.

Por suerte para Aron decidió ser prudente y devolverlo a su sitio, no porque fuera lo que más deseara, sino porque tirárselo produciría mucho ruido y serían descubiertos.

—Haga el favor de salir de mi cuarto antes de que pierda los estribos — susurró ella mientras colocaba el jarrón para después volverse hacia él.

Por supuesto lo primero que hizo al verse libre del impedimento fue sujetar con fuerza el escote de su bata, para no dejar ni un centímetro de su piel al descubierto, y mirarle con toda la frialdad que pudo. Aunque debía admitir que una parte de ella estaba encantada con esta locura, ya que desde hacía años era adicta a las novelas románticas, y estaba encantada de ser la protagonista de este atrevimiento.

Como era lógico no estaba dispuesta a que él lo descubriera, ya que estaba segura de que lo utilizaría en su contra para seducirla y llevarla a su cama, sobre todo teniendo en cuenta que estaba a escasos metros de la suya, y le sería muy sencillo hacer que retrocediera y se perdiera en sus encantos.

Decidida a mantenerse firme y no dejarse influenciar por su mirada seductora, alzó la barbilla en un acto de rebeldía, con el propósito de demostrarle que estaba dispuesta a presentar batalla por su virtud y sus sentimientos.

Un hecho que ocasionó que a Aron se le olvidara por unos segundos sus

propósitos, pues verla ante él tan desafiante solo conseguía que pensara en cuánto la deseaba, y lo diferente que era de las otras mujeres que había conocido. Pero también pudo percibir ese espíritu resuelto que en más de una ocasión le había visto en el barco, y que fue el causante de que su pecho comenzara a albergar sentimientos por ella.

—Estaré dispuesto a marcharme cuando haya concluido lo que tengo que decirle —le aseguró Aron aunque no estaba seguro de cumplir sus palabras.

Tenerla tan a su alcance, con una apariencia que mostraba su fragilidad y a la vez su determinación lo hacían hervir por dentro de deseo, y le hizo darse cuenta de que esa mujer le había cambiado para siempre.

Lo que ahora sentía por ella era mil veces más fuerte que esa primera sensación de deseo que sintió al verla, y ya no estaba seguro de poder aguantar ni un día más sin hacerla suya en todos los sentidos.

Desde que la conoció algo en él había despertado, y desde entonces mirar el futuro sin pensar en ella se le hacía imposible. Le había cautivado con tanta fuerza que se sentía estúpido, ya que quería que ella sintiera lo mismo por él y no sabía cómo conseguirlo.

Se había propuesto encontrarse con ella en esa primera noche, para pedirle que olvidaran sus diferencias y que le permitiera cortejarla. Pero ahora que la tenía ante él no podía pensar con claridad, sobre todo cuando se mostraba tan seductora y a la vez reacia a verlo.

No sabía qué había pasado ese último día en el barco para que su actitud cambiara y se volviera arisca, pero debía hacerla cambiar por el bien de su razón. Nervioso al saber que había tanto en juego se aseguró de no precipitarse, y decidió mantenerse todo lo que pudiera apartado de ella, pues sólo con oler su aroma le haría perder la cabeza y su plan se vendría abajo.

Ajena a estos pensamientos Madison simplemente le contemplaba, pues ella tampoco estaba segura de poder estar cerca de él sin revelar los estragos que le causaba a su afligido corazón.

Tras pasar unos minutos en silencio, cada uno absorto en sus pensamientos, éste fue interrumpido por un Aron que estaba dispuesto a usar todo su repertorio de galanterías para hacerla sonreír, y que así olvidara que era su enemigo.

—¿No le resulta familiar esta situación? —le preguntó Aron desenfadado, consiguiendo que Madison saliera de sus pensamientos y se le quedara mirando.

Se le veía tan apuesto y seguro sentado en la estrecha barandilla, que parecía como si fuera algo natural en él estar en esa situación. Fue entonces cuando Madison sintió una punzada de celos al pensar en las veces que ese bribón se había colado en los balcones de otras damas, y había usado la misma estrategia para conseguir que ellas le abrieran sus brazos y sus piernas.

Enfadada consigo misma al dejarse vencer tan fácilmente por su encanto, y por sentir unos celos estúpidos por un hombre que no los merecía, decidió pagarle con su misma moneda y jugar a ser una mujer de mundo con más experiencia de la que en realidad tenía.

—Tiene razón, esta situación del caballero en el balcón no me es del todo desconocida —le dijo mostrando una sonrisa irónica, y destensando el agarre de su escote ya que ese acto de mujer virtuosa y asustadiza no indicaba que fuera una experta en asuntos amorosos.

Ajeno a su estrategia, pues ante él era indiscutible que no tenía experiencia en estos asuntos; y creyendo que ella había reconocido esa situación del balcón de la obra de Shakespeare, siguió con su propósito de relajar el ambiente hasta conseguir que ella sonriera y entonces... entonces ya vería lo que sucedía, pues a cada segundo que pasaba cerca de ella su resolución de sólo conversar hasta aclararlo todo disminuía.

Para ello sonrió mostrando su mejor arma de seducción, y consiguiendo que volviera a aferrarse con fuerza a su escote en un acto reflejo para protegerse.

—¿Cómo era? ¿Lo recuerda?

Sin saber qué le preguntaba, pues desde que le había sonreído había dejado de pensar, Madison le miró ceñuda como tratando de descubrir el misterio que él le suponía. Encantado de sorprenderla le recitó entre susurros mientras se levantaba y caminaba tentador hacía ella.

—“¿Qué resplandor se abre paso a través de aquella ventana? ¡Es el Oriente, y Julieta, el sol... De las más resplandecientes estrellas de todo el cielo, teniendo algún quehacer ruegan a sus ojos que brillen en sus esferas

hasta su retorno...” —le dijo mirándola a los ojos con tanta fijeza que la hizo retener el aliento— “¡El fulgor de sus mejillas avergonzaría a esos astros, como la luz del día a la de una lámpara!”

Situándose ante, ella mientras la mantenía sumisa gracias a su sensual mirada, y con tanta suavidad que pareciera que no quisiera espantarla, colocó su mano sobre su mejilla para acariciarla al mismo tiempo que le seguía diciendo:

—“...¡Mirad cómo apoya en su mano la mejilla! ¡Quién fuera guante de esa mano para poder tocar esa mejilla!...” —Y acercando su boca a la de ella siguió susurrando—: “¡El fulgor de sus mejillas avergonzaría a esos astros...”

—Se está saltando párrafos —musitó, sintiendo la garganta seca al notar lo acariciar su cara y cómo cada palabra se clavaba en su pecho.

Una parte de ella, una cada vez más grande, quería olvidarse de todo y dejarse llevar por el deseo que ese hombre le producía, pero otra más sensata le recordaba una y otra vez que sólo la deseaba, y en cuanto la tuviera, la arrinconaría como si fuera un trapo usado y ya no deseado.

Se moriría antes de verse en esa condición de mujer ultrajada por un canalla sin escrúpulos, por mucho que consiguiera elevarla con su roce hasta el cielo y hacerle sentir sensaciones que nunca antes había sentido.

Sin lugar a dudas el señor Sheldon era un caballero demasiado peligroso y experimentado para ella, y por ello era necesario que se mantuviera apartada de él, antes de que éste la convenciera para dejarse llevar por el anhelo de entregarse sin reservas.

Pero en la mente de Aron estas ideas no existían, pues él solo deseaba ganarse su cariño y su perdón, ya que sin lugar a dudas algo había sucedido para que ella cambiara su relación con él mostrando tanto resentimiento, y estaba dispuesto a descubrirlo aunque para averiguarlo tuviera que utilizar todos sus encantos de conquistador.

Se estaba volviendo loco al sentirla estremecerse por sus caricias, y maldijo cuando se dio cuenta que despertaba del placer que sentía por sus palabras y sus mimos, pues su mirada soñadora y anhelante se volvió distante y sin calor.

Cuando retrocedió dejando atrás su mirada soñadora supo que su intento por acercarse a ella con sus tretas de libertino habían fallado, y una parte de él se alegró al haber encontrado una mujer con el suficiente genio y valentía para plantarle cara, y negarle lo que tanto anhelaba. Sin lugar a dudas Madison era única, pues le demostraba a cada instante lo especial y diferente que era de las demás, y por ello le resultaba perfecta.

—Solo me estoy saltando los párrafos que no merecen la pena —le interrumpió avanzando unos pasos hasta volver a estar cerca de ella, pues no soportaba verla tan exquisita y no poder sentirla.

—Usted no es ningún Romeo y debe marcharse inmediatamente —le dijo tratando de parecer convincente, y volviéndose a alejar unos pasos más de él para asegurarse así que no volvería a caer ante sus encantos, pues sentía un miedo profundo a no poder resistirse a ellos y quedar perdida entre sus brazos.

—¿No prefiere que termine de recitar la estrofa? —le insinuó susurrante volviéndose a acercarse a ella como si estuvieran sumidos en un juego intrínseco de voluntades donde el vencedor se lo llevaba todo.

—Para serle sincera, me aburre con su cháchara de seductor —fue la única excusa que encontró, aunque por su forma de estremecerse no parecía muy sincera.

—¡Me acaba de romper el corazón! —Señaló Aron llevándose la mano al pecho y mirándola con picardía, al haber pillado su mentira—. Y yo que pensaba que caería rendida a mis pies por mis encantos y resulta que cae por aburrimiento.

Ver cómo nacía una sonrisa en la comisura de los labios de Madison y como esta se esforzaba en ocultarla le hizo sentir un gran placer, pues se dio cuenta que no era tan inmune a sus encantos y que con destreza conseguiría conquistarla.

Sintió como poco a poco ella se iba perdiendo en sus ojos y se iba relajando, y deseó más que nunca abrazarla con fuerza y declararle que la amaba con locura.

Estaba convencido que con voz suave, un toque de picardía y todo el amor en sus manos, en sus labios y en su mirada, la convencerían de que era

sincero, cuando en el futuro le dijera que algo bueno y hermoso había nacido en su pecho al tenerla cerca.

Pero debía tener cuidado y no precipitarse, pues estaba seguro que si descubría sus sentimientos por él antes de tiempo estaría perdido. Lo había visto en más de un ocasión cuando solo uno amaba, y el otro utilizaba ese amor para controlarlo sin miramientos. Guardaba aún demasiado temor en su corazón para poder confiar abiertamente en una mujer, y más cuando recordaba que Madison era la hija de lady Wyonick, y pensaba que algo de esa despreciable mujer podía estar escondido en la persona de su hija.

Aun así no pudo resistirse a ese momento de ternura, y deseando que éste se intensificara le sonrió, mostrándole esa sonrisa seductoras que tantas veces le habían reportado placeres prohibidos.

El problema era que Madison no se fiaba ni de ella ni de él; sobre todo de él, y al ver esa sonrisa tan estudiada en el rostro de Aron dentro de ella se despertó una vocecita que le gritaba que se alejara. Así lo hizo retrocediendo otra vez unos pasos, dejando a un Aron desconcertado y cada vez más irritado por esa actitud tan desconfiada de Madison.

—Por favor señor Sheldon no es apropiado que esté usted aquí.

—¿De qué tiene tanto miedo? ¿Acaso es de mí? Le aseguro que no tiene por qué temerme —trató otra vez de acercarse pero algo había cambiado entre ellos.

—Yo no temo a nada ni a nadie. Y menos a un sinvergüenza como usted.

Ahora Madison mostraba una agresividad que antes no tenía, e incluso podía jurar que le desafiaba abiertamente con la mirada.

—¡Demuéstrémelo! Convéncame que lo que dice es cierto —la provocó para que viera que no tenían fundamento sus acusaciones, pues era evidente que temía algo contra él y Aron quería llegar hasta el fondo para saber de qué se trataba.

—No tengo por qué hacerlo —lo dijo más bien para convencerse a sí misma, pues por el tono de su voz se podía ver que además de desafió había temor a desnudar su alma en su presencia.

—Entonces tal vez no sea miedo y sea otra la causa —Aron se quedó

pensativo mirándola, hasta que un brillo malicioso apareció en sus ojos, y Madison se estremeció al creer que había descubierto los sentimientos que tanto se esforzaba por ocultarle— ¿No será que me desea y teme que me dé cuenta?

Ella, mitad aliviada y mitad enfadada al haber estado él tan cerca de descubrir la verdad, se apartó haciéndose la ofendida pues no estaba segura de seguir escondiendo todo el anhelo que sentía por él, si permanecía por más tiempo a tan poca distancia.

—Eso sí que es estúpido, yo jamás podría desear a un hombre como usted —afirmó aun sabiendo que lo quería tanto, que callar lo que sentía se estaba convirtiendo en un tormento, sobre todo cuando lo que más deseaba era embeberse de cada parte suya mientras confesaba sus sentimientos.

En ninguna parte de la mente de Aron cabía la esperanza de pensar que ella podría amarlo, pues resultaba una idea descabellada que una mujer tan sofisticada, preciosa y resuelta se fijara en él. Aun así escucharla decir esas palabras le dañaron como nunca lo hubiera imaginado, pues deseaba estar equivocado y que su corazón le asegurara que estaba a salvo en sus manos.

Madison vio tanta determinación a hacerla suya en su mirada que no tuvo más remedio que girarse para darle la espalda, pues temía no tener las fuerzas necesarias para negarle lo que le pidiera.

Pretendía demostrarle que le era indiferente, pero no estaba segura de poder engañarlo al haber observado cómo la miraba con deseo, y por eso decidió que quizás, si no le miraba, podría negarle cuando le pidiera que fuera suya; ya que estaba segura que esto sucedería en breve.

Pero Aron se dio cuenta por la forma en que temblaba y se negaba a mirarle a los ojos que le ocultaba algo, y quería provocarla para descubrir sus secretos. Por ello volvió a intentar seducirla usando esta vez todas sus armas al acercarse a ella, y susurrarle cada palabra a su oído mientras le acariciaba dulcemente su cuello desnudo.

—¿Por qué? Acaso no le gusta mi voz, mi tacto, mi...

—¡No! —le cortó enérgica y con un estremecimiento al sentirlo tan profundo, y consiguiendo que su enfado creciera al verse tan a la deriva entre sus manos. Por ello no tuvo más remedio que apartarlo insistiendo en su



mentira, mientras trataba de mirarle a los ojos sin demostrar en ellos sus sentimientos—: No me gusta ni le deseo.

El reto estaba servido y Aron no perdió la oportunidad de provocarla para que le demostrara qué guardaba en su interior; si amor como le decían sus ojos, o el odio que proclamaban sus palabras.

—Pues yo creo que no se atreve a arriesgarse milady. Lleva toda la vida deseando vivir una aventura y ahora que tiene una a su alcance no la aprovecha. ¿Qué le impide lanzarse al desafío si como dice no teme a nada ni nadie?

Aron consiguió enfurecerla hasta hacerla estallar, logrando un resultado mucho más esperanzador de lo que hubiera esperado.

—Si piensa que soy incapaz de aceptar un desafío está muy equivocado señor Sheldon, ¡y pienso demostrárselo! —afirmó desafiante sin apartar su mirada de la suya, y para su sorpresa y beneplácito la vio lanzarse a sus brazos.

Madison no estaba segura de qué era lo que le había impulsado a actuar de esa forma tan impulsiva, pues era la primera vez que perdía los estribos. Solo sabía que una furia ciega se apoderó de ella cuando le escuchó decir una verdad que la hizo estremecerse, pues era cierto que durante toda su vida había deseado saltarse las normas y ser libre para escoger su destino.

Algo en su interior quería demostrarle que era capaz de hacer cualquier cosa que deseaba sin pensar en las consecuencias, y estaba claro que lo que más deseaba en ese momento era besarle.

La rabia que sintió crecer en su interior, unido al deseo por él y sentir que debía demostrarle que nunca se rendiría hasta conseguir lo que quería al ser una mujer con coraje, fue el detonante para que su cabeza dejara de pensar y tomara su cuerpo el relevo.

En cuestión de segundos se encontró de puntillas colgada del cuello de Aron, retándolo con su boca a que éste abriera la suya. Madison no había tenido mucha experiencia con los hombres pero si le habían robado un beso en más de una ocasión, y en todas esas veces los supuestos pretendientes se esforzaban por que ella abriera su boca para introducirle la lengua hasta lo más profundo de su garganta.

Debía reconocer que todas estas experiencias le habían quitado interés al cortejo, pues no le veía sentido al juego de hundir profundamente la lengua en la boca de la dama, y más cuando no sentía nada especial al hacerlo como le habían asegurado que sucedía.

Aunque debía admitir que cuando Aron le abrió la suya, su sabor la hizo estremecerse de placer, pareciéndole que era la primera vez que verdaderamente besaba a un hombre. Su sabor a buen vino, a whisky y a tabaco se podía apreciar ligeramente, pero sobre todo, sabía a sensualidad, antojo y fuerza. Una mezcla excitante que le serviría para calmar el escalofrío que sintió por todo su cuerpo, cuando sus lenguas se juntaron en un baile erótico.

Aun así Madison se dio cuenta que él apenas se había movido, y cuando pudo volver a la realidad de lo que estaba haciendo se sintió estúpida por no haber podido desarmarle con su sabor, como él la había deshecho a ella.

Despacio separó sus labios de los de él y estuvo a punto de cerrar los ojos para no mirarle, pues en ese instante no podría soportar ver un brillo burlón en su mirada. Si eso sucediera ella se sentiría la más estúpida de las mujeres, al pretender que una virgen pagara con la misma moneda a un libertino y creerse que le había vencido.

Pero no estaba dispuesta a quedar ante él como una cobarde, y por ello alzó su vista hasta sus ojos para retarle, dispuesta a enfrentarse a cualquier burla que viera en él. Pero lo que encontró en la mirada del señor Sheldon no fue lo que esperaba, pues en ella solo halló el ardor de un placer despertado y no apaciguado.

Con las respiraciones aceleradas de ambos se quedaron mirándose por unos minutos, como si ambos estuvieran demasiado conmocionados para hacer o decir algo.

Aron no podía creer lo que estaba sucediendo, en ningún momento se había esperado que Madison actuara de semejante manera pero estaba encantado con el resultado.

Cuando la vio lanzarse a sus brazos colgándose de su cuello y forzándole a abrir su boca, se había quedado paralizado por unos segundos al no creer que fuera verdad lo que le sucedía. Había deseado tanto poder tenerla entre

sus brazos y besarla hasta saciarse de ella, que todo lo que le estaba pasando parecía surgir de un sueño y no de un enfado.

Aun así, tras unos pocos segundos se dio cuenta de la poca experiencia de la mujer, y de cómo ella se dejaba llevar por la rabia creyendo que de esta manera obtendría más placer. Pero él quería que ante su unión ella se perdiera a causa del deleite, y no debido a una rabieta de chiquilla al verse acorralada.

Por ello Aron se armó de fortaleza para no profundizar en el beso, demostrándole la diferencia entre un morreo y el excitante erotismo de un baile entre los labios, la lengua y los sentidos.

Para ello se mantuvo también quieto, pues no estaba seguro de poder resistirse a no saborearla de pleno, si sentía la fricción de su curvilíneo cuerpo junto al suyo, así como no estaba seguro de poder soportar la provocación que le darían las manos al llenarse ávidas con sus redondeadas formas de mujer.

Cuando jadeantes por la lujuria no satisfecha ambos se separaron, a Aron le costó unos segundos reponerse, pues tuvo que centrar todas sus fuerzas para no lanzarse sobre ella, y demostrarle cómo se puede llegar a perder la cordura por un simple roce de labios.

Dispuesto a salirse con la suya y a demostrarle que sólo a su lado podría encontrar el éxtasis que buscaba, tomó aire sin perderla de vista, y notando cómo su boca quemaba de deseo por volver a sentirla le señaló convencido:

—¡Eso no ha sido un beso!

Aron estaba listo para enseñarle a esa chiquilla una lección que nunca olvidaría, y que a él le costaría un trozo de su alma al tener que dejar suelto el anhelo que desde hacía tiempo sentía por ella.

Por ello, con rotundidad pero a la vez con delicadeza, la aferró a su cuerpo sosteniéndola por la cintura con brazo firme, para luego despacio, con la mano libre, acariciarle los labios ligeramente magullados por el beso anterior, mientras dejaba que sus ojos vagaran por su boca hasta encontrar su mirada que le pedía sin saberlo, el placer que aún le quedaba por descubrir.

Después, con una voz cargada de deleite y con su aliento rozando su rostro, le aseguró satisfecho al notarla temblar entre sus brazos:

—Voy a enseñarte, señorita sabelotodo, lo que es un beso.

Con toda la intención de demostrarle lo que se puede sentir al besar a la persona adecuada, Aron acercó despacio su boca a la de ella, primero rozándole con su lengua sus sabrosos y carnosos labios, para después morder ligeramente el inferior antes de lanzarse a provocarla con su lengua lujuriosa buscando su aprobación y su deleite.

Sin más opción que recibirlo Madison se abrió a él, no sólo con su boca sino con todo su cuerpo, y se aferró a él con fuerza, deseosa de experimentar que se sentía al estar perdida entre sus brazos mientras la besaba ávidamente.

El resultado fue mucho más embriagador de lo que se hubo esperado, pues sentir sus brazos rodeándola con fuerza, y cómo sus manos le recorrían con regocijo cada una de sus curvas, le hizo abrirse de una manera que nunca nadie antes lo había conseguido.

Estar sumida en el sabor de su boca, entre el roce de sus caricias y notar el deseo que en ambos crecía, era la sensación más satisfactoria que nunca antes había sentido. La dureza del cuerpo de ese hombre en contraste con el suyo más delicado de mujer, su sabor excitante y apasionado unido a la dulzura de su tacto, hizo que Madison cerrara sus ojos perdiendo el control de sus sentidos, al sentir un placer que nunca antes habría imaginado.

Por su parte Aron sentía más placer en besar esa boca que las veces que había poseído a cualquier otra mujer, teniendo la certeza con ella de que esa dama se había adueñado de una parte importante de su corazón.

Lo sintió cuando la acercó a él y cuando probó el sabor de su boca, lo supo cuando notó cómo ella se fundía entre sus brazos, y rogó a los cielos para que esa sublime sensación que percibía jamás le abandonara pues no volver a sentirla sería comparable a encontrarse vacío.

Pero sobre todo se dio cuenta que todo se lo debía solo a ella, pues tras ese profundo beso no le quedaba ninguna duda, que solo con ella lograría alcanzar el éxtasis que en estos momentos sentía.

Madison sabía a frescura, a encanto, a sensualidad, a júbilo y erotismo. Sabía a anhelo, a satisfacción, a hedonismo y voluptuosidad, pues todo en ella era excitante y perfecto y se dio cuenta en el acto que eso no era un sencillo juego del que poder salir victorioso, sino una verdadera contienda

donde no habría ganadores ni vencidos, solo un posible desenlace feliz donde poder amarse, o el más rotundo dolor al notar cómo se pierde a la persona amada.

Y así ambos se dejaron llevar por la sensación de sentir el calor de sus cuerpos fundiéndose en uno, con la esperanza de que esa unión les hiciera olvidar todo lo que les separaba, y quedar tan solo el gran anhelo que sentían por estar juntos.

—¿Va a decirme ahora que la han besado antes así? —le susurró Aron cuando pudo separar sus labios de los de ella unos centímetros.

Aun aturdida y deseosa de más, Madison le contestó sintiéndose todavía perdida en su sabor.

—¿Así como?

—Con adoración —afirmó él aprovechando para confesarle una parte de sus sentimientos, pero Madison solo notó el tono prepotente de su voz que la hizo salir de su atontamiento.

Con resolución se apartó todo lo que pudo de él; que no fue mucho, para poder contestarle sin sentirse hervir la sangre por su cercanía. Le enfureció que él le asegurara que sentía algo por ella, cuando era evidente que no la respetaba al haber aparecido como un ladrón en su cuarto para robarle lo más valioso que poseía, dejando a un lado el dictamen de ella de no querer verlo.

Pero no estaba dispuesta a que le resultara sencillo convencerla de que sentía algo por ella cuando era evidente que no era cierto, y aunque notara que se le rompía el alma en dos, debía poner freno al reto que para él le suponía, ya que sabía que para él tenerla era su máxima aspiración y no amarla como quería hacerla creer.

Por ello, escuchar sus palabras le infringió más dolor de lo que hubiera imaginado, y endureciendo sus sentidos le habló con el resentimiento de quien se sabe engañada.

—¡Por supuesto que sí! —aseveró categórica y esperando que él no descubriera su engaño.

—¡Miente!

Ahora era él quien parecía ofendido y furioso, algo que complació a Madison pues no pensaba dejar de atormentarlo como él había estado haciendo con ella. Sobre todo cuando había descubierto su punto débil, uno muy común en el hombre según los rumores que había escuchado de alguna dama, y que no podía tratarse de otra cosa más que posesividad y celos.

—¿Se atreve a llamarme mentirosa a la cara? —le preguntó, cada vez más complacida al ver cómo Aron se iba enfureciendo cada vez más, mientras agradecía el poder apartar de su mente el deseo y la rabia que le hacía sentir, a cambio de tener la satisfacción de verlo hervir de furia.

—¡Sí, cuando es evidente que miente! —agregó mirándola con descaro pues, aunque su sentido común le decía que sabía que ella no tenía experiencia con otros hombres, escucharla decir lo contrario le embravecía.

Madison se dio cuenta cómo el semblante de él iba cambiando pasando de seductor a ofendido, dejando de lado el juego de seducirla hasta hacerla perder el control. Fue algo que agradeció profundamente, aunque tuviera que enfrentarse después a la mirada de desafío que apareció en su rostro serio.

Aun así prefirió hacerle frente a ese Aron enojado que la miraba taciturno al saber cómo enfrentarlo, que desafiar a ese otro tentador que le hacía perder la cabeza y le hacía bajar las defensas. Por ello decidió seguir provocándolo con el propósito de pagarle con su misma moneda, y así hacerlo sentir miserable y usado, y para poder mantenerlo alejado de su cuerpo y de su boca.

—Entonces se va a sorprender cuando me vea en los jardines con un caballero... en privado —dijo con malicia y con el fin de exasperarlo.

—No se atreverá —dejó salir estas palabras casi susurradas mientras la miraba fijamente a los ojos, tratando de descubrir si su afirmación era real o solo una provocación.

—¿Por qué no? Usted no es nada para mí y no puede impedírmelo.

—Soy...

—Además, ¿no me ha aconsejado que disfrute de la aventura que se me presenta? Pues pienso hacerlo señor Sheldon.

Estuvo a punto de estallar de furia al escucharla sin importarle si era

verdad o solo una artimaña. Le hubiera gustado demostrarle durante la noche entera que no precisaba de otro hombre para una correría, cuando él era todo lo que necesitaba para hacerla vibrar de deseo y para darle aquello que necesitaba.

—Eso será por encima de mi cadáver —siseó malhumorado.

—Pues que así sea.

Durante unos instantes se miraron desafiantes, hasta que él logró algo de juicio y decidió que era mejor marcharse antes de perder la paciencia. De lo contrario la tomaría entre sus brazos besándola hasta hacerla bajar las defensas, para que así reconociera que había algo entre ellos que no encontraría con nadie más.

Por ello no le quedó más remedio que apartarse sin dejar de mirarla, para después girarse y dirigirse hacia la puerta donde dio un portazo.

Madison quiso llamarlo para continuar con la pelea, pues nada más marcharse notó su ausencia y cómo una parte de ella lo echaba de menos. Aun así otra parte de ella le indicó que no le necesitaba, pues de él solo conseguiría sufrimiento al ser un hombre incapaz de amar como ella lo necesitaba; con determinación, adoración y respeto.

Fue entonces cuando los recuerdos de la conversación que él mantuvo con el doctor Williams en el barco le vinieron a la cabeza, donde Aron decía sin tapujos ni remordimientos que ella solo era un juguete del que se desprendería cuando se le antojara.

Además se dio cuenta por cómo se comportaba ante ella que seguía considerándola como un desafío, al fingir interés en seducirla, y en conseguir lo único que pretendía de ella; su cuerpo.

Aunque...

De pronto la duda de si estaba mintiéndole solo para seducirla caló en su mente, pero se sentía demasiado cansada para seguir pensando en ello. Decidió que tampoco sería tan grave si seguía por unas semanas retándolo como hasta el momento, pues el riesgo a dejarse vencer por él y que le rompiera el corazón era muy elevado.

Lamentando su mala suerte miró a su solitaria cama que se le antojó fría,

y suspirando resignada se preparó para una noche de insomnio, arrepentimientos y deseos frustrados. Una noche donde el recuerdo de su apasionado beso permanecería en sus labios, para hacer que las horas pasaran más despacio.

Mientras, Aron se alejaba de ella para hacerse con la botella de whisky que se hallaba en el despacho, diciéndose una y mil veces lo estúpido que había sido al no desear olvidarla tras ese encuentro y sus palabras.

De hecho, ahora la deseaba y la amaba aun con más fuerza al verla tan decidida y luchadora, y comenzó a sentir un miedo atroz creciendo en su interior al creer que podría perderla en los brazos de otro hombre. Algo que no estaba dispuesto a consentir por mucho que la dama lo insinuara.

Definitivamente esa noche necesitaría whisky, si quería apartar de su mente esa naricilla respingona que tanto adoraba, y esos labios turgentes que en esos momentos le perturbaban.



## Capítulo XXII

**H**abían pasado cuatro días desde el insolente encuentro en su recámara y Madison no lograba olvidar ese embriagador beso.

Desde esa noche no había podido evitar asomarse recelosa a la ventana antes de irse a la cama, para comprobar si el señor Sheldon osaba volver a colarse en su cuarto. Pero lo cierto es que esa situación no volvió a repetirse, y Madison no sabía si debía estar agradecida o desilusionada. Sobre todo cuando sola en la creciente oscuridad del crepúsculo, volvía a recordar una y otra vez lo fascinante que fue sentirse entre sus fuertes brazos.

Sabía que sus insinuaciones de amor fueron falsas, al igual que estaba convencida que solo pretendía llevársela a la cama. Lo supo con certeza cuando a la mañana siguiente él no varió su comportamiento taimado y seductor al verla sentada para el desayuno, como tampoco volvió a hablarle de amor en las numerosas ocasiones en las que ambos coincidieron.

Ocasiones que Madison debía reconocer que resultaban excesivas, aunque no podía asegurar si se trataban de encuentros provocados por la casualidad o por el propio caballero. Aun así, en esos encuentros él siempre se mostraba risueño, encantador y demasiado atractivo, mientras ella se reservaba el papel de mujer desinteresada e irónica; aunque debía reconocer que le costaba no coquetear con él hasta hacerlo sonreír por sus atrevimientos.

Un juego que cada vez resultaba más evidente para todos los de la casa, aunque la que más disfrutaba con estas distracciones era la señora Davis. Gracias a ellas la dama había pasado de estar confinada en su casa y recibir

solo las visitas de sus amistades, a salir a hacer breves paseos y fabulosas compras, a encontrarse con un marido dispuesto a complacerla en todo, y a una pareja que amenizaba las largas horas del día con sus luchas de pullas y sus miradas cargadas de deseo. Por no mencionar a la amiga que había encontrado en Madison y que había congeniado también con ella.

Pero ésa noche todos estaban invitados a un baile, donde Madison sería por fin presentada ante lo más selecto de la buena sociedad de Nueva Orleans. Ambas mujeres se encontraban entusiasmadas con la perspectiva de la velada, y más desde que la joven invitada había confesado a Susan que pensaba aprovechar la oportunidad para hacerle pagar al señor Sheldon la osadía de pretenderla, provocándole celos.

La señora Davis no estaba al corriente de todo lo sucedido entre esos dos cabezotas tan divertidos, pero estaba segura que su amigo Aron acabaría en esa ocasión escaldado como un gato, a menos que consiguiera la atención de la dama, y lograra apartarla de los numerosos caballeros que seguro requerirían su atención

Madison sonreía encantada en el coche de caballos que la llevaba a la velada de los Adams; una de las familias más destacadas de la ciudad, feliz al poder conocer por fin a los lugareños.

Los Davis habían recibido la invitación como cada año por cortesía hacia los ilustres antepasados de Susan, pues aunque su situación era respetable y acomodada, no disponían de una fortuna que los situara entre las familias más destacadas de la ciudad. Pero el noble apellido de Susan y su rica familia paterna, sí que poseían este privilegio, y por ello; pese a su matrimonio con un simple capitán de barco, eran invitados a las veladas más selectas de la ciudad.

Lo que nadie se esperaba fue que la señora Davis aceptara la invitación debido a su estado de gestación, ya que no resultaba apropiado que una mujer en su estado apareciera en público.

Algo que hubiera sucedido si no fuera porque Susan no quería desaprovechar la oportunidad de presentar a su noble amiga en un evento tan destacado, y por ello el baile que cada año se celebraba por esas mismas fechas era una excusa maravillosa para hacerlo.

Por otro lado, quedaba claro que no iba a quedarse en casa perdiéndose dicho acontecimiento porque su vientre estuviera abultado, sobre todo cuando estaba segura que la sociedad de Nueva Orleans caería rendida a los pies de Madison. Como tampoco quería desaprovechar la oportunidad de ver lo que acontecía en el baile entre lady Madison y el señor Sheldon.

Por eso, y esperando que aún no fuera demasiado tarde para incluir a una pareja a la velada, se arriesgó a parecer maleducada e informó a la señora Adams; en una breve carta, que una noble londinense invitada a su casa deseaba conocerla junto al señor Sheldon; ese mismo caballero que cada año todas las señoritas casaderas deseaban cazar, y que ahora aparecería acompañado junto a una noble cogida de su brazo.

Como era de esperar, al día siguiente la pareja recibió su invitación, junto a una efusiva nota donde la señora Adams le aseguraba que ambos serían recibidos con todos los honores que se merecían. De esa manera la anfitriona se aseguraba que su baile fuera un éxito, y Susan garantizaba que la pareja recibiera innumerables invitaciones de todo tipo desde ese mismo momento.

Y ahora, cuando el coche ya se estaba acercando a la mansión de los Adams, se podía notar en el ambiente la emoción que cada uno sentía ante esta velada.

—La familia Adams es una de las más antiguas de la zona —le dijo Susan a Madison que se hallaba sentada a su lado—. De hecho se rumorea que el primer antepasado que pisó estas tierras era un simple trampero.

—¿Qué es un trampero? —no pudo remediar preguntar Madison al sentir fascinación por todo lo que rodeaba a esa ciudad.

Cuando Susan fue a contestar su pregunta, Aron se le adelantó. Se encontraba sentado frente a ella y no podía dejar de contemplarla maravillado, pues esa noche Madison relucía como una exótica mariposa que él pretendía cazar.

—Llamaban a sí a los colonos que se dedicaban a cazar castores y nutrias para vender sus pieles.

Madison tuvo que mirar por cortesía al señor Sheldon pues éste le estaba respondiendo a su pregunta, aunque le hubiera gustado seguir fingiendo que no le interesaba su presencia. Algo que era demasiado difícil de llevar a cabo,

pues para la velada de los Adams él estaba simplemente magnífico.

Tratando de no posar sus ojos en él, enseguida alejó su mirada de la suya y se giró para seguir su conversación con Susan.

—¿Sabe si habrá muchos invitados?

—Conociendo a la señora Adams, demasiados —señaló sonriéndole para después cogerla de la mano—. Pero no debe preocuparse por ello, estoy segura que en Londres acudió a veladas más concurridas que ésta.

—No me preocupa ser presentada a un gran número de personas, pues como usted dice estoy acostumbrada a ello —le dijo devolviéndole la sonrisa—, pero debo confesarle que estoy algo nerviosa por si me salto algún protocolo que sea distinto aquí en América que en Inglaterra.

—Estoy seguro que sabrá lidiar con ello aunque... —le respondió Aron metiéndose de forma poco educada en la conversación—, debo avisarle que hace tiempo que en Nueva Orleans se dejaron de vestir con pieles de animales y de danzar sobre las hogueras antes de la cena.

El tono sarcástico y las risas apagadas de los Davis le dijeron a Madison que se estaba riendo de ella, y le hubiera gustado darle un manotazo para reprenderlo. Al parecer esa noche el señor Sheldon venía más irónico que de costumbre, y ella estaría encantada de plantarle cara.

—Es una lástima, me hubiera gustado verlo —le informó mientras le miraba coqueta y pestañeaba efusivamente haciéndose pasar por una descarada. Una actitud que provocó que Aron sonriera y quisiera comérsela a besos.

—Seguro que si pedimos a la señora Adams que se vista con pieles para complacerla, ésta aceptará entusiasmada —le contestó ampliando su sonrisa y con los ojos fijos en la expresión radiante de Madison.

Las carcajadas de los demás ocupantes resonaron lejanas en la cabeza de Aron, mientras solo podía contemplar a la encantadora muchacha que esa noche estaba ante él.

Y es que para esta ocasión Madison había elegido un precioso vestido amarillo pálido de seda con un gran escote, que poseía unas mangas diminutas drapeadas sobre los hombros, y adornado con flores que caían

desde su cintura hacía el dobladillo por un lado de su cadera. Tenía también una ágil cola que la permitiría moverse por la sala de baile con facilidad, y le daban un toque tan distinguido al conjunto que nadie podría negar que estaba confeccionado para alguien de la nobleza.

Pero además la parte trasera de la vestimenta estaba adornada con dos bandas de fino encaje en una tonalidad más oscura, que caían con elegancia en vertical a ambos lados del abultamiento del polisón, y provocarían más de una mirada fugaz cuando Madison las moviera al caminar.

Había seleccionado ese vestido en especial porque al tener las mejillas ligeramente bronceadas ese color le favorecía, y porque le daban a sus ojos un aire vivaz y seductor. Quería aparecer ante todos como una muchacha decidida y seductora, y por ello no había escogido el típico vestido que usaban las doncellas casaderas de color blanco.

Una elección que agradó a Aron pues desde que la había visto aparecer en lo alto de las escaleras de la casa de los Davis, no había podido apartar la mirada de ella.

Madison esa noche estaba especialmente contenta no solo por asistir a la velada, o por la aprobación en los ojos del señor Sheldon cada vez que la miraba, sino también porque era la primera vez que asistía a un baile con una ropa elegida exclusivamente por ella y no por su madre. Si Además se unía a todo esto que en la boutique de madame Le Mertiouns la trataron como a una reina, y que no tuvo problemas para pagar su compra con las abundantes monedas que se llevó consigo para imprevistos, entonces su felicidad estaba completa.

Cuando segundos después una magnífica mansión blanca apareció frente a ellos rodeada de inmensos robles que la custodiaban, Madison se sintió como sumida en un cuento escrito solo para ella. Estaba a escasos instantes de vivir una de esas aventuras que tanto había deseado y que nunca creyó que un día se haría realidad, pues conocería gente nueva de un excitante país donde su apellido no la obligaría a un comportamiento determinado.

Su llegada frente a los anfitriones; en la entrada de la mansión, fue acogida por cientos de ojos que se volvieron para mirarla, indicándole que sería el centro de interés de la velada y que debería poner en práctica todo lo

que desde pequeña le habían inculcado. Por primera vez en su vida agradeció la férrea educación a la que había sido sometida por sus estrictos tutores, y por su escrupulosa madre.

Acompañándola del brazo se encontraba el señor Sheldon, con una expresión difícil de averiguar pues parecía medio enfadado; tal vez por las miradas de admiración que le lanzaban los hombres a Madison, y medio inquieto; tal vez por las miradas que le lanzaban las jovencitas y sus madres. Aunque nadie podía negar que en sus ojos brillaba una chispa de orgullo al estar acompañado de una dama tan espléndida.

Delante de ellos, hablando con los anfitriones, se encontraban los Davis. Susan con un vestido azul marino que por su diseño le ayudaba a disimular su barriga de embarazada, y que hacía juego con sus ojos dándole un aire más angelical y adorable. Junto a ella estaba el capitán Davis, que se erguía ante los Adams como si estuviera ante un consejo de guerra, para después retirarse a un lado y así dar paso a Madison y Aron.

—Permítanme que les presente a mis invitados. Al señor Sheldon ya le conocen de otras ocasiones —señaló el capitán Davis.

—Señor Sheldon es un placer volver a tenerlo entre nosotros —señaló el señor Adams extendiéndole la mano como prueba de la amistad que les unía, mientras su esposa le dedicaba una reverencia sutil confirmando que lo recordaba.

—Y lady Madison, una querida amiga de mi esposa que nos honra con su visita.

—Encantada milady —afirmó la anfitriona con una reverencia excesiva que indicaba su interés, seguida por otra mucha más perfecta de su marido.

Los Adams eran sin lugar a dudas los personajes más curiosos que había conocido. Por un lado la señora Josephine Adams era una mujer alta, delgada, de unos cuarenta años de edad, que se esforzaba en erguirse para fingir una pose refinada que no poseía. De su cara sobresalía una nariz aguileña y pronunciada, que hacía conjunto con una barbilla huesuda y unos pómulos marcados. Todo ello se unía para quitarle todo toque de distinción, al darle más bien una apariencia de cadáver.

Por otro lado su marido poseía un porte distinguido del que no parecía

darse cuenta, y aunque también era alto, delgado y de aproximadamente su misma edad, éste no era cadavérico como su esposa, sino que se ajustaba a los dictámenes de una línea correcta. Sin lugar a dudas era la pareja más disconforme que Madison había visto en su vida, pues para nada parecía que encajaban juntos.

De pronto recordó las palabras del señor Sheldon en el carruaje, cuando aseguró que la señora Adams accedería gustosa a vestirse con pieles para complacerla, y cómo todos se rieron a carcajadas. Madison entonces captó la broma y sonrió, no solo al imaginarse a la pomposa señora Adams vestida con pieles, sino porque una mujer tan prepotente jamás se dignaría a hacerlo, y los hubiera mirado horrorizada si se lo hubieran pedido.

—¿De qué se ríe? —le susurró Aron mientras el grupo caminaba hacia el salón una vez acabadas las presentaciones, y la señora Adams les hablaba sobre el magnífico salón de baile dispuesto para la velada.

La verdad es que tras la presentación del capitán Davis Madison no había prestado mucha atención a lo que decían, mientras fingía que escuchaba. Un truco que había perfeccionado con los años al tener que soportar charlas incansables de su madre, y cientos de presentaciones tediosas.

—No me estaba riendo —le contestó también en un susurro al mismo tiempo que asentía a un comentario de su anfitriona respecto a los murales, comprobando la riqueza de una decoración demasiado recargada para su gusto, y con demasiado dorado en cada complemento.

—Pues yo creo que sí —insistió Aron que se encontraba encantado al tenerla cogida de su brazo, mientras contemplaban cómo otros caballeros se colocaban cerca de ellos para ser presentados.

—Señor Sheldon... —empezó a decir hasta que le miró y vio un brillo travieso en sus ojos. Entonces, sin poder contenerse ensanchó su sonrisa—. Es usted un bribón. Sé que quiere que pierda la compostura delante de todos los invitados, pero no va a conseguirlo. Así que compórtese como un caballero.

—Me ofende lady Madison, ¿cuándo he dejado de comportarme como un caballero? —le provocó y ella casi cae en la trampa, al estar a punto de contestarle que hacía unas noches en su recámara. Por suerte calló a tiempo,

pero el rubor que subió a sus mejillas delató sus pensamientos y consiguió que él sonriera satisfecho.

Dispuesta a que esa noche no la perturbara giró su cabeza, y volvió a prestar atención a cuanto la rodeaba. En cuestión de minutos Madison fue presentada a un considerable número de caballeros y damas, entre los que se encontraban comerciantes, jueces, políticos y terratenientes. Todos ellos deseosos de conocerla, pues en contadas ocasiones se encontraba ante ellos una lady con unos modales tan exquisitos.

Aron no pudo evitar observar cómo Madison se desenvolvía entre ellos con refinamiento y soltura, siendo evidente su porte distinguido ante las demás damas. No es que Madison las mirara por encima del hombro o les hiciera desplantes, sino que resultaba innegable que poseía una elegancia innata que nadie más en la sala tenía.

Madison sabía qué decir en cada momento para parecer encantadora, como también sabía moverse por la sala con elegancia realzando sus encantos. Pero lo que más le llamó la atención a Aron, y a los demás caballeros de la sala, fue ver cómo bebía de una copa de champán con tanta sensualidad, que todos ellos desearon quitársela de las manos para saborear las deliciosas burbujas directamente de su boca.

Pero sus recursos no quedaban solo en complacer la vista de los caballeros, sino que también sabía ganarse la admiración de las damas al dominar el arte de la conversación, convirtiendo el detalle más pequeño en toda una proeza, alabando el vestuario o el peinado de alguna invitada cuando éstas aparecían ante ella avergonzadas o tímidas, demostrando su exquisito refinamiento, su cuidada educación, y sus esmerados modales.

En cuando a los caballeros que se acumulaban a su alrededor, les daba el grado justo de confianza para resultar encantadora pero sin parecer atrevida, algo que hacía crecer a toda velocidad su lista de admiradores. Sobre todo cuando se supo que procedía de una de las familias más ricas y prestigiosas de su país.

Aron no podía evitar sentirse orgulloso de ella, y compararla con las demás mujeres quedando éstas enseguida eclipsadas. Madison brillaba con luz propia ante las demás invitadas, que simplemente trataban de imitarla al



caminar o hablar, pero sin conseguir ponerse a su altura.

Hacía un buen rato que se había visto forzado a dejar su compañía por la cantidad de gente que quería hablar con ellos, y por culpa de la acumulación de pretendientes que pronto completaron el carnet de baile de Madison. Aun así su mirada solía buscarla mientras ésta sonreía encantada, sin cesar de bailar por la pista o de ser rodeada cada vez que intentaba descansar.

La verdad es que Aron empezaba a apiadarse de ella, pues solo quien la conocía se daba cuenta que estaba cansada, y que se sentía avasallada ante tanta atención. Y es que si bien hay personas que disfrutan siendo el centro de atención, Madison era de las que prefería pasar desapercibida y disfrutar de las cosas sencillas. Un hecho que contrastaba con su pose distinguida y su don de masas.

—No la deje escapar joven, es una mujer exquisita —le dijeron por quinta vez, solo que en esta ocasión su interlocutor era un prestigioso juez que Aron había conocido en su primer viaje a Nueva Orleans.

Lo curioso de todo es que al haber aparecido juntos se sobreentendió que entre ellos había un compromiso, aunque este rumor pretendía ser negado por algunos caballeros que no se resignaban a tener una oportunidad con Madison, y un buen puñado de damas que andaban tras Aron.

Como era de esperar Aron nunca contestaba a los que se lo insinuaban, y simplemente sonreía y trataba de cambiar de tema; lo que provocó que el rumor se extendiera con más rapidez. Su intención al callarse era que muchos de esos hombres desistieran de ir tras ella, y para tener ciertos privilegios a la hora de pedir la atención de dicha dama; privilegio que en breve estaba dispuesto a solicitar.

Dispuesto a no quedarse sin disfrutar de la compañía de Madison, pues ya había demostrado tener demasiada paciencia, se propuso separarla de la manada de lobos en celo que la custodiaba para tener unos minutos a solas con ella.

Se imaginó que le resultaría imposible separarla de su próximo compañero de baile, pues ese puesto estaba considerado un privilegio que nadie quería perderse. Por ello, mientras la observaba girando por la pista de baile con la agilidad de una gacela, se le ocurrió una idea que podía resultar si

ella la apoyaba, y por cómo miraba discretamente a los ventanales de la terraza, Aron supo que cedería gustosa a seguirle el juego.

Por ello se colocó en posición, esperando a que la música concluyera, para poder colocarse a su lado mientras era conducida junto a los Davis. Un plan que funcionó como había pensado, ya que en el mismo instante en que salieron de la pista de baile Aron ya se encontraba junto a ella.

Para Madison toda esta atención había sido maravillosa al principio, pero tras la primera hora de halagos y de ser observada al detalle, le estaba dejando de complacer.

Estaba acostumbrada a llamar la atención en las veladas de Londres por tratarse de una Wyonick; y por una belleza que según decían encandilaba, pero estaba convencida que tanta atención se debía sobre todo a ser una mujer casadera con una gran fortuna. Por eso creyó que en Nueva Orleans no sería tan acosada, sin imaginarse la conmoción que causaría cuando fuera presentada.

Llevaba tanto tiempo sonriendo y hablando de vanidades que estaba a punto de salir corriendo hacia los ventanales, esperando con ello dejar atrás a todos esos caballeros que la atosigaban con zalamerías, y a esas damas que no cesaban de preguntarle sobre su vida en Londres.

De vez en cuando trataba de evadirse de su acompañante mientras bailaban, buscando entre los asistentes al único hombre con quien aún no había bailado. Y es que si bien era cierto que había pensado darle celos esta noche al señor Sheldon, a éste no pareció importarle que sus parejas la monopolizaran, aun cuando él fuera su acompañante.

Resignada a seguir girando por la sala de baile mientras un tal señor Coulberg afirmaba que sus ojos eran los más hermosos que jamás había visto, no pudo evitar volver a buscar al señor Sheldon por los alrededores. Una curiosidad muy femenina le hacía querer averiguar si se encontraba acompañado de una dama, aunque era evidente que este dato no le importaba; o por lo menos eso se repetía para creérselo.

Lo cierto era que desde que había empezado a discutir con el señor Sheldon los demás hombres le parecían aburridos, sobre todo cuando comparaba su conversación maliciosa, excitante e inteligente con los simples

flirteos de otros caballeros. Por no mencionar la diferencia entre sus miradas, sus manos o esa sonrisa pícaro que le mostraba cuando se metía con ella, y que lo hacían tan atractivo.

Sin poder contenerse miró al caballero con quien bailaba, y lo encontró tan diferente al señor Sheldon que suspiró resignada. El señor Jeff Coulberg era alto, delgado, rubio y con el pelo engominado hacia atrás, dándole una apariencia demasiado juvenil para su gusto. La diferencia entre ambos hombres era tan abrumadora que incluso resultaba divertida, pues si bien el señor Sheldon era todo músculo y masculinidad; con un toque seductor que lo hacía único, el señor Coulberg era el ejemplo de un muchacho que pretendía comerse el mundo antes casi de saber andar.

Aun así, y aunque deseaba desesperadamente salir a la terraza a tomar un poco de aire fresco, era indudable por su mirada que su edad no lo hacía menos peligroso. Supo aun con su corta experiencia en estos asuntos, que si le pedía al señor Coulberg que la acompañara, sería como si una gallina indefensa se fuera a pasear junto a un zorro que ya se relamía por saborearla antes incluso de salir del gallinero.

Pensando en ello se estremeció, y su cabecita comenzó a deliberar cómo escaparse por unos minutos del baile a solas; una idea que le recordó su fuga de la boda y que la hizo sonreír.

—Una lástima que se haya acabado el vals, ¿verdad milady? —le comentó el joven señor Coulberg mientras dejaban de girar por la pista. Un hecho del que Madison ni se percató.

—Efectivamente señor Coulberg, aunque debo señalar que las cosas buenas deben ser breves para ser más valoradas.

—Le doy toda la razón milady —le confirmó mientras la conducía cogida de su brazo hacia sus acompañantes los Davis—. Y debo señalar que su comentario denota una inteligencia tan...

—¡Lady Madison, la diosa fortuna la ha puesto en mi camino! —dijo Aron con tono exaltado, al mismo tiempo que se colocaba junto a Madison para impedir que siguiera caminando.

—¡Señor Sheldon! —no pudo evitar soltar al haberla sobresaltado, aunque en seguida se percató que algo sucedía, y se paró encantada con su

oportuna aparición.

—La estaba buscando milady. Como recuerda me encargó que le avisara en cuando apareciera Frances Valentine, y debo comunicarle que acaba de llegar a la velada —afirmó Aron dejando a Madison extrañada, pues no conocía a ninguna mujer por ese nombre, sin mencionar que no le había dejado ningún encargo de que le avisara en cuanto apareciera esa desconocida.

—¿Qué? —le preguntó extrañada.

—¿La señora Frances Valentine? —dijo el señor Coulberg más confuso que la propia Madison, pues se resistía a dejar su presa junto a otro zorro.

El brillo pícaro en los ojos de Aron que tanto conocía, así como la discreta mirada de reojo que él le dio a los ventanales; y que solo ella observó, le hicieron darse cuenta a Madison de que se trataba de una treta

—¡Oh! ¡Ya lo recuerdo! Tiene usted razón señor Sheldon, y no debe olvidar que usted me prometió presentármela.

—Y pienso cumplir con mi promesa si así me lo permiten —esto último se lo dijo mirando fijamente al joven que se encontraba al lado de Madison, y había sido su último compañero de baile.

—¿Frances Valentine? —volvió a preguntar aún incrédulo.

—La famosa escritora francesa —afirmó categórico Aron como si fuera impensable que alguien no la conociera.

—La verdad es que su nombre me suena —no tuvo más remedio que decir el muchacho, aun sin saber de quién se trataba.

Esto por supuesto consiguió que la sonrisa de Madison se acentuara, y por ello tuviera que esconderla tras su abanico. De lo contrario hubiera resultado indudable que entre Madison y Aron tramaban algo.

—Es de suponer que un hombre culto como usted haya oído hablar de ella —siguió insistiendo Aron para tratar de colocar al pobre muchacho entre la espada y la pared, y así dejarle que se llevara su premio; es decir a lady Madison.

—Por supuesto, recuerdo haber leído hace poco unos versos suyos —

contestó resuelto, pues no estaba dispuesto a quedar en ridículo ante una dama que pretendía cortejar—. Si milady no tuviera tanta prisa le recitaría uno de mis favoritos— no pudo resistirse a alardear.

—¿De veras? —le preguntó Aron interesado en escuchar esos versos inexistentes, e interviniendo en el absurdo galanteo del caballero.

Cuando el señor Coulberg iba a contestar a Aron irritado por la intervención de éste, Madison optó por intervenir antes que se retaran a duelo por los versos de una escritora que había sido inventada.

—Es una lástima que no tengamos tiempo para ello —comentó Madison mostrando la caída de párpados que tanto había ensayado durante años; pensada para encandilar a los hombres hasta hacerles babear, y sonriendo al pobre muchacho.

—¡Si, una lástima! —respondió Aron casi al mismo tiempo que Madison y sin dejar de mirar al señor Coulberg, lo que ocasionó que se perdiera el despliegue de encantos que dejó boquiabierto al joven caballero.

—En ese caso he de dejarla marchar milady, pero debe ofrecerme a cambio otro baile —le dijo el joven Jeff Courberg que no pensaba renunciar a su presa tan pronto sin obtener antes una recompensa, por mucha prisa que tuviera en conocer a esa dichosa escritora francesa.

—Por supuesto, estaré encantada de complacerlo —le aseguró Madison, mostrándole su sonrisa más seductora para que confiara en ella.

—¿Por qué no la espera sentado muchacho? —le preguntó con malicia Aron pues sabía que Madison no regresaría; sobre todo si él podía impedirselo.

Durante unos segundos ambos hombres se miraron fijamente desafiándose, pues si bien Jeff Courberg se fiaba de la dama, no sucedía lo mismo con el caballero, ya que más bien parecía que éste quería quedársela solo para él. Algo que entendía pues él estaría dispuesto a hacer lo mismo, si no fuera porque su código de honor le obligaba a complacer los deseos de la dama.

—Iré a buscarla en cuanto suene el próximo vals —le dijo a Madison, para después besarla la mano mientras fingía que Aron no existía.

Tras un carraspeo de éste al ver que el tal Jeff Coulberg pretendía quedarse el resto de la noche besuqueando la mano de Madison, Aron se vio forzado a intervenir cogiéndola del brazo para apartarlo de ese baboso que se negaba a separar sus labios del guante de ella.

A Aron le hubiera gustado que los morros de ese jovencito se hubieran encontrado con su puño, para ver si a éstos también los besaba con tanto fulgor. En su lugar mostró su educación y su aguante, contestando de esta manera a su provocación:

—Será mejor que nos marchemos querida, antes de que nos pasemos el resto de la noche viéndole la nuca despeinada al señor Courberg.

Por supuesto nada más escucharle el susodicho se irguió en su sitio, y tuvo que contenerse para no llevarse la mano a su nuca y así comprobar si aún seguía cada cabello en su sitio. Sintióse ofendido por el comentario; y por la sonrisa ladina de Aron, miró a éste con un odio profundo y tras una reverencia a Madison se fue a paso ligero sin mediar palabra.

Cuando Aron se giró para ver la reacción de Madison, pues no sabía si le había molestado que despachara a su admirador de una forma tan poco elegante, se encontró con que ésta estaba haciendo grandes esfuerzos por no reírse a carcajadas.

—Es usted incorregible señor Sheldon.

—Y por eso le resulto tan encantador —señaló satisfecho al tenerla consigo, y colocándola elegantemente de su brazo se dirigieron hacia los ventanales.

Pero Aron estaba equivocado si creyó que sería fácil sacar a la mujer que estaba causando sensación en la velada. No habían avanzado ni tres pasos cuando su siguiente pareja de baile se les acercó para reclamar su turno, echando atrás las esperanzas de ambos de poder descansar unos minutos a solas.

—Me temo que me quedaré sin conocer a la señora Valentine —repuso Madison resignada mientras miraba anhelante a los ventanales que daban paso al jardín.

—Aun no es demasiado tarde, cójase fuerte a mi brazo y sígame —le dijo

Aron asegurando la mano de ella sobre su brazo, para inmediatamente comenzar a caminar a paso ligero entre las parejas que se preparaban para el siguiente baile y que les miraban extrañados.

Madison hubiera tenido que quejarse por semejante comportamiento impetuoso, pero la verdad es que estaba disfrutando de este acto de rebeldía. En más de una ocasión, en sus temporadas en Londres, le hubiera gustado hacer lo mismo para así poder alejarse de un odioso acompañante que tantas veces su madre le imponía.

Pero antes de su fuga, y de este viaje que tanto la estaba cambiando al conseguir que acentuara su valentía y su espíritu indómito, Madison no hubiera osado salir corriendo a esconderse por mucho que lo hubiera deseado. No cuando su madre le imponía tanto respeto, al no querer defraudarla con un comportamiento tan poco apropiado.

Aunque ahora, junto a ese caballero que tanto la perturbaba, Madison se sentía confiada y dispuesta a comerse el mundo. Un hecho insólito al ser el mismo hombre que la volvía loca de furia por sus miradas pícaras y sus palabras sagaces, como también la hacía encenderse de deseo por esas mismas razones.

En cuestión de segundos la pareja caminaba enérgicamente por un lateral de la sala mientras eran perseguidos por el caballero que reclamaba su próximo baile, cuando al instante siguiente, desaparecieron tras unos cortinajes que separaban la sala de baile de otra más pequeña; y que estaba custodiada por columnas.

Sin pensarlo dos veces el señor Sheldon la llevó en volandas detrás de la columna más apartada para esconderse, y así asegurarse que el caballero no los viera aunque entrara en la sala tras ellos. Una estrategia que sería útil si conseguían mantenerse quietos y en silencio, y el caballero no insistía en su búsqueda.

Mientras tanto, y ajena al escándalo que podría formarse si eran descubiertos estando a solas, Madison trataba de contener la risa y la respiración jadeante. Trató por todos los medios de mantenerse en silencio y pendiente de cualquier sonido, hasta que se percató que alguien recorría una de las cortinas y entraba en la misma sala donde ambos se encontraban.

Aron no lo pensó dos veces y colocó su índice en los labios de Madison para decirle sin palabras que se mantuviera en silencio. Ella solo pudo asentir tratando de no reírse, aunque al escuchar como la llamaba ese hombre tan persistente que los perseguía, estuvo a punto de echar todo a perder por su risa.

En un acto reflejo se aferró con fuerza a la mano que Aron aún mantenía cerca de su boca para decirle que se mantuviera callada, y ambos esperaron a que ese caballero desistiera de su presa.

Por suerte el caballero no se aventuró a adentrarse en la sala donde la pareja se escondía, y a los pocos minutos se alejaba decaído al no haberla encontrado.

Suspirando aliviada Madison no pudo evitar reír, al sentirse por fin libre, no solo de ese hombre, sino de su condición de ser una Wyonick con responsabilidades que asumir. Había sido tan excitante y divertida la escapada, que no había pensado que con ello se quedaba a solas con el único hombre que la conseguía alterar.

No fue hasta ese instante cuando se percató que el dedo índice de Aron aún seguía rozando su labio mientras ella se aferraba con fuerza a esa mano, y no supo muy bien cómo reaccionar. Despacio subió su mirada hasta los ojos del señor Sheldon para saber si él también se había dado cuenta de la situación en la que se encontraban, y por la intensa expresión de sus ojos supo que él también era consciente de que se hallaban solos y casi rozándose.

Un calor sofocante se fue acentuando por su cuerpo hasta que éste se encendió con la misma fuerza que una hoguera, notando cómo sus mejillas se enrojecían y toda ella comenzaba a temblar por su mirada tórrida.

Lentamente Madison soltó la mano de Aron que ardía entre las suyas, sin dejar de contemplarlo y de sentir por primera vez la cercanía que había entre ambos. Se dio cuenta de la situación en la que se encontraban, pues sus cuerpos estaban a escasos centímetros el uno del otro en una habitación solitaria, tras una de las columnas más lejanas y cubierta por las sombras.

Un hecho que la ponía gravemente en peligro, al encontrarse a merced de ese hombre que le había demostrado lo arriesgado que podía ser para su corazón estar en su compañía. Lo había dejado muy claro hacia muy poco en



su recámara, y temía que ahora volviera a repetirlo. Un hecho que la excitaba y la asustaba por igual.

Sin poder apartar su mirada de la de él, con su cuerpo debilitado por la lucha entre el deseo y la virtud, con su olor volviéndola loca y anhelando un tacto que debía temer, Madison estaba perdiendo la capacidad de pensar, pues en su mente solo se encontraba la sensación de sentirlo, aun cuando ni siquiera se rozaban. Una urgencia que cada vez se intensificaba, y consumía todos sus esfuerzos para sofocar su necesidad de lanzarse en busca de sus labios.

—Será mejor que salgamos. El caballero ya debe de haber dejado de buscarme —comentó Madison tratando de parecer serena, cuando en realidad su corazón estaba a punto de salirse del pecho. Debía salir cuanto antes de ese lugar si quería que su cordura y su voluntad siguieran siendo suyas.

—¿Ahora que la tengo solo para mí? —le preguntó con voz ronca, demostrando que el también ardía por poseerla mientras su dedo rozaba sus labios y se alejaba por su barbilla rumbo al cuello.

—No es apropiado que estemos aquí. Si alguien nos encuentra...

—Nadie nos encontrará —le aseguró al mismo tiempo que Madison sintió como sus cuerpos se acercaban, aun cuando ninguno de los dos se había movido.

—Pero si lo hicieran... —su voz cada vez sonaba menos convencida, siendo una prueba evidente de su falta de interés por librarse de él, al no detener ese dedo jugueteón que bajaba despacio por su cuello hasta alcanzar la sinuosa curva de sus pechos.

—No lo harán —le aseguró Aron excitado, y subiendo su dedo hasta su barbilla para que ella lo mirara.

Quería ver la expresión en sus ojos para saber si se encontraba asustada por la intensidad del encuentro, o por si estaba tan ávida por poseerlo como se sentía él. Necesitaba saberlo por si debía contener su deseo y dejarla marchar aunque al hacerlo desfalleciera, o si por el contrario demostraba un anhelo comparable al suyo.

Por suerte para él, y para su ego, al mirarla fijamente encontró un deleite

tan irresistible que en el acto se quedó sin aliento. La fuerza de su mirada, el interés que demostraba por sentirlo, el escalofrío de su cuerpo bajo su roce y su respiración entrecortada, le hizo sentir un dolor creciente en su entrepierna tan intenso que estuvo a punto de gemir de placer.

Susurrándole con la voz entrecortada, y sin dejar de mirarla para seguir empapándose de ella, le dijo lo que llevaba sintiendo desde hacía horas.

—¿Sabes que llevo toda la noche deseando tenerte cómo te tengo ahora?

Madison no fue capaz de contestarle debido al nudo que se le había formado en la garganta, al observar la intensidad con que la miraba. Debido a ello las manos le sudaban sin saber dónde colocarlas, y había perdido la voz desde que el dedo del señor Sheldon se había extraviado entre sus senos.

—Desde que te vi aparecer en lo alto de las escaleras me has dejado sin palabras, y deseando probar esos labios que tanto me provocan.

Tragando con dificultad trató de serenarse, pues no quería que supiera los estragos que estaba causando por todo su cuerpo. No quería aparecer ante él como una chiquilla tonta que se desvanecía ante unas galanterías, aunque éstas vinieran acompañadas de unos ojos que la devoraban sin contemplaciones.

Por ello no apartó su mirada, y trató de parecer esa mujer seductora que tan fácil le resultaba ser con otros hombres, pero que con él la hacía sentirse torpe e insegura.

—No sabía que le provocaba —afirmó sonando ingenua, aunque por el brillo coqueto en sus ojos éste supo que en realidad estaba encantada con sus halagos. Sonriendo aprovechó su aceptación para profundizar con su seducción.

—Toda tú lo haces —la volvió a acariciar, probando el tacto de su rostro en su mano, mientras la contemplaba fijamente mostrándole su deseo y su fascinación por ella—. Cada vez que me miras con esos ojos cargados de promesas, te deseo —rozando sus labios con su boca continuó—: cada vez que pronuncias mi nombre o me dedicas una de tus sonrisas, te deseo.

»Cada vez que tu pecho respira privándome de ese mismo aire que anhelo compartir contigo, te deseo. Cada vez que suspiras y me pregunto si

será a causa de algún recuerdo conmigo, te deseo.

—No siga por favor. No...

La agitación de su pecho junto el rubor de sus mejillas le indicaron que sus palabras estaban calando en su corazón, y por ello sintió la necesidad de seguir provocándola.

—¿No? ¿Por qué te niegas cuando es evidente que también lo deseas?

—¡No es verdad! —se apresuró a decirle, teniendo que apartar su mirada para que no comprobara que era una mentira.

—Entonces te lo demostraré.

Sin más Aron la cogió entre sus brazos con una pasión que jamás había experimentado, pues verla tan alterada a causa de su cercanía y como intentaba disimular el placer que estaba sintiendo, lo había encendido con una pasión que le era difícil de controlar.

Con energía la pegó a él queriéndola sentir como una parte más de su ser, y sin un segundo más que perder la besó entregándole todo lo que era y sentía. Quería demostrarle con ese beso cómo un hombre puede hacerle perder el control a una mujer, si esta es la dama que reina en su corazón.

Con toda la intensidad de su anhelo la besó primero con dulzura, luego con exigencia, hasta conseguir que la boca de Madison se abriera por completo a él y gimiera de puro éxtasis.

Juntos se perdieron entre la fricción de sus cuerpos, embriagándose de su sabor y olvidando que fuera de ese pequeño cuarto; y estando tan solo separados de él por unas cortinas, se encontraba un mundo que reprobaría un encuentro tan inapropiado. Olvidaron por tanto su orgullo, su razón y sus remordimientos, para entregarse al regocijo de sentir un placer tan grande que los volvía vulnerables.

Pero Madison no pudo olvidar por mucho tiempo el riesgo que corría a su lado, pues sabía que un segundo entre sus brazos equivaldría a una eternidad de tortura cuando la abandonara. Sintió una punzada de dolor a causa de este pensamiento, pues supo que solo una tonta se dejaría llevar hasta el final sabiendo que este solo le traería desgracias.

Saberlo le dio las fuerzas que necesitaba para apartarse, y así volver a la realidad donde se sentía la mujer más miserable sobre la faz de la tierra. Dispuesta a no dejarse utilizar por ese hombre que la consumía de placer en cada beso, bajó la cabeza por temor a caer de nuevo ante su mirada y buscó una salida en la que no perdiera su alma.

—¿Por qué me hace esto? ¡No lo entiendo!

—¿Qué es lo que no entiendes pequeña? —le preguntó con tanta dulzura que volvió a partirla en dos.

Tratando de armarse de valor para rechazarlo; o por lo menos para descubrir hasta donde llegaba su necesidad de poseerla, apoyó la cabeza en su pecho para escuchar su corazón, y así no tener que enfrentarse con su mirada cuando descubriera hasta donde estaba dispuesto a llegar por ella.

—¿Por qué te empeñas en seducirme y provocarme si sabes que solo conseguirás hacerme daño?

—No. Yo no...

—No lo niegue señor Sheldon. O acaso no me romperá el corazón cuando una vez acabada nuestra pasión me devuelva a mi familia.

No hizo falta ninguna mirada para saber que no tenía una respuesta para ello, o por lo menos una que la convenciera para hacerla suya. Lo supo cuando al escucharla sus latidos se pararon durante un instante, resultando evidente que no había esperado esta pregunta.

Estaba convencido que al sentirla desfallecer entre sus brazos la creía ya vencida, sin saber que poseía una fuerza interior que resurgía cada vez que pensaba que cada caricia, y cada beso, era solo una excusa para hacerla suya y luego olvidarla.

Ante el silencio de él Madison siguió hablando.

—¿O acaso no será eso lo que sucederá?

Aron no sabía cómo contestar. Era cierto que se moría por estar con ella, pero también era verdad que no había pensado en el día en que ella se fuera. Pensar en ello le volvía loco pues sabía que en Londres no estaría a su alcance, y por eso se negaba a asumir que tarde o temprano la perdería. Se

daba cuenta que los días pasaban rápidamente y ella aún estaba lejos de entregarse a él sin reservas, y por ello necesitaba hacerla entender que sus sentimientos eran algo más que la búsqueda del placer en su compañía.

Temor era la palabra que los separaba pues ella lo sentía al creerse usada por el señor Sheldon, negándole la oportunidad de ver algo más en él, y Aron lo notaba al pensar que no era suficiente para ella y por eso la perdería cuando supiera todos sus secretos.

Sin decir palabra Aron retrocedió unos pasos para apoyar su dedo en la barbilla de ella, y así conseguir que ésta lo mirara. Si debía ser sincero, entonces era necesario que ella pudiera leer la verdad en su alma, y la única manera de conseguirlo era mostrándole su interior a través de sus ojos.

—No sé lo que sucederá cuando tenga que regresar a su hogar.

—Pues yo si lo sé señor Sheldon, y no pienso permitirlo —afirmó con unos ojos cargados de dolor, y con las lágrimas a punto de derramarse por su rostro.

Era evidente que Madison no había esperado esta respuesta, y que sus palabras le habían causado daño. Sabía que él no la amaba por mucho que se lo quisiera hacer creer, y prueba de ello es que no le había resultado difícil decirle que tras su partida entre ellos no podría quedar nada.

Sin más pruebas que le dejaran claro que él no se arriesgaría por ella, y que para él solo sería una distracción mientras durara su viaje, Madison se armó de valor y se marchó corriendo por miedo a quedar ante él como una estúpida que lloraba por un amor que nunca llegaría.

Aron se quedó solo en ese cuarto medio oscuro, mientras a lo lejos se escuchaba la música de fondo y las lágrimas que Madison no quiso mostrar delante de él, pero que él supo que existían. La había dañado al ser sincero, pues no creyó que cogiera sus palabras como una falta de interés por ella. Lo único que pretendía era aclarar el punto en que se encontraban, y se dijo que nunca comprendería cómo funcionaba la mente de una mujer.

Aun así, tras verla marcharse tan dolida se sintió un ser infame, y lamentó profundamente no haber aprovechado la oportunidad que se le ofrecía para hablarle de sus sentimientos, de la necesidad de aclarar qué sería de ellos cuando regresaran a Londres, y de dar a conocer todas esas cosas que

podrían separarles.

A cada minuto su cólera crecía al darse cuenta de su error, y caminaba por la estancia como un tigre enjaulado preguntándose porque la había dejado escapar cuando ella lo era todo para él.

La había mirado a los ojos y se había dado cuenta que no podría volver a mirar al mundo si no era a través de ellos, pues solo con su brillo y su suavidad lograría llenar su vida de dicha; y aun así la había dejado marchar.

Sabía que con ella conseguiría ser feliz, pues solo en su compañía tendría la fuerza necesaria para ser el hombre que debería haber sido. Una persona con más corazón, pasión y bondad, que abriría las puertas de un nuevo comienzo al saber que ella caminaría a su lado

Y entonces lo supo, solo en ese pequeño cuarto con el corazón herido y unas ganas enormes de gritar, reconoció que esta fuerza que emanaba de él no podía ser otra cosa más que amor.

El fuerte y orgulloso Aron Sheldon se había enamorado de la hija de la mujer que representaba todo aquello que aborrecía y que había jurado apartar de su vida, y no pudo hacer otra cosa más que reírse a carcajadas.

El simple hombre de negocios se había enamorado de una mujer que le estaba completamente prohibida.

Una Wyonick

## Capítulo XXIII

Cinco días después del incidente del baile, Aron estaba convencido que el infierno había llegado a la ciudad. Había intentado quedarse a solas con Madison para aclarar el malentendido y confirmarle sus sentimientos, pero ella siempre encontraba la manera de escabullirse en el último momento y dejarle con la palabra en la boca.

Incluso había insistido en que podaran la planta trepadora de su ventana y colocarán unos cepos en el jardín, asegurando que un animal salvaje y depravado acudía por las noches a su cuarto con viles intenciones. Por suerte nadie se dio cuenta de que se refería a un animal de dos patas, ni siquiera cuando lo afirmó mirando fijamente a Aron.

Pero lo peor de todo fueron los incansables e innumerables pretendientes que cada tarde acudían a visitarla, ofreciéndole ramos de flores y bombones además de su petulante compañía. Estos caballeros se pasaban horas enteras adulándola mientras él debía quedarse de brazos cruzados, viendo como las sonrisas de su lady eran repartidas sin recato.

Estaba tan desesperado por todo ello que hasta el capitán Davis notó el cambio en su semblante; aun siendo Henry el hombre más despistado de los alrededores. Había pasado de ser un caballero jovial y centrado en su trabajo a convertirse en un hombre obsesionado por una mujer, aunque ésta apenas le mostrara interés, y solo le tratara con la cortesía justa para no parecer maleducada.

Estaba tan cansado de sus «buenos días» y sus «buenas noches» como única conversación diaria, que si volvía a escucharlas decir una vez más con tanta frialdad, estaba seguro que se lanzaría sobre ella para zarandearla hasta que volviera a ser esa muchacha que le contestaba con picardía y determinación.

La echaba tanto de menos que incluso estaba dispuesto a quedar en ridículo con tal de provocarla, y que nuevamente fuera esa fierecilla que le devolvía las pullas con tanta gracia.

Por suerte su dulce anfitriona también fue consciente de este cambio que se produjo entre ellos, y tras contarle Aron lo que pasó en el baile decidió ayudarle; pero solo tras asegurarle unas veinte veces que sus intenciones eran sinceras y honestas.

Fue de ella la idea de organizar un picnic entre las dos parejas para ese mismo día, como excusa para que en un momento dado él pudiera quedarse a solas con Madison. Tenía pensado que tras salir a pasear los dos quedarán rezagados, para así poder aclararle sus sentimientos, o por lo menos hacerla volver a ser esa dama impetuosa y carismática que le sacaba las uñas cuando se lo merecía.

Y ahora, sin haber contado con el calor y los molestos mosquitos, se encontraban en un parque repleto de robles, setos y flores que servía a las parejas y a los jinetes más refinados para salir y ser vistos. Un paraje que también contaba con un pequeño afluente del río Mississippi, y que era usado para llevar barcas de carga ligera entre los lugareños.

—¡Qué lugar más encantador! —volvió a afirmar Susan, mientras apartaba de un manotazo a un insistente mosquito.

Habían llegado hacia una hora al parque, y tras un breve paseo habían elegido lo que les pareció el mejor lugar para la merienda. Que Susan no aguantara ni dos segundos sentada en el suelo con porte elegante hasta que estiró sus piernas, no minó la belleza del lugar, y lo a gusto que se estaba una vez que el sol dejó de calentar.

Junto a Susan se encontraba una encantada Madison que estaba disfrutando de la merienda, al ser la primera vez que participaba en un picnic tan chabacano. Para su familia acudir a un picnic significaba ir a un jardín privado donde los criados te atendían en un bufé, mientras te sentabas en una mesa elegantemente dispuesta, muy parecida a la que se montaba para una cena distinguida.

Por eso la idea le había gustado tanto, y por ello estaba disfrutándolo como si fuera una niña. Sólo había un detalle que la incomodaba un poco, y era tener sentado a su lado a Aron, el cual la miraba sin poder disimular la fascinación que le producía tenerla tan cerca y verla tan maravillada.

Los cuatro amigos conversaban y reían sin interrupciones, sintiéndose



cómodos sentados sobre un mantel blanco de lino formando un corro.

—¿No os parecen más sabrosos los emparedados de pepinillos cuando se toman en el campo? —preguntó Susan tras haber saboreado uno especialmente jugoso.

—Están deliciosos aunque creo que deberías centrar tus atenciones en los dulces de mantequilla —le señaló su esposo cuando vio que Susan volvía a atacar sin contemplaciones el plato de los emparedados.

Soltando un suspiro se les quedó mirando, como si fueran el manjar más exquisito y ella se hubiera pasado dos días enteros sin probar bocado.

—Tienes razón querido, me he comido prácticamente todos. ¡Pero es que me encantan! —señaló resignada, y con una mirada tan lastimera a los emparedados que era difícil no apiadarse de ella.

—Le cedo los míos señora Davis si con ello consigo que vuelva a sonreír —le dijo galantemente Aron al mismo tiempo que le guiñaba un ojo.

—Lo mismo le digo Susan —continuó Madison sonriendo y cogiéndole de la mano.

—Sois los dos maravillosos —señaló encantada volviendo a mirar al plato con la misma ilusión que demostraría un niño el día de navidad.

—Yo te daría los míos querida, pero me temo que ya te los has comido —le indicó su marido el capitán Davis mientras le servía otro vaso de limonada a su esposa.

—¡Henry! No es apropiado que un caballero vigile lo que una dama se lleva a la boca —señaló Susan tratando de hacerse la ofendida aunque estaba más interesada en comerse otro emparedado.

—Perdone que discrepe querida amiga —afirmó Aron muy serio llamando la atención de todos— pero el papel del marido es justamente saber que se lleva su mujer a la boca.

Las migajas de emparedado que salieron disparadas de la boca de Susan fueron la primera respuesta a esa afirmación, seguida de las risas de todos menos la de Madison, pues ésta se había atragantado y no podía dejar de toser.

—¿Desea un poco más de limonada milady? —le preguntó Aron a Madison con una mirada cargada de malicia, y una sonrisa que revelaba que estaba disfrutando ante su reacción.

A Madison le hubiera gustado decirle que podía meterse la bebida por algún lugar inadecuado de su anatomía, o mejor aún, quitársela de las manos para tirársela a la cara, por haber sido tan impertinente delante de unas damas. Pero la tos la estaba torturando al sentir como un trozo de pastel se resistía a bajar por el lado adecuado de su garganta, por lo que solo pudo asentir y beber a pequeños sorbitos para calmarse.

Cuando por fin se hubo serenado, y viendo que el señor Sheldon no cesaba de contemplarla para provocarla, no tuvo más remedio que admitir que era un hombre especial que jamás resultaría indiferente. De hecho, por la forma en que la miraba tan ávido y por cómo no perdía la oportunidad de dirigirle algún comentario para llamar su atención, se diría que en esta ocasión se había propuesto seducirla con su compañía.

—¿Le han dicho alguna vez —preguntó Madison con falsa amabilidad —, que es usted insufrible?

—Solo un par de veces al día —le contestó con una sonrisa traviesa que le enfureció y la deshizo a partes iguales.

Había tratado de mantenerse apartada de él desde su conversación en el baile, pero cuanto más se empeñaba en ignorarle, más empeinado se mostraba él en buscarla. Un problema que le estaba causando un verdadero quebradero de cabeza, pues se veía obligada a retirarse a su cuarto aun sin desearlo, o a contar mentiras absurdas para librarse de su compañía.

Todo ello debido a ese beso que tanto le había conmovido y a la inseguridad que le había mostrado respecto a sus sentimientos. En un principio se había sentido tan dolida por no escucharle decir que la amaba, que no pensó más que en salir corriendo para no tener que mirarle a la cara. Fue cuando ya más tranquila a la salida del sol; y tras una noche de insomnio pensando en ello, se dio cuenta que no podía culparle por no amarla o por solo verla como una distracción.

Al fin y al cabo sabía muy bien lo que significaba tener que soportar a una persona a la que te es imposible amar, pues ella lo había sentido por el

pretendiente impuesto por su madre. La diferencia era que resultaba evidente que el señor Sheldon sentía atracción por ella, mientras que Madison no podía ni ver a su prometido.

Conforme fueron pasando los días su tristeza se fue transformando en humillación, pues de nuevo se había puesto en evidencia delante de él al comportarse como una muchacha inexperta y alocada. Le había dejado muy claro que no sabía nada del mundo, ni de los hombres, ni de las relaciones, por mucho que se hubiera empeñado en demostrarle lo contrario desde que lo conoció.

Pero su orgullo le había impedido perdonarle, pues una parte de ella se negaba a admitir que sus galanteos, sus caricias y sus besos solo fueron fingidos. Quería pensar que en alguna parte del interior del señor Sheldon una lucecita brillaba solo para ella, y suspiraba para que alguna vez esa pequeña luz se convirtiera en una llama que lo consumiera.

Había deseado que él también sufriera, y con ese propósito había soportado cada día a una panda de hombres que la visitaba con el propósito de seducirla y hacerle proposiciones. Irónicamente éstas hubieran sido bien recibidas si no hubiera conocido al señor Sheldon, pues con solo aceptar una podría librarse por fin del control de su familia y de la boda indeseada. Pero cada vez que miraba el rostro de un hombre solo podía ver a Sheldon, y sabía que jamás podría amar a otro hombre como lo amaba a él.

Solo saber que su corazón estaba condenado al sufrimiento le hacía desear provocarlo, y por ello se pasaba horas enteras alternando con invitados que le eran indiferentes, con el propósito de darle celos al señor Sheldon. Celos que sentiría no por amarla, sino por considerarla solo suya.

Y ahora, se encontraba sentada en medio de un parque bebiendo limonada medianamente fresca, fingiendo que no se había dado cuenta que todo era una trampa para tenerla apartada de los demás caballeros, y con un encantador vestido blanco con pájaros de diferentes tonalidades de azul bordados, con el fin de favorecer su rostro aunque tuviera que estar sometida a la tortura del corsé y de mantenerse a salvo de las manchas.

Suspirando se dijo que si tanto interés mostraba el señor Sheldon en estar con ella, debía ser porque algo interesante tenía que contarle. Pero ya

llevaban sentados una hora, y parecía que la única que estaba disfrutando de la salida era Susan con sus aperitivos.

Por suerte, a lo lejos vio a uno de sus admiradores y estuvo a punto de saltar de alegría por la oportunidad que se le presentaba. Si sabía utilizar su inteligencia conseguiría darle un poco de emoción al picnic, además de ver ponerse rojo de furia al señor Sheldon.

—¡Creo reconocer al caballero que se acerca! —señaló con fingido entusiasmo a Susan mientras colocaba su blanca sombrilla sobre uno de sus hombros, y esperaba que el caballero en cuestión no cambiara de rumbo dejándola al descubierto.

—Creo que es el señor Owens —le informó Susan mirando al caballero, aunque éste estaba tan lejos que difícilmente podría asegurarse de que se trataba de él.

—Un caballero encantador —afirmó mostrando una gran sonrisa cuando como única respuesta el señor Sheldon gruñó.

—Desde luego que lo es. Y según tengo entendido está buscando esposa —nada más escuchar decir esto a Susan, Aron reaccionó de inmediato.

—Henry, ¿qué le parece si damos un paseo hasta el río? Seguro que podremos ver alguna barcaza de las que me habló —le dijo Aron al capitán Davis, aunque sus ojos no perdían de vista a ese caballero llamado Owens.

—Muy buena idea Aron, ¿qué me dices querida? ¿Os animáis a acompañarnos?

Pero antes que su esposa le contestara, el señor Sheldon se le adelantó para que a ésta no le diera tiempo a formular una excusa. Si bien la idea de pasear se le había ocurrido al creer que ese hombre podía venir a presentarse ante Madison, no estaba dispuesto a marcharse dejándole el camino libre. Antes que eso sucediera el infierno se congelaría, pues no estaba dispuesto a que ese hombre se le acercara y la invitara a corretear por el campo mientras él veía barquitos.

—Por supuesto que deben acompañarnos las damas, sería una terrible descortesía por nuestra parte privarlas de semejante placer.

La sonrisa forzada de Aron junto con la mirada suplicante de sus ojos, le

dejaron muy claro a Susan que no podían negarse a su petición. Por suerte; y tras dedicar una última mirada al plato vacío de emparedados, ésta no tuvo ninguna excusa para negarse, y quitándose las migajas de su delicado vestido estampado de color malva se dispuso a preguntar a su amiga.

—¿Qué me dice moncheri? ¿Nos animamos? —Y para dejar más clara su pretensión dijo—: La verdad es que me vendría muy bien caminar.

Madison no pudo remediar sonreír pues se había salido con la suya. La verdad es que no le importaba para nada ese tal Owens, pues solo lo había utilizado como excusa para no pasarse toda la tarde esperando a que alguien se animara a dar el siguiente paso.

—En tal caso caminemos —y dirigiéndose al señor Sheldon le dijo con total dulzura—. A menos que usted quiera que esperemos al señor Owens para que nos acompañe.

Aron estuvo a punto de decirle lo que de verdad pensaba de ese caballero, pero se contuvo prudentemente al no ser apropiado decir ciertas palabras delante de una dama. Por ello se conformó con cogerle la mano, y cuando Madison creía que iba a besársela para después ayudarla a levantarse, éste perversamente tiró de ella con fuerza para levantarla de un impulso.

Como era de esperar, Madison se incorporó de forma apresurada, chocando contra el pecho de Aron y apoyando su otra mano en su torso para mantener el equilibrio.

Justo lo que Aron quería que hiciera.

—Siempre he pensado que tres son multitud —aprovechó Aron para decirle al oído.

—Yo diría que a veces incluso dos —afirmó ella esforzándose por sonreír, pues no quería que notara su turbación. Después, con coquetería se colocó la sombrilla en el hombro, se dio la vuelta, y comenzó a caminar con garbo ignorándole.

Fue una lástima que no se volviera, pues no pudo apreciar la sonrisa sincera de Aron al ver de nuevo a su impetuosa milady. Y así, observando el sexual balanceo de las caderas de la dama, Aron caminó hasta colocarse a su lado ofreciéndole el brazo.

Durante unos minutos ambos caminaron en silencio tras los Davis, los cuales ajenos a ellos charlaban animadamente.

—Debo disculparme por mi comportamiento —comenzó a decir Aron sin que fuera necesario explicar a qué ocasión se refería—. Sé que la ofendí con mis palabras, aunque ese no fuera mi propósito.

Madison permaneció callada al tener interés por saber cuál sería su excusa, y porque en ese momento le resultaba imposible hablar.

—Lamento si me malinterpretó —continuó Aron solemne y con la voz compungida.

—No creo que ese fuera el caso, pues su discurso fue claro —logró decirle sin que se notara su nerviosismo ante la conversación que acababa de iniciarse.

—Yo no lo creo así.

El silencio volvió a aparecer entre ellos, hasta que Madison, aun sintiendo un nudo en su garganta, comenzó a decirle sin tapujos lo que de verdad pensaba.

—Acaso negará que no supo qué contestar cuando le pregunté qué sería de nosotros cuando llegáramos a Londres.

—Eso puedo explicarlo —intentó justificarse, pero Madison no le dejó continuar.

—El caso señor Sheldon, es que no habrá nada que explicar porque nunca va a ver nada entre nosotros.

—Eso es imposible porque ya existe —ella optó por callarse y dejarle hablar, ya que le interesaba escucharle—. Quizás usted no lo quiera reconocer, pero entre nosotros ya existe una relación.

—Una que se acabó cuando me marché dejándolo solo —siguió provocándole mientras caminaba sin dignarse a mirarle.

—Una que siempre nos acompañará porque no podemos negarla.

—Se equivoca señor Sheldon, —paró en seco y se volvió para mirarle fijamente— Entre nosotros no hay nada más que atracción.

—Al menos no finge eso.

Ambos se retaron con la mirada pues ninguno quería ser el que cediera. Para Madison era importante dejar ciertos asuntos claros, como que no estaba dispuesta a dejarse seducir por ese caballero, mientras que para Aron era imperativo que comprendiera que se arrepentía de no haberle mostrado sus verdaderos sentimientos en el baile, y por ello estaba dispuesto a ser escuchado en ese momento.

Los dos estaban arriesgando una parte de su ser, aunque ninguno quisiera admitirlo.

—No soy una necia, es evidente que ésta existe por mucho que tratemos de impedirlo —reconoció Madison, pues solo tenían que mirarse para que fuera evidente la mutua atracción que sentían.

Sin poder mantenerle la mirada por más tiempo continuó caminando, pues no quería que descubriera el dolor que sentía al no escucharle decir que la amaba.

—Yo no lo impido —le aseguró volviendo a colocarse a su lado, pues no quería desaprovechar la ocasión de abrirse a ella.

—No, usted no lo hace. Más bien diría que la fomenta y centra todo lo que siente en ella. Pero yo no puedo hacerlo, y por ello le agradecería que dejara de buscarme.

—¿No quiere saber si hay más oculto en mi corazón? —le preguntó con dulzura y deteniéndola para contemplarla.

—No. La verdad es que no quiero saberlo —le respondió casi en un susurro, ya que al cometer el error de mirarle a los ojos descubrió como éstos la observaban con devoción.

—Pues sus ojos me dicen que miente —le aseguró en un murmullo al mismo tiempo que acercaba su mano a la cara de Madison.

—Es posible, señor Sheldon, pero es mi mente la que habla y ésta le pide que no me busque —continuó con su pose severa, a la vez que se apartada unos pasos para que éste no la tocara. Un rechazo que dañó el corazón de Aron.

—Lo siento Lady, pero no puedo hacerlo —le dijo con sinceridad mientras anhelaba que volviera a mirarlo, y la volvía a llamar como lo hacía en el barco—. Has pasado a ser demasiado valiosa para mí y no puedo dejarte marchar. No cuando tú centras toda mi existencia.

—No, por favor, no lo vuelva a hacer —apenas tuvo fuerzas para decirle aún con el rostro vuelto.

—¿No quiere que le hable de amor? ¿Qué le diga lo que siento?

—No quiero que me rompa el corazón —le dijo entre lágrimas— ni quiero ser un juguete en sus brazos para que me deje cuando así se le antoje.

Tuvo que darle la espalda para dejar de mirarle o la convencería con sus tiernas palabras y su mirada arrepentida, y no podía permitírselo. No cuando estaba tan expuesta a sus sentimientos.

—¡Jamás haría algo así! —exclamó ofendido por el comentario.

Pero fue ella la que más insultada se sintió al estar segura de que todo era una farsa, consiguiendo enfurecerla como nunca antes lo había logrado. Si con sus palabras él había creído convencerla de su inocencia, lo que de verdad obtuvo fue solo su furia. Una que nunca antes había experimentado y le dio las fuerzas necesarias para arrinconarle.

Girándose para enfrentarse a él, le miró fijamente a los ojos, para que viera que ante él no tenía a una débil muchacha sino a toda una mujer dispuesta a plantarle cara.

—¡Le escuché! —Le gritó tajante, pues ya no soportaba más este engaño—. Estaba detrás de la puerta y lo oí todo.

Aron la miró extrañado sin comprender de qué le estaba hablando, pues ya ni se acordaba del momento al que se refería.

Ella supo nada más mirarle que él no entendía que le reprochaba, y se sintió aún más ofendida al darse cuenta que ni siquiera lo recordaba. Gracias a ello, sus lágrimas se secaron al mismo tiempo que se congeló su corazón.

—En el barco, usted se encontraba en el camarote del capitán hablando con el doctor Williams y escuché como le decía que yo solo era un juego. Algo de lo que deshacerse cuando se cansara de mí. ¿O acaso va usted a



negar que lo dijo?

—¡Dios mío! —dijo alejándose de ella un par de pasos y pasándose las manos por el cabello en un acto de desesperación—. No es lo que piensa. Creía que estábamos el doctor y yo a solas. Si hubiera sabido que usted se encontraba escuchándolo todo no hubiera dicho semejantes palabras.

Madison tuvo el placer de ver la expresión atormentada de su cara y se sintió triunfal. Quería que sufriera como ella lo había hecho, y se sintiera vencido al no poder conseguirla.

—De eso estoy convencida —señaló resentida y con expresión dura.

—No lo entiende —trató de acercarse aunque ella retrocedió para impedirselo—. Por entonces mis sentimientos eran confusos y por ello me negaba a admitir lo que experimentaba estando a su lado. Me engañé a mí mismo diciéndome que solo era deseo, pero no puedo seguir traicionando mis emociones cuando ahora resulta tan claro lo que siento.

»Créame cuando le digo que me ha embrujado, y no puedo apartarla ni de mis pensamientos ni de mi corazón. La quiero lady Madison, como jamás antes he querido.

—Lo siento pero no puedo creerle. No cuando la otra noche también se negó a confirmar lo que sentía —se negaba a admitirlo, aunque los ojos del señor Sheldon mostraban que estaba diciendo la verdad.

—Fui un estúpido y no sabe cómo me arrepiento al no haberle abierto mi corazón entonces —confesó desesperado pues sentía que la estaba perdiendo.

—No me convence —se resistía a creerle y por ello soltó todo lo que hasta entonces guardaba—. Usted ha tenido muchas oportunidades para demostrarme ese amor del que tanto habla, pero solo he visto deseo. Puede que no tenga su misma experiencia, señor Sheldon, pero sé cuándo tratan de utilizarme. Lo han estado haciendo durante toda mi vida y no me creo que repentinamente, en el día de hoy, usted lo tenga todo tan claro mientras hace cinco días se mantuvo callado.

—Ya le he dicho que eso fue una equivocación —repuso desesperado pues notaba como la perdía.

Madison había perdido la capacidad de llorar como también de pensar

con claridad, y por supuesto de creerle. Se sentía tan desesperada, traicionada y dolida que se negaba a escuchar nada de lo que él le decía. No cuando oír sus palabras de perdón y amor la dañaban al no creerlas sinceras, olvidando que hacía tiempo que había anhelado escucharlas.

El resentimiento le impedía ver el amor en los ojos de Aron, y se negaba a que sus manos la consolaran. Ella solo estaba dispuesta a atacarle, y por ello sentía la necesidad de acometer contra él para arrinconarle.

—Entonces dígame, si lo tiene todo tan claro, ¿cómo piensa continuar nuestra relación en Londres?

Aron sabía que esa pregunta era crucial, pues según como le contestara podía perderla para siempre o quizás hacerla entrar en razón. Con las pocas esperanzas que sentía al verla tan opuesta a escucharle, suspiró y se armó de valor para decirle lo que de verdad pensaba.

—No lo sé, confié en que podamos arreglarlo todo cuando se nos presente el problema, pero mientras tanto... —no supo que más decirle cuando vio en sus ojos que volvía a decir las palabras equivocadas, maldiciendo por ello.

Resuelta cada vez más a acabar con esta farsa, Madison decidió desafiarle para dejarle claro que no tenían un futuro juntos. Era absolutamente necesario que él lo entendiera, pues no estaba segura de aguantar mucho más tiempo sin caer alguna noche en la tentación de sus brazos.

—Señor Sheldon, usted sin saberlo acaba de admitirlo, yo soy un problema. Pues bien, le dejo libre de toda responsabilidad.

—No, no lo entiende, yo...

—¡No quiero ser su problema Aron! —Le llamó por primera vez con su nombre de pila, consiguiendo que éste se callara y solo pudiera contemplarla —. Quiero a alguien que me vea a mí y no a una sarta de inconvenientes. ¡No lo comprende!, quiero ser su amor y no su compromiso. Quiero que me mire y vea a la mujer que ama y no una carga que pueda hundirle. ¡Es tan difícil comprenderlo!

—Madison —la llamó suplicante, y sintiendo que se le desgarraba el

pecho de dolor al saber que la perdía.

—Solo déjeme —le susurró en una súplica, pues no se sentía capaz de continuar con este tira y afloja.

—Pero yo puedo hacerlo, puedo darle eso y mucho más, quiero...

—¡No! —gritó desesperada, y sin pensar lo que hacía, le empujó con todas sus fuerzas para apartarlo de ella sin darse cuenta que al hacerlo lo tiraba al suelo.

Jamás hubiera imaginado que fuera capaz de empujarlo con tanta fuerza como para derribarlo, aunque se imaginaba que la sorpresa de él, unida a la furia de ella, y una rama que sobresalía justo a los pies de Aron, fueron los culpables de esta caída.

Avergonzada por lo que había hecho al verle sentado, manchado de tierra y mirándola con expresión incrédula, salió corriendo sin mirar atrás a causa de un repentino ataque de culpabilidad. No había pretendido ponerle en evidencia delante de todo el mundo, al no haberse percatado de las miradas curiosas de otros transeúntes mientras discutían.

Pero no podía pensar en ello en estos momentos, ya que la pena que sentía por dentro le impedía actuar con claridad, y solo le hacía sentir ganas de correr con todas sus fuerzas. Ahora estaba segura que lo había perdido, y pese a todo lo que le había dicho, era lo que más lamentaba. Dolida por ser siempre la perdedora, solamente corrió con la esperanza de encontrar el olvido.

Cuando Aron quedó sentado en la orilla del río, sucio y confuso, se percató de que otra vez había vuelto a equivocarse. Estaba empezando a desesperarle esa falta de confianza que mostraba por él, pues sabía que esa era la causa de sus problemas. Y más ahora que sabía que todo había surgido gracias a que era un bocazas, y no se había podido callar cuando el doctor lo arrinconó en el barco.

Resignado a verla salir corriendo de nuevo, suspiró sintiéndose el mayor estúpido del universo. Le resultaba imposible entender cómo un conquistador como él, capaz de conseguir a la mujer que deseaba, no podía enamorar a la única que le importaba. La verdad es que pensarlo le hacía gracia, aunque en estos momentos lo que menos le apetecía era reírse.

Fue entonces cuando se dio cuenta que una mujer menudita perseguía a Madison, y reconociendo en ella a Susan supo que los Davis habían presenciado, como mínimo, su caída. Se alegró que Madison contara con el apoyo de una amiga, aunque le hubiera gustado que se hubiera refugiado entre sus brazos en vez de salir corriendo.

Aceptando la derrota de esa tarde, pero dispuesto a presentar batalla más adelante, levantó la vista y vio a su amigo Henry que lo observaba a su lado.

—Creo que no se puede dejar más claro —afirmó el capitán cruzándose de brazos, lo que hizo que Aron sintiera unas ganas inmensas de tirarle un buen puñado de tierra.

—Pues no pienso rendirme —afirmó enfadado volviendo a mirar por donde las mujeres se habían marchado.

—¡Ya me lo temía! —replicó Henry sin moverse de su sitio, y sin apartar su mirada de Aron que aún permanecía sentado.

—La amo Henry, aunque no sepa cómo decírselo, pero esa es la verdad —le confesó aunque ahora mismo pareciera un tonto.

—Pues tendrás que convencerla.

Los dos se quedaron en silencio unos segundos, mientras unos niños que pasaban por los alrededores los miraban y se reían señalándolos.

—Bueno, ¿me vas a ayudar a levantarme? —le dijo mientras le ofrecía una mano para que le auxiliara.

—No lo sé, aún me lo estoy pensando —señaló Henry haciéndose el distraído, para después sonreírle mientras le extendía la mano y tiraba de él con fuerza para levantarlo.

Con una parte de su anatomía algo magullada y manchada, Aron se dio cuenta de lo absurdo de la situación al contemplarse, y no pudo evitar sentirse orgulloso por el arrojito de esa fierecilla que lo estaba volviendo loco.

—¡La verdad es que tiene carácter! —señaló Henry mirándolo de arriba abajo.

Con su traje de pinzas a la última moda con manchones de tierra; junto con su orgullo herido al haber sido derribado por una dama, Aron se sintió un

hombre nuevo.

Era cierto que no había aprovechado la oportunidad para hacerla ver que la amaba, pero al menos había conseguido que su espíritu rebelde volviera a aparecer, aunque tuviera que pasearse por el parque con la pinta de un espantapájaros.

También contaba con la ventaja de que ahora sabía lo que ella sentía, y de cómo se creía como un capricho pasajero. Se daba cuenta que tener esa información le daba ventaja, al tener la oportunidad de modificar las tornas y demostrarle con actos, y no solo con palabras, que estaba equivocada pues para él su amor lo significaba todo.

Si antes de esa tarde había tenido alguna duda sobre su amor, después de haberla visto tan espléndida plantándole cara lo tenía seguro. Esa era la mujer que durante años había buscado, y no estaba dispuesto a perderla ni por una conversación estúpida, ni por una madre intolerante; y mucho menos por un chapuzón que se merecía.

—Sí, tiene un carácter de mil demonios —contestó sintiéndose satisfecho.

En el acto ambos hombres se miraron, y se echaron a reír a carcajadas al darse cuenta de lo ridículo de la situación y de que no les importaba. Aron rió al sentirse feliz a pesar de que ella hubiera huido de él pidiéndole que la dejara en paz, y Henry rió al ver por primera vez a su amigo enamorado, perdido y completamente feliz.

—Amigo, ¡lo tienes difícil! —le aseguró Henry dándole una palmadita en la espalda, mientras Aron se colocaba su sombrero; al haberlo perdido en la caída.

—Lo sé, pero merecerá la pena —le contestó convencido, y metiéndose las manos en los bolsillos como si nada hubiera pasado, se pusieron en marcha decididos y charlando sin prestar atención a las miradas de sorpresa que los transeúntes les lanzaban.

Resuelto a conseguirla dejó atrás el parque sintiendo que tenía una nueva oportunidad de conquistarla, aunque para ello tuviera que enfrentarse a una fierecilla. Ahora solo le quedaba dejar pasar un día para que se tranquilizara, y tener presente para la próxima vez, que cuando hablaran debía mantenerse

lejos de ella si la veía enfurecida; así como de cualquier cosa punzante.

«Aunque mejor pensado, y solo por seguridad, sería más recomendable que la deje serenarse un par de días». Deliberó el señor Sheldon mientras se alejaba sonriendo.

## Capítulo XXIV

La luz del ocaso hacía tiempo que se había extinguido, y ahora era la luna la que reinaba en lo alto del cielo. Los delicados rayos del astro se colaban por la ventana abierta del cuarto de Madison, tiñendo cada rincón de éste con la escasa claridad que otorgaba.

Madison se encontraba en su recámara recostada en la cama sin poder dormir, y sin haber probado bocado por falta de apetito, y por miedo a encontrarle frente a ella. Se sentía atormentada por sus pensamientos y su recuerdo, ya que nunca antes había experimentado una soledad tan grande como la que sentía ahora, ni se había sentido tan confusa con sus sentimientos.

Desde el incidente del picnic, hacía ya unas horas, se había encerrado en su cuarto con la esperanza de poder olvidar su comportamiento tan inapropiado, pero sobre todo tratando de arrinconar las dulces palabras de amor del señor Sheldon. Unas palabras que la perseguían y que no podía apartar de sus pensamientos.

Recordó cuando por primera vez había dicho su nombre, y cómo lo había sentido como algo cercano y cálido en su pecho. Tal vez ese cambio se debía

a que ahora reconocía que entre ellos siempre existiría una comunión, que en estos momentos no sabía cómo llamar.

No tuvo las fuerzas necesarias para hablar de ello cuando Susan la acompañó en el coche de caballos hasta su residencia, pues no sabía cómo explicarle lo que en ese momento sentía. Quizás si hubieran conversado de ello le podría haber aclarado esa fuerza interior que la quemaba por dentro al saber que había renunciado al señor Sheldon, pero se negaba a recordarlo pues el dolor de revivirlo era demasiado intenso.

Susan se había comportado como una verdadera amiga al no hacerle preguntas, y limitarse a sentarse a su lado mientras la abrazaba en silencio. Luego, cuando llegaron a la casa, Susan comprendió su necesidad de estar a solas, y tras ocuparse de ayudarla a ponerse cómoda, la dejó en su cuarto con un vaso de leche con galletas, además de un beso tierno de madre y unas buenas noches.

Madison se levantó de la cama al recordarlo, y vio el vaso de leche intacto sobre la mesita de noche. Recordar lo tierna que Susan había sido con ella la hizo sonreír, al darse cuenta que sería una excelente madre para su hijo aún no nato. Sería esa clase de madre que ella siempre había deseado, y que se había jurado que algún día sería. Y sin saber cómo había sucedido, ese pensamiento de futuro le volvió a recordar al señor Sheldon y la sonrisa desapareció de sus labios.

Suspirando se acercó al balcón donde una ligera brisa movía las blancas cortinas que hacían juego con su etéreo camisón, y no pudo remediar evocar el recuerdo de las palabras del señor Sheldon: «Créame cuando le digo que me ha embrujado, y no puedo apartarla ni de mis pensamientos ni de mi corazón. La quiero lady Madison, como jamás antes he querido»

Dejando que una lágrima surcara su rostro sintió la necesidad de susurrar su nombre al viento, con la esperanza de traerlo ante ella aunque no supiera que decirle en ese momento. Y casi, sin darse cuenta, de sus labios salió el nombre del hombre al que amaba más que a su vida.

—¡Aron!

Quizás fue la luna o tal vez el viento, pero ante ella, en el jardín, apareció la silueta de un hombre que caminaba entre los rosales y los robles. En un

principio sintió la necesidad de esconderse de él para no ser vista, pues supo nada más verle que ese caballero era el dueño de sus pensamientos y la causa de la tristeza que ahora sentía.

Pero la necesidad de mirarle fue mayor, y sabiéndose oculta por la escasa luz de la luna que escondía su figura confundiéndola con las cortinas, permaneció erguida para seguir sus pasos por su solitario recorrido. En un momento dado, éste se apoyó en un árbol y miró al cielo, y Madison no pudo remediar levantar su vista para mirar al mismo firmamento que contemplaban sus ojos.

Daba la sensación de ser un hombre diferente al notar sus hombros caídos, como si éstos soportaran un peso que antes no tenían, o como si estuvieran inmersos en cavilaciones que hasta entonces no habían sido atendidas. Parecía como si su pensamiento estuviera en otro universo pues se le notaba como ausente, y Madison deseó saber si era el recuerdo de ella lo que perturbaba su descanso.

No pudo remediar sonreír ante esta reflexión, pues le alegraba darse cuenta que no era la única sufriendo a causa de sus emociones. Se percató que ambos estaban pensando por la misma causa, pues los dos afirmaban que estaban enamorados y reconocían que llevar adelante este amor solo les traería dificultades.

«Yo no quiero ser su problema» recordó haberle dicho frente al río, y aunque así lo creía, empezó a comprender que aunque quisiera olvidarlo jamás lo conseguiría, pues su amor formaría parte de ella para siempre. Entendió que quizás él tenía razón, y lo único que podían permitirse en este mundo que se confabulaba para separarles era vivir una aventura.

Se percató que tenía ante ella la decisión de poder elegir qué clase de vida quería llevar de ahora en adelante, al tener ante sí la oportunidad de elegir su futuro sin que nadie interviniera. Se encontraba a kilómetros de distancia de su familia y amigos, y aunque sabía que debía ser precavida para no dejar en evidencia a los Davis, podría disfrutar de una secreta correría junto al señor Sheldon.

Si optaba por rendirse al deseo y sucumbir a sus caricias al menos tendría la satisfacción de haber sido suya por unos días, en los que se entregaría sin



reparos a su amor, dándole todo cuanto él le pidiera. Mantendría estos recuerdos guardados profundamente en su corazón, y tal vez si el destino fuera justo, podrían prolongar su amor olvidándose de todo lo que les separaba.

Quizás su amor vencería a todas las inconveniencias, como su posición social, o el hecho de que un libertino podría desear a una sola mujer para toda la vida. Un hecho al que temía pues no estaba segura de poder mantener el interés de un hombre con tanta experiencia, cuando ella apenas había despertado su sexualidad, y desconocía el arte del amor y los placeres.

Por otro lado también podía darle la espalda y guardar sus sentimientos en lo más profundo de su alma, para nunca más acordarse de que hubo un tiempo en que un caballero le ofreció alcanzar las estrellas. Trataría de olvidar como se había negado a ello por miedo a caer desde tan alto, pues sin duda entregarse a él le haría elevarse y dejarse llevar como una nube por el viento.

Ante ella tenía estas dos soluciones: entregarse a él en una aventura que siempre la acompañaría y le abriría un nuevo mundo de posibilidades, u olvidarse definitivamente de él y vivir pensando en lo que podría haber sido, y nunca se atrevió a averiguar.

Pero solo una opción fue la que clamó desde su corazón con todas sus fuerzas, sin darle tiempo a su razón a pensar en todas las consecuencias. Por ello, y sabiendo la respuesta que su cuerpo y su mente le pedían, se apartó de la ventana, se colocó su bata y sus zapatillas, y con paso firme se dirigió hacia la puerta para ir al encuentro de la mayor aventura de su vida.

Aron no podía quitarse de la cabeza cada palabra que habían pronunciado esa misma tarde. Recordaba también el temblor del cuerpo de Madison al hablarle, o las lágrimas que bañaron su cara haciendo que su pena se le clavara más hondo.

En ningún momento él quiso lastimarla, pues el amor que sentía por ella le impedía querer dañarla, y aun así lo había hecho con cada una de sus palabras. No podía creer como con otras mujeres había sido tan fácil convencerlas para complacer sus caprichos, hasta que de pronto comprendió que ese había sido justo el problema.

Lo primero de todo es que Madison no era cualquier mujer, y no deseaba que se entregara a él solo para complacer los deseos de una aventura. Era cierto que así lo había deseado en un principio, pero era evidente que esa fase había pasado y ahora lo que anhelaba de ella era algo mucho más profundo.

De Madison quería no solo su cuerpo sino también su corazón, y anhelaba que sintiera por él lo mismo que él sentía por ella. Deseaba que se entregara sin fronteras y sin miedos, aunque comprendía que tenían ante ellos un futuro incierto.

Quería que confiara en él y que tuviera la certeza de que juntos podrían solucionar cualquier problema, pues si algo tenía claro era que ella no era ninguna dificultad sino un regalo de Dios; que no se merecía, pero que no iba a menospreciar.

Suspirando y mirando al firmamento se dio cuenta que tenía ante él una dura tarea, pues debía convencerla de que sus sentimientos eran sinceros, y no solo se basaban en un deseo que lo dejaba delirando de anhelo por tenerla.

Sumido en sus pensamientos, y en averiguar cómo podía convencerla de que la amaba por encima de cualquier impedimento, no se dio cuenta del paso del tiempo ni de cómo una mujer se le acercaba por detrás con pequeños pasos indecisos.

—¡Hola! —escuchó que alguien le decía, sorprendiéndolo, sin hacer falta que se volviera para reconocer a la dueña de esa suave y melodiosa voz.

Temeroso de que solo se tratara de un sueño o de un deseo cumplido por alguna estrella fugaz, Aron se giró despacio con el fin de que la ilusión no se desvaneciera. Solo cuando pudo contemplarla bañada por la luz de la luna; que realizaba el blanco de sus ropas y de su piel, fue cuando supo sin lugar a dudas que debía ser un sueño, pues una mujer tan deslumbrante jamás podría ser real.

—No podía dormir —no fue hasta que la escuchó por segunda vez cuando se dio cuenta que ante él estaba Madison, y no una alucinación producto del anhelo por verla.

—Yo tampoco —le respondió permaneciendo quieto para no asustarla.

Estaba tan perfecta ante él, tan etérea y sublime que le costaba respirar y

permanecer quieto en su sitio. Cada parte de su cuerpo le suplicaba para que se acercara a ella, y la acunara entre sus brazos hasta que la sensación de vacío y soledad de su alma se desvaneciera.

Había salido al jardín al necesitar un poco de aire fresco, pues cada vez que recordaba cómo se había alejado de él sumida en llantos lo martirizaba oprimiéndole el pecho. Había creído que Madison estaría una temporada enfadada con él, y que le costaría hacerse perdonar por todo el daño que le había causado.

Y sin embargo, ahora la encontraba ante él misteriosa y tímida, sin que se notara en su rostro una prueba del enfado o la angustia que había visto hacía tan solo unas horas.

—¿Qué estabas haciendo? —le preguntó, permaneciendo frente a él inerte y esbelta.

—Estaba mirando las estrellas —pudo encontrar la voz para contestar, pues sentía la garganta cerrada y su pecho palpitando a la espera de saber porque le había ido a buscar.

—Dicen que si ves una estrella fugaz te concede un deseo, ¿has visto alguna?

El asistió pues ante él tenía la prueba.

—Acabo de ver una bajar del cielo y posarse ante mí.

Madison quiso sonreír ante el piropo pues le encantaba esa parte galante del señor Sheldon que la hacía sentirse hermosa y única. Notar como la miraba la ponía nerviosa, al ver en su mirada una cálida expresión de necesitarla que al mismo tiempo le agradaba y la hacía temblar.

Aron comprobó cautivado el sonrojo de Madison, sintiéndose complacido al ver cómo retorció sus manos de forma nerviosa. Sabía que él era el causante de verse tan alterada, y sintió una inmensa necesidad de ir hacia ella y abrazarla.

—Me gustaría pedir un deseo, ¿crees que me lo concederían? —le habló tratando de parecer tranquila ante la mirada absorta del señor Sheldon.

—Estoy convencido —afirmó para después dejar que reinara el silencio

— ¿Qué te gustaría pedir? —preguntó cuándo se dio cuenta de que permanecía callada contemplándole.

—Me gustaría que me perdonara.

Las palabras dichas con dulzura y arrepentimiento se clavaron directamente en su corazón, sorprendiéndose al escucharlas al no haberlas esperado. Pudo comprobar en sus ojos el pesar que Madison estaba sintiendo, y una exorbitante alegría le hizo renacer de sus cenizas devolviéndole a la vida.

—No hay nada que perdonar, merecía que me tirara al río —le dijo dedicándole una sonrisa que Madison le devolvió insegura.

—No me refiero solo a lo del río —señaló tratando de encontrar el coraje para abrirle su corazón—. No... no quise creer en sus palabras y me ofusqué cuando me dijo...

—¿Que la amo?

Ella asintió visiblemente avergonzada y arrepentida, mientras que Aron estaba a punto de saltar de alegría.

—¿Lo cree ahora? —le demandó acercándose hasta sentir su aliento, pues su necesidad de estar cerca de ella era urgente, pero sobre todo necesitaba saber si le creía.

Madison sentía una opresión tan grande en el pecho que apenas le permitía hablar. Le sentía tan cercano y sus promesas de amor eran tan ansiadas, que solo pudo mirarle fijamente para que viera en su mirada todo aquello que guardaba solo para él en su ser.

Sus ojos negros no dejaban de contemplarla con un brillo de vulnerabilidad tan grande, que avivó su necesidad de apaciguarlo entre sus brazos. Se le veía tan hermoso y perfecto frente a ella, que le dolían las manos al no atreverse a tocarle y poder entregarse a sus sentimientos.

—Sí, le creo pero...

Al escucharla Aron notó el impulso de tocarla para aplacar todos sus temores con su tacto, y sintió la obligación de aclarar para siempre sus dudas.

—¿Pero? —le susurró sin poder evitar acariciar su rostro, al sentir como

sus dedos le exigían el roce de su piel.

Al notar su tacto Madison se volvió sumisa ante sus caricias, y se dejó llevar por el antojo de sentirse suya mientras no dejaba de contemplarle. Sintiéndose vulnerable al tener que abrirse a él, a la vez que poderosa al percibir el ansia del señor Sheldon por conocer sus pensamientos, le contestó con sinceridad:

—No sé si podré soportarlo —al intuir que no la entendía continuó—: quiero decir que comprendo que solo podamos estar juntos unas semanas, pero no sé si podré dejar atrás todo esto cuando tenga que regresar...

Sin poder soportar por más tiempo sentir su boca para darle el consuelo de sus besos la tomó, sustituyendo su mensaje de dudas por otro de esperanza. Ansioso por abrazarla la aferró con fuerza entre sus brazos, depositando en sus labios un beso que sabía a promesas de amor y a un futuro donde no tendría que renunciar a estar juntos.

Un beso donde la embistió con la fiereza de la pasión y el aliento del deleite, haciéndole sentir una plenitud tan inmensa que le hizo olvidar todo aquello que los separaba y le hacía renegar de hacerla suya.

El ansia de sentirse se fue profundizando conforme sus bocas se volvieron más ávidas, y sus manos se buscaron celosas al no poder soportar dejar un ápice de piel sin ser tocada.

Madison se aferró a sus amplios hombros buscando el apoyo de su firmeza, al sentir como sus piernas iban cediendo ante el embiste de su lujuria. Necesitando cada vez más de él sus manos comenzaron a escalar por su cuello, aferrando los mechones negros de su nuca y tirando de ellos como única ancla frente al mundo, pues comenzó a sentir como se iba elevando libre por el cielo, flotando por un beso que la estaba haciendo perder la cordura y el aliento.

Por su parte, Aron se encontraba perdido en el sabor de su lengua juguetona, consiguiéndola domar al empujarla rítmicamente contra la suya. La necesidad de ella iba tan en aumento, que sus brazos la oprimieron contra su pecho para no dejar ni un milímetro entre ambos cuerpos. La precisaba desesperadamente, y nada sobre la faz de la tierra le haría desistir del abrumador calor que notaba fluir por sus venas.

—No tendrás que hacerlo, no te quiero solo por un tiempo sino para siempre —señaló Aron jadeante ante su boca.

—Pero...

Sin darle tiempo a responder Aron cogió con gentileza su rostro entre sus manos, con el propósito de que lo mirara fijamente a los ojos y sintiera su ternura y devoción.

—Te quiero, y me gustaría que comprendieras que no es solo un deseo pasajero que acabará extinguiéndose porque eso nunca sucederá. Te amaré mañana y siempre, porque lo que siento por ti no es pasajero. Y no solo estoy convencido de ello, sino que también estoy seguro que a cada día que pase más intenso se volverá mi amor por ti—besándola con devoción para demostrárselo, continuó después diciendo—:Eso era lo que quería decirte esta tarde en el río. Te amo Madison, ahora y siempre.

Madison no podía creer que se pudiera sentir flotar aun tocando el suelo, pero las palabras del señor Sheldon tuvieron la magia necesaria para que este milagro sucediera. Sintiendo unas lágrimas de felicidad correr por sus mejillas, y observando que él la contemplaba para saber su respuesta, solo pudo lanzarse a sus brazos mientras sentía como si flotara llevada por la brisa hasta alcanzar el cielo.

—Perdóname por ser tan injusta contigo —le dijo llorando, mientras notaba como las palabras de amor de Sheldon agitaban su corazón.

—No mi amor, perdóname tú por no haber defendido mis sentimientos por ti. Ese día en el barco tendría que haber reconocido delante del doctor que te amaba sin poner excusas —le indicó al mismo tiempo que la contemplaba con fervor, y le apartaba sus lágrimas con su mano pues no le gustaba verla llorar.

—Me imagino que era algo nuevo para ti y por eso no sabías como asumirlo.

Sonriendo Aron volvió a besarla, pero esta vez con un beso suave y delicado donde por primera vez ambos sintieron como sus almas se conectaban. Después, necesitando su cercanía se abrazaron fuertemente, como recompensa por todas aquellas veces que lo desearon pero no pudieron hacerlo.

—No me defiendas mi amor —de pronto Aron calló, al percatarse que Madison no le había dicho que lo amaba.

Estaba a punto de decirle que para ella también debía de ser algo nuevo amar y sin embargo no había sentido tanto miedo como él, cuando se dio cuenta que no le había dicho nada respecto a su amor. Trató de justificarla diciéndose que no le hacía falta escuchar esas palabras para saber que era cierto, pues estaba implícito en cada fibra de su ser.

De todas formas no pudo remediar sentir una punzada de desilusión en el corazón al no habérselo escuchado, ya que oírlo le habría dado la certeza que en esos momentos precisaba.

Aun así decidió guardarlo muy adentro de su ser, esperando que pronto se diera cuenta de su despiste y le dijera que lo amaba. Por ello, y para tratar de calmar sus pulsaciones aceleradas, trató de relajar el ambiente.

—¿Sabes que el doctor fue el primero en darse cuenta de que te amaba? —le comentó mirándola a la cara y sintiéndose más sereno al ver en sus ojos ese brillo que le indicaba que no le era indiferente.

—¿Qué te dijo? —curiosa y con una sonrisa maravillosa que le iluminaba el rostro, le preguntó ajena a su desconfianza.

—No recuerdo exactamente sus palabras, pero algo así como que debía reconocer mis sentimientos por ti antes que lamentara no haberlo hecho.

—¿Y lo hiciste? —le preguntó pícaramente entre sus brazos, pero sin darse cuenta que ese comentario también podía estar dirigido a ella.

—Lo intenté, pero una sirena se negaba a escucharme y se empeñaba en enfurecerme —le indicó risueño al estar feliz de tenerla, aunque no le dijera que lo amaba. Sentía que su amor era más que suficiente, y que solo la inexperiencia de ella era la causa de ese despiste.

—Te tiré al río —le dijo arrepentida, aunque el brillo divertido de sus ojos desmentía su remordimiento.

—Y casi me tiras un jarrón a la cabeza —le indicó riendo para después abrazarla como castigo por su osadía y comenzar a girar con ella.

—¡Es cierto! —Gritó acompañando sus risas, mientras se abrazaba con

más fuerza a él para que no la tirara.

—La verdad es que me ha costado convencerte —señaló dejándola en el suelo para después depositar un beso en sus labios.

Madison se le quedó mirando dándose cuenta de lo equivocada que había estado, pues al creerle un libertino pensó que sus sentimientos solo eran deseo. Se había convencido erróneamente que tras unas semanas de pasión se olvidaría de ella, ya que un hombre como él no sabría reconocer el amor. Pero entre sus brazos se había dado cuenta de lo confundida que había estado, y por ello ya no estaba tan convencida de que sus sentimientos fueran fugaces.

Aron al verla observarle pensativa creyó que estaba reflexionando sobre todo lo que se habían dicho, y supuso que todavía tenía dudas en su corazón respecto al amor que le mostraba. Por ello, y para asegurarse que no titubeara, la miró fijamente enmarcando su rostro entre sus manos y le dijo:

—No sé qué hacer para demostrarte mis sentimientos, pero puedes estar segura que mi corazón se rompería si alguna vez me dejas.

—Aron...

—No, mi vida escúchame. Te amo, y eso es algo que nunca podré cambiar. Me gustaría que de verdad me creyeras y pudieras ver cómo me haces sentir. Como me muero por tocarte o por besarte, pero lo único que puedo hacer es tratar de convencerte con mi cariño, mis caricias y mis besos.

—Entonces convénceme acariciándome y besándome porque te necesito.

No fueron necesarios más comentarios, pues las bocas de ambos se buscaron con la ansiedad que solo dos enamorados pueden encontrar. La pasión que les unía en esa oscura noche se hizo más potente, olvidando por completo que se encontraban a solas en un jardín bañados por los rayos de luna.

Nada les importó al encontrar el roce de sus lenguas, pues una explosión de mil sabores inundó su boca haciéndoles estremecer. Placer, lujuria, sensualidad, desenfreno y alegría estalló en sus corazones y en sus cuerpos, al percibir como cada parte del otro se abría en exclusiva para ser explorado.

Con dedos serpenteantes recorrieron cada parte de ellos, palpándose



ávidos de piel y desenfreno para aferrarse a nalgas, cintura, hombros y cabellos, aumentando la pasión a través del tacto.

En cuestión de segundos, el ritmo cambió pues Aron se vio en la obligación de detener su creciente excitación antes de que acabara tirándola al suelo para hacerla suya. Tuvo que contenerse al sentir la dureza de su sexo exigiendo poseerla, ya que se negaba a que creyera que solo se dejaba llevar por su deseo y no por sus sentimientos.

Maldiciendo en voz baja tuvo que apartarse, quedándose absorto al contemplarla con los ojos aún cerrados, su rostro enrojecido a causa de la pasión, y los labios carnosos y escarlata a causa de sus besos. Fue sin lugar a dudas la visión más hermosa que había contemplado nunca. Suspirando colocó su frente junto a la de ella y murmurando le dijo:

—Esta noche no te haré el amor, mi vida.

—Pero... —la calló con un tierno beso antes de que su voz desesperada le convenciera.

Tratando de encontrar el aliento, y de persuadirla para terminar con la tortura de dejar de sostenerla entre sus brazos, se abrió a ella para que comprendiera porque debían parar, aunque al hacerlo sintieran la misma agonía que un alma arrepentida siente en el infierno.

—Esta noche quiero que pienses en mí, en cada palabra que he pronunciado afirmando que te amo, en cada abrazo con que te he envuelto demostrándote mi cariño, y en cada beso que he depositado en tus labios sellándolos como míos.

»Quiero que te des cuenta que para mí no eres solo deseo y que significas mucho más que una o mil noches de pasión. Concédeme que te demuestre con mi abstinencia que mi amor por ti es sincero, y no solo una expresión banal.

—No hace falta que lo hagas Aron, ahora sé que me amas —señaló mirándolo fijamente a los ojos, para que percibiera que le creía y sabía que su amor era mucho más que deseo.

—Concédemelo mi vida —le suplicó uniendo sus alientos con un roce suave—. Será nuestro sacrificio a cambio de una vida repleta de noches

cargadas de estrellas fugaces que cumplirán nuestros deseos. Y el mío, preciosa, es que hoy y siempre seas mía.

Antes de que ella se quejara o le hiciera cambiar de decisión, pues ya empezaba a pensar que debía estar enloqueciendo, la besó con toda la dulzura que su boca le ofrecía, y la cogió en brazos dispuesto a cumplir su promesa de no poseerla esa noche, aunque fuera lo más difícil que jamás había hecho, y tuviera que renunciar a una parte de su alma.

Quizás Madison pensó que él había cambiado de parecer y la llevaba refugiada entre sus brazos para hacerla suya en la recámara, pues no puso objeción, y se arrellanó entre sus brazos al mismo tiempo que posaba su mano en el cuello de su amado, para jugar con su oscuro cabello.

En silencio ambos entraron en la casa sin ser vistos por ojos curiosos; y antes de lo que hubieran deseado, llegaron a la puerta de la habitación de ella. Solo entonces Aron la depositó en el suelo y se dignó a mirarla, pues si lo hubiera hecho antes estaba seguro que hubiera dudado y la habría llevado a su cuarto.

Con la delicadeza de quien toca los pétalos de una flor recién abierta, Aron acarició el rostro de Madison grabándolo en su memoria, para así poder rememorarlo cada segundo de la noche que le esperaba anhelando su contacto.

Frente a su puerta; sintiéndose confusa y excitada, Madison solo pudo aceptar el último beso que el señor Sheldon le ofreció, sin poder hacer nada para convencerlo y convencerse de que su comportamiento era el adecuado para un caballero. Al fin y al cabo eso era lo que ella le había pedido, y era lo que le entregaba aun siendo evidente que no era lo que deseaba.

Suspirando ante la innegable noche de insomnio que tenía delante no opuso resistencia, y tras ese beso de despedida por parte de su noble acompañante solo pudo abrir su puerta; y antes de cerrarla, contemplarle para retenerlo en su retina.

—Buenas noches mi amor —le dijo su galante caballero con la excitación aun sonando en su voz.

—Buenas noches Aron —susurró llamándole por su nombre, pues no tenía sentido que en ese momento en que se deseaban tanto mantuvieran las

distancias.

Tutearle fue el último gesto de acercamiento, cuando la puerta que tenían cerrándose entre ellos imponía una separación que ninguno de los dos deseaba, pero ambos comprendían que era necesaria.

Solo cuando ésta se cerró, y los dos continuaron sin moverse por unos instantes contemplándola, comprendieron que su deseo no sería saciado por esa noche. Negando a alejarse permanecieron a oscuras un momento más frente a ella, y con sus corazones latiendo alterados al tratar de contener la necesidad de dejarse llevar por las prohibiciones.

Algo les impedía alejarse de ese pórtico que les separaba, cuando aún permanecía en sus labios el sabor de sus bocas. Un tiempo robado a la noche y al sueño que no podía ser eterno, y que finalmente comprendieron.

Sabiendo que por esa noche ya no podría hacer nada por tenerla, Aron se alejó por el pasillo pensando que era posible que no le hubiera dicho que lo amaba, pero tras su encuentro en el jardín, estaba convencido de que entre ellos todo había cambiado, y que solo tenía que esperar para que confiara en él y le hablara sobre sus sentimientos.

Mientras, Madison en la habitación se recostó sobre su cama con una sonrisa en los labios, al recordar cómo le había dicho en más de una ocasión que la amaba.

Sus corazones latían al mismo compás, pero con distintos ritmos, pues uno anhelaba escuchar unas palabras que envolverían su alma de dicha, y otra que se hallaba pletórica por haber oído de su boca la proclamación de que era suya.

## Capítulo XXV

Como cada mañana desde que estaba en Nueva Orleans, Madison se levantó dichosa de felicidad y con el sol anunciando el nuevo día. Desde que el señor Sheldon; ahora Aron en sus sueños, le había confirmado su amor hacía tan solo cinco noches, se sentía con una vitalidad y unas ganas de sonreír que difícilmente podía ocultar a nadie.

Cada mañana se levantaba anhelando volver a verle, ya que sabía que él la estaría esperando al pie de la escalera para ir juntos a desayunar. Ese momento del día era el que más les complacía, pues se esforzaban por ser los primeros, y así disponer de unos minutos solo para ellos hasta que el capitán

Davis y luego Susan les hicieran compañía.

Esos breves instantes de intimidad eran los que más ambicionaban, aunque solo les daba tiempo para un galanteo y un beso fugaz. Después, sabiendo que corrían el riesgo de ser encontrados en un acto poco apropiado, se conformaban con conversar y reír disfrutando de su compañía, a la vez que planeaban algún encuentro fugitivo donde poder verse a escondidas.

Sitios como el rincón de la escalera a las cuatro en punto, o el roble viejo del lado norte a las seis y diez eran sus más frecuentes escondites, donde podían verse para intimar y dedicar sus bocas a algo mucho más placentero que hablar. Unos encuentros que procuraban ser diarios, aunque a veces una criada o la visita inesperada de alguien les impedían llevarla a cabo.

Llevaban así desde que hacía seis días se habían encontrado en el jardín, y aunque ya no tuvieron la suerte de volver a disponer de tanto tiempo para estar a solas, ambos se las ingeniaban para pasarse notas o poner una excusa para encontrarse en esos lugares elegidos.

Pero sus horas también estaban nutridas de otros alicientes; aunque no tan satisfactorios, ya que Aron debía ir a los muelles o a algún club de caballeros para ocuparse de sus asuntos empresariales garantizando algún contrato. Era entonces cuando Madison aprovechaba para ir de compras o conocer nuevas amistades de Susan, que encantada le enseñaba la ciudad y los sitios de moda.

Por desgracia no era conveniente que la vieran de seguido siendo acompañada del señor Sheldon para no disparar las habladurías, pues hasta el momento solo se especulaba que estaban prometidos. No es que Madison escondiera su relación frente a sus semejantes, pero sabía que en estos asuntos debía ser discreta para no llamar en exceso la atención.

Había visto en más de una ocasión como la reputación de una muchacha se venía abajo por culpa de una mala interpretación, pues una cosa era verse juntos paseando por el parque cuando los dos vivían en casa separadas, y otra muy diferente era aparecer siempre juntos cuando compartían alojamiento.

Por ello, de forma muy apropiada solo se dejaban ver en eventos donde ambos eran invitados, pero procurando no llamar la atención de sus personas en otras ocasiones en que salían a la calle.

Esa espléndida mañana Madison y Susan habían decidido ir a la modista madame Lefevre para encargarse de más vestidos, pues las invitaciones para asistir a la ópera, recitales musicales, el teatro, las carreras de caballos o algún baile florecían como las flores en Mayo, y Madison estaba empezando a tener verdaderos problemas para aparecer siempre con algún nuevo modelo.

—Podríamos modificar el vestido de seda celeste para la velada musical de los Peterson —señaló Susan mientras revisaban un remate de puntilla de exquisito diseño.

—No estoy segura, ya me he puesto ese vestido dos veces y le he añadido un cinturón y puntilla, como también le he cambiado las mangas. Temo que si le hago más cambios acabará deshilachándose en medio del salón de baile de los Peterson.

—Entonces bonna fille asegurarías el éxito de ese aburrido encuentro.

Ambas mujeres sonrieron mientras se cambiaban al mostrador de los complementos, que estaba más al fondo, y se aseguraban más privacidad para comentar sus asuntos. Fue entonces cuando escucharon que la puerta de la boutique se abría, y vieron por el rabillo del ojo que se trataba de dos mujeres elegantemente vestidas.

Como Madison y Susan se encontraban en un extremo más apartado de la tienda, y estaban cansadas de tantas presentaciones, optaron por pasar desapercibidas centrándose en sus compras.

—Me encantan estos guantes de cabritilla —aseguró Madison cuando una de las dependientas les mostró un par de docenas donde elegir de diferentes colores y géneros.

Sin pensárselo dos veces se aproximó a un espejo para comprobar cómo compaginaban con su vestido de tarde color crema y estampado con cientos de pequeñas florecillas, sin darse cuenta que con ese acto denotaba su presencia.

—Lady Madison, que sorpresa encontrarla en Nueva Orleans —la pausada voz de la única mujer que conocía y no quería encontrarse en ese país resonó en sus oídos, causándole un desagradable escalofrío.

Se trataba de una amiga de la familia Wyonick llamada Charlotte, aunque

ella la conoció como lady Charlotte Whestton. Tenían prácticamente la misma edad, y desde pequeñas coincidían a menudo debido a la amistad entre sus familias. Charlotte era una mujer muy bella y sensual de cabellos negros y figura seductora, que se había especializado en el juego del coqueteo.

Charlotte siempre había sido una mujer de dos caras como la madre de Madison, y por ello siempre ambas mujeres se habían llevado muy bien. Las dos mostraban una cara amable ante sus invitados o conocidos, mientras por detrás les apuñalaban con sus comentarios mordaces dejándoles en ridículo.

Por las venas de esas dos mujeres corría una sangre tan fría que sería capaz de congelar hasta al más cálido de los corazones, pues para ellas solo importaban las apariencias, y relacionarse con los más distinguidos de su clase social.

Madison recordaba que Charlotte estuvo metida en varios escándalos antes de casarse en una boda relámpago con un rico comerciante americano que la doblaba en años, pues al parecer su anterior prometido; un hombre rico, perteneciente a la nobleza, viudo de cierta edad y de carácter bonachón, la dejó a escasos días antes de la boda.

Los motivos nunca salieron a la luz, aunque era sabido por todos que su boca viperina y sus insinuaciones pecaminosas a otros hombres hicieron que su lista de pretendientes disminuyera drásticamente. Que Charlotte fuera abandonada prácticamente en el altar; como Madison había abandonado a su prometido, era un acontecimiento que alegraba a ésta, al ser Charlotte una mujer tan orgullosa y prepotente que se merecía un escarmiento como ese.

También recordaba que la familia de Charlotte estuvo a punto de caer en la ruina, y que solo el dinero del nuevo marido de su hija y la ayuda de unas amistades influyentes; como la madre de Madison, consiguieron acallar las habladurías y hacer que fuera posible que no cayeran en la vergüenza.

Pero lo que más molestaba a Madison era que Charlotte estuvo a punto de hacer que el matrimonio de su amiga Jane se destruyera, al entrometerse entre la pareja mandándole una carta de amor al marido de su amiga. El marido llamado lord Brandbury; o Braxton, como era conocido por sus amistades, había amado en secreto a Charlotte, aunque por culpa de la ruina económica de ambos no pudieron casarse.

Cuando Braxton decidió dejar atrás su amor secreto y casarse con Jane; al ser esta una rica heredera, no se imaginaba que acabaría amando a su esposa, y que Charlotte, vengativa, le mandaría una nota asegurándole que aún lo amaba y nunca lo olvidaría. Por suerte, Braxton averiguó que Charlotte solo buscaba manipularle, y descubrió que el amor secreto que sentía por ella solo había sido un deseo efímero.

Madison conocía esta historia de boca de su amiga Jane, que en una de sus visitas se desahogó con ella contándole todo. Ese miedo a encontrar un hombre como Braxton que no sabía diferenciar el deseo del amor era lo que había impulsado el temor de Madison, pues pensó que quizás el señor Sheldon fuera igual que Braxton, y un día descubriera que ese amor tan intenso que creyó sentir se había desvanecido como la espuma.

Pero, por suerte, el señor Sheldon le había hecho recapacitar sobre sus observaciones, y hacerla pensar que no todos los hombres son iguales, como no lo son todas las mujeres.

Por todo ello, tener que dirigirle la palabra a esa víbora no le agradaba, aunque por cortesía debía tragarse su antipatía y como mínimo saludarla. Aunque eso sí, había muchas formas de saludar y de a la vez ponerla en su sitio, no en vano ella había aprendido de su madre como despreciar a alguien con solo un comentario en apariencia inofensivo.

—¡Lady Charlotte que placer volver a verla! —Exclamó aparentando estar encantada con su encuentro, y se acercó lo suficiente para ofrecerle una ligera inclinación de cabeza—. Aunque creo que ya no debo llamarla por su título, ¿no es verdad?

Notar como se ponía rígida la llenó de satisfacción, sobre todo cuando los ojos de Charlotte estuvieron a punto de dejarla congelada en su sitio de lo gélidos que se pusieron.

—Creo recordar que se casó usted con un americano —continuó Madison con su desafío.

—Así es querida, tuve la suerte de encontrar un marido que me adora y me concede todos mis caprichos —soltó a la defensiva Charlotte, aparentando una tranquilidad que en realidad no sentía, y como era de esperar en esta clase de personas, atacó a la que consideraba su contrincante.



—Pero dígame lady Madison, encontró por fin un pretendiente o sigue siendo soltera —la malicia de sus palabras resultó evidente para todas las que las estaban escuchando.

Tratando de no parecer alterada, aunque su genio estaba a punto de hacer que la abofeteara para quitarle esa estúpida sonrisa de la cara, se recompuso con disimulo, y se preparó para la siguiente tanda de cañonazos en esta batalla naval, que se desarrollaba en la exquisita tienda de moda de madame Lefayette.

—Mi corazón sigue siendo libre —afirmó Madison fingiendo un suspiro—. Debe usted tener en cuenta que mi posición social me impide casarme con cualquiera —la atacó donde sabía que más le dolía—. Sería extremadamente vulgar acabar lejos de mi familia con un hombre sin título que me dobla en años, y para mayor vergüenza en una boda precipitada con un caballero al que apenas conozco.

La intención de sus palabras quedó clara para las dos, pues Madison le acababa de recordar que precisamente esa fue la elección de Charlotte al encontrar marido. Por la expresión que puso Charlotte, supo que la había dañado en el orgullo, pues sus ojos destellaban una cólera que apenas podía disimular.

Dispuesta a dañarla como se merecía, Charlotte se dispuso a atacarla ocultando que no la había ofendido.

—Entonces acabará soltera querida amiga —Charlotte también fingió una sonrisa que a Madison le recordó a una hiena—. Yo por suerte encontré un marido que me complace en exceso.

—Pues debe usted tener cuidado con los excesos, Charlotte, ya que éstos nunca son buenos. —comentó con regocijo, señalando que al haberse casado con un plebeyo había perdido su condición de lady.

Como Madison la conocía desde hacía años y sabía que era vanidosa, no tuvo dudas de que verse denigrada lo consideraría como un insulto. Y eso fue exactamente lo que sucedió, ya que la mirada de rabia que Charlotte le dedicó fue tan intensa, que no pudo disimular a tiempo su mueca de desagrado.

Pero a Madison aún le quedaba aprender una lección que le costaría olvidar, y es que solo alguien sin corazón y sin escrúpulos puede enfrentarse

a esta clase de personas y salir victoriosa, al ser éstas viles y traicioneras por naturaleza. Es por ello que Madison no estuvo preparada para el ataque despiadado de Charlotte contra ella.

—Y a qué se debe su estancia en este país. No he recibido recado de su familia diciéndome que iban a viajar hasta mi amada Nueva Orleans —conocedora de mil tácticas, Charlotte cambió de conversación para llevarla a donde sabía que arrinconaría a Madison.

—Como bien sabe, Charlotte —volvió a fastidiarla al volver a tutearla—, a mi familia no le agradaría viajar hasta este país tan lejano, pero yo no podía dejar de acudir ante la petición de mi muy querida amiga, la señora Davis.

Por suerte, la excusa de su estancia en Nueva Orleans ya había sido extendida por la ciudad desde la primera aparición de Madison, por lo que Charlotte no podía descubrir la verdad de su partida de Londres y su permanencia en América.

Mostrando sus buenos modales, y sintiéndose protegida por la cuartada de la señora Davis, Madison se volvió e hizo una inclinación de cabeza para indicarle a Charlotte quien era la mujer que la acompañaba.

Susan por su parte estaba disimulando que no estaba escuchando la conversación; como hacía la acompañante de Charlotte, mientras miraba más sombreros con la dependienta al no ser educado mostrarse curiosa en asuntos ajenos. Pero la verdad es que resultaba difícil no oír los comentarios, cuando todas las mujeres se encontraban tan cerca.

—Ya veo —señaló al ver el estado de gestación de Susan— Imagino que se quedará hasta el feliz acontecimiento.

—Así es.

—Entonces permítame que la invite a tomar el té una tarde de esta semana, —e inclinándose hacia Madison le dijo como si se tratara de un secreto—: tenemos muchas cosas de las que hablar. Y por supuesto traiga con usted a su encantadora amiga.

Tras el asentimiento de ambas, y viendo que Charlotte se disponía a marcharse, Madison suspiró contenta al haber salido airoso de un encuentro que podía haberle traído problemas. Pero lo que Madison no sabía es que

Charlotte no estaba dispuesta a alejarse sin antes hacerle daño.

—¿Podría aclararme una duda, querida? —Le pidió Charlotte volviéndose hacia ella cuando ya se encontraba a escasos pasos de la puerta — ¿Su amiga no será la esposa del capitán Davis?

—Así es —contestó orgullosa sin darse cuenta que había caído en la trampa, aunque la sonrisa maliciosa que empezó a aparecer en la comisura de los labios de Charlotte le debió de dar una pista.

—¡Entonces es usted esa lady que se ha hecho tan famosa en la ciudad! —Exclamó gustosa al tenerla donde quería—. ¡Qué maravillosa coincidencia! No se imagina las veces que me han preguntado si la conocía y no he sabido qué contestar. Como esa lady al parecer está prometida con un simple comerciante, jamás hubiera pensado que se trataba de usted.

Madison se quedó sin palabras al no haber esperado que se rumoreara que era la prometida del señor Sheldon, pues aunque se lo habían insinuado en más de una ocasión, siempre se defendían diciendo que solo eran conocidos. Aunque Aron siempre la acompañaba a los bailes y permanecía la mayor parte del tiempo a su lado; un comportamiento que estaba empezando a causar habladurías y que hasta el momento a ninguno de los dos les molestaba.

—El señor Sheldon es un respetable comerciante y no sé de donde ha sacado ese rumor de que somos prometidos—le dijo para defenderlo, dándose cuenta después de que no debía haberlo protegido tan ávidamente si quería demostrar que entre ellos solo había una amistad.

Una oportunidad que Charlotte no iba a desaprovechar, aunque prefirió valerse de lo alterada que se encontraba Madison para sacarle más información.

—¿Sheldon?! —Señaló Charlotte soltando después una carcajada— ¡Dios mío querida, qué pequeño es el mundo! Me imagino que sabe que el señor Sheldon es el socio de mí... de un querido amigo.

—No podría decirle, es evidente que no conozco a todos sus conocidos —Madison empezó a desconfiar al conocer su malicia, y por ello esta vez fue precavida al elegir sus palabras.

—¡Pero sí que le conoce! El señor Sheldon es el socio del conde de Brandury, y según tengo entendido su amiga Jane se casó con él no hace mucho.

Por desgracia, Madison no pudo disimular su sorpresa al desconocer la noticia, y Charlotte se sirvió de ese otro desliz para minar su confianza.

La verdad era que Madison nunca le había preguntado por su trabajo al señor Sheldon, y se temía que ese error le saldría caro.

—Veo que no lo sabía. Eso significa que hace poco que conoce al señor Sheldon o su amiga Jane le habría informado de ello. Claro que es extraño que su madre la dejara viajar en su compañía sin antes informarla de quien era el caballero. Amenos....

«¡Descubierta!». Fue lo único que apareció en la mente de Madison cuando Charlotte la miró con los ojos como platos, y vio cómo se formaba en su rostro la misma expresión que mostraría un gato ante un plato de nata.

Se sintió estúpida por haberle puesto tan fácil dejarla en evidencia, y por haberle dado un arma con qué deshacer su cuartada. Ahora Charlotte podría montar todo un escándalo con los datos que disponía, y Madison estaba convencida de que no saldría bien parada.

Podría decir que conocía muy bien a los Wyonick y que éstos nunca aprobarían que viajara con un completo desconocido en una travesía tan larga, dejando abierta la posibilidad de que la pareja podía haber huido sin estar casados, quedando así Madison sin honra. Solo de esa manera se podía explicar esa extraña relación que mantenían el señor Sheldon y ella, al aparecer juntos pero sin una presentación formal como prometidos.

Pero lo peor de todo era que estaba convencida que Charlotte escribiría de inmediato a su madre para informarle de su paradero, y de que se encontraba compartiendo alojamiento con un hombre poco apropiado para su hija, y del que se rumoreaba que mantenía una relación.

Sin lugar a dudas, cuando recibiera la contestación de su madre ésta le informaría de su escapada del altar, y Charlotte no tardaría mucho tiempo en extender el rumor por toda Nueva Orleans.

Eso supondría que los Davis quedarían en evidencia al tener bajo su

techo a una pareja sin compromiso formal; pues estaba convencida que Charlotte se inventaría toda clase de mentiras, y a una mujer caída en desgracia al haber destrozado su virtud tras abandonar a su futuro esposo.

Trató por todos los medios de mantenerse calmada para contestarle sin demostrar su temor, para así acallar cualquier especulación que pudiera estar formándose en su necia cabeza.

—Conocí al señor Sheldon en el barco que nos trajo a América, y desde entonces hemos forjado una amistad. Además, como le he dicho, vengo como invitada de los Davis y por eso viajaba en su barco—le dijo con la esperanza de que esta información acallara las habladurías.

—¡Que romántico!—Ironizó Charlotte—, me pregunto qué dirá su madre cuando se entere que comparte alojamiento con el señor Sheldon.

Cansada de escucharla iba a ponerla en su sitio, cuando Charlotte soltó la bomba que destrozaría a Madison.

—Sobre todo teniendo en cuenta que el señor Sheldon fue el amante de su madre no hace mucho —un silencio abrumador envolvió a todos los presentes, mientras Charlotte se regodeaba al ver la cara pálida de Madison—. Seguro que su amigo podrá contarle muchas cosas de su madre, aunque no creo que sean del interés de una hija.

Madison no supo cómo procesar esta noticia, y solo reaccionó quedándose petrificada por lo que representaba. Escuchó un fuerte pitido en los oídos que la dejaron sorda, aunque por desgracia aún pudo escuchar claramente la voz de Charlotte atormentándola, junto al sonido de su corazón rompiéndose.

—Debo prevenirla que las reuniones familiares serán un poco tensas, ¿verdad Madison? Al fin y al cabo una hija no debería saber ciertos cosas sobre la vida sexual...

—¡Basta! —grito Susan deteniendo el ataque despiadado, al darse cuenta de que Madison parecía a punto de caer desmayada.

Cogiéndola del brazo para sujetar a su amiga, Susan se dispuso a poner fin a ese encuentro por el bien de todas las presentes, pues aunque estuviera embarazada estaba dispuesta a darle a esa mujer lo que se merecía.

—Debería darle vergüenza señora, una dama jamás comentaría ciertos asuntos en público y menos sin son injurias.

Charlotte iba a contestar con una sonrisa fingida en sus labios, cuando Susan enfadada levantó una mano para callarla sorprendiendo y molestando a ésta.

—Pero por supuesto usted no es una dama, si lo fuera mostraría arrepentimiento, y por lo que veo esa palabra no está en su vocabulario.

—No tengo porque arrepentirme por decir la verdad.

Sintiéndose encolerizar cada vez más, Susan le dio la espalda, y sin contestarla le dirigió unas palabras a madame Lafayette mientras sostenía a una Madison cada vez más pálida.

—Espero no volver a encontrarme con esta clase de personas en su establecimiento madame, sería una lástima que dejara de ser una boutique respetable para transformarse en un local sin clase.

Temiendo que alguna de las presentes perdiera los estribos al estar el ambiente tan tenso, optó por una retirada elegante antes de quedar en evidencia ante una mujer que no se merecía ni un segundo más de su tiempo.

Tirando con cariño del cuerpo de Madison; pues la sostenía con un brazo por la cintura, se dirigieron despacio a la salida mientras escuchaban a sus espaldas como madame Lafayette le decía a Charlotte:

—Le exijo que salga de inmediato de mi establecimiento. Mi boutique solo admite a damas distinguidas y es evidente que usted no lo es.

—Pero madame yo no tengo la culpa que...

—¡Fuera le he dicho!

Satisfecha Susan salió a la calle sosteniendo a Madison, que parecía como si su mente hubiera abandonado su cuerpo. Con toda la dulzura que pudo, consiguió subirla al coche de caballos, dispuesta a llegar cuanto antes a su casa y ver cómo se encontraba su amiga, pues su estado la estaba asustando.

—A casa Evenson —le dijo al cochero con voz firme aunque algo sobrecogida al contemplar la mirada ausente de Madison.

—¡No! —Reaccionó por fin Madison asustando a su amiga—. ¡Tengo que saber la verdad! Necesito ir a su oficina en los muelles.

—Pero es inapropiado y más en tu estado. Es mejor que vayamos a casa y te serenes hasta que él llegue. Luego, ya más calmada, podrás hablar todo lo que quieras con Aron —trató de aconsejarla al verla tan alterada y saber que la razón no impulsaban sus actos.

—¡Necesito saber la verdad antes que este dolor me consuma! ¡Por favor! —le suplicó mostrando tanto sufrimiento en su mirada que Susan no pudo negarle su petición.

—Está bien —le dijo cogiéndole de la mano para darle su apoyo y consuelo—, soy tu amiga y me mantendré a tu lado.

Cuando Susan descubrió el temblor de su cuerpo, su piel fría y la tristeza de su mirada, pensó que quizás sería bueno que aclarara cuanto antes este malentendido pues de lo contrario Madison solo conseguiría prolongar este padecimiento.

Se imaginó siendo ella la mujer que buscaba a su marido para pedirle semejantes explicaciones, y sintió una bocanada de angustia con solo pensarlo. Era por ello que entendía las prisas de su amiga, y estaría dispuesta a lo que fuera necesario para ayudarla.

—Evenson a los muelles. Buscamos las oficinas de la Sheldon & Brandbury.

—¿Tú también lo sabías? —le preguntó dolida e intentando retirar la mano que le sostenía.

—¿Que son socios? Todo el mundo lo sabe moncheri —le respondió extrañada ya que no era ningún secreto ese dato. Sobre todo cuando ella había viajado en un barco que pertenecía a esa compañía.

Madison se sintió aún más estúpida por no haberse dado cuenta antes, ya que tal vez si lo hubiera sabido, Charlotte no la hubiera sorprendido, y hubiera podido plantarle cara sin dejarse pisotear. Aunque debía reconocer que Charlotte era muy lista, y era posible que hubiera buscado otra manera de descubrir un secreto para herirla.

Pero lo que más le angustiaba en ese momento era pensar que si

Charlotte no la había mentido en que eran socios, a lo mejor tampoco le había mentido al afirmar que el señor Sheldon fue el amante de su madre.

Un frío glacial recorrió su cuerpo estremeciéndola de pavor, al mismo tiempo que se preguntaba qué más cosas desconocería del hombre al que amaba con todo su corazón.

## Capítulo XXVI

Sentada en el carruaje de camino a los muelles, Madison pudo por fin volver a respirar. Habían pasado unos minutos desde el incidente, y ahora lamentaba no haberle plantado cara a Charlotte asegurándole que no la creía.

Pero la verdad es que la duda le carcomía el alma, y necesitaba saber cuánto antes si era verdad que el hombre al que amaba había sido el amante de su recta y orgullosa madre.



Sentía tanta vergüenza al pensar en ello, que le resultaba imposible mirar a la cara a Susan. Le estaba muy agradecida por como la había defendido y sacado de la tienda, aunque para ser sincera, no recordaba mucho de lo que había sucedido desde que escuchó decir a Charlotte que el Señor Sheldon había sido el amante de su madre.

Solo de pensar en ello le empezó de nuevo la angustia y el sabor de la bilis amenazó su garganta. Se sentía tan destrozada al saber que de ser cierta la acusación nunca podría estar con él, que las lágrimas que antes no habían aparecido comenzaron a caer por su rostro.

Se consumía al pensar que los besos que había creído solo suyos habían pertenecido primero a su madre, y se preguntó cómo podría entregarse a él sin pensar que antes esas manos la habían tocado, o ese cuerpo que ella ansiaba sentir la habrían poseído anteriormente.

No sabía si se sentía más traicionada por su progenitora o por el señor Sheldon, aunque decidió no precipitarse en sus conclusiones hasta que le mirara a los ojos y le preguntara si era cierto.

De pronto se dio cuenta por el sonido y los ruidos que se acercaban al muelle, y se sintió flaquear al tener que enfrentarse a la verdad. Sin poder contenerse, se aferró con más fuerza a la mano que Susan le seguía sosteniendo, y pidió al cielo que le dieran una oportunidad de ser feliz con ese hombre y no viera en su mirada que antes de ser suya había sido de su madre.

Sintiéndose como rodeada de tinieblas salió del coche, y caminó hasta el despacho que buscaba guiada por Susan. No supo ni cómo había llegado, pero antes de sentirse preparada se encontró ante la puerta acristalada de su oficina, mientras unos cuantos pares de ojos curiosos la observaban expectantes.

—Te espero justo a aquí —escuchó como Susan le decía sosteniéndola todavía de la mano—. Si me necesitas solo tienes que llamarme.

Madison solo pudo asentir sin ser capaz de mirarla, y recuperando las fuerzas perdidas colocó su mano en el pomo de la puerta del despacho de Aron. No sabía que encontraría tras esas puertas, pero no podía seguir adelante con su vida sin antes aclarar todo lo que había pendiente entre ellos.

Armándose de valor, abrió la puerta, y respiró profundamente para serenarse y poder enfrentarse a él sin desmayarse.

—¡Madison! ¡Qué sorpresa más agradable! —oyó que le decía el señor Sheldon y entró en el despacho— ¿Te encuentras bien?

Justo al terminar de escuchar la pregunta Madison cerró la puerta, dejando atrás la cobardía y los remordimientos. No disponía de mucho tiempo antes de flaquear en su resolución, y debía formular la pregunta más difícil de su vida antes de que su voz volviera a enmudecer.

—¿Fuiste el amante de mi madre? —le preguntó sin más cuando Aron se le acercaba asustado por su palidez.

—¿Cómo has dicho? —preguntó creyendo no haber escuchado bien aunque el palpar de su pecho le decía lo contrario.

Cogiendo aire, Madison levantó la mirada hacia sus ojos encontrando en ellos dudas, pesar y lo que más la descolocó, terror. Temiendo la respuesta, pero necesitando con urgencia tener la certeza, volvió a respirar profundamente y se dispuso a preguntarle de nuevo.

—¿Fuiste el amante de mi madre?

—No entiendo a qué viene esa pregunta —solo obtuvo su respuesta esquiva, considerándolo Madison como una afirmación.

Aun así necesitaba oírse lo decir de sus propios labios antes de creerse enloquecer, al no conformarse con contestaciones banales que no aclaraban nada, y solo conseguían que la desconfianza creciera entre ellos.

—No tiene que entenderla, solo contestarla —le ordenó reuniendo todo su coraje y mirándolo furiosa a los ojos desafiándolo a mentir.

Por desgracia, de él solo obtuvo un silencio que se le clavó en el alma, y se sintió desfallecer al darse cuenta de lo que ello significaba. Era evidente que Aron se sentía acorralado y no sabía que contestar para no perderla. Pero lo que Aron no comprendía era que con su mutismo estaba empeorando las cosas, pues hubiera sido mejor enfrentarse al pasado y decir la verdad.

Pero la cabeza de Aron estaba demasiado confundida pesando en un millón de preguntas, pues no entendía como Madison había conseguido

enterarse de ese secreto; al no habérselo contado a nadie, y menos estando a tantos kilómetros de distancia de Londres y de lady Wyonick.

Maldiciendo su mala suerte, Aron solo podía mirarla perplejo, sin saber que contarle de todo el asunto, y viendo como Madison se mantenía en pie mirándolo desafiante gracias a su resolución y coraje.

Amándola aún más al ver las agallas con las que se mantenía en pie y por cómo le retaba, aunque resultaba evidente por su mirada la angustia que sentía, Aron trató de apaciguarla y buscar una salida.

—No creo que mi despacho sea el lugar adecuado para contestarte —le dijo en tono apaciguador y tuteándola.

Tomando su respuesta como otra negativa a responderle, y creyendo que no conseguiría más de él, Madison se sintió destrozada por dentro y decidió que ya no podría aguantar mucho más ante su presencia. Se sentía tan abatida que tuvo que apoyarse en la puerta para poder mirarle por última vez a la cara, notando solo repulsión por ese hombre que había amado hasta la locura, al imaginárselo junto a su madre haciéndole el amor. Una imagen que se repetía en su cabeza una y otra vez atormentándola, hasta hacerla agonizar de dolor.

Dándose cuenta de que su mundo caía ante sus pies, y notando que sus piernas ya no la sostenían, se armó de valor para poner ese punto final que tanto daño le hacía, pero que era necesario.

Sobre todo cuando él apenas se atrevía a mirarla y mucho menos a tocarla, y teniendo en cuenta que ella ya no podía aguantar más tiempo frente a él.

Las náuseas que cada vez se hacían más persistentes, así como los escalofríos que recorrían su cuerpo, le dejaron claro que el momento de la verdad había pasado, y solo le quedaba decirle una última cosa antes de marcharse.

—Con tu silencio lo has admitirlo —señaló casi sin voz, dejándole ver que entendía su falta de respuesta como una afirmación a su pregunta.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, Madison se giró para marcharse, sintiendo una opresión en el pecho tan grande que apenas la dejaba respirar.

—¡Espera!, —le suplicó cogiéndola del brazo para detenerla— no es una respuesta sencilla.

Sin apenas fuerzas para enfrentarse a él Madison se giró, y Aron pudo ver todo el resentimiento, la impotencia y el dolor que había en sus ojos. Solo entonces se dio cuenta que al mirarlo ya no lo hacía con la misma intensidad, o con ese brillo de admiración y ternura que tanto le conmovía.

Estremeciéndose la soltó del brazo, para después retroceder un paso ante esa mirada de censura que le removía las tripas y le hacía sentirse despreciable.

—No, claro que no es una respuesta sencilla —le soltó a la cara dolida—. Te has acostado con mi madre y te has atrevido a ocultármelo mientras me decías que me amabas .

—Mi amor hacia ti no tiene nada que ver con todo esto —se indicó suplicante pues era evidente que la estaba perdiendo y se sentía desesperado.

—Pues el mío sí tiene que ver —le aseguró ella para después girarse dispuesta a marcharse.

—¡No me acosté con ella! —afirmó categórico en un intento desesperado por detenerla.

—Después de tu silencio y de tu miedo a mirarme, ¿cómo voy a creerte? —repuso saliendo de la habitación antes de caer desplomada al suelo a causa del temblor de sus piernas.

—¡Porque te amo y puedo explicártelo todo!

Pero Madison ya no quería escucharle, y siguió caminando tan ofuscada en salir, que ni se dio cuenta que Susan se colocaba a su lado con aire serio tras haber mirado a Aron con censura.

—Madison, por favor, no te marches así —le rogó siguiéndola hasta la calle para asombro de los transeúntes que les observaban.

Sintiéndose ajena a su cuerpo pues apenas le quedaban fuerzas para sostenerse, se subió al coche de caballos sin querer prestar atención a unas palabras que llegaban tarde. Se sentía tan cansada que simplemente se dejó caer en el asiento con la ayuda de Susan, y solo le quedó llorar desconsolada

por lo que pudo haber sido el amor de su vida.

—¡Madison! —le gritó impotente al cerrarse la puerta del carruaje, y ver como éste se alejaba llevándose a la única mujer que había amado entregándole su corazón.

Abatido, elevó su mirada al cielo para desahogar su furia gritando una maldición, creyendo que de esta manera no sentiría como su vida se acababa por un error que le saldría demasiado caro.

Sin poder resignarse a simplemente contemplar cómo se alejaba calle abajo, Aron tomó la decisión de que esta vez no se rendiría ni dejaría pasar el tiempo para que se calmara. Madison merecía saber la verdad de todo este asunto, y sabía que cuanto más tiempo tardara en contárselo, más le odiaría al creerlo un libertino despreciable.

Decidido a aclararlo todo y a no perderla, pues ella era lo mejor que le había pasado en la vida, paró un coche de alquiler y se encaminó a contarle una parte de su pasado del que no se enorgullecía y por el que había pagado un alto precio. Ella merecía una respuesta, y conocer la clase de mujer que podía llegar a ser su madre. Tal vez después de escucharle no le creería, pero valdría la pena intentarlo al ser la recompensa tan grande.

Madison no recordaba nada del viaje, ni cómo había llegado a casa de los Davis al sentirse tan devastada y dolida que apenas prestó atención a lo que sucedía a su alrededor. Sabía que se estaba comportando como una niña al dejarse vencer por la amargura, pero en estos momentos no se sentía con la fuerza necesaria para enfrentarse al mundo.

Lo único en lo que podía pensar era en como el señor Sheldon se había comportado con ella de forma seductora nada más verla en el barco, hasta que escuchó su apellido y su actitud cambió. Fue solo entonces cuando la empezó a acusar de ser una mujer que le traería problemas, y se aseguró de no tener responsabilidades respecto a ella, reusando incluso a verla durante días y a apenas dirigirle la palabra.

Se preguntaba si todo ello tendría que ver con haber sido el amante de su madre, o si tal vez hubiera algo más oculto que no sabía. Quiso olvidarse de todo mientras era conducida como un trapo viejo hacia el interior de la casa de los Davis, sintiéndose como un objeto de segunda mano que no se merecía

ni una respuesta.

Sin saber cómo, al poco de llegar a su recámara ya se encontraba recostada en su cama, escuchando como Susan se esforzaba por consolarla mientras la arropaba y le apartaba un mechón de su rostro. No se sentía ni con fuerzas para agradecerle todo su apoyo y cariño, aunque le hubiera gustado poder abrazarla para sentirse mejor.

Pero no se sentía con los ánimos suficientes para ello, pues lo único que deseaba era que la dejara sola para enfrentarse a esa pena, antes de tener que volver a mirar otra vez hacia adelante.

Por suerte, Susan comprendió sin necesidad de palabras lo que su amiga necesitaba, y en silencio abandonó el cuarto lamentando el dolor que ésta estaba sintiendo. Aunque lo que más le disgustaba era el encuentro en la boutique entre Madison y esa mujer tan despreciable, arrepintiéndose de haber elegido ese día para ir a ese establecimiento.

Con un último vistazo al cuarto en penumbra la contempló sabiendo que estaba llorando, haciendo suya su pena y deseando encontrar en su camino a esa falsa dama llamada Charlotte para ajustarle las cuentas. Con las lágrimas picando en sus ojos cerró por fin la puerta, dejando a Madison en la intimidad de su tristeza con la esperanza de que unas horas a solas la calmaran.

Fue solo entonces cuando Madison desató su dolor, y se tapó la cara con las manos mientras lloraba desconsolada. La verdad era que amaba a ese hombre con toda su alma, pero no estaba segura de poder estar a su lado sabiendo que nunca podría olvidar que primero estuvo en los brazos de su madre.

Solo de pensar que fue su cuerpo el que primero acarició, o sus labios los primeros que probó le hacía sentir arcadas, por lo que dudaba como podría perdonarle y seguir con su relación sin que ese desliz de su pasado no les afectara.

No se dio cuenta de nada a su alrededor al desconectarse del mundo, pero unos golpes insistentes en su puerta y unas voces armando ruido la hicieron volver a la realidad.

Solo cuando reconoció la voz del señor Sheldon hablando con Susan en el pasillo se puso tensa, pues no se sentía preparada para enfrentarse a él.

—Tengo que hablar con ella —escuchó como él decía.

—Por favor, señor Sheldon, no es el momento —le imploró Susan con voz calmada aunque no consiguió su propósito.

—Lo es cuando sé que está sufriendo —se produjo una pausa que dejó sin aliento a Madison, mientras permanecía callada para escucharles mejor—. Susan, se lo pido por la amistad que nos une.

—Ella también es mi amiga —repuso recelosa consiguiendo que Madison se enorgulleciera de ella y le estuviera agradecida.

—Lo sé, y también se lo pido por ella.

El silencio que volvió a apoderarse del lugar dejó a Madison tensa, hasta que escuchó como alguien llamaba y supo que el señor Sheldon había convencido a Susan.

—¿Madison? —la llamó receloso al no saber cómo sería recibido o qué encontraría al otro lado de la puerta, pero no esperó una respuesta para comprobarlo.

Nada más entrar se encontró con una habitación iluminada tenuemente con un rayo de luz que atravesaba las cortinas, al mismo tiempo que el viento las mecía y le acercaba los sollozos entrecortados de Madison. Pudo distinguir claramente el cuerpo de la muchacha recostado en la cama, y sintió la necesidad inmediata de reconfortarla.

Pero Madison era demasiado orgullosa para verse vencida por ese hombre, y se irguió a la defensiva sentándose en la cama de espaldas a él, utilizando para ello las pocas fuerzas que le quedaban.

—No debería estar aquí —habló irritada—, no es apropiado.

Aron sintió como su garganta se resecaba ante tanta belleza y rebeldía, dándose cuenta que a cada minuto que pasaba, y conforme conocía nuevas facetas de ella, más la amaba.

—Se equivoca milady, este es justo el sitio en el que debo estar —señaló acercándose unos pasos hacia ella sin que ésta lo percibiera.

Escucharle provocó que Madison se estremeciera confusa entre lo que su cuerpo quería y su mente le decía. Se sentía tan angustiada que solo anhelaba

quedarse sola en la penumbra, pero por el tono suplicante en la voz del señor Sheldon supo que eso sería imposible.

—Le pido que se marche —logró decir aunque su voz sonara pausada a causa del llanto.

—Lo siento, pero no puedo —le dijo deseando abrazarla al verla tan desconsolada—. Hay algo que debo aclararle y no voy a marcharme hasta que ese tema quede zanjado.

—Ya no me importa lo que diga —señaló levantándose de la cama y yendo despacio hacia la ventana para poner más distancia entre ellos.

Madison no podía dejar de temblar al sentirle tan cerca y estar en su habitación a solas, recordando el beso que solo unos días antes se dieron refugiados en las sombras de ese mismo cuarto. Ahora le parecía todo tan lejano que apenas podía creérselo, pues en esos días había comprendido que amaba a ese hombre, y se había prometido que nada lo alejaría de su lado.

Le resultaba difícil dejar atrás esos sentimientos al ser éstos muy fuertes, pero tampoco podía evitar sentir repulsión al pensar que ese hombre al que amaba hasta la saciedad había sido antes de su madre.

Asustada y enojada a partes iguales por estos pensamientos, Madison se afirmó en su resolución de apartarlo de su lado, por lo menos hasta que pudiera volver a pensar en ellos sin sentirse traicionada.

—¡Márchese! —le pidió decidida.

—Si quiere que la deje tendrá que decírmelo a la cara —aseveró dispuesto a cualquier cosa con tal de no alejarse de ella.

Aron sentía que solo tenía esta oportunidad para convencerla, y sabía que si la desaprovechaba jamás se lo perdonaría. Ya había perdido demasiadas cosas en esta vida por miedo a las consecuencias, pero ahora estaba dispuesto a todo con tal de asegurarse que ella fuera suya.

Decidido se acercó despacio quedándose a solo unos pasos de distancia, aunque en realidad sabía que el trecho que los separaba a cada minuto que pasaba se acrecentaba.

—¡Márchese! —volvió a repetirle conteniendo su rabia y sus lágrimas al



no querer que él viera su dolor, y por ello rehusaba a girarse.

—Madison —le susurró tan cerca que lo sintió como si la hubiera tocado —. Por favor, míreme.

Todo su cuerpo estaba sumido en una batalla, pues había una parte de ella que deseaba girarse y descubrir en su mirada qué estaba sintiendo, mientras otra parte se negaba a obedecerle y quedar ante él en un estado tan lamentable.

Fue el orgullo el que se alzó victorioso, y permaneció inerte frente al balcón observando como la cortina se mecía ante ella, deseando del mismo modo que su resolución no oscilara como si fuera columpiada por el viento. Fue entonces cuando sintió el calor de sus manos sobre sus hombros, y el escalofrío que sintió casi le hizo perder la cordura al percibir un poco del consuelo que sus caricias siempre le daban.

—¡Por favor! —le susurró Aron en su cuello al estar más cerca de ella.

La suave voz del señor Sheldon y la necesidad de mirarle para saber que estaba sintiendo se hizo más fuerte, pero sobre todo se sintió acorralada cuando notó su tacto sobre su piel.

Despacio, como si tuviera miedo a contemplarlo y convertirse en estatua de sal, Madison se giró quedando frente a él y mirándole a los ojos. Vio tanto sufrimiento en ellos que casi se compadeció de él, pero por suerte su terquedad y su pena la hicieron detenerse cuando sus manos ya se disponían a consolarle.

Se dio cuenta que ese hombre tenía la capacidad de destruirla si se lo proponía, pues con solo una mirada o una caricia conseguiría que lo olvidara todo y deseara entregarse a él.

Mientras, Aron no podía dejar de contemplarla y preguntarse si ella le creería cuando le contara su historia, o si le concedería el perdón por su estupidez. Tenía tanto miedo de perderla que no estaba seguro de cómo actuar frente a ella, pues sabía que un solo error podría costarle perder su confianza.

—Dígame de una vez lo que ha venido a decirme y váyase —le pidió con toda la frialdad que fue capaz de encontrar, notando como esas palabras se

clavaron en él como espadas.

—Está bien. No quiero importunarla más de lo necesario, solo le pido que no me juzgue antes de conocer mi historia, aunque creo que ya es tarde para eso.

Era cierto que ella ya le consideraba culpable, aunque fue él quien había ocasionado ese criterio al no haber contestado antes a sus preguntas. Se negó altiva a sentirse mal por ello, y desafiante le mantuvo la mirada dispuesta a cualquier respuesta retadora si fuera necesario.

Viendo que ella no decía nada y necesitando espacio para aclarar su mente, se separó unos pasos, y nervioso, se apartó unos mechones rebeldes de su frente al mismo tiempo que empezaba a caminar por la recámara como si fuera un lobo enjaulado.

—No sé si sabrá que provengo de clase humilde pero muy trabajadora. Mi abuelo fue un hombre emprendedor que con esfuerzo abrió una sastrería, y con el tiempo mi padre y él lograron un gran éxito abriendo más tiendas en Londres.

—No sé qué tiene que ver su familia con todo esto —le comunicó seriamente al no haberse esperado que empezara hablando de su ascendencia.

—Lo entenderá enseguida —le aseguró, y siguió con su historia sin dejar de caminar nervioso—. Como le iba diciendo, ellos tuvieron éxito en los negocios pero fui yo quien en pocos años, y pese a mi juventud, cuadruplicé sus ganancias hasta el punto de querer montar mi propia fábrica para abastecernos. Por desgracia, por esa época yo era un muchacho arrogante que creía que el dinero me daría posición y poder, ignorando que para las clases privilegiadas siempre seguiría siendo un don nadie.

La historia empezaba a ponerse interesante al darle a conocer una faceta de él que desconocía, y le aclaraba algunos aspectos de su forma de ser como su gusto por tener el control, su espíritu emprendedor, vivo y sincero, o esa ojeriza hacia los de su clase social.

Madison casi sin darse cuenta se quedó escuchándolo curiosa al desear saber más de él, dejando atrás por un momento su acritud.

—Conocí a Braxton en un club de caballeros y pronto nos hicimos

buenos amigos. Ambos tenemos temperamentos parecidos, aunque yo solía ser el que buscaba los riesgos pensando que era invencible, y sonreía ante cualquier adversidad que se me presentara.

—¿Se refiere al marido de mi amiga Jane? —le interrumpió cada vez más interesada.

Él paró de caminar para mirarla, y estuvo a punto de sonreír al ver el interés en sus ojos. Le encantaba contemplarla ensimismada en su narración, pero sobre todo ver que en su mirada ya no aparecía esa rabia que la hacía rebelarse, y que tanto le asustaba al saber que podría ser la causa para perderla.

Más decidido que nunca a aclararle todo siguió hablándole, aunque ahora mirándola a la cara y asintiendo como contestación a su pregunta.

—Fue él quien me introdujo en la alta sociedad presentándome a unos pares, y juntos montamos la compañía y la fábrica.

—¿Y el barco? —preguntó consiguiendo que esta vez Aron sonriera.

—Y el barco —afirmó con ternura, al recordar la noche que la besó en cubierta y descubrió que esa mujer sería quien le cambiaría la vida.

Por un momento el silencio les envolvió, y Aron hubiera dado toda su fortuna a cambio de saber si ella también recordaría ese encuentro con el mismo cariño. Carraspeando para aclararse la garganta decidió que sería mejor que continuara hablando, al necesitar con urgencia aclarar este asunto antes de que terminara loco.

—En uno de los bailes al que fui invitado conocí a una mujer llamada lady Margarette Whestton, y quedé prendado por su belleza y su elegancia.

Nada más escuchar el nombre de esa mujer quedó petrificada, pues la conocía desde que era una niña y sabía que era una de las mejores amigas de su familia. De hecho había sido la hija de esta dama; es decir, Charlotte, quien en la boutique le contó que el señor Sheldon había sido el amante de su madre, y empezaba a entender cómo era posible que ésta supiera semejante secreto.

Aun así decidió permanecer en silencio, aunque el temblor de sus piernas regresó con más fuerzas y decidió sentarse antes de caerse al suelo.

—Veo que conoce a esa mujer —afirmó Aron cuando se percató que Madison se había quedado pálida, y había tenido que sentarse en la silla de su tocador para no caerse.

—Así es, es la mejor amiga de mi madre —le dijo una vez sentada e intentando disimular lo mal que se encontraba.

Aron solo pudo asentir, y suspiró al saber que las cosas que debía contarle ahora la harían mucho más daño. Se sintió asqueado por tener que recordarlo, pero sabía que la recompensa merecía la pena. Aun así, lamentaba el daño que la historia le causaría a Madison, pues entendía que no le sería agradable escuchar ciertos asuntos privados que implicaban a su madre.

—Debe comprender que nunca había conocido a una mujer con ese refinamiento, y me dejé seducir al creer que ella podría fijarse en un hombre como yo.

Avergonzado calló, y deseó con todas sus fuerzas tener a su alcance un trago de algo fuerte para soportar la humillación que empezaba a sentir.

—Por aquel entonces no había conocido la malicia en las mujeres, y no me percaté que me mostraba ante los demás como un capricho divertido. Creí que estando a su lado me verían como a alguien importante, sin darme cuenta que me estaba usando y estaba siendo el hazmerreír de la temporada. Aunque en realidad en esa época yo no lo sabía.

—¿Fue el amante de esa mujer? —le preguntó sin apenas voz.

—Sí, y ojalá nunca lo hubiera sido.

Abatido se sentó frente a ella en la cama sin ser capaz de mirarla a los ojos, al ser un hombre orgulloso y no querer reconocer que le daba miedo mostrarse ante ella tan vulnerable. Desolado, colocó los codos sobre las rodillas y unió sus manos frente a su cara a modo de súplica silenciosa. Lo que tenía que contarle ahora le avergonzaba, y lamentaba tener que volver a recordarlo cuando se había jurado que jamás lo haría.

—Estuve con ella unos meses hasta que algo cambió —tragando saliva se dispuso a contárselo todo, mientras ella simplemente le miraba sentada frente a él con sus manos unidas en el regazo.

—Un día, me llevó a una finca en las afueras de la ciudad donde se

celebraba una fiesta. Al principio no me di cuenta de que los invitados eran... —calló al no saber cómo describirlos— ...peculiares, pero no tardé mucho en entender que en ese lugar sucedía algo extraño.

Madison estuvo a punto de abrir la boca para pedirle que le explicara este punto, pero decidió callarse al ser evidente que le estaba costando contárselo, y no sería prudente interrumpirlo si quería saber la verdad.

—Me imagino que quiere que le cuente detalles —le dijo mirándola a los ojos, y viendo Madison una oscuridad en ellos que nunca antes había visto.

Sintiendo miedo por lo que podía contarle calló, pero el deseo de saber más sobre la fiesta y sus invitados; y sobre todo de su madre, la hizo responder:

—Solo si lo desea.

Aron sonrió al verla tan ensimismada y asustada, pero tan deseosa de conocer algo que le era desconocido. Fue precisamente ese espíritu inquieto y curioso lo que más le llamó la atención cuando la conoció, y en honor a esa parte de ella que tanto amaba decidió contárselo para aplacar su curiosidad.

—Lo primero que llamó mi atención fueron los acompañantes, al ser todos muchachos muy jóvenes y que no parecían nobles —la expresión de no entender de Madison hizo que pensara en la forma de explicárselo—. No es que no fueran debidamente vestidos, pero parecían como si nunca hubieran visto un lugar tan refinado y no supieran cómo comportarse.

Madison entendió por fin y afirmó con la cabeza para hacérselo saber.

—Más adelante, cuando ya habían llegado todos los invitados, me di cuenta que las mujeres de esa velada eran todas mayores que sus acompañantes, y cuando atenuaron las luces y empezaron a aparecer camareros sirviendo toda clase de bebidas y opio, supe que esa noche no sería normal.

Madison no pudo aguantar sentada por más tiempo, y nerviosa se puso de pie. Ahora era ella la que caminaba de un lado para otro del cuarto, sin estar segura de que le agradara lo que el señor Sheldon le estaba contando.

Aron sabía muy bien lo que ella estaba pensando, y por ello entendió su ataque de miedo al comprenderlo. Lo que estaba a punto de relatarle no era

algo que se escuchara todos los días, y menos una muchacha que apenas había salido a la vida y no conocía los secretos de la perversión humana.

Por todo ello, Aron decidió darle tiempo, y se mantuvo en silencio unos instantes hasta que se sintiera más calmada.

Y eso fue exactamente lo que sucedió unos instantes después, cuando Madison se paró frente a él, y con la valentía que pudo reunir, le miró a los ojos necesitando su fuerza para preguntarle antes de desear olvidarlo todo:

—¿Estaba mi madre allí?

Como contestación él simplemente asintió, y Madison tuvo que volver a sentarse al ser incapaz de mantenerse en pie. Ahora era ella la que no podía mirarlo a causa de la vergüenza, y tuvo que reunir todas sus agallas para levantar la mirada, y comprobar que encontraría en sus ojos.

Por primera vez en su vida sintió verdadero pánico, ya que su corazón dependía de lo que hallara en su mirada, y no estaba segura de ser lo suficientemente fuerte como para soportarlo.

## Capítulo XXVII

—¿Quiere que continúe? —le preguntó Aron, sabiendo lo difícil que estaba siendo para ella averiguar esa parte privada y oculta de la vida de su

madre.

Madison se encontraba tan perdida que fue incapaz de utilizar su voz, y solo pudo asentir con la cabeza. Desde hacía años sabía que su madre era una mujer manipuladora acostumbrada a salirse con la suya, pero jamás habría pensado que una mujer tan recta y estricta con las normas sociales se las saltara de esa manera.

Aun así necesitaba conocer esa parte de la historia donde el señor Sheldon y lady Wyonick se conocieron, y estaba dispuesta a tragarse su bilis con tal de conseguirlo.

—Me imagino que hay ciertos asuntos que sucedieron después que no le interesará escuchar.

—¡No! —aseveró mirándolo horrorizada, pues aunque era muy joven e inexperta en asuntos de alcoba, tenía suficiente imaginación para saber lo que sucedió esa noche tras atenuar las luces; o por lo menos eso creyó ella.

Aron entendió que no quisiera saberlo, y se sintió agradecido al no tener que contarle todas las cosas que durante horas presenció en ese cuarto y en otros lugares de la casa. Nunca podría olvidar como al principio se sintió curioso y excitado, y como poco a poco, conforme iban pasando los minutos, el juego de la seducción se fue transformando en lujuria, hasta llegar a un punto donde la joven mente de Madison nunca llegaría.

Recordaba cómo los primeros días tras esa peculiar orgía se justificaba diciendo que era un hombre joven, viril y soltero, rodeado de mujeres hermosas; algunas más que otras, y en un ambiente donde todo estaba permitido. Aunque debía reconocer que no le agradó ser observado por los ojos ávidos de algunas asistentes, mientras fornicaba con la mujer que hasta entonces consideraba su amante.

Por supuesto nunca le contaría que una de las mujeres que más complacida le miraba fue lady Wyonick, ni que mientras lo contemplaba él estaba en el suelo desnudo penetrando a lady Whestton con todas sus fuerzas.

—El caso es... —continuó diciendo aunque hubiera preferido olvidar ese momento y pasar por alto la situación violenta que estaban viviendo— ...en un momento dado de la noche...

—No sé si quiero escucharlo —le interrumpió nerviosa volviendo a levantarse de su asiento mientras se estrujaba las manos.

Suspirando por esa tregua; y viendo que estaba muy alterada, se levantó de la cama y fue a su encuentro parándose a tan solo un par de pasos. Sabía que era una estupidez sentirse vacío sí se alejaba, pero necesitaba tenerla cerca para ser capaz de seguir adelante con su relato. Saber que sus palabras podrían dañarla y que podría perderla en breves minutos le hacía sentirse un cobarde, y solo a su lado notaba la valentía necesaria para seguir adelante.

—Tranquila pequeña, no pienso contarle nada que le incomode.

—Es que no sé si voy a soportar saberlo.

—¿Quiere que lo dejemos así? —le preguntó aunque sabía la respuesta.

—No, —dijo tras reflexionar unos segundos y mirándolo a los ojos le preguntó— ¿Me estoy comportando como una niña, verdad?

Aron no fue capaz de mantenerse por más tiempo alejado, sobre todo al ver su dolor y su necesidad de ser consolada por él. Era posible que ésta fuera la única oportunidad de demostrarle que estaba a su lado dispuesto a cualquier cosa, y tal vez ella se diera cuenta que solo entre sus brazos podría alcanzar el consuelo que tanto imploraba.

Decidido a darle aquello que le pedía con su tristeza, se le acercó unos pasos y se colocó ante ella sin dejar de observar cada tramo de su rostro. Solo entonces se percató de una silenciosa lágrima que bajaba por su mejilla, y con total delicadeza se la apartó con su mano mientras la contemplaba con un amor que le hacía sentirse invencible.

Se veía tan perdida que deseaba ser su consuelo, aunque agradecía al cielo que hubiera olvidado que le odiaba. Pues solo de esa manera se podía explicar que tras su enfrentamiento, ahora ella se dejara tocar y le mirara sin rencor ni hostilidad.

Se preguntaba si eso quería decir que con lo que llevaba de relato ya le habría perdonado, sintiéndose sin fuerzas para continuar narrándole, al saber que aún quedaba la peor parte y podría perder todo lo que hasta ahora había conseguido acercarse.

—No, no está siendo una niña, sino una mujer valiente al querer saber la



verdad —le aclaró dulcemente sin poder disimular su amor.

—Dígame solo una cosa —le susurró mirándolo a la cara— ¿Se acostó con ella?

—Para saberlo tendrá que seguir escuchando la historia —afirmó acariciando su cara, hasta que Madison se apartó de él a causa del escalofrío que sintió al escucharle.

—¡Está bien! Entonces continúe—le pidió volviéndose para darle la espalda al no sentirse lo suficientemente fuerte como para seguir mirándole, y él se quedó sintiéndose vacío al notar su ausencia.

Decidido a dejar atrás todo aquello, Aron volvió a esa noche donde comprendió que nunca podría ser igual que esas mujeres que se sentían superiores tan solo por su nacimiento.

—No sé cuánto tiempo estuvimos... en el salón, pero al parecer en esas veladas había una norma que nadie podía saltarse, y que los hombres allí presentes desconocíamos —tragando saliva, y agradeciendo que ella no le miraba, continuó tratando de no sentir de nuevo la furia de aquellos días—. El juego comenzaba al llegar la media noche, y cada mujer se colocaba junto al hombre que había llevado a la orgía.

Aron notó como el cuerpo de Madison temblaba, y como se abrazaba tratando de darse calor. Sabía que la historia que venía a continuación le causaría mucho dolor, pero se sintió incapaz de tocarla al notarse sucio.

—Una de las mujeres se subió a una pequeña plataforma que estaba en el centro de la habitación, y tras subir a uno de los muchachos desnudos las demás mujeres comenzaron a pujar por él. Recuerdo que al principio me pareció divertido, hasta que me di cuenta de que el juego era bastante serio.

»Vi cómo algunos muchachos reusaban irse con mujeres que los triplicaban en años, y éstos eran obligados por unos criados a acompañarlas llegando incluso a ser golpeados, aunque en la mayoría de los casos, parecían estar drogados. Yo era uno de los más mayores y creo que por eso me dejaron para el final, aunque no puedo asegurarlo. El caso es que cuando llegó mi turno...

Tuvo que callarse al notar un intenso dolor en el pecho al recordarlo, y la

furia de antaño volvió para apoderarse de él convirtiendo sus manos en puños a causa del asco y la humillación.

Madison se volvió despacio ante su silencio, y al contemplarlo apareció por primera vez en sus ojos pesar al advertir lo indefenso y asqueado que se sentía.

Aunque ninguno de los dos deseaba continuar con el relato al ver lo mucho que les influenciaba, ambos sabían que era necesario llegar hasta el final, por mucho que les costara asimilar lo que escuchaban.

—¿Mi madre lo compró? —inquirió cohibida al necesitar saberlo, pero odiando hacer la pregunta.

—Sí. Al parecer su amiga le había hablado de lo buen amante que era y lo versado que estaba en ciertas prácticas sexuales, y su... su madre quería probarme —no quiso contarle lo ávida que lady Wyonick lo había observado mientras complacía en el suelo a su amante ante la mirada de todas, y como en ese lugar se practicaba un sexo que asustaría a una inexperta como Madison.

—No sé si podré continuar escuchando —comenzó a caminar frente a Aron, hasta que se paró y mirándole le preguntó—: ¿Se lo llevó a un cuarto?

—Sí.

—¿Obligado?

La pausa de varios segundos se hizo eterna para los dos, mientras no apartaban sus miradas retándose a un duelo de voluntades.

—Al principio no estaba seguro de qué era lo que quería. Me pilló todo de sorpresa, y aunque me sentía asqueado al ser tratado como a un animal... el encuentro tenía su morbo. Por otra parte había oído hablar del placer que sentían algunos al ser sometidos, y en un momento determinado pensé que quizás...

—¡Dios mío, no sé si podré soportarlo! —dijo llevándose la mano a la boca a causa de las arcadas.

Saber la verdad de lo que había pasado estaba siendo demasiado duro para ella, y estaba segura que no podría seguir escuchando una palabra más

sin antes perder toda su fortaleza. Además estaba conociendo una parte de él que jamás hubiera imaginado, ya que para ella estos temas de ámbito sexual siempre le habían estado prohibidos.

Pero Aron no iba a permitir que pensara lo peor de él aunque solo fuera por un segundo, y acercándose todo lo que pudo le confesó resolutivo:

—Pero no pude Madison —acariciando su rostro repleto de lágrimas la miró a los ojos mostrándole todo su amor, y continuó diciendo—: No pude y no sabe cuánto le agradezco al cielo por ello.

Sin poder soportar por un segundo más no poder consolarla la abrazó con todas sus fuerzas, sintiendo por fin que volvía a respirar y a sentir cierta calma. Notando como su Lady temblaba a causa del llanto, no perdió ni un solo segundo, y se dispuso a abrirle su corazón para que conociera de su boca toda lo que sucedió esa terrible noche.

Solo esperaba que tras saberlo todo y al volverla a mirar no descubriera en sus ojos odio, al haber comprendido que la amaba por encima de todo y que por ella sería capaz de cualquier cosa.

—Usted me conoce, sabe que soy un hombre presuntuoso y no soporto que me utilicen. Recuerdo que estando a solas con esa mujer, mientras me miraba con lascivia, me di cuenta que para ella solo era un juguete que utilizaba para encontrar su propio placer y me sentí menospreciado. Por eso no pude continuar y me aparté —le contó tratando de justificarse.

—¿Cómo pudo mi madre hacer algo así?, ¡y esas otras mujeres! —se sintió hastiada, y sin atreverse a mirarle le pidió suplicante—: Dígame que fue lo que pasó.

Apretándola fuertemente contra su pecho la alentó a que posara la cabeza en su hombro, y así retomar el valor que por momentos perdía.

—Cómo le he dicho estábamos en una recámara y sentí asco. Fue una sensación extraña porque estoy seguro que en otras circunstancias me hubiera dejado llevar. Pero la forma en que me miró; como si fuera ganado, y la sensación de que algo no encajaba en ese lugar, hizo que me diera cuenta de que estar con su madre me causaba repulsión.

—Por favor no la llame así, no se refiera a ella como a mi madre.

Aron asintió, sin darse cuenta que al tener ella la cabeza apoyada en su hombro no podría verle. Queriendo acabar cuanto antes esa parte morbosa y sórdida de la historia, cogió aire y continuó hablando.

—Cuando me aparté de ella y le dije que no seguiría con el juego se enfureció al ser rechazada y me amenazó. Me dijo que nadie le iba a hacer semejante desplante ante sus amistades, y que pagaría muy caro si me marchaba y la dejaba en ridículo. Confesó furiosa que eso nunca le había sucedido, y que no permitiría que un don nadie como yo la humillara — hundiendo su cara en el hueco del cuello de Madison respiró profundo su aroma para darse ánimos y continuó—: Yo le dije que me daban asco las mujeres de su clase al ser peores que las rameras de los bajos fondos, ya que éstas solo buscaban sobrevivir mientras que ella...

Paró en seco al darse cuenta que estaba dejándose llevar por la rabia, sin pensar en lo que Madison estaba sintiendo al ser de su madre de la que estaba hablando.

—Lo siento, no debí decir ciertas cosas —le dijo avergonzado.

—Pero tiene razón. Su comportamiento fue imperdonable, y sus amenazas estuvieron fuera de lugar. ¡Dios mío, se supone que es una dama!

—Para las allí reunidas era mucho más que un juego. Era más bien cuestión de poder y sumisión. Yo no pude dejarme doblegar y por eso temí que la dejara en evidencia ante las demás. Por eso me dijo que nadie osaba negarle nada a un Wyonick y que si alguien se enteraba del desplante me arruinaría la vida —continuó hablando sintiendo como un fuerte dolor oprimía su pecho impidiéndole respirar con normalidad—. Pero tuve que marcharme, Madison, no me hubiera podido mirar a la cara si me hubiera quedado ahí fingiendo que me sometía a sus caprichos sin desearlos. No hubiera conseguido volver a ser el mismo.

—¡Aron! —se separó de él al necesitar mirarlo, y se asombró ante el sufrimiento y el pesar que reflejaba su rostro.

Por ello, Madison tragó saliva y simplemente le dejó continuar para que se desahogara, quedándose ante él como un faro que le marcaría el camino a casa cuando lo necesitara.

Aron se sentía demasiado confundido al tratar de combinar lo que sentía

teniéndola entre sus brazos y lo que recordaba de esa noche tan desagradable, y simplemente se quedó quieto acariciándole el pelo hasta que su respiración se acompasó, aliviando el dolor de su pecho. Solo entonces pudo continuar hablando, centrándose en su tacto y en la seguridad que ella le daba.

—Fue esa noche cuando comprendí que para las personas de esa clase social nunca sería uno de los suyos, pues siempre me considerarían como alguien al que usar al no ver en mí diferencias con los muchachos de la calle. Lo supe con absoluta certeza cuando tras pensarlo me di cuenta que un buen número de hombres de la nobleza hubieran accedido gustosos a ese juego, y sin embargo, ellas prefirieron a unos don nadie sin abolengo. No buscaban el placer del sexo —señaló absorto en sus pensamientos y sintiéndose asqueado—, sino someter a personas que consideraban inferiores.

Ninguno de los dos se atrevió a decir nada, y permanecieron en silencio hasta que Aron pudo volver al presente y seguir con su historia.

—Desde entonces he procurado apartarme de toda esa gente que se cree superior a los demás por sus títulos, y solo he mantenido la amistad de unas cuantas personas que considero especiales y por los que sí vale la pena arriesgarse. Pero sobre todo procuré mantenerme apartado de los Wyonick, hasta que una dulce muchachita se coló en mi barco —esto último lo dijo con una sonrisa que animó a Madison.

—¿Por eso se enfadó tanto conmigo al descubrir mi apellido?

Aron simplemente asintió sin poder dejar de mirarla, mientras trataba de descubrir el daño que su relato le había causado en sus sentimientos.

—Pensé que si lady Wyonick se enteraba que tras su huida había acabado en mi barco, nunca creería que solo fue una equivocación de su parte sino un plan urdido por mí.

Un escalofrió de espanto recorrió el cuerpo de Madison, al darse cuenta de cómo lo había expuesto y lo mucho que se jugaba al permanecer a su lado.

—Ella podría hacerle mucho daño si cree que usted ha tenido algo que ver con mi fuga y mi llegada a esta ciudad.

—Pero eso ya no me importa. No desde que la conocí y me di cuenta que la amo —le dijo sin resentimientos y sí con mucha ternura—. Por usted sería

capaz de desafiar al mismísimo demonio con tal de no perderla.

—O enfrentarse a mi madre —ironizó tratando de sonreír, aunque el miedo que empezó a sentir por él le impedía hacerlo sin parecer forzada.

Por su lado Aron solo pudo asentir, siendo consciente de la encrucijada a la que ambos se enfrentaban. Se percató de cómo el rostro de Madison había cambiado del enfado al creerlo el amante de su madre al terror, al saber que estaba expuesto a un gran peligro por su culpa.

—Lo único que en este momento me interesa es saber si me cree —la miró con ojos suplicantes, pues ahora solo importaba asegurarse de que le perdonaba y entendía su punto de vista. Después, si la suerte le volvía a sonreír, buscaría la manera de conseguir que lo amara.

Sintiendo como su corazón se hinchaba en su pecho, Madison solo pudo acercar su rostro al de él hasta estar a escasos centímetros de su boca. Luego, mirándose con decisión y sin un atisbo de duda, le dijo:

—Le creo. Y más aún, le entiendo.

Sin poder contenerse por más tiempo se besaron, pues la necesidad de ambos por sentirse era tan grande que apenas les permitía respirar.

Aron volcó todo su amor, su pasión y su ternura en ese beso, como agradecimiento por su fe, y por el perdón que le concedía ante la historia que acababa de contarle y de la que se sentía asqueado.

—Tenía tanto miedo a perderla. Hubiera soportado cualquier cosa menos eso —le indicó con sus labios aún cerca de los suyos.

—Pero, señor Sheldon, que pasará cuando se entere, porque nosotros... en Londres... cuándo tengamos que regresar...

El miedo que sentía por él se hizo más intenso, resultándole imposible preguntarle qué planes tenía para ellos cuando tuvieran que regresar a Inglaterra. Se preguntó por qué cada vez que vencían una dificultad otra se les presentaba, pues no era la primera vez que caía en sus brazos para luego alejarse de él a causa de algún acontecimiento.

Recordaba cómo hacía apenas una hora había creído que le perdía, o el temor que le produjo saber que Charlotte podía poner a todos en peligro al

inventarse injurias sobre su relación, o lo que sucedería cuando ésta se enterara de su fuga y lo fuera proclamando por toda la ciudad. Un problema que ahora no tenía importancia, pues saber el peligro que corría el señor Sheldon por su culpa lo cambiaba todo.

Comprendió que debía reflexionar sobre muchas cosas y tomar una decisión que podría cambiarle la vida, pero sobre todo tenía que pensar en ellos, y decidir si sus sentimientos serían lo suficientemente fuertes como para que valiera la pena el riesgo que él corría.

Sabía que le había dicho mil veces que la amaba, como también había visto su cariño y su ternura cada vez que la miraba. Pero lo cierto es que no tenía la experiencia necesaria en el amor para identificar si este sentimiento en él era intenso, fugaz o una mentira, y mucho menos se veía capacitada para descubrir si este amor sería suficiente para sobrevivir a las adversidades que les esperaba.

Recordaba las veces que se había mostrado esquivo o receloso a contestar qué sería de ellos al llegar a Londres, y aunque entendía por qué se había mostrado tan receloso a adelantarse a los acontecimientos, no sabía si algo había cambiado en esos días.

—Iremos juntos y ya veremos lo que pasa cuando llegue el momento — le señaló resolviendo algunas de sus dudas, aunque aún le quedaba buena parte de sus miedos rondándole por la cabeza.

—La conozco. Es capaz de arruinarle y hacer que lo pierda todo —le dijo sintiendo la necesidad de abrazarlo.

—Ya nada de eso me importa, solo tú.

Y fue entonces, tras sentirse entre sus brazos y escuchar esas palabras susurradas al oído, cuando de pronto Madison lo entendió todo. Él la amaba de verdad y no solo de palabra.

No fue que le dijera que la amaba y solo ella importaba; pues se lo llevaba diciendo desde hacía días, sino la forma en que se lo dijo. Frente a ella, mirándola a los ojos mientras le mostraba su corazón abierto invitándola a que perteneciera a él, y sin ver en su interior ni rastro de temor, dudas o celos.

Ante ella se encontraba un hombre que le entregaba todo lo que era y sentía, con la esperanza de que algún día le recompensara con su amor. No mostró una actitud exigente, sino más bien suplicante al querer que su cariño fuera dado sin miedos, sino con seguridad.

Madison se sintió compungida por aquella revelación, al darse cuenta de la importancia que el señor Sheldon le daba a sus sentimientos. Se juró que haría que ese hombre valeroso saborease lo que era el amor verdadero, y jamás se arrepintiera de haberse abierto a ella.

Fue entonces cuando todo en su cabeza se aclaró, al poder verlo desde su punto de vista.

Entendió la reticencia de contárselo todo al sentirse avergonzado por lo que sucedió esa noche, comprendiendo su silencio no como una treta, sino como la causa de la humillación que sentía. Se dio cuenta que debía confiar mucho en ella para contarle su gran secreto, como también se percató que debía considerarla una mujer muy importante en su vida para hacerle semejante concesión.

Pero, sobre todo, quedaba claro por qué Charlotte creía que el señor Sheldon había sido el amante de lady Wyonick esa noche, al haber mantenido ambos oculto lo que sucedió en ese cuarto y su posterior huida. Sin lugar a dudas su madre debió reunirse días después con su amiga lady Whestton, y debió inventarse un encuentro sexual excitante para mantener las apariencias.

Seguro que luego lady Whestton le contó a su hija esta historia inventada, y Charlotte no tardó en revelárselo con el propósito de dañarla, al saber que estaba con él. Aunque si lo pensaba seriamente, no le extrañaba que Charlotte también hubiera acudido a esa deplorable fiesta, y haber visto por ella misma la compra del señor Sheldon por parte de su madre.

Aun sintiéndose asqueada por todo aquello se alegró de haber aclarado el malentendido, pues estaba dispuesta a perdonarle muchas cosas, pero jamás podría pasar por alto que hubiera sido el amante de su madre.

También tenían otro asunto pendiente que sentía la necesidad de aclarar y de demostrarle que, aunque no se atrevía a decirle que lo amaba con palabras, si estaba dispuesta a entregarse a él en cuerpo y alma.

Esa noche algo entre ellos había cambiado, y marcaría un comienzo para



algo que ni si quiera ellos podrían imaginarse.

## Capítulo XXVIII

Aron no estaba seguro de poder expresar lo que sentía en su interior. Por un lado estaba eufórico al darse cuenta que le había creído y le había perdonado; pues de otra manera ahora no la tendría entre sus brazos, y por otro lado temía que su relación resultara demasiado complicada y acabara renunciando a él.

Aunque sabía que no le había reprochado nada y le había entendido sin necesidad de entrar en detalles; algo que le agradecía, también era cierto que estando ahora lejos de su hogar todo era más sencillo. El problema sería cuando regresara a su vida protegida en Londres, y sufriera las represalias de su madre ante su romance con un hombre absolutamente inapropiado.

Contaba con el coraje y la valentía que en más de una ocasión le había mostrado, así como su cariño y ese espíritu rebelde que la hacían tan diferente a las demás mujeres de su clase. Sabía que Madison era una mujer única, pero no estaba convencido que su deseo por él y su cariño; ya que no se atrevía a llamarlo amor, fuera lo suficientemente fuerte para romper todos los obstáculos que se les impusiera.

Por ello, sentía que esa noche tenía una oportunidad única para demostrarle la fuerza de sus sentimientos, y dejar claro de una vez por todas que estaban hechos el uno para el otro. Sentía como su cuerpo le imploraba para que le demostrara todo su amor, y de esa manera jamás tuviera dudas de lo mucho que la amaba y deseaba.

—Madison, pequeña. ¡Ojalá fuera lo suficientemente bueno para ti!

Sus palabras la dejaron perpleja, pues siempre le había considerado un hombre ejemplar dispuesto a comerse el mundo, por lo que le llamó la atención que se mostrara tan receloso respecto a su relación. Eso le hizo pensar que la consideraba como algo prohibido y fuera de su alcance, y se sintió culpable por haber favorecido este pensamiento al no atreverse a decirle que la amaba.

Pero antes tenía otro asunto pendiente que quería dejar claro entre ellos,

y para resolverlo se apartó unos pasos al necesitar mirarle a la cara con toda la solemnidad que le fuera posible.

—Señor Sheldon, desde que le conozco nunca lo he considerado un hombre inferior en nada. Por el contrario, sé que es justo, honrado, sincero y cariñoso, y eso señor es mucho más de lo que se puede decir de muchos caballeros que conozco.

Aron no pudo evitar un atisbo de sonrisa por la indignación que veía reflejada en el rostro de Madison, al mostrarse tan dolida por sus palabras y tan dispuesta a demostrarle lo mucho que significaba para él. Por suerte, pudo esconder su sonrisa a tiempo, y se quedó ante ella erguido y serio.

Aunque deseaba abrazarla contra su pecho y comérsela a besos se contuvo, y tras juntar sus manos a su espalda para tratar de darle más seriedad a su pose altivo, se la quedó mirando fijamente, y le contestó teniendo cuidado de no mostrar otra vez su sonrisa.

—¿De verdad lo cree? Porque recuerdo que no hace mucho usted no lo consideraba así.

Los ojos como platos de ella le divirtieron, pues eso le indicaba que estaría recordando las veces que le había despachado, o incluso la vez que lo había tirado al suelo. Con una mirada arrepentida que le hizo desear retirar su comentario, le miró sin acobardarse para después hacer que sus ojos volvieran a brillar al aparecer en ellos resolución con una pizca de obstinación.

—Es cierto, y por ello le pido perdón.

La verdad es que Aron se moría de curiosidad por saber qué era lo que se proponía, y con el propósito de averiguarlo le mantuvo la barbilla alzada para que no le retirara la mirada.

—No debes pedirme perdón por haber hecho algo que creíste justo. Además quiero que a partir de ahora me llames Aron.

—No creo que sea adecuado...

Aron tuvo que interrumpir su negativa a obedecerle con un beso, pues estaba convencido que solo de esta manera conseguiría callarla. Y así fue, pues cuando dejó de saborear su boca, ella solo pudo soltar un suspiro

mientras seguía con los ojos cerrados.

Ocasión que él aprovechó para volver a pedir que le tuteara.

—Llámame Aron.

Inmediatamente ella abrió la boca para decir algo, y Aron volvió a cubrir su boca con la suya conteniendo una sonrisa ante esta terca mujer que adoraba y deseaba.

—Di mi nombre —le volvió a pedir en un susurro mientras sus dientes mordían el labio inferior de ella.

—Aron —pronunció sin apenas voz, y considerándolo él como una pequeña victoria que celebró devorando su boca, hasta conseguir que gimiera de placer y se fundiera entre sus brazos.

—Así me gusta pequeña, desde ahora seré para ti Aron y tú serás mi Madison.

Sabiéndose vencida se aferró a su cuello, dispuesta a disfrutar de la dulce sensación de permitirle ese deseo. Al fin y al cabo era lógico que llegaran a ese nivel de complicidad, sobre todo si se salía con la suya y esa noche se entregaba a él para dejarle claro lo importante que era para ella.

En cuestión de segundos el beso se intensificó, y ninguno de los dos puso objeciones cuando sintieron como sus cuerpos cedían ante su deseo y se volcaban en profundizar sus caricias.

Sin dejar de besarse fueron retrocediendo hasta chocar con la cama, teniendo que sujetarse Madison más fuerte a él para no caerse sobre la suave colcha.

—No me dejes caer —le pidió ella suplicante, mientras él besaba su cuello y se afanaba en acariciar sus senos sobre el vestido.

—Nunca —dijo con voz quebrada, teniendo que aclararse la garganta para continuar hablando—. Siempre que me necesites ahí estaré, amor mío —y sin más por decir se volvieron a perder en un profundo beso.

Sin poder evitarlo la apretó contra él, dejando claro la dura excitación que estaba sintiendo en esos instantes. Después, reuniendo toda su fuerza de voluntad se separó de su boca y le dijo al oído:

—Te deseo tanto, cariño, que no sé si podré detenerme —le indicó antes de mordisquear el lóbulo de su oreja.

La excitación de ella no se hizo esperar obligándola a retorcerse entre sus brazos para buscar su dureza, rozando con ello su entrepierna hasta hacerle enloquecer de deseo.

—Entonces no te detengas —dijo entre gemidos al sentir como desabrochaba los botones de su escote, y una mano traviesa y excitante sostenía su seno para que él lo degustara.

—¿Estás segura, preciosa? Porque una vez que empiece no podré parar —consiguió decir antes de mordisquearle el pezón.

—Quiero ser tuya —suspiró contra su cuello dejando claro de esta manera que estaba dispuesta a entregarse a él.

Escucharla le produjo un gran placer, y sujetándola con más fuerza contra su pecho la miró fijamente y le dijo con unos ojos cargados de amor y deseo.

—Te juro por Dios que nunca te vas a arrepentir de esta elección.

Madison estaba convencida de ello, y se alegró de como el destino la había llevado hasta ese hombre y a estar en esos instantes entre sus brazos. Decidió que esa noche apartaría de su mente todas las dudas y miedos que tenía por delante, y solo se dejaría llevar por el placer que las intensas caricias de su amante le proporcionaban.

Sintiéndose valiente entre sus brazos se giró despacio dándole la espalda, para después deshacerse el recogido de su cabello hasta dejarlo suelto. Se sentía sensual al saber que la contemplaba en silencio sin poder dejar de sujetarla por las caderas, notando como sus manos calentaban su piel mientras él la acariciaba.

Más decidida que nunca a entregarse a él apartó a un lado el pelo, y ladeó la cabeza insinuando que esa parte de ella se la entregaba por entero a él.

—Desátame los botones —le ordenó con voz sensual y Aron no tardó ni un segundo en complacerla.

—A sus órdenes milady —le respondió sonriendo, recompensando su

osadía con un beso en su blanco y suave cuello.

Sin pensarlo dos veces, sus manos dejaron las caderas para después desabotonar la larga hilera de botones de su vestido. Poco a poco fue dejando al descubierto la parte de sus omoplatos y del corsé, sin poder contener su deseo por besar cada parte de la piel que descubría.

Cuando hubo acabado con el vestido, éste cayó al suelo dejándola en ropa interior ante sus ojos, y Aron se sintió tan excitado que sus manos comenzaron a temblar de deseo. Sin poder contenerse, la abrazó pegándola a su cuerpo, para después besar su grácil cuello hasta perderse en su blancura y su suave tacto.

Con la respiración entrecortada subió sus manos hasta sus pechos, gruñendo al estar éstos aún presos por su corsé. En el acto, con un último beso en la nuca se alejó un par de pasos de ella, y con la agilidad que da la experiencia comenzó a desabrocharlo tirando de los cordones.

Después, tras ver como la prenda caía al suelo la siguió desvistiendo hasta dejarla desnuda ante él, haciendo que la visión de su cuerpo desnudo le hiciera sentir un escalofrío. Ella permanecía de espaldas a él, pero aun sin mirarla de frente sabía que contemplarla sería la más maravillosa visión que jamás hubiera tenido.

Y no se había equivocado, pues cuando le dio la mano para ayudarla a salir del montón de prendas que había ante sus pies; y después despacio la giró hasta quedar ante sus ojos como una afrodita surgida de las aguas, él se sintió el hombre más afortunado por ser el único elegido para contemplar semejante obra maestra.

Si bien Aron había visto muchas mujeres hermosas en semejante situación, ninguna de ellas le había impactado y excitado tanto como ahora lo estaba haciendo Madison.

—¡Dios mío eres preciosa! —no pudo evitar decir al contemplarla, notando como el sonrojo de su rostro también se había extendido hasta sus pezones provocándole una oleada de placer que le recorrió de la cabeza a los pies.

Sus manos no pudieron contener el deseo de tocarla; y sin querer asustarla ni que su vista perdiera ningún detalle, se posó sobre su rostro para

después bajar por su cuello y continuar lentamente hasta sus pechos.

Firmes, redondeados y punzantes los acarició con su gran mano, notando que su tamaño encajaba en ella. Una prueba más de que su cuerpo había sido creado como su pareja, pues era perfecto para él. Sintió unas ganas enormes de chuparlos y besarlos, pero tuvo que contenerse pues su deseo estaba creciendo demasiado rápido y sabía que de seguir así muy pronto perdería todo su control.

—Mi Madison, como puedo ser tan afortunado de tenerte.

Desnuda ante él como Eva en el paraíso se le quedó mirando con la respiración agitada por su escrutinio, para después abrirle su corazón al no tener ninguna duda de que este le pertenecía. Acercándose un paso más a él hasta casi rozarse le dijo:

—Porque te quiero.

La seguridad de sus palabras le dejó perplejo, y más aún cuando pudo ver la verdad de este sentimiento en sus ojos. Era la primera vez que se lo aseguraba, y ese hecho le excitó mucho más que cualquier caricia.

La besó con ardor, apretándola fuertemente contra su cuerpo sin dejarla apenas respirar al sentirse tan necesitado por tenerla cerca. Notó como todo su cuerpo se estremecía de impaciencia, y sin poder soportar por más tiempo no poseerla la cogió en brazos y la depositó con cuidado sobre las sábanas blancas de seda, quedándose él de rodillas a su lado acariciándola.

Madison se asombró al darse cuenta del poder que él ejercía sobre ella, y como conseguía hacerla hervir de pasión con un solo beso. Y así, estremeciéndose ante su tacto le miró a los ojos ofreciéndose a él, y abriéndose por completo ante ese hombre que la había colmado de amor con cada una de sus caricias.

—¿Todavía me deseas? —le preguntó devorándola con la mirada suplicando al cielo que no le rechazara.

—Sí —respondió casi sin aliento al notar como la mano de su amante se perdía entre sus piernas.

Aferrándose a su cuello, lo empujó para besarle, para después gemir de placer asombrada cuando sintió como un dedo profundizaba en su sexo. No

pudo remediar cerrar sus ojos y morderse el labio inferior ante esta excitación tan extraña y a la vez placentera, hasta que de pronto notó que su toque había cesado.

—¿Qué sucede? —le preguntó asustada cuando vio que él se apartaba de ella levantándose de la cama— ¿Te he desilusionado?

—Por supuesto que no mi vida, jamás podrías desilusionarme —le dijo volviéndose a acercarse a ella para besarla.

Pero por desgracia ese beso resultó efímero, ya que a los pocos segundos él volvió a dejarla sola en la cama.

—¡No me dejes! —le suplicó extendiendo su mano para que él la cogiera y le guiara hasta su lecho.

—Solo voy a desvestirme mi amor. No pienso irme a ningún sitio.

Al escucharle se sintió estúpida, al no haberse dado cuenta de que él aún permanecía vestido. Se había centrado solo en sí misma, y su deseo e inexperiencia le había hecho quedar como una estúpida ante su presencia.

Aron estaba encantado con las exigencias de Madison por permanecer a su lado, y la deseó ávidamente cuando descubrió su sonrojo y su turbación ante su error. Verla ante él tan necesitada de su amor le excitó en exceso, y quiso aproximarse para devorarla con sus besos.

Pero sabía que estando tan excitado no debía acercarse a ella, o la poseería de inmediato sin importar que estuviera aún vestido o ella fuera virgen. Por ello, decidió seguir apartado de ella y aprovechar los minutos que tardaría en desvestirse para serenarse un poco.

—Te pareceré boba —le dijo mientras él empezaba a quitarse la chaqueta.

—No —aseguró resuelto—, lo que me parece es encantadora.

Sin dejar de mirarla se quitó el chaleco y la camisa con movimientos rápidos, dejando al descubierto un musculoso pecho que dejó a Madison embelesada y tragando saliva.

—Eres el primer hombre al que veo desnudarse.

Aron sonrió ante su comentario, pero más le divirtió ver cómo Madison



abría sus ojos de par en par cuando se quitó sus pantalones, y quedó al descubierto su miembro erecto.

—Espero no defraudarte.

Boqueando como un pez al ver la longitud de su protuberancia, Madison no pudo contestar, más aun cuando Aron se le acercó despacio para no espantarla colocándose frente a ella.

—¿No estarás asustada, verdad? —le preguntó divertido, tratando de contenerse por hacerla suya. Antes quería demostrarle que no debía tenerle miedo, y por la forma con que ella le observaba se dio cuenta que su curiosidad y su excitación eran superiores a su recelo.

—No —consiguió decir con la garganta reseca haciendo grandes esfuerzos por no parecer una mojigata.

Despacio se colocó a su lado sobre la cama sin dejar de mirarla, mientras ella recorría su cuerpo con su mirada.

—Eres hermoso —le dijo tocándole el pecho, notando como los músculos se estremecían cuando ella los acariciaba.

—Los hombres no son hermosos, solo lo son las mujeres —le dijo cogiéndole la mano traviesa que recorría su torso, para después llevársela a la boca y besar uno a uno sus dedos.

—Pues tú lo eres —señaló categórica, haciendo que Aron sonriera ante su espíritu rebelde y decidido.

Ante sus palabras sus ojos se encontraron aprisionando sus miradas, y con la respiración acelerada y la impaciencia de su deseo suplicando su entrega, Aron le dijo en un susurro:

—No puedes hacerte una idea de lo mucho que te amo.

Después, despacio, acarició con ternura su rostro, que ya había memorizado hacía días, y se acercó a ella devorando su boca con un ávido beso que los dejó jadeantes. Sin poder detenerse, la abrazó con fuerza pegándola a él, y antes de poder reponerse de su necesidad de poseerla se colocó sobre ella quedando piel con piel.

Con manos ansiosas ambos amantes se tocaron impacientes, pues querían

descubrir cada parte del otro cuerpo para proclamarlo como suyo. En un ataque posesivo Aron volvió a tomar sus labios con pasión, hasta conseguir que Madison jadeara por la invasión de su boca.

Solo cuando estuvo seguro que su flor estaba preparada para recibirle se colocó para penetrarla, al querer hacer de ese momento algo memorable. Deseaba ofrecerle una noche que jamás olvidaría, y por ello se esforzó en complacerla hasta llevarla a la locura.

Queriendo que cada parte de su cuerpo vibrara de excitación la penetró entrando suavemente en ella, deteniéndose cuando ésta se quejó, y haciendo acopio de toda su fortaleza, empezó a moverse rítmicamente en su interior.

—Lo siento pequeña, pero es necesario ese dolor punzante —le dijo tumbado sobre ella, y con el cuerpo en tensión y sudoroso, al tener que contener su anhelo de adentrarse por completo.

—Apenas me duele —le respondió en un susurro, al mismo tiempo que sus brazos le aferraban con fuerza del cuello para esconder la mueca que no pudo disimular.

Pero Aron había notado la tensión de su cuerpo al perder la resistencia de su virginidad, y se opuso a que se escondiera de él. Buscando su mirada la observó para después besarla, y así demostrarle que por ella sería capaz de cualquier cosa, incluso concederle unos segundos para que se repusiera, aun cuando su cuerpo le doliera por fundirse en ella.

Cuando el beso se profundizó y el dolor fue transformándose en placer, Madison movió las caderas en un acto marcado por los sentidos, y se dejó llevar cuando Aron soltó un gruñido y la siguió penetrando. Al principio despacio, para después acelerar el ritmo.

Sin poder evitarlo, Madison jadeó ante su invasión, notando una extraña sensación en las entrañas que le provocaba un profundo placer. Se dio cuenta que cuanto él más la penetraba más deleite sentía, y pronto alzó las piernas para darle más acceso y le provocó para que acrecentara su ritmo.

En pocos minutos ambos cuerpos se encontraban sudorosos y tensos, sin que ninguno de ellos pudiera decir otra cosa que no fueran jadeos, y esperando una culminación que les llegó sacudiéndoles como un rayo.

Primero alcanzó a Madison cuando ésta estaba a punto de quemarse por el calor que sentía, consiguiendo que sus músculos se sacudieran y un grito de puro éxtasis saliera de su boca.

Poco después le tocó el turno a Aron, que al percibir la reacción de Madison bajo su cuerpo no pudo resistirse más, y se dejó llevar hasta notar como su semen salía disparado al mismo tiempo que se sacudía ferozmente, y alzaba la cabeza para soltar un grito de placer.

Laxos por el goce que acababan de disfrutar se quedaron abrazados, sin que ninguno de los dos fuera capaz de describir la delicia que sentían. Simplemente se quedaron saciados uno junto al otro con la respiración acelerada, y el corazón hinchado de amor.

Solo cuando hubieron pasado unos segundos, Aron consiguió reponerse, y se hizo a un lado para no aplastarla con su peso sin permitir que saliera de entre sus brazos. Complacido hasta la saciedad con la entrega de ella y el placer que había sentido, la besó con ternura, suspirando después al sentir que ese momento era perfecto.

—Eres increíble, pequeña —señaló mientras le acariciaba el brazo lánguidamente, notando como el pecho de ella subía y bajaba con rapidez mientras permanecía pegada a él y con su cabeza apoyada en su pecho.

Recordó las veces que le había sorprendido desde que la conocía, y sonrió divertido al evocar el genio que mostraba cuando se enfadaba con él; como la vez que se coló en su cuarto, o cuando le tiró al río. Estaba convencido que sería su ruina al volver su mundo patas arriba, y se sentía feliz al haber descubierto a una mujer con un espíritu que le hiciera la vida interesante y le desafiara.

Sobre todo en la cama como acababa de demostrarle.

—¿Lo he hecho bien? —le preguntó, consiguiendo que él soltara una carcajada y la abrazara con más fuerza, dejando claro que con ella todo sería una aventura sin fin.

—Ha sido perfecto —le aseguró.

Madison inquieta y emocionada se separó de su abrazo para mirarle, y sonriendo coqueta mientras le acariciaba su pecho le dijo decidida:

—¿Entonces podemos hacerlo de nuevo?

La reacción de Aron no se hizo esperar, y riendo complacido con esa mujer que siempre le sorprendía se colocó sobre ella, y mirándola a los ojos se quedó perdido en esa mirada cargada de amor y de deseo, así como de algo más que no pudo identificar.

—Todas las veces que quieras mi amor.

Madison le abrazó sintiendo la necesidad de memorizar ese momento, y con unos ojos que de pronto se oscurecieron, notó la urgencia de volver a sentirlo dentro de ella. Sabía que algo se acercaba tras esa noche de pasión, y quería hacer que ese encuentro no acabara nunca.

Con voz suplicante y cargada de temor le dijo:

—Entonces ámame otra vez antes de que el sol salga y nos separe.

—Ya nada podrá separarnos pequeña, ni siquiera el sol —afirmó seguro de sus palabras, sin darse cuenta del pesar que empezaba a formarse en el pecho de Madison por temor al mañana.

La besó con premura y entrega hasta quedarse sin aliento, siendo recompensado con el placer de su entrega. Después, cuando se sintieron saciados de sus bocas Aron comenzó a recorrer el cuerpo de su amada con las manos y la boca, buscando su excitación mientras no se percataba de la lágrima que surcó el rostro de Madison.

Y es que ni el placer, ni la entrega, ni el éxtasis, ni el erotismo del momento, fueron capaces de borrar de su cabeza la idea de que el mañana no sería para ellos.

Aun así decidió borrar esos lúgubres pensamientos para volver a entregarse al hombre que amaba y había cambiado su vida.



Habían pasado un par de horas desde que complacidos se habían quedado dormidos, y ahora Madison contemplaba la salida del sol desde su ventana.

Hacía poco que se había levantado de la cama dejando a Aron profundamente dormido, al no poder descansar por culpa de sus nefastos pensamientos.

Esperaba que ver la salida del sol le aportara algo de la quietud que necesitaba, pero por el momento no había encontrado la paz que ansiaba. No podía evitar repasar una y mil veces todo aquello que les separaba, como tampoco podía remediar recordar los sentimientos y los momentos que habían vivido.

Si de algo estaba segura era de que le amaba hasta la locura y que quería verle feliz, aunque no podía apartar de su cabeza la amenaza de su madre y lo peligroso que sería para él aparecer juntos; y mucho menos como amantes.

Pensar en todo lo que Aron arriesgaba por estar con ella la estremecía de temor, pues no soportaba pensar que sería la causante de la destrucción de sus sueños.

Le conocía y sabía que su orgullo y su caballerosidad le impedirían abandonarla aun cuando todo a su alrededor se derrumbara, y por eso sabía que solo ella podía tomar la decisión de seguir con su relación o acabarla cuanto antes.

Además estaba convencida que él la amaba y estaba dispuesto a la ruina con tal de hacerla su esposa, pero no podía permitir ser cruel y avariciosa al consentir que Aron lo perdiera todo con tal de retenerlo.

La revelación de que ella sería la última mujer en el mundo que le convenía le heló de miedo la sangre, pues eso solo quería decir que debía abandonarle si quería que tuviera una oportunidad para ser feliz. Quizás con el tiempo otra mujer conseguiría hacer que la olvidara, y se estremeció solo de pensar que sus caricias dejarían de ser solo para ella.

Estaba convencida de que ella jamás le olvidaría, como también sabía que él nunca entendería su sacrificio y terminaría odiándola. Una expiación que estaba dispuesta a hacer por amor, pues él lo significaba todo para ella.

Además conocía muy bien la forma de pensar de su madre, y sabía que era una maestra manipulando a cuantos la rodeaban para salirse con la suya. No dudó que cuando se enterara de su relación con Aron ésta se opondría, y sería capaz de destruirle si no se alejaba de su hija.

Le dañaría por ser conocedor de su mayor secreto, y por haberse atrevido a conquistar a una Wyonick; una mujer muy por encima de sus posibilidades. Sin olvidar que su relación sería tomada como una provocación con sus consiguientes consecuencias.

—¡Dios mío, qué voy a hacer! —Sollozó mientras contemplaba a su amor aún dormido en la cama—. Si me quedo a tu lado destruiré todo lo que has construido con tu trabajo y te destruiré a ti, pero solo con pensar que debo dejarte...

Durante unos minutos siguió mirándole, tratando de encontrar una solución al problema al que se enfrentaba. Sabía que si de verdad le amaba debería estar dispuesta a sacrificar su felicidad por su bien, pero le resultaba imposible decidir con la cabeza cuando su corazón clamaba por su amor.

Además, sabía que nunca sería capaz de convencerle de que estar separados era lo mejor, pues sabía que Aron era demasiado orgulloso y confiado para darse cuenta de que les era imposible estar juntos.

Llorando se aferró a la decisión de alejarse de él por su bien, y antes de que su resolución flaqueara ideó un plan para marcharse cuanto antes sin levantar sospechas, y así no poner en peligro el futuro de Aron ni perjudicar a sus amigos, los Davis, por haberla cobijado.

Resuelta a hacer lo que debía se sentó para escribirle una carta, pues estaba segura que no volvería a ser lo suficientemente valiente como para pedirle que la olvidara. Debía aprovechar que se encontraba entre las sombras y con la resolución tomada, pues de lo contrario nunca conseguiría reunir las fuerzas necesarias.

Solo esperaba que con el tiempo todos la entendieran y la perdonaran, y deseaba que tras su partida no la buscaran, pues no estaba segura de poder mantener su decisión de alejarse de él si lo volvía a tener frente a ella, y mucho menos si le pedía que no le dejara.

Aunque sabía que Aron nunca lo haría, pues le conocía lo suficiente para saber que no le perdonaría al huir de él como un cobarde, como había hecho anteriormente con su prometido. Lo más seguro es que pensara que era una mujer inconstante y caprichosa, que escapaba para volver a la seguridad de su hogar y de esa vida que él tanto odiaba.

Además, sabía que la única manera de conseguir que su madre se olvidara de todo y no buscara culpables; así como de que Aron no pudiera reclamarla, sería regresar a Londres y a su odiado matrimonio con ese hombre tan despreciable, dejando poco margen para que Aron la reclamara.

Un sacrificio que estaba dispuesta a asumir con tal de ver a salvo al hombre que amaba, al cual recordaría cada vez que tuviera que yacer bajo el orondo cuerpo de su esposo.

Temblando y sin poder contener las lágrimas se dispuso a escribir la carta que escondería hasta que tuviera que partir, y que le apartaría de todo lo que anhelaba.

*Amado mío.*

*Lo siento, sé que leer esta carta te causará un gran dolor, pero es necesario que me despida de ti sin mirarte a los ojos pues de lo contrario me sería imposible decirte adiós. Sé que siempre me arrepentiré de esta decisión, pero mi consciencia me impide que siga a tu lado.*

*No puedo olvidar que mi madre es tu enemiga y buscará tu destrucción cuando se entere de nuestra relación, y eso, mi amor, no puedo permitirlo. Con tu audacia, tu entrega y tu disciplina has conseguido llegar a un puesto importante en nuestra sociedad, y me niego a que por mi culpa lo pierdas todo.*

*No dudes que eres de valía, y que te admiro por todo lo que has conseguido. Por ello, es imprescindible que mantengas nuestro amor en secreto, pues no soportaría saber que he sido la causa de tu ruina.*

*Nunca lamentaré el haberte conocido y mucho menos los días que pasamos juntos, pero sé que nuestro amor solo te aportará problemas y el dolor de saberlo me impide seguir contigo.*

*Te amo con todo el corazón y aunque creas que éste se te rompe a causa de nuestra separación, confié que el tiempo y la distancia nos enseñen a vivir separados. Por mi parte te puedo asegurar que nunca te olvidaré y siempre agradeceré ese día en que por casualidad llegué a tus brazos.*

*Te pido por favor que no me busques y mientras puedas me recuerdes,*

*pues prefiero saber que eres feliz lejos de mí, a tener que verte destruido y desgraciado a mi lado.*

*Adiós amor mío, mi gran amor imposible al que siempre recordaré.*

*Tu Madison*

Una vez terminada la contempló para después acariciarla sabiendo que en ella había depositado su corazón. Sin hacer ruido la dobló con cuidado y la guardó en el primer cajón de su secreter, para después levantarse y dirigirse ante los pies de la cama donde pudo observar cómo dormía Aron.

Por un momento se quedó ahí parada contemplándole, al mismo tiempo que se preguntaba si estaba haciendo bien en alejarse de él, y si podría mantener su palabra de tratar de vivir sin su amor.

Sabiendo que cada instante que les quedaba era precioso se dirigió al lateral de la cama, para así sentarse a su lado y acariciar su rostro, su hombro y su brazo. Lo escuchó suspirar y sin querer despertarle se tumbó junto a él sin dejar de mirarle, para poco después ser atraída hacia su musculoso pecho por un brazo posesivo que la aferró con cuidado.

Y así, cobijada entre sus brazos, Madison deseó que nunca amaneciera, para que los días que aún les quedaban juntos no acabasen.



## Capítulo XXIX

Cómo pudo creer que algún día le olvidaría?

¿ Desde aquella noche donde le entregó su cuerpo y tuvo que decidir su destino, Madison no había dejado de pensar cómo habrían sido de diferentes las cosas para ambos si hubiera seguido a su lado en vez de decidir alejarse.

Sabía que había sido una decisión difícil que jamás olvidaría, pero estaba dispuesta a renunciar a una vida de amor a cambio de que Aron no perdiera todo por lo que había luchado. Además, estaba segura que su madre no les habría dado tregua, hasta verle en la cárcel de deudores y destruido a sus pies pidiendo clemencia.

Madison conocía lo suficiente a Aron para saber que esto último nunca lo conseguiría, pues tenía demasiado espíritu luchador para dejarse vencer. Por ese motivo temía tanto su futuro, pues se lo imaginaba hambriento y desamparado dispuesto a morir con tal de no doblegarse. Una visión que se resistía a que fuera real, pues ella sabía que el poder de la aristocracia no tenía fin, y mucho menos piedad para los que creía inferiores.

Cada vez que su resolución por dejarlo decaía, pensaba en ese futuro funesto y desgarrador, y todas las dudas desaparecían en el acto. Aun así, no podía dejar de pensar en lo diferente que hubiera sido su vida de no haber nacido noble, y haber tenido una existencia feliz aunque severa.

Pero ahora ya no había vuelta atrás ni espacio para los remordimientos, al encontrarse subida a un barco rumbo a Londres.

La verdad es que todo había sucedido muy rápido desde la noche que tomó la decisión de marcharse, y apenas le había dado tiempo de decir adiós al hombre que amaba. Aunque estaba convencida que ni siquiera una vida entera lo hubiera considerado suficiente para este propósito.

Ese primer día que inició la cuenta atrás a su partida, Madison esperó hasta después del desayuno, para así tener una excusa apropiada para dejar la casa, e ir sola en busca del doctor Williams. Sabía que no tenía muchos conocidos en la ciudad que pudieran ayudarla, pero por suerte contaba con su buen amigo y estaba segura que él la ayudaría.

Sabía que ella sola no podría efectuar todos los trámites necesarios para abandonar el país al ser una mujer, y por ello era tan necesaria la ayuda del Doctor Williams. Por ello, se pasó rezando todo el camino hasta llegar a su dirección; facilitada el día de su despedida en el barco, ya que no estaba segura de poder contar con la ayuda de su amigo.

Por suerte, el doctor no le hizo preguntas ante su precipitada partida, y simplemente le ayudó a buscar un pasaje en el próximo barco que zarpara hacia Londres. Para ello hubo que esperar cinco días, que fueron a la vez una auténtica pesadilla al saber que partiría, y un absoluto paraíso al poder vivir su amor sin restricciones cuando se encontraban a solas.

Pero ahora contemplando el mar desde la barandilla de su barco no podía evitar recordar cada encuentro con él, y llorar por ese amor que pudo haber sido y, por desgracia, nunca lograría sobrevivir. Ahora sabía que le esperaban noches frías y días de soledad, y solo sus recuerdos conseguirían aplacar su pesar.

Unos recuerdos que marcarían su vida, sobre todo esos últimos días con su señor Sheldon, donde habían disfrutado de un idilio a escondidas. Siempre formarían parte de su ser esas miradas furtivas, esos besos a escondidas y

esas noches de pasión, pues se habían convertido en su aliciente para seguir adelante.

Sumida en sus pensamientos Madison no se percató del revuelo que había abordo, hasta que el grito de un marinero le hizo salir de su retraimiento. Solo entonces se percató de la agitación de la tripulación, y confusa preguntó a un rudo marinero que pasaba por su lado llevando un cabo.

—Perdone señor —le dijo parándolo— ¿Qué es lo que sucede?

El marinero se la quedó mirando por unos segundos extrañado, no solo porque se hubiera dirigido a él de una manera tan formal, sino también porque para cualquiera en el barco era evidente lo que sucedía.

—Nos acercamos al puerto, milady —le dijo con voz ronca y profunda para después quitarse la gorra como nuestra de cortesía.

—¿Londres? —Preguntó extrañada— ¿Tan pronto hemos llegado?

El marinero frunció el ceño y la miró más fijamente, como tratando de descubrir si esa mujer le estaba tomando el pelo o si por el contrario estaba loca.

—¿Pronto? ¡Pero si hemos necesitado casi tres semanas para llegar por culpa de la falta de viento! —soltó enojado, y sin querer perder más tiempo con esa mujer extraña que vagaba sola por el barco se marchó, santiguándose al creerla de mal augurio.

Madison tuvo que comprobar la verdad de estas palabras acercándose más a proa, donde se empezaba a divisar una pequeña franja de tierra que se extendía por el horizonte.

—Londres —susurró decaída, pues en breve comenzaría el calvario de su vuelta a casa.

El estremecimiento que sintió por su cuerpo fue el preludio de lo que le esperaba, pues estaba convencida que a partir de ahora su vida sería una tortura. No solo por su madre y su prometido y todo lo que ello conllevaba, sino porque a partir de ahora tendría que soportar el saber que estuvo a punto de alcanzar la dicha, y la perdió por cobardía.



Solo tuvo que esperar unas horas hasta su desembarco en Londres, y no tardó mucho en encontrar un coche de alquiler que la llevara a la mansión de los Wyonick. Durante todo el recorrido no pudo dejar de pensar qué encontraría a su llegada, aunque estaba convencida que su madre no le pondría fácil su regreso.

Y ahora, contemplando las puertas de lo que no hacía mucho había considerado su hogar, se sentía recelosa de entrar al saber que desde el momento que lo hiciera, no tendría escapatoria de esa vida llena de amargura que tanto temía.

Respirando profundamente, recordó la cara de Aron y de cómo sus besos la hacía revocar el calor de la primavera. Con ese recuerdo se armó de valor, y se dispuso al encuentro que tanto la asustaba con su madre.

—Perdóname Aron, pero lo hago porque te amo.

Y antes de que pudiera arrepentirse y volver a sus brazos, Madison subió las escaleras y llamó a la puerta.

Solo tuvo que esperar unos instantes, pues en seguida un mayordomo de unos cincuenta años le abrió la puerta, manteniendo su expresión imperturbable aun cuando sus ojos se clavaron en ella.

—Buenos días Sampkins, ¿está mi madre en el salón azul? —le preguntó entrando sin más, como si hubiera salido a tomar el té con una amiga y ahora estuviera de regreso.

—Así es, milady. ¿Desea que avise de su presencia? —solicitó sin muestras de turbación mientras le quitaba la capa, aunque su pregunta revelaba que su presencia no era esperada.

Por primera vez en su vida, Madison le miró detenidamente, y observó a un hombre alto, delgado; aunque no en exceso, con canas en sus sienes y unas pocas arrugas en su rostro. Era curioso cómo aunque lo había visto cada día desde que tenía uso de razón, era ahora la primera vez que realmente le

contemplaba y se reprendió por haber sido tan esnob.

—No será necesario Sampkins, pero gracias —le dijo dedicándole una ligera sonrisa, consiguiendo que el mayordomo se sonrojara y la despidiera con una inclinación de cabeza.

Con paso decidido se adentró por el hall, tratando de mantener la postura erguida y el pose altivo que desde niña le habían inculcado. Pero algo dentro de ella había cambiado irremediablemente, ya que ahora no percibía a esa joven muchacha que se había esforzado por complacer a su madre, dejando atrás su propio carácter.

Ahora le era imposible fingir un aire imperturbable y frío que no sentía, al notar que ya no era esa mujer de antaño que callaba por respeto a sus progenitores, mientras ellos avasallaban a cuantos querían.

No pudo evitar observar su alrededor con ojos diferentes, comprobando que nada de lo que veía ahora lo consideraba como un hogar. El pasillo ancho, elegante y bien decorado no le inspiraba calor, tal vez porque tras su partida había comprobado en la casa de los Davis lo que era un verdadero refugio, y no solo una solitaria mansión.

Si bien era cierto que la residencia de los Wyonick era considerada como una de las grandes de Londres, la falta de calor y de ternura la hacían parecerse a un museo más que a una vivienda. Sobre todo si se comparaba con el domicilio de sus amigos los Davis, donde podía respirarse un ambiente acogedor y feliz aunque no estuviera al nivel de la ilustre residencia de los Wyonick.

Suspirando por ese pasillo que se le hacía eterno e indiferente, se dio cuenta que el cambio que experimentaba era debido a las personas que había conocido en su viaje, y en cómo estando con ellas todo le había parecido más puro y menos forzado.

Fue entonces cuando supo que jamás podría volver a ver las cosas como antes, no cuando había conocido a gente maravillosa que le había demostrado lo que era la amistad, el amor y la vida real fuera de los muros protegidos de la aristocracia.

Una lección que siempre les agradecería y que nunca olvidaría, aunque sus maestros solo hubieran sido unos robustos y alegres marineros, un viejo

doctor al le encantaba fumar en pipa y charlar animadamente bajo el palo mayor, y una pareja de enamorados que ofrecían a manos llenas todo lo que tenían. Sin olvidar por supuesto a un joven empresario que le había enseñado a amar y dar hasta cuando el pecho dolía.

Conociendo de sobra el camino, sus pasos se detuvieron ante las grandes puertas blancas con ornamentaciones en oro, pues en innumerables ocasiones había acudido ante estas puertas a la llamada de su madre. Y aunque agradecía haber llegado hasta ellas para dejar de pensar en Aron, no podía evitar temer el encuentro al que tendría que enfrentarse en breve.

Decidida a pasar cuanto antes este calvario tragó saliva, y alzando la barbilla entró en el refugio de su madre, donde sabía que todas las mañanas a esa misma hora, lady Wyonick dedicaba una hora de bordado aunque se lo impidiera la mismísima reina.

Con manos sudorosas, Madison disimuló su recelo ante el encuentro, y avanzó decidida ante esa mujer a la que antes respetaba, pero tras el relato de Aron no la creía merecedora de su consideración. Una dama bella, refinada y frígida que ni intentó mirarla cuando Madison se paró ante ella, aunque era evidente que sabía que la persona que acababa de entrar en ese cuarto era su hija.

Madison como de costumbre se detuvo ante ella, y mantuvo el pose que siempre usaba ante su presencia; es decir, erguida, mirada al frente y las manos enlazadas delante de su cuerpo.

—Madre —simplemente dijo frente a la mujer que le había dado la vida, para después disponer de ella a su antojo.

—Veo que ya estás de vuelta —señaló aun sin mirarla y sin demostrar ninguna emoción en su voz.

—Así es, madre.

—Espero que se te haya pasado tu ataque de nervios, porque no voy a consentir otra situación parecida en el futuro.

Durante unos segundos ambas mujeres permanecieron en silencio, teniendo que apretar Madison las manos hasta convertirlas en puños a causa de la furia que estaba sintiendo.

Estuvo a punto de soltarle a la cara que su huida no se debía a un ataque de nervios, sino a la imposición de un matrimonio con un hombre al que odiaba. Pero sabía que entrar en una discusión con su madre no la conduciría a nada bueno, y como siempre prefirió resignarse y aparentar que estaba de acuerdo; aunque tuviera que morderse la lengua para no decir más de la cuenta, y en su interior hirviera de indignación por un reencuentro tan frío.

—No, madre —por fin contestó, tratando de parecer indiferente.

—Bien, entonces quédate en tu cuarto hasta que te diga que puedes salir —Madison simplemente asintió— Y agradece tu buena suerte, ya que logré acallar los rumores y nadie ha comentado tu lamentable comportamiento.

Madison siempre supo que su madre lograría frenar el escándalo, y por ello contaba con que la noticia de su huida tardaría un tiempo en cruzar el océano. Aunque el miedo a equivocarse siempre la había acompañado, y por eso había buscado la excusa de haber ido a América, para acompañar en el embarazo a Susan.

Pero, por supuesto, su madre era una Wyonick de casamiento y por ello hacía honor a su abolengo controlando todo aquello que le interesaba; menos a Aron, no pudo evitar pensar, y tuvo que contener una lágrima al recordarlo.

—Le agradezco las molestias —se forzó a decir disimulando su dolor, ya que conocía lo suficiente a su madre para saber que si no se sometía a su voluntad aparentando sumisión, no tendría paz hasta que ésta la doblegara.

—No lo he hecho por ti, niña estúpida, sino por la familia.

«O lo que es lo mismo, por ella». Pensó Madison ya que sabía que a su madre no le gustaba ser el centro de las murmuraciones, y mucho menos el hazmerreír de la sociedad elegante.

—Y ahora retírate. Ya no tengo más que decirte.

No pudo remediar quedarse mirando por unos instantes ese rostro que debía de ser dulce y agradable, pero que, sin embargo, la hizo sentir indiferente. Se dio cuenta de que ya no la respetaba, ni sentía otra cosa por ella más que pena.

Ante ella se encontraba una mujer frígida que había perdido la oportunidad de hacer las paces con su hija, demostrándole así el monstruo

que había descubierto que era durante su ausencia. Pues aunque sabía que su madre era una mujer dispuesta a todo con tal de conseguir lo que quería, nunca se imaginó que su oscuro corazón llegara hasta el punto de amenazar y destruir a quien se interpusiera en su camino.

Por no hablar de cómo jugaba con gente inocente para su propio disfrute, denigrándolos como si fueran simples animales. Aunque si era sincera consigo misma, siempre había intuido esta clase de comportamiento, al comprobar lo poco que le importaba destruir la felicidad de su hija con sus imposiciones.

Con una reverencia, Madison se despidió de su progenitora dando por zanjado cualquier atisbo de reconciliación con quien le había dado la vida, y se volvió para salir de la habitación haciendo serios esfuerzos para no echarse a llorar por todo el cariño que había perdido durante tantos años, y que nunca más tendría.

Pero para su sorpresa, cuando se encontraba justo a punto de salir de la habitación, su madre la llamó con aire imperativo teniendo que volverse para atender su llamada.

—Madison. ¿Supongo que eres lo suficientemente lista como para saber que tienes un prometido esperándote? —le dijo esta vez mirándola con ojos glaciales.

—Lo imaginaba, al fin y al cabo ese necio lo eligió usted —le indicó contestándola de manera desafiante por primera vez en su vida, acentuando la rabia en la mirada de su madre.

—Entonces sabrás que la boda se celebrará cuanto antes —repuso para lastimarla, aunque ignoraba que ya no sería tan fácil herir a su hija.

Sin nada más por decir, Madison se volvió dispuesta a marcharse, antes que la conversación alcanzara un punto en que se dijeran cosas más dañinas. Al fin y al cabo, ella se encontraba cansada, y notaba como su resistencia se iba mermando al estar en un ambiente tan sofocante y arisco.

Pero su madre aún no había acabado de decir su última palabra, y no estaba dispuesta a permitir que su hija se revelara mermando su autoridad.

—Con eso quiero decir que la boda se celebrará en dos días.

Nada más escucharla Madison sintió como su cuerpo se encogía, como si



un juez hubiera dictado su condena y supiera que todo su mundo se venía abajo tras esa sentencia.

Sabía que su madre se lo había dicho para dañarla por su desafío, pero no estaba dispuesta a mostrarle su perturbación ante semejante noticia. No en vano había contado con la mejor maestra para camuflar sus emociones, y aunque estaba cansada, se sentía con las fuerzas necesarias para volver a plantarle cara. De todos modos ya había perdido lo que más quería, y le daba igual lo que viniera en adelante.

Sabiendo que hacerle el desplante de ignorarla le molestaría, Madison irguió los hombros, alzó su cara, y la miró sin mostrar nada de lo que sentía en su mirada. Con total indiferencia se giró manteniendo la pose regia, diciéndole así que no la respetaba y por consiguiente no le importaba lo que dijera.

Sintiéndose hervir por dentro de emoción al ser la primera vez que hacía semejante desplante ante su madre, Madison comenzó a caminar para alejarse de ella sin darle la oportunidad de reprenderla por su conducta tan inapropiada. Algo que molestó en exceso a su madre al darse cuenta que ya no tenía poder sobre ella

—Madison, aún no hemos acabado —señaló con un evidente tono de desaprobación, sin obtener respuesta por parte de su hija— ¡Madison! — insistió en su llamada, pero Madison ya se encontraba subiendo por las escaleras en dirección a su cuarto.

Había llegado a un punto en que sentía que lo había perdido todo, y por ello su madre ya no tenía el poder de someterla con sus amenazas. Recordando su vida pasada, solo encontró resentimiento contra su familia por no haberla amado, apoyado, ni valorado a lo largo de sus veintiún años de vida.

Con la cabeza bien alta, y sin dejar salir las lágrimas que tanto necesitaba llorar, Madison se dirigió por el lujoso pasillo directa a su recámara, mientras regios antepasados la contemplaban con sus heladas miradas pintadas para permanecer impávidos durante generaciones. Sentía que ahora solo le quedaba una existencia vacía y llena de odio, convencida que en pocos años ella también mostraría una mirada tan evacua y desgraciada como sus

ancestros.

Solo cuando llegó a su habitación y cerró la puerta pudo dejarse llevar por su angustia, y tirándose sobre la cama comenzó a llorar con la amargura de un corazón destrozado. El dolor de saberse atrapada en una vida que no deseaba apenas la dejaba respirar, aunque lo que más lamentaba era saber que jamás podría estar junto al hombre que amaba.

Supo que de ahora en adelante su única oportunidad para vivir en paz sería formando una coraza en su corazón, aunque si de algo estaba segura era que jamás sería la clase de mujer que había demostrado ser su madre.

Se juró que ante todo nunca sería igual que ella con sus hijos, y les abrazaría, consolaría y animaría con todo el amor que habría sido destinado a su amado señor Sheldon, y por culpa del destino nunca pudo entregarle.

## Capítulo XXX

**Catedral de Saint Paul, Londres.**

**Julio de 1876**

**A**unque la marcha nupcial de Mendelssohn sonaba en la majestuosa catedral anunciando el enlace, ningún asistente se engañaba creyendo que se trataba de un feliz acontecimiento.

Resultaba evidente, no solo por la seriedad de la familia y del novio; el distinguido pero nada atractivo Frederick Denfort-York III, sino también por el rostro compungido de la novia; una Madison que avanzaba del brazo de su

padre con el mismo semblante con que un reo se dirigiría hacia el cadalso.

No era de extrañar por tanto que el ambiente resultara tirante, pero nada que fuera poco común en un matrimonio concertado. De hecho, se podría decir que no era la primera vez que los concurrentes habían participado en bodas parecidas, y todos sabían que era mejor permanecer erguidos en sus asientos y cotillear discretamente por lo bajo.

Y es que en esta boda en especial había mucho que comentar, pues no habían pasado ni dos meses desde que se había cancelado el primer casamiento debido, según la condesa de Wyonick, a la recaída de su hija de una enfermedad contagiosa. Pero además, y por si fuera poco lo ya citado anteriormente, solo hacía dos días que los presentes habían recibido una precipitada invitación para asistir al encuentro.

De la noche a la mañana la aristocracia más ilustre se había encontrado con una invitación a un casamiento precipitado, sin obtener explicaciones ante semejante prisa, y dejando por consiguiente abierta toda clase de especulaciones. Algo que extrañó a todo el mundo al tratarse de una familia nada dada a los escándalos, y por ello resultó el cotilleo más jugoso de la temporada.

Se rumoreaba por los salones de té más distinguidos que la enfermedad de la novia había sido solo una excusa, al haber sido vista por algunos cocheros saliendo a hurtadillas por una de las ventanas traseras de la iglesia donde se casaba. Que luego la muchacha no pudiera recibir visitas no engañó a nadie, como tampoco lo hizo que de pronto apareciera en una precipitada ceremonia que resultó de lo más sospechosa.

Aun así, tuvieron que callar para no enfrentarse a la condesa, pues nadie se atrevía a oponerse a sus deseos si no querían sufrir sus represalias; como por ejemplo, ser marginados socialmente.

Ya había sucedido en un par de ocasiones, y a nadie se le olvidaba como un par de familias habían caído en la ruina y el ostracismo tras desairar a la condesa. En pocos días la desdeñosa dama había conseguido que perdieran la credibilidad y la fortuna, logrando con ello que todo el mundo la temiera al ser tan poderosa y vengativa.

Pero nada de todo esto le importaba a Madison, la cual recorría el pasillo

impertérrita sin prestar atención a los murmullos que se producían a su paso, ni a la premura con que su padre tiraba de ella para que avanzara. Esta falta de atención a todo lo que sucedía se debía no solo a su desinterés por el matrimonio que se le imponía, sino porque en su mente y en su corazón solo tenía cabida para Aron.

Y es que desde que se había despertado no había podido dejar de pensar en él, y de decirse una y mil veces que su sacrificio era necesario; sobre todo desde que su madre se había presentado en su cuarto a primera hora de la mañana, y le dejó muy claro que un atrevimiento más por su parte equivaldría a continuar con las averiguaciones sobre su anterior paradero, y la posterior ruina de todo aquel que la hubiera ayudado.

Ante esta amenaza, Madison solo pudo callar y presentarse en la catedral dispuesta a proteger a las personas que la habían ayudado, y la habían demostrado que significaba la amistad y el amor. Por ellas estaba dispuesta a enfrentarse a una vida repleta de desdichas, pero sabiendo que ellas estarían a salvo.

Y ahora se encontraba arrastrando su suntuoso vestido de color marfil con una cola excesivamente larga para su gusto; la cual iba superpuesta a la amplia falda de un color ligeramente más claro, sin poder remediar preguntarse si esos metros de más serían la manera de asegurarse su madre que no hullera, o si era su forma de castigarla por su anterior incorrección.

Y es que el vestido era todo lo que le gustaba a su madre, al resultar pomposo y demasiado recargado para el sencillo gusto de Madison. De donde había salido esa prenda en tan poco tiempo no era ningún misterio, pues sí, de algo estaba segura era de que con el dinero y las influencias de su madre ésta podía conseguir lo que quisiera.

Por eso no se extrañaría si una lastimosa novia se encontraba en esos momentos luciendo cualquier prenda para su soñado día, en lugar del traje que había encargado.

El citado vestido estaba formado por un corpiño de cuello de barco, el cual dejaba sus hombros y el nacimiento de sus pechos al descubierto, y se encontraba recubierto de encaje y adornos a su alrededor. Su cintura se estrechaba hasta hacerse minúscula, para después dar paso a la falda de gran

volumen y la cola superpuesta.

Todo ello adornado con encajes, superposiciones, y unos horribles ramilletes de flores que iban cosidos a la falda. Aunque lo más incómodo era el adorno en su cabeza a modo de sombrerito, del mismo tono que la falda y desde donde caía un velo blanco hasta los pies.

Si además del incómodo modelito se unía el dolor de cabeza por su falta de sueño, sus ganas de llorar por verse ante esta situación, las ganas de salir corriendo cada vez que veía a su prometido ante el altar esperándola, la mirada furibunda de su madre, y la insistencia de su padre para que avanzara por el pasillo, entonces resultaba, sin lugar a dudas, el peor momento de su vida.

Si no fuera por lo deprimida que se encontraba, se hubiera puesto a reír ante semejante espectáculo, ya que cuanto más se acercaba al altar, más se resistía a caminar. Estaba convencida que resultaba obvio para cualquier espectador su resistencia a colocarse ante el frondoso novio, el cual la miraba con el cejón fruncido con esos ojillos pequeños que no hacían juego con su enorme boca.

Un novio que iba vestido con un traje de seda de color verde musgo, el cual no favorecía en absoluto al rojo de su rostro, ni a su escaso cabello peinado hacia un lado para disimular la calva. Un sudoroso duque que parecía expectante, como si esperara tener que salir corriendo en cualquier momento tras la novia, poniendo en movimiento todas sus carnes en un intento por atraparla.

Por lo tanto, no era de extrañar que se retirara el insistente sudor de la frente con un pañuelo de encaje, anticipándose a lo mal que lo pasaría si tuviera que salir tras ella. Por desgracia, con el sudor del resto de su cuerpo nada se podía hacer, y Madison se temía que si no terminaba pronto la boda, el duque de Clanster acabaría sobre un charco nada favorecedor y sí muy humillante.

Aunque era preferible acercarse a un pretendiente tan repelente antes que a la fría mirada de su madre; y a las garras que esa mañana seguro se habría afilado. No era de extrañar al verla que incluso el obispo comenzara a sudar copiosamente, al temer que el genio de la condesa explotara en cualquier

momento.

Con su elegante vestido color perla, lady Wyonick observaba todo desde su asiento en el primer banco de la catedral, para así poder controlarlo todo y asegurarse que esta vez la novia llegaba sin retraso, y sin la posibilidad de salir corriendo.

Se había tomado muchas molestias para garantizar que esta vez la boda se celebrara al contratar a un par de matones para asegurar las puertas, al no estar dispuesta a confiar en la firmeza de su hija y que la volviera a dejar en evidencia.

Por eso, ver cómo Madison llamaba la atención al mostrar tan abiertamente su falta de predisposición estaba consumiendo su paciencia, y su furia crecía por momentos. De hecho, parecía más un toro bufando en medio de un prado, que una sofisticada condesa en un acto donde la flor y nata de la sociedad la contemplaba.

Solo hizo falta una mirada a su madre para que Madison supiera que ésta no tardaría en vengarse por su atrevimiento al mostrarse reacia a llegar al altar, por lo que Madison redujo aún más su paso al mismo tiempo que la sonreía para provocarla. Algo que hizo reír a algunos y ocasionar más murmullos a su paso.

Un rápido vistazo a los bancos que tenía ante ella le hizo suspirar de alivio, al ver en ellos a su tía Henrietta tratando de sonreír mientras se enjuagaba una lágrima, y a su amiga Jane que intentaba sin apenas conseguirlo dejar de llorar.

Ver a su lado a su marido Braxton le hizo recordar otra vez a Aron y a como Charlotte le había informado de que eran socios, y estuvo a punto de apartarse de su padre para alejarse de la catedral sin importarle las consecuencias, al sentir que se estaba equivocando al no elegir el estar con él.

Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no hacerlo, recordando que con ello solo conseguiría poner en peligro a su amado Aron. Encontrando apenas las fuerzas necesarias alzó la cabeza, y siguió caminando sin poder remediar que una solitaria lágrima comenzara a recorrer su rostro.

Con cada paso recordó a un caballero que nunca podría olvidar, y que amaría hasta el fin de los días pues a sus pies había puesto un mundo

desconocido para ella. Un hombre que incluso ahora presentía, y que creyó escuchar mientras avanzaba por el amplio pasillo de la catedral de Saint Paul al ritmo de la marcha nupcial de Mendelssohn.

Nunca unos últimos pasos fueron tan pesados, pues todo el cuerpo de Madison se negaba a colocarse al lado de su prometido. Pero otra vez el sonido discordante de algo que sucedía a sus espaldas la hizo querer mirar hacia atrás, siendo empujada por su padre hasta colocarla en el lugar que le correspondía en el altar.

—Empiece de una vez —fueron las únicas palabras de su padre al entregarla a su futuro esposo, y estas estaban dirigidas a un obispo que se había quedado paralizado.

En su cabeza había empezado a formarse una idea a la que no daba crédito, pues era imposible que los sonidos procedentes del otro extremo de la catedral fueran provocados por Aron. Aun así sintió una necesidad abrumadora de comprobarlo, y cuando fue a volverse para mirarlo notó que el fornido de Frederick la agarraba con fuerza del brazo.

—No te atrevas a moverte —le susurró éste con voz amenazante.

Madison observó la cara roja; casi morada, de su prometido, y sintió como los dedos de éste la aferraban con fuerza provocándole un dolor punzante en el brazo. Erguida ante semejante hombrecito se dio cuenta que no le temía, incluso le daba pena ese ridículo caballero que le llegaba hasta el hombro, sudaba copiosamente, tenía más años que su padre y con su ridículo traje le recordaba a un sapo.

Notando una confianza que no creía poseer, le plantó cara y tiró del brazo para que la soltara. Algo en ella se había revelado, y no estaba dispuesta a someterse a un hombre al que no respetaba.

—Suéltame —le pidió sin más mirándole directamente a los ojos.

Aunque Frederick se mostró algo perplejo por semejante atrevimiento, éste se repuso enseguida y la apretó con más fuerza atrayéndola hacia sí.

—Si te atreves a dejarme otra vez en ridículo, —hizo una pausa para darle más dramatismo—, haré de tu vida un infierno.

—Con solo tenerte a mi lado mi vida ya es un infierno —le contestó

mirándole fijamente, demostrándole que no le tenía miedo y no iba a ser una esposa dócil— ¡Y ahora suéltame! —le pidió entre dientes pues estaba a punto de perder la paciencia.

Frederick se quedó mirándola sin saber qué hacer, ya que era la primera persona; y más una mujer, que le desobedecía, le insultaba y además le provocaba sin mostrar el menor atisbo de temor.

Unos instantes de duda que aprovechó para mirar hacia atrás, y ver a un hombre alto, fornido, moreno y bien vestido que era sacado a la fuerza de la catedral por dos hombres con pinta de matones.

Algo dentro de ella le dijo que ese hombre era el señor Sheldon que había venido en su búsqueda, aunque apenas había tenido tiempo para verlo y asegurarse que era él.

Una sensación de alivio y felicidad la llenó de tanto júbilo que la sorprendió, sintiendo en su pecho que ese caballero solo podía ser él. Sabía que la razón le decía que era imposible que hubiera llegado tan pronto de América, pero no podía evitar sentir lo que sentía.

Se preguntó si habría hecho bien en decidir por él su propio destino, y en apartar de su lado al único amor que conocería. No sabía si el hombre que había aparecido a las puertas de la catedral era Aron; aunque algo dentro de ella así se lo decía, y si fuera así, quería saber si había ido a rescatarla de su obsesión por separarles, o para verla casarse y decirle a la cara que se había equivocado con su elección, y ahora solo le quedaba malgastar su vida con un hombre al que despreciaba.

Quiso salir a su encuentro para preguntarle el motivo de su llegada, pero una opresión en su brazo le recordó que su prometido la retenía para casarse con ella aunque ésta se negara.

Con una mirada gélida que había aprendido de su madre se volvió para mirar a Frederick, el cual estuvo a punto de soltarla para refugiarse detrás de un obispo que los contemplaba expectante y en silencio.

—Solo voy a repetírtelo una vez más. ¡Suéltame! —le dijo con un tono de voz tan frío que hizo boquear a Frederick y mirarla con miedo.

De pronto, Madison se dio cuenta de la clase de vida que tendría con ese



hombre, y no le agradó verse al lado de un personaje tan ridículo. Un duque que siempre había tenido lo que deseaba, y ahora quería poseer a una joven esposa sumisa. Se dio cuenta de que ella ya no era la misma mujer de antes dispuesta a agachar la cabeza, pues ahora se sentía con las agallas necesarias para plantarle cara a cualquiera.

Resuelta a no dejarse doblegar y tomar sus propias decisiones se paró por un instante a pensar, y solo necesitó un segundo para darse cuenta que lo único que siempre había deseado era estar al lado de Aron. Un caballero al que amaba y respetaba y por el que valía la pena luchar.

Y entonces todo se despejó en su mente, y un rayo de esperanza surgió en su corazón.

Era posible que Aron no tuviera la oportunidad de vencer a la todopoderosa lady Wyonick, pero ella era la hija única de esa manipuladora, y estaba dispuesta a enfrentarse a su madre usando sus mismas armas. Sabía que esta sería la primera vez en su vida que se opusiera a los deseos de su madre; y más aún que le plantara cara, pero estaba dispuesta a sufrir las consecuencias al luchar por su propia felicidad.

Reconoció que tenía muchos obstáculos por delante, pues tendría que deshacerse de un novio petulante, un padre estricto, una madre déspota e ir al encuentro del único hombre que amaba, para pedirle perdón además de otra oportunidad para volver a su lado.

Resuelta a conseguirlo, volvió a tirar de su brazo para soltarse, mientras Frederick gruñía incoherencias y gesticulaba como si estuviera hablando con alguien que le escuchara. Se preguntó cómo había supuesto que podría pasar su vida al lado de ese duque tan desagradable, y comenzó a lamentar la decisión precipitada de abandonar al señor Sheldon.

Cada vez más cansada de ese hombrecillo con aspecto de sapo cogió aire para darse valor, y centró toda su rabia en su mano cerrándola hasta clavarse las uñas. Luego, focalizando su furia hasta sentir que ya no aguantaba más, y sin apenas pensarlo, estrelló con todas sus fuerzas el puño en la cara del duque de Clanster.

Tres cosas sucedieron en el mismo instante en que su puño acabó golpeando la nariz del duque, rompiéndosela:

La primera de ellas fue que el duque calló de parlotear como un loro quedando en absoluto silencio, después comenzó a salpicar sangre que brotaba de la nariz, y por último se desplomó hacia atrás como un árbol dejando su frondoso cuerpo desparramado por el suelo.

Lo segundo que aconteció fue que todos los presentes se callaron al instante al quedar sorprendidos por la reacción de la novia. Un segundo más tarde, y aún en silencio, los asistentes contemplaron expectantes al obispo, y vieron como éste pasaba de mirar consternado a Madison, para luego prestar atención a la mano dolida de ésta, y acto seguido observar al duque tirado en el suelo sin conocimiento.

Y por último, en el mismo instante en que Madison golpeaba el rostro de su prometido, se escuchó como se cerraba la puerta de la catedral, resonando con fuerza frente al silencio sepulcral que se había impuesto en la basílica.

Todo ello sucedió en pocos segundos, para después comenzar un auténtico caos de voces, gritos, risas y unos cuantos aplausos.

Más decidida que nunca, Madison se giró para dejar atrás a un novio; digamos que indispueto, encontrándose ante ella a una catedral completamente alborotada a causa del griterío de sus ilustres invitados.

Pero aún le quedaba enfrentarse a su mayor enemigo, pues su madre se había aproximado hasta el altar y ahora se hallaba frente a ella mirándola con odio y desafío.

—No vas a salirte con la tuya. Si no es ese imbécil de Frederick será otro semejante, pero te vas a casar con quien yo diga —afirmó categórica mientras ambas se retaban con la mirada.

—No madre, se acabó la hija buena que siempre asentía —fue su única respuesta.

Madison sabía que el enfrentamiento con su madre era un hecho inevitable, pero en ese momento su mente estaba más pendiente del hombre que había entrado en la catedral por segunda vez, y ahora se encontraba observándola en silencio.

Tenía la esperanza de saber quién era ese caballero, y por eso le resultaba más urgente ir a su encuentro que la charla con su madre.

Pero lady Wyonick no estaba dispuesta a esperar, pues su resistencia había llegado al límite. Sabía que su hija la había vuelto a dejar en ridículo delante de toda la aristocracia de Londres, y que esta vez le sería imposible acallar los rumores.

Furiosa, quería dañarla y ponerla en su sitio aunque tuviera que amenazarla con algo; el problema era que no sabía con qué hacerlo hasta que vio el brillo intenso en los ojos de su hija, y como ésta miraba a algo que había a sus espaldas.

Mientras Madison pasaba al lado de su madre para dejarla atrás e ir al encuentro de ese caballero, lady Wyonick se volvió para mirar quien era esa persona reconociendo la figura de un hombre y entendiendo que en su huida su hija se había enamorado; o tal vez incluso antes.

Lo que de verdad importaba era que ahora sabía cómo apresarla entre sus fauces, e iba a disfrutar al verla sometida y comiendo de su mano.

—Da un paso más y te juro por Dios que os haré la vida imposible —le dijo con una voz cargada de rabia.

Madison reaccionó en el acto quedándose quieta, para después pasar a mirar a su madre con aire decidido.

Fue entonces cuando lady Wyonick supo que definitivamente su hija había cambiado, y ya no le sería fácil dominarla como antaño. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, y una ira nada maternal la hizo querer gritarle que nunca le permitiría la libertad de la que pretendía apoderarse.

—Lo siento madre, pero ya no la temo.

—Pues deberías hacerlo, —afirmó colérica mientras la sujetaba del brazo —, porque soy capaz de cualquier cosa con tal de salirme con la mía.

—Lo sé. He visto como destruía a quien se interponía en su camino sin importarle nada.

—¿Y aun así me provocas? —le preguntó con tono sarcástico—. Entonces eres estúpida por subestimarme.

Madison la miró a los ojos para que viera la seguridad que sentía, y no creyera que le resultaría fácil someterla. Estaba dispuesta a todo con tal de

librarse para siempre del dominio de esa mujer, y más ahora que sabía que tenía un arma con que defenderse y un motivo para luchar.

—En eso se equivoca. Como le he dicho la conozco y por ello no la subestimo, pero tengo algo de lo que usted carece.

—¿Qué es eso que tienes? ¿Ese hombre? —Le preguntó agarrándola con más fuerza del brazo al mismo tiempo que le hacía un gesto con la cabeza en dirección a ese individuo que las observaba silencioso— ¿De verdad crees que ese hombre, sea quien sea, va a protegerte de mí?

—¡Claro que no! —Le contestó comenzando a enfadarse, y tirando de su brazo con brusquedad hasta soltarse de su agarre—. De hecho soy yo quien le va a proteger de usted.

Al escucharla lady Wyonick soltó una carcajada maliciosa, aunque algo dentro de ella le decía que su hija podría traerle problemas si continuaba con su tozudez. Verla tan desafiante le causaba una extraña sensación, pues por un lado no podía permitir que se revelara, pero por otra parte le agradaba comprobar que su hija tenía los arrojos que seguro había heredado de ella.

—¿Y cuál es esa arma secreta que te da poder sobre mí? —preguntó desafiándola, ya que pensaba que su hija solo estaba provocándola al no tener nada contra ella.

Madison, sabiendo que estos instantes serían esenciales para el resto de su vida, se le acercó los pocos pasos que las separaban, y con actitud desafiante le susurró al oído:

—Soy más inteligente que usted, madre.

Lady Wyonick se quedó perpleja ante sus palabras y su actitud, ya que nunca hubiera esperado que su tierna y dulce hija reaccionara así. Pero no podía demostrarle que la había sorprendido al saber que eso le daría más ventaja, por ello, simplemente siguió mostrándose socarrona, y le respondió con una sonrisa burlona.

—¿De verdad te crees más inteligente que yo? Te aconsejo querida hija que no me pongas a prueba.

Madison decidida a aclarar las cosas y no volver a hablar de este tema, recordó como su madre terminaba sus conversaciones con ella, y dispuesta a

pagarle con la misma moneda se dispuso a seguir su propia técnica de sometimiento.

Por ello colocó el pulgar en el mentón de su madre, como ésta siempre le había hecho durante años, y mirándola a los ojos fríamente le dijo en tono despectivo:

—Conozco tu secreto, y si no me dejas en paz, el escándalo que se producirá al saberse será tan monumental que mi fallida boda apenas será recordada.

—No sé de qué secreto me hablas —le dijo retirando el dedo de Madison de su barbilla con un movimiento enérgico de cabeza. Estaba segura de que su hija no podía conocer algunos de sus secretos, pero la actitud desafiante de ésta le indicaban que tenía que tener cuidado con ella.

—Claro que lo sabes, —le contestó sin dejar de mirarla fijamente para ponerla nerviosa y minar su seguridad—, y si no me crees, solo tienes que observar al hombre que se acerca caminando por el pasillo.

Algo en su interior se contrajo de miedo por primera vez en su vida, y asustada al saberse descubierta se volvió despacio.

Ante ella, aún al fondo del pasillo pero siendo visible su rostro, se encontraba el único hombre que podría conocer las oscuras reuniones sexuales a las que solía acudir con sus amigas. Unas reuniones donde solo se buscaba el propio placer, comprando a jóvenes muchachos para dominarlos a su gusto. Hasta la noche en que uno de ellos rehusó a someterse a ella.

Aún recordaba a ese hombre con total claridad, no porque temiera que revelara su secreto, sino porque se había convertido en una obsesión al no conseguirlo.

—No puede ser —murmuró perpleja creyendo que nadie la escucharía, pero Madison se encontraba demasiado cerca como para no hacerlo.

—Cómo puedes ver por ti misma no te he mentado —señaló disgustada, pues aunque Aron se lo había contado y ella le creía, solo cuando vio en los ojos de su madre la perplejidad, el asombro y el miedo al reconocerlo, supo que todo lo que le había contado de ella era cierto. La angustia y la cólera le hicieron sentir ganas de llorar, pero se negó a hacerlo al no querer mostrar

ante la condesa ninguna clase de debilidad.

Lady Wyonick, tras darse cuenta de la identidad del hombre miró con ojos asustados a su amiga lady Whestton; madre de Charlotte y acompañante de éstas a las orgías, y vio en la mirada de ésta que ella también había reconocido a su antiguo amante.

Sabían que si una de ellas era descubierta las demás mujeres que participaban en estos actos las repudiarían alejándose de ellas, para así no verse salpicadas por el escándalo.

Por eso, lady Wyonick tenía tanto poder entre las damas, al ser ella una de las pocas asistentes que conocía la identidad de todas las socias, y sabía sobre el gusto depravado de cada una de ellas.

Ambas mujeres se quedaron pálidas al saber que unas palabras de ese hombre en ese momento les traería serios problemas, aunque sabían que su posición las protegería en cierta manera de las palabras de un plebeyo que no estaba a su altura.

—Piénsalo madre —le pidió Madison al intuir el rumbo de los pensamientos de ésta—. Tal vez nadie le crea a él, pero tengo suficiente influencia como para que me crean a mí. Al fin y al cabo yo también soy una Wyonick —comentó con ironía, acompañando el comentario con una sonrisa que indicaba que no estaba bromeando.

Intuyendo que estaba en peligro y debía salir de este problema cuanto antes sin levantar sospechas, solo se le ocurrió actuar como si estuviera ante un chantajista. Al fin de cuentas eso era lo que su hija estaba haciendo con ella.

—Dime que te ha ofrecido ese hombre para que me humilles así. Libertad, ¿es eso lo que quieres? O es dinero. Porque yo puedo darte lo que quieras si olvidamos este asunto.

Viendo como la actitud de su madre había cambiado al pasar de desafiante a apaciguadora, Madison se dio cuenta de que ésta la consideraba peligrosa al conocer algo oculto de su vida que la podía dañar. Ahora debía de ser más lista que ella y continuar con su pose amenazador, si quería librarse para siempre de su yugo y así buscar libremente su felicidad.

—Lo que quiero es que me dejes vivir mi vida —le pidió sin más, pues eso era lo único que deseaba.

—Entonces es libertad —murmuró para sí misma, notándose que respiraba más aliviada al saber que no sería un precio excesivo lo que le pediría—. Perfecto, te prometo que no interferiré en tus decisiones y no te buscaré más pretendientes.

—Me alegra que me conceda este favor —afirmó Madison con tono condescendiente—. Aunque... no necesitaba su ayuda al tener ya un candidato.

Su madre comprendió de pronto a quien se refería y la miró con los ojos desbordados de cólera.

—¿No será él?! Ese hombre es un don nadie que solo busca reírse de mí.

Con una rabia que jamás había experimentado Madison se alejó unos pasos de su madre y le dijo con asco:

—No todo gira en torno suyo. Ese don nadie como usted lo llama tiene más valor e integridad que usted. Y si le sirve de consuelo le puedo asegurar que ese caballero ha demostrado en más de una ocasión amarme sinceramente, algo que usted todavía no ha hecho.

—Si tanto le quieres entonces quédate con tu caballero de brillante armadura. No te necesito a ti ni a ese bastardo —le dijo con evidente desprecio.

Aunque a Madison no le sorprendió esta reacción sí le molesto que le faltara al respeto, ya que la condesa no era quien para juzgar al señor Sheldon cuando el honor de ésta dejaba mucho que desear.

—Tenga cuidado madre, ya que está hablando de mi futuro esposo —le advirtió, más decidida que nunca a plantarle cara con tal de defenderlo.

Pero Lady Wyonick era una mujer orgullosa que hacía años que no rendía cuentas de sus actos, y alzó la barbilla en actitud desafiante recelosa de demostrar que había sido vencida por su hija.

Cansada de hacerle frente a su madre, y queriendo descubrir si ese hombre que había vuelto a entrar en la catedral y la miraba era el señor

Sheldon, se alejó unos pasos de la condesa dispuesta a dar por acabado el enfrentamiento. Hasta que una idea le vino a la cabeza para asegurarse que los dejara tranquilos, y dispuesta a presentar una última batalla se volvió y le dijo:

—Y no olvide que a sus amistades no les debe agradar que se sepa sobre sus... fiestas privadas. Si algo así se filtrara, digamos que a la prensa sensacionalista, no creo que siguieran apoyándola y pronto se encontraría sola. Algo que sin duda no será de su agrado.

Viendo como la expresión de la condesa pasaba de la altivez al espanto se calló, al saber que con esta amenaza su madre nunca se atrevería a interferir en su vida. Suspirando aliviada comenzó a alejarse de ella, lamentando no haber considerado enfrentarse a esa mujer mucho antes.

Pensó cuanto habría cambiado su vida si hubiera demostrado más valor en vez de asentir por respeto, hasta que recordó que antes de su huida consideraba a su madre estricta pero amada. Un amor que le había atado con cadenas, hasta que llegó el señor Sheldon y la liberó con un amor diferente y más puro.

Solo gracias a él se había dado cuenta de la cárcel en donde vivía, y cómo había sido engañada y manipulada desde niña con falsas pretensiones.

Sin nada más que la retuviera en ese lugar comenzó a alejarse, hasta que su padre la detuvo colocándose airado ante ella.

—¿A dónde crees que vas? —le preguntó furioso.

—Déjalo Mathew —fueron las escasas palabras de lady Wyonick; dichas con el poco orgullo que le quedaba, y las únicas necesarias para hacer que el conde se retirara.

Fue entonces cuando Madison tuvo la certeza de saberse ganadora, pues de esta manera su madre le decía que podía marcharse en paz y sin temer las repercusiones de su huida.

Antes de emprender su marcha contempló una vez más a sus padres, sabiendo que nunca podría volver a sentir lo mismo por ellos. Desde pequeña la habían privado de un amor que creyó que no se merecía, cuando en realidad lo único que pasó es que ellos nunca supieron cómo amarla. Ahora



lo entendía, y lamentó no haberse dado cuenta antes para así no haberse sentido tan sola e inferior.

Dándose la vuelta comenzó a caminar sin querer mirar atrás, alejándose así de sus progenitores y dejando en el pasado su infancia, su inocencia, sus inseguridades y sus temores. Pero sabiendo que había aprendido una gran lección, y por ello nunca más volvería a ser la misma.

Y ahora, mientras caminaba hacia su destino escuchando el revuelo de los invitados, se volvió a preguntar si ese hombre que la observaba había venido para reprenderla o para reclamarla.

Dos posibilidades que se abrían ante ella, y que pronto se resolvería.

## Capítulo XXXI

**N**o estaba seguro si llegaría a tiempo pero tenía que intentarlo.

Desde la mañana en que descubrió la nota de despedida de Madison no había podido descansar en paz, al pasarse el tiempo pensando por qué no habló primero con él antes de abandonarle.

De haberlo hecho le habría dicho que la amaba sin condiciones y sin que nada más importara, y hubiera hecho todo lo necesario para retenerla a su lado; como, por ejemplo, atarla a su cama. Un acto que estaba dispuesto a hacer en cuanto la encontrara, si Madison se negaba a entrar en razón.

Por suerte, la diosa fortuna se puso esta vez de su lado, y tras descubrir su huida no tuvo que pensar mucho hasta comprender quién pudo haberla ayudado a escapar. Solo cabía la posibilidad de que hubiera cogido un barco, si como decía en su nota había regresado a Londres dispuesta a sacrificarse por él; una locura que sin duda era muy propia de Madison y de su cabecita alocada que se dejaba llevar por sus emociones más que por su sentido común.

Sabiendo que Madison apenas tenía conocidos en la ciudad que pudieran ayudarla a embarcar en el primer barco que partiera rumbo a su destino, y conociendo a un par de viejos entrometidos que se consideraban sus guardianes y amigos, no tardó en deducir que dichos hombres estarían implicados en su desaparición.

Cuando encontró al doctor Williams y al viejo Tom bebiendo en una taberna cerca del puerto, éstos se mostraron arrepentidos al saber toda la verdad, y no tardaron en prestarse voluntarios para subsanar su error. Todo lo demás lo recordaba confuso al haber sucedido tan rápido y de forma tan extraña.

Lo primero que debía encontrar era un barco que zarpara lo antes posible hacia Londres, y en eso su amigo el capitán Davis le fue de gran ayuda. En tiempo record el “Estrella de oriente” estuvo preparado, y toda la tripulación

se mostró más que dispuesta a ir al rescate de la dama. Ni uno solo de los marineros puso ninguna objeción al tener que embarcarse tan pronto, al saber que su Lady podía necesitarles.

Dispuestos a salvarla de su precipitada decisión, se dispusieron a ir en su rescate, mientras la noticia de la desaparición de Madison corría como la pólvora por los muelles, y en pocas horas el barco se encontraba recibiendo más ayuda de la que necesitaban para partir cuanto antes.

Pero lo que nunca se imaginaron fue que la noticia de la búsqueda de lady Wyonick también se propagó por la ciudad, y se empezó a rumorear que había sido secuestrada por un adversario del señor Sheldon y éste estaba decidido a ir en su rescate.

En todas las esquinas de la ciudad, desde la clase más baja a la más alta, se empezó a montar toda una historia de amor, celos e intrigas, que causó más de un suspiro y algún que otro desmallo. En cuestión de veinticuatro horas la pareja se hizo famosa, y todos querían participar en la gran aventura de su rescate.

Los centenares de pañuelos que los despidieron del puerto así lo proclamaban, y asombrados por cómo estaba resultando la historia los tripulantes del “Estrella de oriente” solo pudieron sonreír y marchar como héroes a la búsqueda de la dama.

Los vientos les estuvieron ayudando hasta los últimos días, cuando la paciencia de Aron comenzó a desaparecer junto al aire que ya no llenaba las velas. Fue entonces cuando la irritación de Aron al ir el barco tan despacio le hizo casi enloquecer, y rezó como nunca antes lo había hecho para llegar a tiempo.

Durante todo el trayecto tuvo mucho tiempo para pensar en su futuro con Madison, dándose cuenta que sin ella jamás volvería a ser feliz al haberse llevado su corazón. Un miedo atroz a perderla le acompañó a todas horas, y solo cuando vio a lo lejos una franja de tierra perteneciente al puerto de Southampton, pudo volver a respirar con normalidad al regresar a él la esperanza.

Pero la suerte aún no los había abandonado, y tras llegar a puerto de lo único de que se hablaba era de la apresurada boda de la hija de los condes de

Wyonick con un duque gordo y vejestorio, por lo que no le fue complicado encontrar quien le contara los pormenores de la historia.

Una vendedora de flores del puerto fue la encargada de ello, y gustosa por contar lo que sabía le dijo que la ceremonia se estaba celebrando en esos precisos momentos en la catedral de Saint Paul.

—¡Corre, muchacho! —Le dijo el doctor Williams tras escucharla, al mismo tiempo que le empujaba para que saliera corriendo—. Y no te preocupes por nada. Tendremos el barco listo para recibirlos en cuanto traigas a la novia —esto último se lo gritó, ya que Aron no podía permitirse perder ni un solo segundo.

Con el miedo corriendo por las venas se subió sin miramientos a un coche de alquiler, sin importar que éste estuviera reservado a otro pasajero. En apenas unos instantes, Aron le había tirado un fajo de billetes al cochero y se había subido al vehículo sin importarle la cara de asombro del caballero que se quedaba en el puerto sin transporte.

Gritando la dirección le pidió al cochero que llegara a la catedral cuanto antes, y bien por darle gusto al cliente o porque le agradaba la velocidad, el cochero hizo caso de la orden hasta el punto de atravesar la ciudad como si les persiguiera el mismísimo demonio.

Solo cuando llegó y escuchó la marcha nupcial pudo respirar con normalidad, dándose cuenta que llevaba bastante tiempo reteniendo el aire. Sintiéndose agradecido dejó al veloz cochero contando su montón de dinero mientras le esperaba, y se dispuso a entrar en la basílica dispuesto a llevarse a rastras a la cabezota de Madison.

Pero fue entonces cuando su buena suerte terminó, ya que nada más entrar descubrió a una radiante novia que caminaba despacio hacia el altar.

Resultaba gracioso como le había dejado sin aliento con solo verla de espaldas, y como observarla tan hermosa caminando entre los rayos de luz que la rodeaban le había paralizado. Simplemente tuvo que quedarse por unos segundos observándola, mientras deseaba con todas sus fuerzas ser él el caballero que la estaba esperando en el altar.

La curiosidad por saber qué clase de hombre había logrado apartarla de su lado le hizo alzar la vista, y se quedó impresionado al ver una especie de

repugnante sapo. Solo entonces comprendió la magnitud del sacrificio de Madison, ya que nadie en su sano juicio se casaría con semejante ejemplar, y menos una mujer tan llena de vida y de belleza como ella.

Feliz al darse cuenta de que semejante ofrenda solo podía significar que le amaba, no se percató del par de hombres que se colocaron frente a él impidiéndole el paso.

Por la pose beligerante de éstos y por sus ropas más comunes, supo de esos individuos habían sido contratados para que nadie entrara; o para que nadie saliera, a menos que contara con la aprobación de alguien; y ese alguien no podía ser otra persona más que lady Wyonick.

—Me parece que se ha equivocado de sitio caballero —le dijo el más alto de los dos hombres con un acento claramente cockney.

Los dos individuos mostraban cicatrices en sus rostros, y ambos se colocaron frente a él con los brazos cruzados frente a su pecho para reafirmar más sus músculos. Sus trajes negros, sus gorros enroscados en la cabeza; aun estando en el interior de un lugar santo, y el acento de los bajos fondos de Londres, le dieron una idea bastante aproximada de estar frente a antiguos boxeadores o camorristas.

Aron sabía que se encontraba en una seria desventaja con respecto a esos dos caballeros, pero estaba dispuesto a todo con tal de conseguir a Madison. Suspirando resignado al saber lo que le esperaba se dispuso gustoso a enfrentarse a ellos, aunque a cambio recibiera una paliza que le dejara deshecho.

Pero era demasiado a lo que se arriesgaba a perder si no lo intentaba, y pensó que de nada serviría una nariz rota si a cambio perdía al amor de su vida. Decidido, les plantó cara y se colocó ante ellos todo lo erguido y seguro que su tozudez le permitía.

—Caballeros, si me permiten tengo que rescatar a la novia de ese individuo.

—Tiene gracia el jeta —dijo uno de ellos—, pero de aquí no va a salir nadie, y menos su realeza.

Suspirando resignado solo le quedó seguir adelante.

—Entonces tendré que usar la fuerza para conseguirlo —y sin más le dio un gancho de derechas al que había hablado sin que éste apenas se moviera.

Lo único que consiguió es que meneara la mandíbula de un lado a otro y le contestara:

—No pega mal el tipo, pero yo pego más fuerte —y tras decir esto ambos hombres se abalanzaron sobre él, cogiéndolo cada uno por un brazo para arrastrarlo hacia la puerta; que se encontraba a pocos pasos.

—Lo sentimos pero tenemos prohibido pegar dentro —dijo uno de ellos con ese peculiar acento, mientras lo arrastraban hacia el exterior de la catedral.

Solo entonces Aron se dio cuenta del alboroto que su llegada había provocado, y pudo ver cómo una vez en el altar Madison se volvía para mirarle.

Le hubiera gustado salir corriendo a su encuentro para abrazarla y decirle lo mucho que la amaba, pero esos dos hombres que lo estaban sacando a la fuerza no le estaba dejando muchas opciones.

Hasta que pudo observar como ese petimetre de novio tiraba del brazo de Madison haciéndole daño, y entonces una rabia como nunca antes había sentido le hizo querer romperle la cabeza a ese desgraciado que se atrevía a dañar a su pequeña.

Sin pensar en nada más que defenderla, comenzó a tirar con fuerza mientras la llamaba a gritos, pero por desgracia los fuertes murmullos de los asistentes que se volvían para mirarlo impedían que ésta lo escuchara.

Una vez fuera de la catedral los hombres lo tiraron al suelo como si fuera un despojo, a lo que Aron reaccionó poniéndose en pie y quitándose la chaqueta de forma apresurada.

—¡Esta bien! ¡Acabemos cuanto antes con esto! —dijo Aron decidido mientras se arremangaba las mangas.

Los dos hombres lo miraron soltando después una carcajada, al ver las prisas que ese ricachón mostraba por recibir su paliza. Sin moverse de su sitio simplemente se quedaron de brazos cruzados sin querer perderse ni un detalle de ese hombre tan extraño, al ser la primera vez que disfrutarían de golpear a

un señoritingo sin lamentar las consecuencias.

—Parece que tiene prisa —dijo el más grande y firme como un árbol, hasta que Aron, en cuestión de segundos se acercó a él, y le dio un espectacular gancho de izquierdas que le dejó cao en el acto.

Su socio solo pudo contemplar como éste caía al suelo inconsciente, dándose cuenta de cómo se habían equivocado al juzgarle. Mirándole detenidamente se percató que ese individuo no era como los demás ricachones que conocía, pues a este se le veía una complexión más fuerte, una piel más oscura y un brillo en los ojos que harían salir corriendo hasta al más valiente.

—Está bien, si eso quiere el gacho eso tendrá —se dijo para sí mismo, lamentando no haberse quitado la chaqueta como había hecho su contrincante y haber estado perdiendo el tiempo riéndose.

Acto seguido Aron y el camorrista se encontraron tanteándose dando vueltas uno alrededor del otro, decidiendo cual sería la mejor manera de enfrentarse. Se miraban sin apenas pestañear esperando un despiste del contrincante, o esperando a que el otro atacara en cualquier instante.

Un momento de tensión que pondría nervioso a cualquiera, y más a un hombre que estaba impaciente por querer terminar cuanto antes. Pero Aron sabía que debía tener cuidado y no precipitarse, ya que el hombre que tenía ante él era demasiado grande y un solo golpe lo podría dejar sin opciones.

—¿Necesita mi ayuda, jefe? —Le preguntó el cochero desde el pescante — Porque por un buen precio le puedo echar una mano.

Y ese fue justo el momento que estaba dispuesto a aprovechar Aron para atacar, al notar como el gigante miraba por el rabillo del ojo al cochero para decidir si corría algún peligro por ese lado.

Aprovechando la oportunidad; y sabiendo que cualquier golpe sería bueno con tal de ganar, decidió darle uno no muy digno pero que lo dejaría sin poder moverse por mucho tiempo.

Sin perder la ocasión que se le presentaba reunió todas las fuerzas para conseguirlo, y alzando la pierna hacía atrás para coger impulso le propinó un puntapié en los testículos que hizo que la cara del hombre quedará blanca en

cuestión de un segundo, y pusiera los ojos como platos mientras se llevaba las manos a sus partes doloridas dejándose caer de rodillas al suelo.

—Gracias cochero, pero no hace falta —le contestó sonriendo, a la vez que contemplaba como el grandullón caía al suelo gimiendo de dolor.

—¡Ya lo veo! —Soltó el cochero junto con una risita— ¡No es que sea muy digna!, pero esa patada ha sido bastante efectiva —terminó diciendo acomodándose en su sitio, al ser evidente que sus servicios ya no serían necesarios. Algo que agradeció, ya que en realidad no le hubiera agradado tener que enfrentarse con esos matones.

Colocándose la chaqueta a toda prisa Aron volvió a mirar al cochero, y antes de entrar en la catedral de forma apresurada le dijo:

—Enseguida vuelvo.

—¡Claro jefe! —fue lo último en escuchar mientras se cerraba la puerta.

Lo que nunca se hubiera imaginado es que mientras él se peleaba con esos dos bravucones, su tierna Madison se enfrentaba a su frondoso prometido. Fue toda una sorpresa más que nada porque recordaba perfectamente como antes de sacarlo por la fuerza su pequeña estaba siendo aferrada del brazo por éste, mientras que ahora se la encontraba en medio del altar dándole un puñetazo en toda la cara a ese pelele.

El orgullo que sintió al verla defenderse le hizo sonreír, reconociendo al verla a esa mujer luchadora y desafiante que había conocido en el barco, y que se enfrentaba a él sin ningún problema. Todo un torbellino de hembra que estaba dispuesto a amar de por vida, y que deseaba reclamar como suya antes de que otro fantoche se la robara.

Ver como el rechoncho novio caía al suelo fulminado y sangrando le hizo pensar que estaban hechos el uno para el otro, pues le indicaba que era una dama valerosa, atrevida e impetuosa que compaginaba muy bien con su forma de ser. Una mujer que le haría los días más interesantes, y con la que podría compartir más que sábanas y tediosas conversaciones.

Estaba seguro que estar a su lado sería toda una aventura, y se moría de ganas de acercarse a ella y decirle que no estaba dispuesto a perderla, y que juntos serían capaces de enfrentarse a lo que fuera.



Fue entonces cuando Madison se giró recayendo en su presencia, y aunque se encontraban distantes pudo comprobar como el semblante de ella cambiaba. Saber que lo había reconocido y se había alegrado al verle le dio esperanzas, y por primera vez en semanas pensó que tal vez no le costaría tanto convencerla para que no le dejara.

Pensó que en solo unos minutos la tendría a su lado, y estaba dispuesto a aprovechar esa nueva oportunidad que se les presentaba para decirle lo mucho que la amaba.

Pero cuando Madison se disponía a bajar del altar para ir a su encuentro se encontró con otra barrera que los separaba, pues se topó con su madre plantándole cara.

Aron notó como todo su cuerpo se tensaba, pues sabía lo suficiente de esa mujer como para temerla al saber que haría cualquier cosa con tal de detener a su hija.

Inmediatamente quiso ir a su encuentro para enfrentarse juntos a esa víbora, hasta que se dio cuenta que Madison se alzaba ante ésta sin mostrar temor, y sin dar muestras de dejarse vencer por ella.

Fue entonces cuando Aron se detuvo en el pasillo de la gran catedral de Saint Paul, al notar que el encuentro entre madre e hija debía ser privado. Se dio cuenta que solo tendrían una oportunidad para estar juntos si ambas mujeres hablaban, como también sabía que este encuentro marcaría un nuevo comienzo para sus vidas.

Pero sobre todo era consciente que Madison necesitaba aclarar muchas cosas con su madre; y aunque no estaban en el sitio y el momento más indicado para semejante charla, era necesaria esta conversación si querían seguir adelante.

Conocía lo suficiente a lady Wyonick para saber que era peligrosa y vengativa, pero a él no le importaba con tal de tener a su lado a la mujer que amaba. De todos modos prefería mirar al futuro sin miedo a sufrir un desquite de esa condesa, que se creía con derecho de interferir en las vidas de todo el mundo.

Se dijo que esperaría al fondo de la basílica hasta tener una señal clara para caminar hacia Madison, para de esta manera darle tiempo a conversar

con su madre y aclarar sus diferencias. Conocía lo suficiente a Madison para saber que guardaba muchos años de soledad en su corazón, y sabía que parte de esos daños se los debía a sus progenitores.

Y aunque él estaba dispuesto a darle todo el amor que necesitaba, reconocía que antes ella debía comprobar si sus padres le demostrarían su amor, o si por el contrario nunca más podría volver a contar con ellos.

También sabía que Madison debía aclarar algunos detalles de la vida privada de su madre que le afectaba directamente a él, por lo que era necesario que permaneciera apoyándola en la dura tarea de convencer a su madre de que ninguno de los dos estaba bromeando, y que estaban dispuestos a todo con tal de estar juntos.

Cuando la condesa se giró para mirarle y vio cómo su expresión cambiaba, supo que ese momento había llegado, y aunque se sentía avergonzado de que estuvieran hablando de él, sabía que se trataba de un bien necesario para acabar cuanto antes con todo este asunto.

Supo por las caras serias de las dos mujeres; la de Madison además dolida y defraudada, y por como su padre se apartó en seco de ella tras un pequeño intercambio de palabras, que había ganado, aunque no pudo alegrarse al no ver arrepentimiento en sus progenitores o alguna muestra de amor de éstos hacia su hija.

Se dio cuenta de que Madison por fin era libre para tomar sus propias decisiones, pero también supo que en ese momento se debería sentir muy sola y traicionada por sus padres. Unas personas que ni en ese momento tan importante en la vida de su hija la apoyaban, y simplemente la dejaban marchar mientras la contemplaban altivos.

Fue entonces cuando Aron decidió que no permitiría que esa valerosa mujer volviera a no sentirse amada, pues él estaba dispuesto a llenar su corazón con todo el amor que necesitara. De esa manera, le agradecería que le hubiera enseñado a amar, y haría lo que estuviera a su alcance para hacerla feliz a cualquier precio.

Pero ahora, mientras el tema del novio estaba solucionado; y éste estaba volviendo en sí y chillando como un cochinillo, así como el asunto de sus padres estaba acabado; lady Wyonick les miraba desde los pies del altar sin

perderse detalle al mismo tiempo que su padre trataba de calmar al novio ayudado por el obispo, y la boda estaba definitivamente concluida, solo quedaba solucionar el tema de si Aron y Madison volverían a estar juntos.

Separados por un largo pasillo, y observados por los asistentes al encuentro que no querían perderse detalle, ambos comenzaron a caminar despacio acortando la distancia que les separaba, hasta que Aron alzó los brazos reclamándola y Madison, sin poder contenerse por más tiempo, salió corriendo a su encuentro hasta refugiarse en ellos.

Ver como corría hacia él, olvidando todo lo que les separaba, hizo que Aron sintiera como su pecho se expandía, dejando atrás los temores, los remordimientos o las inseguridades. Ahora sujetaba con fuerza a su pequeña entre sus brazos, y eso era más importante que cualquier otra cosa que hubiera vivido.

Olvidó el miedo que sintió al saber que le había dejado, el terror al creer que no llegaría a tiempo, o la inseguridad de no saber si un hombre como él sería suficiente para ella. Pero en ese momento, mientras la abrazaba con todas sus fuerzas y la sentía temblar, solo podía dar gracias a Dios por haberla conocido, y haberla seguido dispuesto a cualquier cosa para retenerla a su lado.

La amaba tan profundamente que apenas podía respirar al saber que volvía a ser suya, y un calor abrumador recorrió su cuerpo como muestra de que la necesitaba. Se dio cuenta de que jamás hubiera podido ser feliz si no hubiera sido a su lado, y agradeció la oportunidad que se le presentaba para demostrarle lo mucho que la amaba.

La sentía llorar entre sus brazos y estremecerse de necesidad por sentirle, y lamentó lo sola y perdida que debió sentirse de regreso a Londres, y sobre todo, cuando caminó minutos antes hacia el altar para atarse a una vida que la haría infeliz y que lamentaría siempre.

Acordarse de su sacrificio la hizo amarla con todos sus sentidos, y se dio cuenta que su vida ya nunca volvería a ser la misma pues para él hacerla feliz siempre sería lo primero.

Por su parte, Madison no podía creer que todo se hubiera solucionado y ahora podría entregarse por completo al hombre que amaba. Sabía que solo a

su lado podría ser feliz, pues su nombre era el único que su corazón proclamaba como suyo.

Verle ante ella en la catedral, dispuesto a enfrentarse a la sociedad al completo para aclamarla como suya, le dio la fortaleza necesaria para seguir adelante, y dejó atrás las posibles consecuencias de sus actos dispuesta a empezar de cero junto al hombre que amaba, pero esta vez, sin importar lo que los demás dijeran.

Pero antes era necesario pedirle perdón por su cobardía, y jurarle que jamás le volvería a abandonar. Quería que supiera que se arrepentía por haber sido tan impulsiva, y que se moría de ganas por estar a su lado y olvidar las duras semanas que había pasado desde que se habían alejado.

Con lágrimas en los ojos y una congoja que apenas le permitía hablar, respiró profundamente para darse valor, y sintiendo como todo su cuerpo temblaba a causa de la emoción, le miró fijamente encontrando en su mirada todo el amor y la seguridad que necesitaba para abrirse a él.

Más decidida que nunca a entregarle su corazón comenzó diciendo:

—Siento muchísimo haberte dejado de esa manera, pero no podía permitir que arruinaras tu vida por mi culpa.

—Madison, ¿acaso no entiendes que no me importa? —le contestó con una mirada sincera y unos brazos que se negaban a soltarla—. Tú eres mil veces más importante que todas las cosas que poseo. Ellas no me llenan como lo haces tú.

—Pero has trabajado tan duro para tenerlas que no quería que las perdieras por mi culpa —le dijo apenas sin habla y con las lágrimas corriendo por sus mejillas.

Aron sabía que ese punto era importante para ella, y que había sido la causa de su abandono, por lo que más decidido que nunca se dispuso a aclararle lo que sentía al respecto.

—Luché por ellas porque no tenía otra cosa en mi vida que me llenara. Pero entonces llegaste tú y me enseñaste lo que era sentirse bien consigo mismo —la necesidad urgente de besarla hizo que juntara sus labios con los de ella y probara su dulzura antes de seguir diciendo—: Me hiciste ver que lo

más importante en la vida no es lo que se tiene o que puesto se ocupa en la sociedad, sino lo que guarda tu corazón y que se siente por las personas que te rodean. Y te juro pequeña que a partir de ahora voy a luchar por nosotros sin importarme las consecuencias, y al diablo quien lo critique.

—Lo siento —le dijo llorando y queriendo esconder su cara en su cuello — Perdóname por no verlo de esa manera. He estado a punto de arruinarlo todo.

La sentía tan deshecha por lo que había sucedido que no lo pudo soportar, pues la amaba tanto que sentía como suyo su dolor; y éste era insoportable. Por eso, y para consolarla, enmarcó su rostro con sus manos y mirándola con todo su amor reflejado en sus ojos, le dijo las palabras que necesitaba escuchar para olvidar lo pasado y volver a empezar de nuevo.

—Mi pequeña, no cambiaría nada de lo que hemos vivido porque todo ello nos ha traído a este momento, y ahora aquí, delante de toda esta gente, te juro que te amo y jamás podré encontrar a otra mujer más gentil, apasionada, noble, bondadosa y alocada como tú.

—Lo de alocada te creo —le dijo sonriéndole, y mirándole con una intensidad que provocó que el corazón de Aron se desbocara.

Sabiendo que el momento había llegado, y sin dejar de mirarla, se separó de ella, le cogió de las manos, y se agachó colocando una rodilla en el suelo.

—Madison Evans, te pido que renuncies a tu vida a cambio de una nueva a mi lado. Que olvides que una vez fuiste lady Madison para pasar a ser señora Sheldon, y que dejes atrás toda posibilidad de ser noble para ser tan solo mi esposa.

—Me estás pidiendo que...

—Te estoy pidiendo que seas mía como yo soy tuyo, que me ames como yo te amo, y que pases el resto de tu vida a mi lado —con unos ojos desbordados de amor y viendo como lloraba emocionada le siguió diciendo —: Te estoy pidiendo que te cases conmigo.

—¡Dios mío Aron! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —gritó lanzándose a sus brazos y sin poder dejar de sollozar, aunque esta vez a causa de la felicidad—. Te amo, Te amo muchísimo.

—Yo también te amo, pequeña —le confesó con la garganta prácticamente cerrada a causa de la emoción, y una necesidad urgente de abrazarla con todas sus fuerzas.

Aron sintió que todo por lo que había pasado valía la pena si con ello acababa junto a una mujer tan maravillosa. Saber que sería su esposa, que cada día despertaría a su lado, criando a sus hijos, envejeciendo juntos y entregándole su corazón, le llenó de una dicha absoluta, y se propuso ser su consorte, su guía cuando así lo necesitara y su apasionado amante.

Al mismo tiempo, Madison se sentía llena de júbilo al darse cuenta de que a partir de ese momento ya no tendría que conformarse con una vida impuesta, pues desde ahora viviría y lucharía por lo que quería, como era convertirse en la señora Sheldon.

Ser su esposa le ofrecía la posibilidad de encontrar la felicidad en la belleza de las pequeñas cosas, como por ejemplo, contemplar entre sus brazos un amanecer en primavera, reír por cualquier tontería o desayunar mientras comentaban sus planes del día. Después de toda una vida deseándolo, por fin podía comenzar a disfrutar de su sueño, y se sentía dispuesta a aprovechar esta oportunidad ya que no concebía una existencia si no era a su lado.

Sabiendo que jamás volvería a dudar de ellos, y que desde ahora haría caso a los dictados de su corazón, Madison trató de detener su llanto para mirarle a los ojos repletos de la dicha que sentía.

—Te prometo que no volveré a abandonarte —le aseguró sin poder dejar de sonreír de felicidad. Una sonrisa que extrañamente fueron acompañadas por lágrimas pues éstas se negaron a permanecer ocultas.

—Más te vale milady, porque la próxima vez que tenga que cruzar el atlántico para sacarte de una iglesia te pienso dar una buena tunda.

Ambos rieron sintiéndose más relajados, pues resultaba evidente que la tensión sufrida ya había pasado. Aun así, y para asegurarse que no era todo parte de un sueño, se abrazaron con fuerza dichosos al sentir el latir de ambos corazones que martillaban con fuerza en ambos pechos.

—¡Alto ahí! Usted no puede prometerse con mi novia —se escuchó decir a alguien que estaba cerca del altar.

Sobresaltados por el grito estridente que acompañó esas palabras, ambos se volvieron en el acto para descubrir a Frederick Denfort-York III duque de Clanster con la cara manchada de sangre y con la nariz como un tomate. Una visión nada favorecedora para un hombre que hasta hacía poco se parecía a un sapo, no solo por el color de su ropa, sino también por la forma redondeada y bajita de su cuerpo.

En un acto reflejo Aron colocó a Madison tras él, dispuesto a protegerla de ese individuo de apariencia tan lamentable, y se dispuso a plantarle cara deseoso de acallar a ese patán de una vez por todas.

Pero no tuvo la oportunidad para hacerlo, pues una voz furiosa y enérgica se impuso diciendo:

—Será mejor que se calle, excelencia, sino quiere que esta anciana le vuelva a partir la cara.

Como si las mismísimas trompetas del cielo hubieran sonado en el interior de la sagrada basílica, todos los presentes se callaron a la espera del enfrentamiento que se avecinaba, y saliendo de entre las primeras filas de asientos tía Henrietta se colocó decidida en medio del pasillo.

Una barrera infranqueable que se interponía entre el novio despechado; y en ese momento incrédulo, y la pareja formada por Madison y Aron, que expectantes simplemente observaban al no saber a qué atenerse.

—Pero...—empezó a decir el duque de Clanster.

—¡Ni peros ni nada! —Le dijo la anciana mirándolo con el cejo fruncido y los brazos en jarra—. Su excelencia ya ha tenido dos oportunidades con mi sobrina, y gracias a Dios, las dos veces las ha desaprovechado.

—Pero... —volvió a intervenir el exnovio, y de nuevo fue callado.

—Además, —afirmó ésta alzando un dedo amenazador en su dirección—. Solo hace falta mirarle a la cara para saber que piensa mi sobrina respecto a este matrimonio.

Las risitas de los asistentes no se hicieron esperar, ya que todos ellos observaban atentos; y ahora en silencio, los acontecimientos que estaban sucediendo. Al fin y al cabo, ninguno quería perderse ningún detalle, al querer ser los primeros en promulgar los pormenores de lo sucedido en esa

peculiar boda.

Avergonzado y furioso al saberse el hazmerreír de la sociedad, el duque de Clanster miró a su alrededor sintiéndose ultrajado, para después contemplar a la pareja que abrazados en medio del pasillo de la catedral lo miraban expectantes y con una ligera sonrisa en los labios. Un detalle que le irritó, ya que su novia era la que más mostraba su sonrisa.

Dándose cuenta que ya nada tenía que hacer, pues su prometida le había vuelto a abandonar; y esta vez por otro hombre, su excelencia optó por colocarse la levita adecuadamente, para después marcharse hacia la sacristía lo más arrogante que pudo, en busca de un lugar donde esconderse a llorar de frustración y rabia.

No en vano era la segunda vez que este duque sin coraje se quedaba sin novia, sintiéndose gravemente insultado por este suceso. Reconocía que hacía décadas que la influencia de su familia había decaído junto a su fortuna; esto último, un hecho que muy pocos conocían, y por eso era tan imperativo la boda con la hija de los Wyonick, ya que su unión hubiera solucionado sus problemas monetarios y su vuelta a los círculos más selectos. Por eso su insistencia en este enlace y ahora su pesar.

Una vez que el primer prometido de Madison se hubo marchado, los asistentes centraron toda su atención en la pareja y en la anciana que les miraba con expresión cariñosa mientras se les acercaba.

—Y respecto a ti mi niña —volvió a indicar tía Henrietta con una sonrisa en los labios—, será mejor que cojas a ese caballero tan atractivo y lo saques de aquí cuanto antes. Yo mientras tanto me quedaré aquí ocupándome de todo.

Agradecida por lo que esa espléndida mujer había hecho por ella; y el apoyo público que le estaba mostrando, se lanzó a sus brazos sabiendo que en ellos sí encontraría el consuelo y el cariño de una madre.

—¡Gracias! —le susurró aún abrazándola y sintiendo como su pecho se hinchaba de amor y de dicha.

—Ve mi niña y sé feliz, bien sabe Dios que te lo mereces —le dijo sonriéndola y dejando una cara marcada por las arrugas, pero con unos ojos que aún reflejaba una picardía que jamás se extinguiría.



Agradecida, Madison asintió, convencida que junto a Aron; y las personas que le habían demostrado que la querían, podría alcanzar sin problemas esa felicidad que tantas veces había soñado y que ahora veía tan cerca.

Pero cuando ya se disponía a marcharse junto a Aron para comenzar cuanto antes su nueva vida, tía Henrietta le cogió de la mano deteniéndola y le dijo sonriendo con malicia:

—Y esta vez procura no equivocarte de barco —le pidió guiñándola un ojo.

—¡Pero! ¿Cómo has sabido que me equivoqué de barco? —le preguntó confundida pues desde su llegada hacía dos días su madre la había mantenido aislada en la mansión familiar.

—Un pajarito me informó de que en el puerto, el día de tu boda, habían atracados dos barcos con unos nombres muy parecidos. Aunque lo más curioso fue que en uno de ellos se encontraba el socio de su marido dispuesto a zarpar. La casualidad quiso que ese joven atractivo fuera el mismo que esa mujer siempre quiso presentarte, pero nunca tuvo la oportunidad de hacerlo.

De pronto, en la cabeza de Madison todas las piezas encajaron y supo a quien se refería su tía con “un pajarito”.

Su amiga Jane hacía tiempo que quería presentarle al amigo y socio de su marido Braxton, y ella estaba al corriente de los negocios de ambos hombres. Ella sabía que pronto un barco de la empresa zarparía rumbo a Nueva Orleans, y que uno de los socios debía embarcar en él. Como desde su matrimonio con Braxton los viajes los hacía el otro socio; es decir, Aron, todo quedaba dispuesto para la trampa.

Tenía un barco de su total confianza que estaba a punto de zarpar el mismo día de la boda, una novia a la fuga que necesitaba un lugar alejado donde refugiarse, y a una pareja que hacía tiempo que querían juntar pues estaban convencidos que encajarían bien. Todo ello indicaba que la trama había corrido a cargo de su amiga Jane, actualmente condesa de Brandbury, y había contado con la ayuda de tía Henrietta y posiblemente de su marido Braxton.

Buscando la confirmación de sus sospechas, sondeó entre las filas de los

asistentes a la boda, y la descubrió a escasos metros de ella sonriéndola pero con el rostro cubierto de lágrimas.

Jane había significado un apoyo constante en su vida, y la consideraba como a la hermana que nunca tuvo, y por eso no pudo enfadarse con ella, pues gracias a su ayuda había encontrado el amor que desde hacía años anhelaba.

Aunque eso no quería decir que no le debiera una conversación, donde su amiga tenía que explicarle por qué no la mandó a ese barco desde el principio, y tuvo que subir engañada. Una historia que sin lugar a dudas sería muy interesante de escuchar, aunque lo más seguro es que el objetivo fuera que ella no pudiera negarse a ir, al creer que la estaban emparejando sin su consentimiento con el socio de su esposo.

Por suerte para todos la experiencia había salido perfecta, y por ello no pudo hacer otra cosa más que dedicarle una mirada cargada de agradecimiento, junto con una sonrisa que le demostraba que había tenido razón al emparejarlos. Mirándola fijamente, y en un murmullo apenas audible, le dio las gracias a una amiga que le había demostrado que siempre estaría a su lado apoyándola.

No hizo falta que la escuchara pues Jane pudo sentir su agradecimiento, y ésta asintió feliz al saber que su plan había funcionado. Con un suspiro, Jane se cobijó en los brazos de su marido Braxton, el cual pasó de mirar a su amigo y socio Aron, para mirarla a ella y guiñarle un ojo.

Ahora ya sabía que la pareja lo había organizado todo, e incluso a estas alturas Madison sospechaba que tal vez el anciano que le informó de su supuesto error con el “Estrella de oriente” debía de ser alguien contratado por Braxton, para así asegurarse que subiera al barco indicado y conociera al señor Sheldon. Una idea algo retorcida, pero que no le extrañaría nada.

Un plan que había salido a la perfección y que siempre les agradecería, aunque ninguno de los dos se libraría antes de una buena regañina por el engaño.

Deseando empezar su nueva vida miró por última vez al pasado, y vio a su madre erguida aún junto al altar, mirándolo todo como si a ella no le afectara que se tratara de su hija. Luego, con aire solemne, al ver que

Madison la observaba buscando una señal de su perdón, simplemente alzó aún más la barbilla y giró la cabeza para no mirarla.

De esta manera supo que su madre la dejaba marchar de su vida y de su corazón, si es que alguna vez la tuvo presente en él. De su padre no esperaba mucho, pues éste nunca se había mostrado amable con ella, y sabía que jamás le perdonaría su osadía. Por ello no le extrañó que la estuviera dando la espalda mientras conversaba con el obispo como si nada hubiera pasado.

Algo dentro de ella se apagó al saber que no la querían, hasta que los fuertes brazos de Aron la rodearon demostrándole que nunca más volvería a estar sola.

—Vamos pequeña, aquí ya no tenemos nada más que hacer y nos están esperando en el barco.

Al escucharle mencionar el barco, Madison salió de su abatimiento, y extrañada pero a la vez emocionada se volvió para preguntarle:

—¿Nos esperan en el barco?

—Por supuesto, recuerda que prometiste a Susan que estarías con ella cuando diera a luz, y el capitán Davis en persona me ha acompañado para asegurarse que cumplas tu palabra.

—El capitán Davis te ha acompañado —afirmó en un murmullo sin dar crédito a lo que escuchaba, pues sabía del amor que éste procesaba a su esposa, y que solo algo de vital importancia le apartaría de su lado en un momento tan importante para ellos.

—Están todos pequeña, ¿o acaso pensabas que te íbamos a dejar cometer semejante locura? ¿Por Dios Madison, has estado a punto de casarte con un gigantesco sapo?

Madison rio lanzándose a sus brazos, y éste la apretó con fuerza sabiendo las mil cosas que estarían pasando por la cabecita de su rebelde prometida. Podría decirse que los casi dos meses pasados con ella le habían enseñado a distinguir algunos de sus temores, y sabía que sentirse sola era uno de los más arraigados en su corazón.

Por ello, y para demostrarle que sus días de soledad habían acabado, le susurró al oído:

—No estás sola mi vida, desde hoy en adelante me tienes a mí y a un montón de buenos amigos que te quieren por ser como eres.

—¿Te refieres a cabezota y con un genio de mil demonios? —le preguntó mirándolo a los ojos y sonriendo aun cuando las lágrimas caían por su rostro.

—Exacto. La vida sería tremendamente aburrida si no te tuviera a mi lado —le aseguró Aron acariciando con ternura su rostro, apartando de esa manera las lágrimas de sus mejillas.

—Entonces marchémonos cuanto antes, porque me muero de ganas de comenzar a disfrutar de nuestra nueva vida —afirmó Madison convencida de que junto a ese hombre cada día sería una apasionante aventura.

—En tal caso, futura señora Sheldon, no perdamos más tiempo —afirmó cogiéndola de la mano, para después salir corriendo por el amplio pasillo de la magnífica catedral de Saint Paul.

Mientras, unos ilustres invitados observaban incrédulos el espectáculo de ver como la novia era sacada en volandas de la basílica por su nuevo prometido, sin poder dejar de cotillear sobre todo lo acontecido en esa ceremonia.

Los más jóvenes; y casi todas mujeres, comentaban emocionados las palabras de amor dichas entre la pareja, y suspiraban por encontrar un amor parecido al de ellos, y otros; los más mayores y casi todos hombres, hablaban ensalzados por una falta de respeto tan deplorable por parte de la juventud.

Ninguno de ellos se mostró indiferente ante lo que habían presenciado, al igual que todos estaban al corriente de cómo un matrimonio impuesto solo podía traer inconvenientes, sobre todo si la novia poseía una pasión tan indómita que era capaz de cualquier cosa con tal de encontrar el verdadero amor.

Como, por ejemplo, cruzar un océano con rumbo incierto, y descubrir que en alguna parte de esas oscuras aguas había perdido el corazón mientras contemplaba las estrellas.

# Epílogo

**Septiembre de 1879, Londres**

**Residencia de los Sheldon**

**S**entada frente a su tocador, y mirándose de nuevo en el espejo de su dormitorio, Madison sonrió al advertir en su rostro la felicidad que sentía ante su reciente embarazo.

Tras tres años de un apasionado matrimonio la dicha se hacía por fin completa, al ver cómo su sueño de ser madre se convertía en realidad. Con solo tres meses de gestación su vientre apenas se notaba, pero al saber que dentro de ella crecía su hijo la llenaba de satisfacción.

Hasta el momento todos sus sueños junto a su esposo se habían cumplido, como el de acompañarlo en sus viajes por el mundo buscando nuevos mercados, y descubriendo excitantes placeres con los que confirmar

día tras día su amor. Un viaje de doble sentido, donde cada uno aprendía como disfrutar de sus caricias y su mutua compañía.

Pero en su vida había mucho más que su amor por Aron, pues sus amistades y sus horizontes se habían ampliado. Ahora podía decirse que era una mujer segura de sí misma, dinámica e intuitiva, que tenía voluntad propia así como unas ideas que eran bien recibidas por su marido.

Todo un cambio en su vida, pues desde ese maravilloso día en que se fugó junto a Aron de la catedral de Saint Paul, había experimentado cambios constantes hasta convertirse en la mujer que siempre quiso ser, y que en el pasado sentía removerse en sus entrañas cuando debía callar y someterse.

Saber que ahora contaba con el amor incondicional de un buen número de personas la llenaba de dicha, y se daba cuenta que sus prioridades habían cambiado conforme se iba amoldando a su nueva vida.

Para ella ya no tenía importancia el estatus social o la nobleza de su apellido, pues aun habiendo pasado de ser la hija de un poderoso conde a ser la esposa de un rico comerciante, se sentía más orgullosa de lo segundo al tratarse de algo ganado con el esfuerzo y la inteligencia, y no un bien que simplemente heredas por tu nacimiento.

Aunque debía reconocer que le gustaba el título que tras su huida los periódicos; y posteriormente el resto del mundo, le habían otorgado como lady Indómita. Un apelativo que utilizaban, incluso de casada, cada vez que era noticia por algún motivo; como por ejemplo, acudir a actos benéficos en los bajos fondos, organizar campañas para ayudar a las madres solteras sin recursos, y mil cosas más en las que otras mujeres de abolengo no participaban por miedo a las repercusiones sociales.

Su falta de interés respecto a la aceptación social era lo que la hacía especial, y por eso su nombre era respetado por la gente más humilde. Pero sin lugar a dudas su mayor admirador era su marido, pues le encantaba ser el esposo de la indómita mujer que había conquistado a las clases sociales al mostrarse tal y como era. Aunque lo que más le gustaba era provocarla llamándola lady indómita cuando intimaban.

De hecho, su marido se mostraba muy orgulloso de ser el único que había conquistado su corazón, y de ser el caballero que la había salvado de las

zarpas de un depravado y viscoso duque. Un hecho que ambos recordaban de vez en cuando entre risas y que les hacía sentirse afortunados por su feliz desenlace.

Recordar a su esposo le hizo sonreír, y suspiró sabiendo que éste llegaba tarde a casa. Lo conocía lo suficiente como para saber que vendría corriendo para arreglarse a tiempo, revolviendo todo como si fuera un torbellino, pues desde que había llegado a su vida cada día a su lado era especial y llena de sorpresas.

Nada más pensarlo, le escuchó entrar en la residencia, y subir las escaleras como si la mismísima caballería ligera le persiguiera.

Permaneciendo inalterable comenzó a ponerse unas gotitas del perfume favorito de su esposo, para así castigarle por su tardanza. Un correctivo que parecía sutil, pero que en el fondo era bastante eficaz con su esposo.

—Lo siento cariño, sé que llego tarde, pero te aseguro que no he podido llegar antes —le dijo mientras se acercaba a ella y la besaba primero en el cuello y luego en la boca.

—Tranquilo, seguro que lord Rickmond lo entenderá.

Aron sonrió con picardía al saber que su esposa estaba usando la ironía, y volvió a besarla en el cuello encantado con el dulce aroma que la envolvía.

—Eres un auténtico diablillo, pequeña —le susurró rozando su nariz contra la piel de su cuello.

—¿Por esa mentirijilla? —preguntó haciéndose la despistada.

—No, —soltó rotundo—, por castigarme con ese delicioso aroma tuyo. Y no finjas no saber de qué te hablo —esto último se lo dijo mirándola a los ojos a través del espejo, como retándola a que lo negara.

Madison solo pudo sonreír ante la perspicacia de su marido, y se mantuvo majestuosa en su sitio observándole en silencio, cuando en realidad se moría de ganas de saltar a sus brazos y reclamarle con un beso apasionado.

Pero sabía que la invitación de lord Rickmond era importante, pues solo unos pocos aristócratas estaban dispuestos a invitarles después del desplante público al duque de Clanster. Era por ello importante que no se retrasaran,

pues mantener esta amistad era aconsejable para los intereses comerciales de Aron. Además, llegar tarde sería considerado como una falta de respeto a sus anfitriones, y semejante descaro podría ocasionar otro escándalo.

Por ello suspiró resignada, e instó a su marido a que se arreglara antes de que ambos perdieran la cabeza y acabaran llegando a los postres.

—Será mejor que te arregles cuanto antes sino queremos salir mañana en el periódico —le dijo resignada consiguiendo que Aron sonriera.

—No sería la primera vez —respondió éste guiñándole un ojo, para después dirigirse hacia el cuarto continuo con paso felino.

Esta pequeña habitación a la que Aron se dirigía era utilizada para guardar su ropa, cambiarse y otros menesteres, pues nunca la había usado como recámara. Desde el principio había insistido en compartir el mismo cuarto con su esposa, la cual no mostró ningún inconveniente en seguir su deseo.

Por ello, nada más comprar la mansión que sería su residencia en Londres, Madison acondicionó a su gusto la más grande de las dos recámaras comunicadas, para convertirla en la habitación que compartirían.

Una vez que Aron entró en la pequeña habitación comprobó que su ayuda de cámara ya le había preparado la ropa, y le estaba esperando para asistirlo en su cambio de traje. Aunque no le agradaba que otro hombre le vistiera debía reconocer que se trataba de un pequeño inconveniente, si quería tener su ropa impecable y una apariencia deslumbrante.

—¿Qué tal la tarde? ¿Habéis llegado a un acuerdo? —preguntó Madison sin moverse de su sitio para así darle tiempo a su marido para cambiarse.

Éste, con una sonrisa radiante y media ropa ya quitada, salió del pequeño cuarto para ponerse a hablar con su esposa mientras se iba desabotonando la camisa.

—Desde hace media hora somos los felices dueños de otro barco —nada más terminar de decir la frase se quitó la camisa, y la tiró sobre la cama para después comenzar a quitarse los pantalones.

Divertida en su asiento, podía ver gracias al espejo cada movimiento de su esposo, y observaba complacida como éste se desnudaba e iba de nuevo al



otro cuarto.

Para seguir con el juego y que volviera a entrar siguió preguntándole:

—¿Por eso te has retrasado?

Sin darse cuenta del ardid de su esposa Aron volvió a salir del pequeño cuarto donde se cambiaba, dejando a un ayuda de cámara desquiciado por los paseos de su señor.

—No —contestó centrado en caminar, y en cerrarse los botones de su blanca camisa de gala—. La culpa ha sido del cabezota de Braxton.

Madison se rio por el término que su marido había usado para referirse a su socio y amigo, ya que cuando éste se negaba a darle la razón; algo que solía ocurrir con frecuencia, le tildaba de testarudo.

—Por supuesto —murmuró mientras observaba como se volvía a meter en la habitación en busca de otra prenda— ¿Y de qué se trataba el desacuerdo?

Desde el otro cuarto Madison escuchó como su marido le decía indignado:

—Quiere llamar al nuevo barco Jane. Yo por supuesto me he negado y le he dicho que quedaría mil veces mejor si se llamaba Madison —y saliendo de su habitación con el lazo del cuello a medio hacer, continuó contándole irritado— ¿Pero qué crees que me ha contestado?

Viendo que Aron estaba luchando contra su pañuelo de cuello y estaba a punto de perder la batalla, se puso en pie y fue en su auxilio. Solo cuando estuvo frente a él se dio cuenta de que su ayuda de cámara había desaparecido, y sonrió al estar segura que su marido le había dicho que se retirara al creer que no le necesitaba.

Cargada de paciencia comenzó a colocarle el pañuelo, al mismo tiempo que se fijaba en lo guapo que estaba con su pelo revuelto, su expresión desesperada y sin pantalones.

—Déjame pensar... ¿Te ha contestado que no? —contestó anudando correctamente el lazo.

—¡Exacto! —contestó exasperado y sin darse cuenta de las tórridas

miradas que su mujer le lanzaba.

Retirándose comprobó que el lazo estaba perfecto, y suspiró al desear quedarse en casa para poder deshacérselo. Un capricho que debería esperar unas horas para hacerse realidad, pues ya era demasiado tarde para mandar una excusa a sus anfitriones.

—¡Gracias, cielo! —le dijo Aron para después darle un casto beso en los labios, y volver a marcharse a la pequeña habitación para terminar de cambiarse.

—Por cierto, he recibido una carta de mi madre —le dijo sin más, antes de que perdiera el valor para comunicárselo.

Aron sabía que el tema de la familia de Madison era un espinita clavada en el cálido corazón de su esposa, y se negaba a verla sufrir por culpa de unos individuos sin alma.

Tras un silencio de casi un minuto, Aron apareció por la puerta con la chaqueta puesta y con una mirada calculadora.

—¿Y qué quería esta vez? —preguntó acercándose despacio.

—Me ha mandado una lista de cosas que debo hacer con respecto al bebé, y me ha dicho que se quedará los meses que dure el embarazo con nosotros para asegurarse que cumplamos todos los puntos.

El cuerpo de Aron empezó a mostrar la evidente cólera que sentía, y como ésta iba en aumento conforme Madison iba hablando.

Los cambios que su cuerpo mostró fueron los siguientes: Primero su rostro enrojeció, luego sus ojos se oscurecieron, y después siguió su cejo fruncido. Después, todo comenzó a descontrolarse convirtiendo sus manos en garras, y en tres segundos exactos después de escuchar la última palabra de Madison, explotó como un cañón de la artillería.

—¡Ni hablar! ¡Me niego! ¡Esa mujer no entra en nuestra casa, y menos para ordenarnos! ¡Pero que se ha creído!...

Sin poder contener su furia comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación, sin cesar en sus improperios, pues necesitaba sacar de su interior la furia que su suegra le provocaba.

Madison por su lado le observaba tranquila desde su sitio, pues ya había tenido toda la tarde para desfogarse. Había roto unos cuantos jarrones que su mayordomo le había mostrado gustoso, para después tomarse un par de tilas, caminar para tratar de aplacarse y respirar profundamente durante una hora. Con todo ello había conseguido serenarse lo suficiente para mantenerse ahora serena, y simplemente observaba a su marido hasta que éste se sintiera más calmado.

—... Y si esa mujer piensa entrar aquí, —eso último lo dijo señalando el suelo con el dedo índice con efusividad— ¡En nuestro hogar! ¡Para darnos ordenes! ¡Es que aún no nos conoce!

Extrañado por el silencio de su esposa y por su tranquilidad, se le quedó mirando, temiendo que algunas de sus observaciones la hubieran molestado. Por ello, y para asegurarse que no se sentía incómoda por sus palabras, le preguntó:

—¿No es así?

Pero lo que Aron no intuyó, fue que Madison se encontraba ensimismada por su comportamiento, al ver el fervor con que la defendía. Por muchos años que pasara viendo esta reacción en él nunca se acostumbraría, pues había pasado los primeros veintiún años de su vida sintiéndose desamparada y sola.

Queriendo recompensar su preocupación se le acercó despacio, y lo abrazó sintiendo en el acto el pulso acelerado de su corazón. Respirando profundamente para llenarse de su aroma se relajó entre sus brazos, y suspirando ante su ternura le contestó:

—Así es, mi amor.

Más tranquilo al saber que no se había disgustado por su comportamiento ante las cosas que ponía en esa nota, Aron la abrazó hundiendo la nariz en su cuello, para llenarse con su calma y su serenidad.

Siempre había admirado la firmeza de su esposa, pues gracias a ella tenía un hogar y unos brazos donde guarecerse tras un duro día de trabajo. Ella era su refugio, y estaba dispuesto a lo que fuera necesario con tal de que nadie la hiciera daño, más aún si esa persona era su propia madre, pues sabía lo dañina que era esa mujer.

—¿Qué decía esa lista? —preguntó ya más templado.

—Lo primero que decía era que el niño, porque mi madre asegura que va a ser un niño, va a llamarse Adolf Theodor Patrick. Además me exige que mi médico sea el mismo que durante décadas ha servido a los Wyonick, y que según tengo entendido ya ejercía cuando nació mi abuelo, y me demanda entre otras cosas que tengo que tomar una infusión de hierbas cada cuarenta y tres minutos por el bien del bebé.

Durante unos instantes ambos se mantuvieron en silencio, hasta que sin poderlo remediar comenzaron a estallar en carcajadas. Las risas fueron tan fuertes, que en poco tiempo las lágrimas rodaban por sus rostros y tuvieron que sentarse en la cama para no caerse al suelo al quedarse sin fuerzas.

Cuando ya se hubieron calmado un poco, Aron comentó respecto a estas imposiciones:

—¡Pobre niño! ¡¿Te imaginas tener que llamarse Adolf Theodor Patrick?!

Las risas comenzaron de nuevo, aunque esta vez no fueron tan intensas.

—No sé lo que piensas tú de llamar así a nuestro hijo, pero yo no pienso tomar esas malditas hierbas cada cuarenta y tres minutos —le dijo Madison apoyando la cabeza en su hombro.

—¿Y lo del médico? ¿No me dirás que estás de acuerdo con eso?

Madison se irguió negando con fuerza y poniendo los ojos como platos, consiguiendo que Aron volviera a reírse con ganas.

—No me extraña que no quieras, si es tan viejo como dices, ese pobre hombre debe de estar medio ciego, —y con picardía siguió diciendo—, ¡y no creo que vea mucho ahí abajo cuando se asome el niño!

—¡Aron! —Exclamó tratando de no reír, y golpeando el brazo de su marido para mostrarle su indignación.

—¡Pero pequeña, lo más probable es que sea así! —afirmó con expresión de inocencia.

—¡Eres incorregible! —señaló encantada con su sentido del humor, y con esa manera que tenía de mirarla que le hacía estremecerse de placer.

—Lo sé, y eso te encanta —le susurró en su oído para después tumbarla sobre la cama y colocarse a su lado bien pegado a ella—. Cuando estás tan despreocupada con este tema es que tienes un plan para librarnos de tu madre —le aseguró satisfecho al saber de antemano que no estaba equivocado.

—¿Ah, sí?!

—Sí, mi lady indómita. Te conozco lo suficiente como para saber que en esa cabecita ya tienes montado toda una estrategia de combate contra estas absurdas imposiciones.

—Pues ahora que lo dices tengo unas cuantas.

—¡Soy todo oídos! —afirmó mientras comenzaba a besarla por el cuello de forma despreocupada.

—Le he escrito una carta dándole las gracias por sus consejos...

—Demasiado amable, yo preferiría algo menos pacífico —le dijo interrumpiéndola y consiguiendo que volviera a sonreír.

—¿De veras?! ¿Y qué harías tú? —señaló para provocarle.

—¡Déjame pensar! —le pidió haciéndose el distraído para después lanzarse a su garganta y morderla mientras le hacía cosquillas con sus besos y la sujetaba con fuerza.

—¡No! —Gritó ella muerta de risa— ¡Estate quieto que así no puedo concentrarme! —señaló haciendo acopio de todas sus fuerzas para apartarle de encima, pero sin conseguir moverlo ni un milímetro.

—¡Está bien! Te prometo que seré bueno —le aseguró haciéndose a un lado, y colocando un codo en la cama para así apoyar la cabeza en la mano—. Entonces le has escrito una carta...

Mirándole con unas ganas enormes de besarle tuvo que contenerse, y tras morderse el labio inferior para recordar de que estaban hablando continuó relatándole su plan.

—Le he dicho que no requerimos de su ayuda al contar con la de tía Henrietta...

—Muy lista, esas dos mujeres apenas pueden estar juntas en la misma ciudad —interrumpió su marido contento por la idea, y besando a su esposa

en los labios como recompensa.

—...Y además le he comunicado que en breve partiremos hacia Nueva Orleans para pasar el embarazo y el parto allí. Le he dicho que nuestra amiga Susan cuenta con la experiencia de dos partos, y que gustosa nos va a ayudar con el nuestro.

—¡Genial! Pero Nueva Orleans no está lo suficientemente lejos. Debemos buscar otro destino más lejano y seguro.

Se notaba que el muy sinvergüenza estaba disfrutando con esta charla, y por eso Madison le siguió el juego. Segundos después de disimular que estaba pensando, Aron puso los ojos como platos como si de pronto se le hubiera ocurrido la idea más brillante del mundo y gritó eufórico:

—¡¡China!!

Madison soltó una fuerte carcajada que la hizo encogerse mientras su marido la contemplaba risueño, ya que verle tan desinhibido y guasón le hacía sentirse plena de felicidad.

—¿Crees que si cerramos la gran muralla china tu madre logrará saltarla? —le preguntó siguiendo con la broma provocando a Madison unos deseos enormes de abrazarlo.

—¡No me extrañaría! —Le respondió aún riendo— Además, te recuerdo que mi madre también es tu suegra.

—¡No me lo recuerdes! —Comentó estremeciéndose, consiguiendo que ella volviera a sonreír—. Lo único bueno que ha hecho esa mujer en la vida es tenerte a ti como hija.

Completamente complacida con sus palabras, y con una muestra más del maravilloso hombre que era su marido, Madison se sintió profundamente enamorada y agradecida por haberle encontrado.

Desde que le había conocido todo a su alrededor había cambiado por completo, pero jamás hubiera imaginado que estar casada con él fuera la experiencia más satisfactoria de su vida, y una auténtica delicia.

Estar a su lado era descubrir aventuras nuevas y sensaciones excitantes a diario, pues las cosas más sencillas se convertían en algo grandioso si iban de

su mano. Un cúmulo constante de maravillas que podrían resumirse en pura felicidad, y una mezcla entre sentir como vuelas por las nubes, para después caer en picado sabiendo que nada puede pasarte, pues él está contigo.

—Te amo, señor Sheldon, y nada ni nadie podrá cambiar jamás eso — afirmó mirándole a los ojos y acariciando su rostro.

Con el amor que sentía reflejado en su mirada, Aron la contempló en silencio, dejándose acariciar por la mujer que lo significaba todo para él y que le había hecho tan dichoso.

Estremeciéndose por el cariño que su esposa mostraba en sus caricias la besó apasionadamente, pues quería demostrarle lo mucho que su corazón la anhelaba entre sus brazos, y cuanto la necesitaba consigo.

—Te amo mi vida, te amo —le murmuró entre beso y beso.

Olvidándose de la invitación de lord Rickmond y del mundo que les rodeaba, tan solo quedaron ellos dos y el amor que les envolvía. Un amor febril, impulsivo, radiante y frenético que les convertía en dos amantes dispuestos a todo, como buscar el placer oculto en cada fibra de su ser.

Sin más por discutir, se dejaron llevar por sus emociones, hasta que Madison se puso a acariciar el cuerpo de su esposo, y llegado a un punto, comenzó a reírse de nuevo.

—¿De qué te ríes, preciosa? —le preguntó mientras trataba de bajarle el corpiño, y así conseguir el premio de tener sus pechos al descubierto.

—Me acabo de acordar que se te ha olvidado ponerte los pantalones.

Extrañado por las palabras de su esposa se alzó para mirarse, y así comprobar de primera mano que ésta tenía razón.

Se encontraba completamente vestido con su pañuelo; algo deshecho ahora, su chaqueta, su chaleco, su camisa, sus zapatos y sus calcetines, pero sin rastro de pantalones. Sonriendo por el despiste se volvió para mirarla, y al observarla divertida puso su mirada más picara y su sonrisa más traviesa y le dijo:

—¡Es que tu madre me pone de los nervios!

La carcajada que resonó en la recámara repicó también por todo la casa,

aunque a ninguno de los sirvientes le extrañó este insólito comportamiento de sus señores.

Sabiendo que por esa noche sus patrones ya no abandonarían la mansión, el mayordomo cerró la puerta de la residencia con llave, al no ser la primera vez que éstos cambiaban de parecer y preferían quedarse en su recámara.

Por ello, todos en la casa conocían las extrañas costumbres de sus señores, y por ello la cocinera dejaría preparada una bandeja con algunas viandas para cuando dentro de unas horas éstos bajarán en bata en busca de comida.

Un comportamiento que la sociedad tacharía de impropio de damas y caballeros, pero que sin embargo en ese hogar eran tan frecuentes como las risas, los viajes o los cambios de última hora. Al fin y al cabo, el señor Sheldon era un caballero diferente a cuantos conocían, y su señora no era otra que la popular y excéntrica lady indómita.

Una dama que huyó de dos matrimonios con un respetado duque, para caer en los brazos de un sinvergüenza al que adoraba sin reservas.

FIN

## Nota de la autora

Cuando me embarqué en el proyecto de ésta novela, tenía muy claro que quería mostrar una historia romántica lo



más real posible, aunque todo lo que expusiera en ella fuera completamente ficticio.

Es por eso que me estuve informando sobre costumbres, vestuario, forma de hablar, protocolo, y lo que fue más difícil, intentar mostrar cómo era Londres y Nueva Orleans en 1876.

Para conseguirlo me documenté con fotos y escritos, aunque debo admitir que me dejé llevar por mi imaginación en algunos detalles, como presentar las calles de Nueva Orleans un día de primavera en el siglo XIX.

También debo decir que, aunque todos los personajes que aparecen en la novela son fruto de mi imaginación, hay uno que fue real y se menciona en ella. Me refiero al fundador de Nueva Orleans, [Pierre Le Moyne d'Iberville](#)

Me tomé la libertad de indicar que el personaje de Susan Davis, esposa del capitán Davis, era un descendiente de tan distinguido personaje histórico. Lo utilicé para demostrar como en esa época se tenía en gran consideración los orígenes de una persona, y como los nativos más antiguos, y con unos antepasados ilustres, tenían una relevancia más destacada en su comunidad. Una pequeña licencia que espero me perdone Le Moyne d'Iberville.

Me gustaría además invitarte a que entres en mi blog si quieres saber más sobre mi trabajo, o si sientes curiosidad por saber sobre algunos de los detalles que aparecen en el libro; como ver los vestidos de donde saqué la inspiración para esta novela.

Mi página de autora es:

<https://lashermanaswarren.blogspot.com.es/>

## Agradecimientos

**T**ras terminar de escribir mi tercer libro de ambientación histórica, me doy cuenta que llegar hasta el final no ha resultado sencillo. En cada línea escrita he querido mostrar la clase de novela que como lectora busco, y espero que a ti como lectora te haya gustado y sigas confiando en mis libros.

Pero debo admitir que sin la ayuda de un buen puñado de personas me hubiera resultado imposible concluirlo, al haberme dado su apoyo o su asistencia en algún momento.

Entre ellas se encuentran los historiadores Álvaro Campos y Robert Blake, pues me permitieron visualizar el puerto de Southampton en Londres, un puerto que seguro os sonará, pues se hizo famoso en 1912 al ser desde donde zarpó el Titanic en su viaje inaugural), así como saber datos; como cuánto se tardaba en esa época en cruzar el océano Atlántico, o conocer cómo era la ciudad de Nueva Orleans en 1876. Gracias a ellos esta historia cuenta con una base creíble que la hace más verosímil aun siendo todo inventado

También quiero agradecer a unas buenas amigas por sus consejos y su auxilio en diferentes temas. A ti Ann por tus lecciones en temas de protocolo, pues siempre que te necesité para una consulta estuviste dispuesta a ayudarme; gracias. Y Shandra por ofrecerte como correctora en mi constante lucha contra mi dislexia; gracias.

Por supuesto no podía olvidarme de mis muy queridas lectoras cero, pues sois vosotras quien más me animáis a seguir adelante y quien conseguís darme las fuerzas necesarias para sentarme durante horas, cada día de la semana, hasta que el libro está concluido. Sin vosotras este libro, como otros ya escritos, solo se hubieran quedado en sueños.

Y por último, gracias a ti lector por escoger mi libro y por interesarte por mis palabras, sin ti nada de todo esto tendría sentido, y como escritora no valdría la pena continuar si no estuvieras tú para empaparte de cada una de mis palabras.

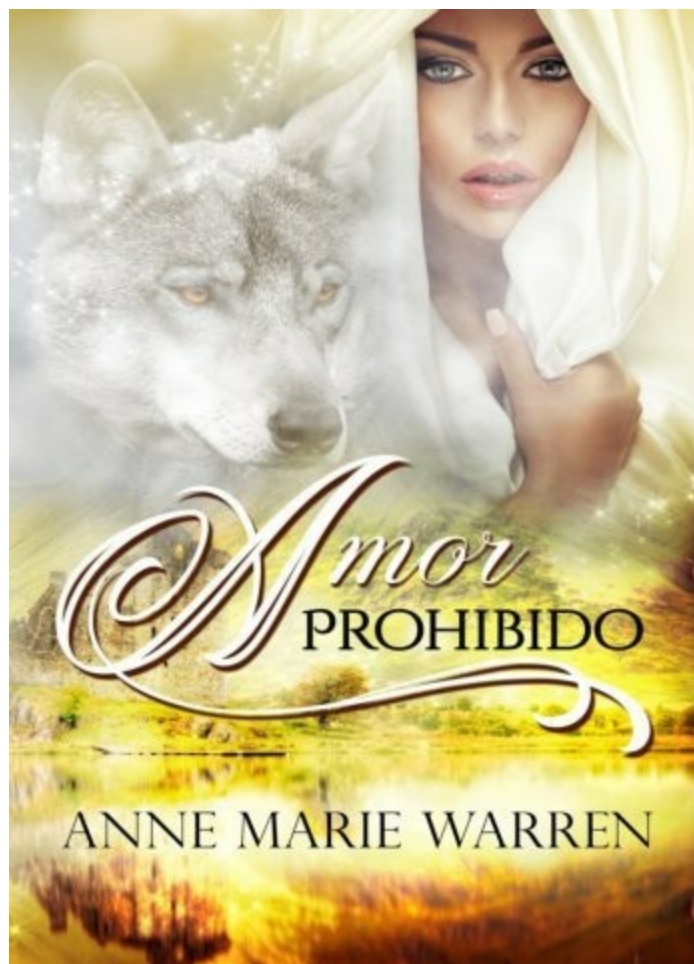
**Si te ha gustado este libro también te gustarán:**



## Bilogía Aprendiendo Amar

Donde conocerás la historia de Jane (la amiga de Madison) y Braxton (amigo y socio de Aron).

En esta bilogía te cuento sobre la relación secreta que Braxton mantenía con Charlotte, y cómo la aparición de Jane lo cambió todo.



## Próximamente

En una Escocia medieval donde todo es posible y el amor es eterno, dos amantes tendrán que enfrentarse al poder de una maldición que pretende separarles.

Kennan MacKenzie es el laird de sus tierras hasta que un día rescata a una mujer que con solo mirarle le cautiva el corazón. Pero lo que él desconoce es que esa hermosa muchacha ha sido vendida a un poderoso brujo, para ser sacrificada en un arcaico ritual. Kennan hará todo lo posible por salvarla, y a cambio será maldecido al transformarse en lobo para vagar junto a su amor prohibido.

Una novela de fantasía, romance y aventura, donde dos amantes son obligados a permanecer unidos pero sin poder amarse.

**A LA VENTA A FINALES DEL 2018**

## Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor deja un comentario, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!